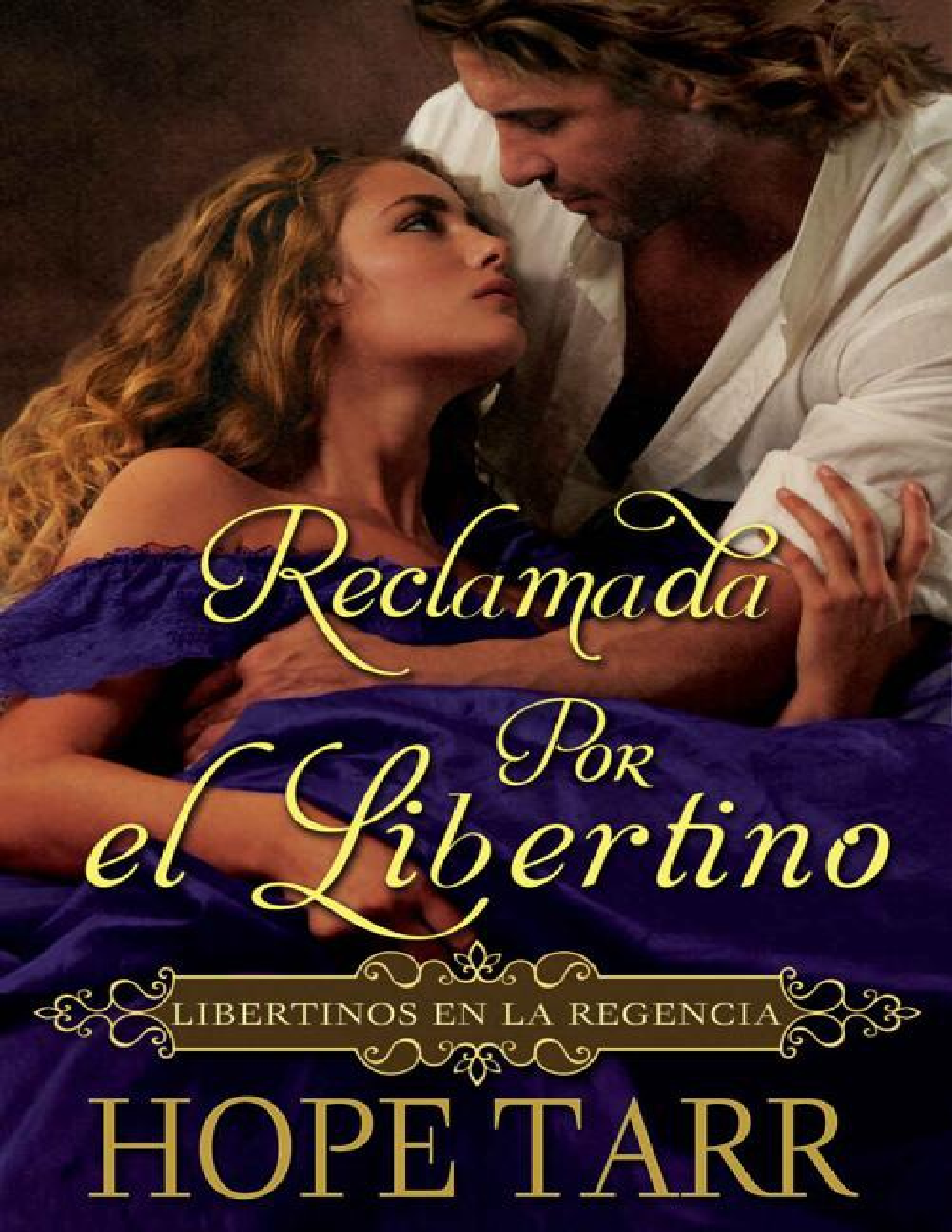




Reclamada
Por
el Libertino

LIBERTINOS EN LA REGENCIA

HOPE TARR

RECLAMADA POR EL LIBERTINO

Hope Tarr

Contenido

[RECLAMADA POR EL LIBERTINO](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

Prólogo

Los muelles de las Indias Orientales, Blackwall, Londres, abril de 1820.

“En casa, finalmente estoy en casa”.

El capitán Robert Lázaró, antes conocido como Robert Bellamy, estaba en el puente del barco. Con la mano en el timón, condujo a la nave, proveniente de las Indias Orientales, a través del estrecho canal, que conducía al puerto, provocando vítores de: “¡Tierra, tierra!” y muchos movimientos de gorras y brazos musculosos entre sus hombres. Desde que llegaron a Spithead, él había relevado a su piloto y tomado el timón. Este era su último viaje, su canto de cisne a bordo de The Swan, o eso esperaba, y había sentido una profunda necesidad de pilotearlo él mismo hasta el puerto de origen.

Más adelante, se abrió la compuerta de la esclusa. Más allá se desplegaba el bullicioso diorama de los muelles de Londres. Mercantes similares de su oficio abarrotaban los atracaderos, descargaban sus cargamentos de azúcar y especias, té y vino de Madeira, bajo la vigilancia de milicianos armados, vestidos con uniformes de la empresa, y los fornidos estibadores llevaban sus cargas hacia los almacenes frente al muelle. Todo parecía más ocupado de lo que él recordaba y le daba la impresión que también era mucho más grande. ¿Era realmente así? No podía decirlo con seguridad. Seis años de distancia habían enturbiado su memoria, borrando todos los detalles excepto los más vitales: la sensación sedosa de la piel de Phoebe, bajo sus dedos, la forma en que sus ojos reflejaban los tonos cambiantes del cielo de Londres, el sabor picante de sus lágrimas, la última vez que ella lloró y se besaron, siendo ese un beso destinado a transmitir no una despedida sino un breve adiós.

Y ahora finalmente estaba en casa, en Inglaterra y, con el favor del Cielo, también en el hogar de Phoebe, suponiendo que ella lo aceptaría. Esa bienvenida no era segura y este regreso a casa no fue anunciado en absoluto. Todas las cartas que había pensado enviar, antes de zarpar de Madrás, habían perecido antes de ser enviadas, ya que eran bolas arrugadas de explicaciones artificiales y medias verdades, enredadas y desgarradas, arrojadas como misiles sobre el suelo de su camarote. Igualmente, ¿cómo podía un hombre informar a la mujer que amaba, la que había esperado no los seis meses prometidos sino seis años, que después de todo no estaba ahogado ni muerto?

Él lo descubriría muy pronto. Una vez que la viera, obtendría la respuesta no solo de sus labios sino también de sus ojos. Se sabía que los labios de Phoebe decían una o dos mentiras, siempre al servicio de salvar los sentimientos de alguien, aunque sus ojos nunca mentían. Necesitando verlos ahora, levantó la mano y tiró del pañuelo para liberarse, buscando con las yemas de los dedos la cadena enterrada, debajo de la culata, y el relicario en forma de candado, que albergaba el retrato de su amada en miniatura, apoyado contra su esternón. El recuerdo, que coincidía con el que él le había dado antes de partir, no había abandonado su persona durante seis años, excepto en el terrible momento en que se lo arrancaron de la garganta.

—Es una pieza bonita, tu mujer. —Debajo de la máscara de satén negro, las comisuras de la boca del capitán pirata se habían levantado.

—¿Cómo se llama? —preguntó, jugando con el relicario abierto, en la palma de su mano enguantada. Aunque su grupo de hombres era malgache, su voz transmitía las vocales del norte de Inglaterra.

Atado, Robert logró apartar la cabeza de la viscosa pared del camarote.

—No permitiría que la ensucies con tu lengua. —Recogió la pequeña y preciosa saliva, que le quedaba en la boca, y escupió, golpeando a su torturador directamente en el ojo.

Ni siquiera la máscara pudo ocultar la creciente ira de su captor. El pirata volteó hacia el marinero que empuñaba el látigo.

—Acuéstate sobre él, asegúrate de no rendirte hasta que entregue el nombre de la prostituta, o que de su último aliento.

A Robert le propinaron cincuenta latigazos.

—¡Phoebe Tremont, Phoebe Tremont, Phoebe Tremont! —gritó una y otra vez, canturreando, casi como si fuera un niño, recitando una canción infantil. Habiendo finalmente sucumbido a traicionarla, parecía no poder detenerse.

Mientras se reía, lo derribaron, arrastrándolo de regreso a su celda y arrojándolo adentro. Con fiebre y sangrando, él yacía boca abajo sobre las sucias tablas cubiertas de paja, con la espalda ardiendo, y los restos fracturados de su mente medio loca concentrados en un solo pensamiento.

“Merezco morir”.

Robert agarró con fuerza el timón del barco, apretando la suave madera hasta que sus nudillos bronceados se pusieron blancos, deseando que el maldito recuerdo retrocediera. Reconocía que borrarlo totalmente era un sueño imposible. Pero todavía le quedaba un sueño, uno que todavía era puro, inmaculado e inequívocamente bueno.

“Phoebe”.

Deslizó la cadena sobre su cabeza y usó el borde calloso de su pulgar para abrir la carcasa con bisagras del relicario. La miniatura de su amada, manchada por el tiempo, lo miró fijamente: el rostro de forma ovalada ahora era tan familiar como el suyo, mostrando una mirada movediza y gentil, pero directa, mientras que la frente alta y la nariz aristocrática, suavizadas por una boca de capullo de rosa entreabierta, eran de sonrisas.

“Para que nunca olvides cómo luzco”, le había dicho ella en su último día, juntos, en Londres, antes que él dejara que el orgullo obstinado y el mar se lo llevaran.

Lanzando maldiciones de marineros, Robert cerró la caja y se pasó la cadena por la cabeza. Qué maldito idiota había sido al siquiera pensar en dejarla, fue un absoluto tonto al haberlo hecho. Pero, ¡sí lo había hecho! Y ahora, el chico de ojos húmedos que Phoebe había amado lo suficiente como para querer casarse estaba tan muerto, como si realmente estuviera enterrado en el fondo del mar. El hombre que regresaba en su lugar podría llevar su rostro y su nombre, sin embargo, él era una bestia completamente diferente. Un hombre que había sobrevivido a las torturas y se encontró al borde de la muerte, esperando ser vendido en el mercado, como si fuera un inmueble, aquel que había trabajado como bestia de carga, durante más de dos años, antes que sufriera a una esclavitud más amable, y había logrado sobrevivir a todo esto. Estaba maltratado, pero no destruido, abollado pero no terminado. ¿Podría Phoebe aprender a amar a ese hombre? ¿Estaría dispuesta a intentarlo?

Con la esperanza que así fuera, Robert los condujo hacia el muelle. La cerradura bajó detrás de ellos, la barrera bloqueó cualquier última posibilidad de una retirada apresurada y considerada. Por un breve y vertiginoso momento, supo una vez más lo que era estar enjaulado, no por piratas, esclavistas o barcos que se hunden, sino por la finalidad de sus propias decisiones irrevocables. En unas pocas horas estaría cara a cara con Phoebe, no con su retrato silencioso e

inanimado, sino con la vida que ella misma respiraba. La idea hizo que el sudor le brotara de la frente y le chupara la humedad de la boca, dejando sus labios y lengua secos, como huesos blanqueados por el sol. Y, sin embargo, en medio de su caos, admitió que no quería retirarse ni huir, ni ahora, ni nunca más.

El puesto vacante estaba justo delante. Resuelto, se dirigió hacia allí. Mientras lo hacía, sintió una presencia familiar a su espalda.

—A casa, Caleb. Este es mi hogar o al menos lo era —lo dijo sin voltearse.

El árabe con turbante, de más de seis pies de piel bronceada, hombros anchos y comunicativos ojos oscuros, se acercó. Este último era su sirviente, a pesar de la lengua que el torturador le había cortado. Desde que se conocieron en una cantera de granito en Madagascar, habían compartido un comedero, un cubo para desechos y una responsabilidad mutua por la vida del otro.

Quedándose con él en la barandilla, Caleb reconoció esta declaración con un leve asentimiento. Habiéndose conocido después del silencio de Caleb, Robert no podía estar seguro de cuánto inglés comprendía su amigo, sin embargo, la simpatía en los ojos oscuros, que se encontraron con los suyos, parecía decir que entendía lo que era “hogar”.

Robert volvió a mirar hacia el puerto. Habían pasado años desde que había orado, pero ahora envió su súplica silenciosa a los Cielos, a cualquier deidad que pudiera habitar allí todavía.

“Querido Señor, que ella se encuentre bien.

Querido Señor, que no sea demasiado tarde.

Querido Señor, permite que ella todavía me quiera”.

Capítulo uno

Hanover Square, Londres.

Phoebe clavó otro alfiler en el mechón de cabello color trigo que le caía sobre la nuca y contempló su reflejo en el espejo del tocador.

—Me desconcierta por qué Aristide debe tener una máscara para nuestro baile de compromiso.

El baile de disfraces pudo haber sido idea de su prometido, pero elegir a toda la familia Tremont como personajes de la época isabelina fue obra de su madre. El conjunto de Phoebe, un brocado de seda italiana, destinado a transmitir el carácter de la reina escocesa María Estuardo, estaba demostrando ser a la vez engorroso y limitante. La crinolina que reforzaba la falda, en forma de campana, haría que bailar fuera una miseria.

Un suspiro dramático se elevó desde la cama.

—Creo que esto es tremendamente romántico. —Tumbada boca abajo sobre la colcha acolchada, su hermanita Belinda hacía girar distraídamente la peluca del disfraz, mientras, desde el suelo, el spaniel de Phoebe, Pippin, vigilaba el movimiento del cabello con ojos redondos—. No veo por qué mamá debe ser tan estricta y desterrarme de asistir. Tengo casi diecisiete años.

Phoebe analizó el rostro amotinado en el espejo. Con sus trenzas color miel y sus ojos castaños dorados, Belinda era una belleza juguetona en la cúspide de la feminidad.

En momentos así, ella también era un verdadero dolor en el trasero.

Phoebe hizo acopio de paciencia y respondió:

—Deberías contar tu buena fortuna. ¡Mi disfraz es desastroso! Por lo que a mí me importa, podrías ocupar mi lugar.

La mirada de Belinda se iluminó.

—¿Te refieres a la reina de Escocia o a la condesa de Beaumont?

—Eso es suficiente... Y por cierto, deja de atormentar a mi perro.

—¡Cielos! Tú eres tan susceptible... —Belinda resopló.

Phoebe volvió a mirar su sonrojado rostro, alarmada por cómo lo habían sacudido las burlas de Belinda. A pesar de la presión de Aristide, ella todavía tenía que fijar una fecha para la boda. Una vez que se anunciara su compromiso, a medianoche, ella no podría posponerlo más. Se preguntó por qué desearía hacerlo.

“Porque estás enamorada de un fantasma”, respondió su voz interior por ella.

“¡Robert!” Su corazón dio un vuelco, el dolor era tan agudo como el de aquel terrible día, seis años antes, cuando un representante de la Compañía de las Indias Orientales se había materializado en su puerta con la noticia de la muerte de su amado. El barco de Robert, The Phoenix, se había hundido en algún lugar frente a las islas Comoras. La última correspondencia que le había enviado había llegado a través de la Ciudad del Cabo.

Sin embargo, el tiempo pasó, o eso no se cansaba de decirle su madre. Su hermana menor, Belinda, ya no era pequeña. La chica saldría del armario la próxima temporada. Esto todavía era difícil de comprender. La propia presentación de Phoebe, ante la sociedad, parecía haber tenido lugar ayer, después de ocho años. Qué llena de esperanza había estado en aquel entonces y segura que le correspondía un futuro de un cuento de hadas. Solo que ese supuesto destino había terminado el día en que Robert abordó el maldito barco en Gravesend, junto con otros nuevos reclutas, tropas y suministros de la compañía.

Con dos compromisos rotos, a sus espaldas, el noviazgo con Arístide Bouchart, conde de Beaumont, fue recibido como una bendición y no solo por su madre. Se habían conocido en Almack durante la pequeña temporada. El apuesto expatriado francés había fijado su oscura mirada en ella, vadeando un camino, a través del abarrotado salón de actos, hasta donde ella había estado sosteniendo la pared con las otras señoritas de dientes largos y matronas con ojos de águila, y le pidió un baile.

“Es mi fortuna lo que busca”, se había dicho a sí misma, incluso cuando había permitido que el calor sólido de su mano en su espalda se sintiera extraordinariamente bien.

La apresurada conferencia de su madre con una de las principales patronas de Almack había disipado ese temor. A diferencia de tantos emigrados franceses que huyeron primero del Terror y luego del despotismo de Bonaparte, el conde había logrado llevarse consigo gran parte de su riqueza, que había invertido en una rentable empresa de importación de vino. Estrictamente hablando, él se había dedicado al comercio. Pero con sus días de juventud, dejados atrás, incluso una notoria esnob como Lady Tremont había estado dispuesta a pasar por alto ese detalle nada deseable.

Tragando contra el nudo, que se le había formado en la garganta, dijo:

—Por cierto, deja de atormentar a mi perro.

Un gruñido la hizo dar vueltas. Belinda dejó escapar un grito ahogado y se paró de la cama. Las miradas de las hermanas se encontraron y luego se posaron en la alfombra estampada de rosas. Pippin estaba a cuatro patas, la viva imagen del orgullo, con la peluca de Phoebe atrapada entre sus mandíbulas.

—Travieso Pippin, deja eso ahora —exigió Belinda, moviendo su dedo debajo de la nariz y en un botón negro sin ningún efecto.

—Preferiría decir que tú eres la traviesa. Lo has estado provocando todo el tiempo. —Phoebe se agachó para liberar la cosa, pero Pippin tenía la espalda arqueada, las orejas firmes y la peluca encajada entre los caninos. La resolución reflejada en sus ojos color chocolate le aseguró que aún no estaba preparado para renunciar a su premio. Phoebe se enderezó y dejó escapar un suspiro—. Sabes que no se le puede confiar el pelo. Parece que piensa que es otro animal.

Belinda se encogió de hombros.

—No es mi culpa que se haya portado tan mal. ¡Tú eres quien lo ha malcriado!

“¿Malcriado?” Eso era como la olla que llamaba negra a la tetera, Phoebe no podía decir ni confirmar que era así. Miró a Belinda con su mejor imitación de la mirada fulminante de su madre.

—Se porta tan bien o mejor que ciertos bípedos que conozco. Puede que ataque al pelo, pero, al menos mantiene sus quejas al mínimo.

Como si sintiera que ya no era el centro de atención, Pippin dejó caer la peluca y saltó sobre la cama con dosel. Con los labios negros retraídos en un bostezo, se tumbó de costado, y su cabeza marrón y blanca cayó como una piedra sobre la almohada con flecos.

Belinda se agachó para recoger el desastre empapado y destrozado.

—¡Ewww! —Haciendo una mueca, dejó caer la peluca arruinada, como si fuera un carbón encendido.

Phoebe negó con la cabeza. No podía aceptar que permanecería sin peluca durante la noche.

—¡Oh, qué molestia! Simplemente, tendré que ser María, una reina de Escocia, rubia.

Un golpe seco fuera de la habitación, apenas precedió al giro del pomo de latón de la

puerta. Este le indicó a Belinda que no hablara, y pateó la peluca debajo del guardapolvo con volantes, justo cuando la puerta se abrió y su madre entró.

Con una sonrisa falsa, Phoebe cruzó las manos y se enderezó.

—Mamá, ¡qué espléndida estás!

Ella empujó a Belinda, quien intervino:

—De hecho, mamá, eres una pintura.

“¡Una pintura, por cierto!” Ataviada con una peluca roja elaboradamente rizada y adornada con abundantes polvos faciales y colorete para retratar a Isabel, la reina Tudor, Lady Tremont navegó hacia ellas, agitando sus faldas de brocado.

—Phoebe, ¿qué puedes estar pensando para dudar, cuando los invitados llegarán en cualquier momento? —Su ceño fruncido, fijo en Phoebe, amenazaba con romper la pátina de la pintura facial.

Phoebe hizo una pausa, buscando una excusa que evitara culpar tanto a los adorables perros mimados como a las malhumoradas hermanitas.

Antes que pudiera hablar, Belinda interrumpió:

—Quizás podría bajar y saludarlos... Es decir... hasta que Phoebe termine de vestirse.

Su madre volteó hacia Belinda y entrecerró la mirada:

—¿Cuántas veces debo decirte que no puedes aparecer en eventos nocturnos hasta que tu hermana salga?

El rostro de Belinda decayó.

—Pero, mamá...

—Sin peros. —Lady Tremont la interrumpió con una mirada penetrante—. Ahora, ¡vete! Tu institutriz me informó que todavía tienes lecciones que terminar. Ningún hombre desea casarse con una ignorante.

—Sí, mamá. —Belinda arrastró los pies hacia la puerta. Su porte habitualmente orgulloso se resbaló.

Aunque unos momentos atrás, Phoebe había tenido ganas de estrangular a su hermana, ver a Belinda tan abatida la tenía lista para la batalla. Esperó a que se cerrara la puerta, antes de empezar a hablar:

—¡De verdad, madre, una ignorante! Eso fue más que duro. Ella solo quiere que la tomen en cuenta. ¿Por qué no dejarla que baje y esté al menos durante la primera hora? Significaría mucho para ella y es mi baile de compromiso.

—Son cosas y plumas —resopló Lady Tremont, con las fosas nasales dilatadas, como si la sugerida violación del decoro hubiera liberado un olor nocivo en la habitación—. No permitiré que se diga que también permití que Belinda se volviera loca. ¡Ningún hombre quiere una mujer salvaje como esposa!

Phoebe era muy consciente que su madre la consideraba una oveja negra y, sin embargo, la implicación que podría haber perjudicado las posibilidades de Belinda le dolía.

—Una ignorante y una salvaje, ¡cielos! ¡Qué pareja somos Belinda y yo! Pobre mamá, cargar con hijas tan abandonadas no parece justo.

Lady Tremont resopló.

—De verdad, Phoebe, tu sentido del humor se vuelve más extraño cada día. Supongo que no es de extrañar, dada la mala compañía que tienes en ese horrible hospital.

Incluso considerando quien lo decía, la púa picó. Phoebe había comenzado a ofrecerse como voluntaria en el London Foundling Hospital para tener algo que hacer, como una razón para levantarse, bañarse y vestirse en un mundo, en el que ya no estaba Robert. Ayudar a poner

una sonrisa en el rostro de un niño o una niña, anteriormente desamparados, había demostrado ser la mejor medicina para su corazón afligido. Su trabajo de tutoría y recaudación de fondos había pasado de ser una muleta a convertirse en una razón de ser.

—De hecho, confraternizar con niños huérfanos es terriblemente impactante, ¿no es así? ¿Puede quedar muy atrás frecuentar los burdeles?

Incluso su madre fue lo suficientemente inteligente como para admitir la derrota en algunas ocasiones. Cambiando de tema, bajó la mirada a la garganta de Phoebe y suspiró:

—¿Debes usar esa cosita, justo esta noche de todas las noches?

Phoebe cubrió el relicario con forma de candado, el regalo de despedida de Robert, con una mano protectora.

—Para mí no es una bagatela, mamá —dijo con la garganta hecha un nudo. De hecho, ese era uno de los pocos recuerdos que tenía de él.

Grandes zancadas llevaron a Su Señoría hasta la cómoda, encima de la cual se encontraba el joyero de palisandro de Phoebe. Sin preguntar, levantó la tapa y rebuscó en los compartimentos forrados de terciopelo. Un “¡Ah, ja!” anunció que había localizado el objeto de su búsqueda. Cerró el estuche y giró el rollo de perlas, que se deslizó entre sus dedos enguantados.

—Las perlas de tu bisabuela son perfectas.

Ella se colocó detrás de Phoebe. Con sus amplias faldas luchando por el espacio, Phoebe sintió la pesada cuerda cayendo alrededor de su garganta. Un chasquido anunció que el cierre incrustado de zafiros estaba seguro.

Lady Tremont cruzó en frente de Phoebe.

—Está mejor. —Con rasgos relajantes, tomó la barbilla de Phoebe—. Eres afortunada, querida. Se te quitará la soltería y se te ha dado una rara y preciosa segunda oportunidad de llevar una vida normal como esposa y madre. Deja de lamentarte por un hombre que nunca estuvo cerca de ser digno de ti y, en cambio, cuenta tus bendiciones: un marido con título, que te adora, una casa llena de invitados para celebrar tu compromiso y una madre que ha trabajado incansablemente, durante todos estos años, para verte felizmente asentada.

Ella soltó su agarre y dio un paso atrás.

—Ahora, ponte la peluca y baja antes que lleguen tus invitados. Arístide te espera.

Phoebe abrió la boca para confesar la desaparición de la peluca y luego la cerró con fuerza. ¿Cuál sería el punto? En lugar de eso, ella asintió:

—Estaré lista, solo un momento más.

Aparentemente satisfecha, Lady Tremont dio la vuelta para irse. Al verla partir, Phoebe tocó el doble cordón de perlas que pesaba sobre su garganta. La reliquia familiar se sentía tan fría como una iglesia vacía, y tan opresiva como el collar de un esclavo. La tradición familiar sostenía que lo usaría el día de su boda, pero ese día aún no había llegado.

Resuelta, extendió ambas manos detrás de ella. Después de varios intentos, desabrochó el cierre. Liberada, llevó el collar a la cómoda, abrió el cajón de los pañuelos y volvió a dejar las perlas adentro.

“Puedo casarme, mamá, pero lo haré según mis condiciones... mis propias condiciones”.

Levantando su máscara, miró hacia el espejo y captó el reflejo de una pequeña sonrisa de satisfacción.

*** **

Fuera de la casa de Tremont, la cola de carruajes obstruía la plaza y el tráfico retrocedía

hacia la carretera principal. Robert entregó su caballo a un lacayo con librea y se unió a la multitud de invitados enmascarados, que desfilaban por el sendero iluminado con antorchas. Al parecer se estaba celebrando un baile de máscaras. Brujas y brujos se mezclaron con reyes y reinas en la multitud, que se abría paso hacia la entrada con columnas clásicas. La música de la orquesta flotaba por las ventanas abiertas y las habitaciones del frente estaban iluminadas con un brillo intenso. Hasta aquí llegó la conmovedora reunión privada que había planeado. Al mirarse a sí mismo, de repente él fue consciente del barro que le cubría las botas y del polvo del camino adherido a su ropa.

Una pareja mayor vestida con las pelucas empolvadas del siglo anterior se acercó sigilosamente.

—¿Realmente debemos irnos tan pronto? —Se quejó la mujer, su ceño fruncido hizo que el parche de terciopelo en forma de corazón debajo de su boca se cayera—. Todo el mundo sabe que el compromiso se anunciará a medianoche.

“¡Compromiso!” El corazón de Robert se aceleró. Cuando dejó Inglaterra, el hermano de Phoebe, Reggie, era un soltero y su hermana pequeña, Belinda, aún no tenía once años. Por otra parte, habían pasado seis años. Cualquiera de los hermanos bien podría estar casado, otra señal más de cuánto tiempo había perdido. Ladeó la cabeza, esforzándose por oír más.

—No puedo soportar ese enamoramiento ni un momento más, y mucho menos hasta la medianoche. ¡Esta maldita peluca me tiene rascándome como un perro con pulgas! —El caballero se quitó la máscara de fieltro negra y se pasó una mano enguantada por la frente cubierta de sudor.

Tirando de las alforjas de su vestido, la mujer suspiró.

—Muy bien, Herbert, supongo que debes salirte con la tuya. No es como si fuera una chica recién salida del aula... Dada su edad e historia, Lady Phoebe debería considerarse afortunada de aceptar cualquier oferta.

Phoebe... ¡casándose! El corazón de Robert se detuvo.

—En mi opinión —replicó el hombre—, al pobre muchacho le corresponde un poco de felicidad, incluso si el novio es una rana.

“¡Una rana! Entonces, ¿Phoebe se va a casar con un francés?”

—Arístide Bouchart, conde de Beaumont... Esto suena muy grandioso, no lo crees... — El tono de aprobación de la mujer implicaba que esa no era una pregunta—. Dicen que proviene de una de los antiguos linajes de Francia, solo que perdió sus tierras y la mayor parte de su fortuna a causa del Terror.

“¡Un aristócrata, maldito infierno!”

—Ha recuperado una buena parte de su fortuna.

—Al dedicarse al comercio. —El estremecimiento de la mujer hizo que la carne de sus hombros desnudos se tambaleara como un pudín liberado de su madeja.

La pareja hizo una pausa y lo miró con abierta admiración. Acercándose a Robert, el hombre se aclaró la garganta.

—¡Maldiciones! ¡Qué buen disfraz!

La matrona asintió.

—Hay otro pirata adentro, pero, él no puede compararse contigo.

“¿Otro pirata?”

Desde que llegó al puerto, Robert había sido objeto de miradas similares, aunque al principio había asumido que el interés debía estar dirigido a Caleb. Ahora sabía lo contrario. Por lo que había visto hasta el momento, paseando por la ciudad, la moda masculina había mejorado

sustancialmente desde la última vez que había estado en Londres. Con su seda escarlata, sus mangas sueltas y su sombrero de ala ancha, adornado con plumas, debía destacar como un pavo real... o como un pulgar adolorido.

Dominándose, encontró su lengua.

—Gracias. —Con los pensamientos agitados, dividió su mirada entre ellos—. El único artículo que le falta a mi disfraz es una máscara... Cuando me di cuenta que la había dejado atrás, ya era demasiado tarde para regresar.

Se centró en el hombre que tiraba de su peluca.

—¿Supongo que podría convencerte que te desprendas de la tuya? Por supuesto, te compensaría por su valor...

El hombre puso la máscara en sus manos.

—Buen amigo, con mucho gusto la entregaré por el placer de no tener que volverla a usar nunca más.

—Es usted muy amable, señor. —Robert aceptó con una reverencia el fieltro negro adornado con cintas. Al enderezarse, vislumbró el marchito trozo de vitela en la mano enguantada del hombre—. Lo malo es que también dejé mi invitación.

El marido, Herbert, esbozó una amplia sonrisa.

—En ese caso, tome la nuestra. —Haciendo caso omiso de la mirada de advertencia de su esposa, añadió—, normalmente, no se me ocurriría entregársela a una persona desconocida, pero puedo discernir por tu forma de hablar y tus modales que eres un caballero de gran carácter y educación.

Inclinándose, le confió:

—Pero, debo advertirte que hace un calor como el Hades ahí dentro, un flechazo de lo más condenable. ¿Estás seguro que estás preparado para ello?

Robert se guardó la vitela en el bolsillo del pecho.

—De hecho, señor, no creo que haya estado más preparado en todos mis días.

*** **

Phoebe aceptó un vaso de limonada helada, que le ofrecía un lacayo que circulaba por allí, y se lo pasó a su padre.

—Toma, papá, bebe esto. Te revivirá.

Lord Tremont aceptó la bebida y se pasó una manga carmesí por su frente sudorosa.

—Lo único que me revivirá es liberarme de este maldito disfraz. —Entre el encaje almidonado que le llegaba hasta el cuello, el pesado jubón y las medias ajustadas, él era la viva imagen de la miseria y de un poco convincente Lord Robert Dudley. Phoebe sintió sincera pena por él.

—Bien podrías hacer eso, papá, pero creo que ya hay una Lady Godiva presente —bromeó Phoebe, con la esperanza de burlarse de él y ponerlo de mejor humor.

Él le dedicó una breve sonrisa y luego volteó dentro de su gorguera para mirar alrededor de la habitación.

—Tu madre insiste en posponer el servicio de la cena hasta que se haga el anuncio. No entiendo dónde se ha metido ese prometido tuyo.

Al principio, Arístide la acompañó en el baile de carrete, pero rápidamente se retiró a la sala de cartas. Ella sospechaba con creces que él todavía estaba allí, saboreando su querido brandy y puros, ajeno al paso del tiempo.

Con el corazón en la garganta, ella le dio unas palmaditas en la parte superior del brazo.

—No te preocupes, papá. Yo misma lo encontraré.

Ella dio la vuelta, antes que él pudiera ver lo cerca que estaba de llorar. Qué diferente era este del otro baile de compromiso celebrado en esta misma sala seis años antes. Qué jóvenes y enamorados habían estado Robert y ella, y qué ansioso se encontraba él por sacarla al balcón para poder suplicarle que se fugaran. Si pudiera revivir esa noche, con mucho gusto lo seguiría a Gretna Green, Calcuta o hasta el fin de la Tierra.

Con los ojos llenos de lágrimas, se dirigió al balcón para recuperarse, antes de buscar a Arístide. Esquivando a los simpatizantes, llegó al conjunto de puertas francesas. Al salir, las cerró detrás de ella con verdadero alivio.

El jardín estaba abajo, iluminado por antorchas y farolillos chinos, tal como había estado hace seis años, junto con la brisa endulzada por las primeras rosas y las madreselvas entrelazadas en el enrejado. Se acercó a la barandilla y la alcanzó, cuando la primera lágrima de enojo le salpicó la mejilla.

“¡Oh! Robert, si tan solo...”

Vislumbraba el vestuario, la música, la charla colectiva y la incesante presión de la gente que le deseaba felicidad, cuando ella sentía algo, pero de repente todo eso era demasiado. Sintiendo que iba a asfixiarse, tiró de su máscara, aunque las cintas sorprendentemente resistentes resistieron romperse.

“¡Maldito, maldito, maldito infierno!”

Arrancó la maldita cosa, la tiró hacia atrás y la arrojó sobre el hierro. La fuerza tensó las costuras de su vestido. Respirando con dificultad, agarró el hierro y miró hacia arriba. El ataque de ira, más digno de Belinda, había dado el resultado deseado y al instante lo lamentaba. La máscara aterrizó fuera de su alcance entre las espinas y prácticamente desapareció.

—¡Vaya! Sea quien sea, eso no vale la pena.

Phoebe dejó escapar un grito ahogado y volteó. Su trasero chocó contra la balaustrada.

Un hombre alto, disfrazado de pirata, se apartó de la columna de yesería, en la que debía estar apoyado, y entró iluminado por un cono de luz de colores.

—Te iría mucho mejor con un amante que te haga reír que con uno que te haga maldecir... y llorar —añadió, adentrándose en el cono de luz de colores.

Más que mortificada, Phoebe se pasó rápidamente una mano por los ojos húmedos, esperando que al menos él pudiera perderse gran parte de su vergüenza.

—Señor, debería haber hecho saber su presencia.

Una ceja oscura se arqueó hacia arriba.

—Creo que precisamente estoy haciendo eso.

Un caballero se disculpaba por la intrusión y se excusaba para entrar. Sin embargo, él no mostró signos de ceder. Con los brazos cruzados sobre su amplio pecho y las piernas, como si fueran jarras, se mantuvo firme, recorriéndola con la mirada. Aturdida por su audacia, Phoebe analizó su rostro, iluminado por el faro. ¿Quién se imaginaba que era? Más importante aún, ¿quién era él? Su sombrero de ala ancha con su pluma extravagante y su jubón ajustado no eran artículos estándar que se encontraban en las tiendas de disfraces. De hecho, debió tomarse en serio el llamado a la autenticidad de la invitación, porque sus pantalones de cuero y sus botas de montar estaban cubiertos de una astuta capa de polvo que parecía real.

Por muy tonta que se sintiera, aún así se obligó a echar los hombros hacia atrás y a levantar la barbilla.

—No me importa que me espíen.

Debajo del sombrero, su frente se arqueó.

—¿Espíandola a usted? —Soltó una carcajada—. He estado a la vista todo el tiempo.

Phoebe odiaba admitirlo, pero él tenía los hechos de su parte. Dada la forma en que había salido disparada, realmente fue una suerte que no se hubiera estrellado contra él.

De todas formas, ella se negó a dejarse intimidar.

—Se ha adelantado, señor. —Levantó la barbilla un poco más—. ¡Y usted es un grosero!

Y también era apuesto como el pecado, o eso parecía por lo que ella había examinado hasta ahora. El cuello de su camisa de seda estaba indecentemente abierto, y los botones desabrochados revelaban un cuello musculoso sujeto por una fina cadena de oro. Incluso en la penumbra, ella notó la oscuridad de su piel. Aunque sin duda era un caballero, debía pasar mucho tiempo al aire libre.

—Me hiere, señora. —Cayó hacia atrás, haciendo una pantomima, sacando una daga invisible de su pectoral. En contraste, la espada curva de aspecto malvado, metida en la faja carmesí de su cintura, parecía aterradoramente real—. Será mejor que guardes tu ira para otro, el que te hizo llorar.

“¡Robert! Robert me hizo llorar”. Y, sin embargo, no podía culpar a un hombre muerto por estar muerto, como tampoco podía culpar a un hombre vivo por no estar a la altura de quien tanto amaba.

Un cuadrado de lino níveo apareció en una mano desnuda de ancho dorso.

—Por favor —dijo, pasándoselo, sus ojos ya no eran burlones, más bien se suavizaron por lo que parecía ser una preocupación.

Phoebe vaciló y luego aceptó el pañuelo, reconociendo la cortesía con un pequeño y silencioso movimiento de cabeza. Él tenía las manos desnudas, algo muy irregular teniendo en cuenta la formalidad del asunto. Aunque sus dedos la rozaron y ella estaba enguantada, aún así sintió un pequeño temblor a través de su cuerpo.

—¡Todas las novias lloran! —espetó, secándose los ojos con el pañuelo de un algodón tan suave y finamente tejido que parecía egipcio—. Es la tradición...

Esta última frase era una excusa poco convincente, pero no se le ocurría qué más decir. De hecho, con sus ojos fijos en ese hombre, ella apenas podía pensar en nada.

La sonrisa de él se congeló.

—No lo sé... Nunca he tenido el placer que me pongan grilletes en las piernas.

Entonces, él era soltero. Ese dato, digno de ser investigado, le levantó el ánimo mucho más de lo debido.

—En ese caso, difícilmente estás en condiciones de ofrecer un consejo romántico.

—Supongo que usted tiene razón en ese sentido. —Enmarcado por fieltro negro, su mirada la examinó, el minucioso inventario comenzaba y terminaba en sus ojos.

Devolviendo el pañuelo, Phoebe miró la espada que tenía al costado y un pensamiento esperanzado la asaltó.

—Quizás podrías emplear tu arma para recuperar mi máscara de esos arbustos de abajo. Se me cayó... —Siendo esa expresión una mentira descarada provocada por su mirada fija.

La risa del hombre encendió calor en su rostro.

—¡Qué diablos hiciste! La arrojaste por la borda... por resentimiento. —Phoebe abrió la boca para protestar, pero esa risa masculina la interrumpió—. Por cierto, tienes un brazo impresionante para ser una mujer. Más allá de mi hermana, nunca he visto algo así en ninguna otra mujer.

Una comisura de su boca, carnosa y sensual, se curvaba hacia arriba. El corazón de Phoebe dio un vuelco. No había sentido una sonrisa así en mucho tiempo...

Más molesta consigo misma que con él, le preguntó bruscamente:

—¿Me ayudarás o no?

—Ya que imploras tan encantadoramente, ¿cómo puedo negarme? —Se dirigió hacia la barandilla, apoyó ambas manos encima y miró hacia abajo.

Phoebe se acercó a él y trató de no darse cuenta de lo bien que olía, a diferencia de Arístide, que tenía mano dura con el perfume embotellado, o igual que los otros caballeros que conocía, más bien su fragancia era como el cuero, el sándalo y el almizcle del sudor masculino.

—Simplemente está ahí —ella dijo, señalando el cenador espinoso, y su hombro rozó inadvertidamente su costado.

Él asintió.

—Sí, la veo. —Con una mano en la empuñadura de su espada, dio un paso atrás, y dio una orden, sin mirarla más a ella sino a su presa—. ¡Aléjate!

Por primera vez en años, Phoebe obedeció sin cuestionar. Tan pronto como ella se movió, él desenfundó su arma y la apuñaló entre los arbustos de abajo, enganchando cuidadosamente su máscara en la punta.

—Milady. —Dio la vuelta y le hizo una reverencia a la máscara.

Phoebe vaciló y luego arrancó la máscara de la afilada punta de la hoja. Sorprendentemente, a la tela se le había escapado cualquier desgarro.

—Tiene mi gratitud, señor —lo dijo, en serio. Su vida parecía estar llena de un exceso de hombres de palabras, pero ante ella se encontraba, por fin, un hombre de acción.

Enderezándose, él envainó su espada.

—Si hay otras prendas con las que pueda ayudar, no dude en preguntar. —Una sonrisa pícara acompañó la perversa oferta.

Esa sonrisa pareció quitarle el aliento a Phoebe.

—Usted es muy hábil con su espada, señor, pero creo que eso será suficiente. —“Querido señor”, ¡si ella realmente hubiera dicho eso!

Un destello de dientes blancos y uniformes la alertó de su posible error.

—Quizás por ahora, pero si desea otra demostración... estaré encantado de hacerlo.

Horrorizada, ella se apresuró a añadir:

—Tu disfraz es bastante impresionante. ¿Se supone que eres un pirata o un corsario?

Su mirada se fijó en la de ella.

—¿Hay alguna diferencia?

Si había algo en él, sus pensamientos repentinos ya no eran capaces de descifrarlo. En lugar de eso, dirigió su mirada hacia la espada que colgaba de su cadera.

—Pirata o corsario, pareces terriblemente auténtico. ¿Tienes experiencia en el mar?

Él dudó como si sopesara sus palabras.

—Alguna. —Él inclinó la cabeza y la analizó. Su mirada estaba recorriéndola una vez más, captando cada detalle del espantoso disfraz, y, sospechaba de ella, mapeando mentalmente el cuerpo que había debajo—. Mis días en el colegio quedaron atrás. No puedo imaginar quién puedes ser.

Una perla de sudor se deslizó entre sus senos, aunque el aire de la noche era fresco.

—María Estuardo, la reina de Escocia.

Se contuvo para decir más, deseando poder dejar de imaginar lo maravilloso que sería tener sus manos de aspecto áspero liberándola de su corsé, preguntándose cómo después de seis años de sentirse tan congelada y en barbecho, unos pocos intercambios de coqueteo podrían calentarla de esa manera, y precisamente con un hombre lascivo.

—Yo era un pésimo estudiante... recuerdo que esa señora era pelirroja... Y, sin embargo, tu cabello es tan claro como la luna. —Él frunció el ceño.

Extendió la mano y levantó un mechón suelto del hombro de ella. Colocándolo detrás de su oreja, sus dedos rozaron la línea de su mandíbula. Fue una caricia indirecta, un susurro de toque, y aún así Phoebe contuvo el aliento, sintiendo el calor líquido deslizándose a lo largo de su columna.

—Tenía una peluca, pero también sufrió un percance... —ella lo manifestó con la garganta seca.

—¿También la arrojaste entre los arbustos?

—¡No! Mi... mi perro se la comió. —Parecía más tonta por el momento y, sin embargo, había comenzado a divertirse demasiado como para que eso le importara.

—Habría pensado que un hueso de res goteando sería más del agrado de Pippin. —Él sonrió.

La respiración de Phoebe se detuvo.

—¿Cómo sabes el nombre de mi perro? —Quienquiera que fuera, debía conocerla más allá de una simple amistad.

—Conozco a la bestia desde que era un cachorro. —Su mirada recorrió ese rostro femenino—. ¿No puedes mirar más allá de esta máscara y verme tal como soy?

Ella buscó en su confusa memoria. En la mayoría de los casos, los trajes de los hombres proporcionaban solo una fina apariencia de disfraz. Antes había reconocido fácilmente al corpulento Baco como Cubby Whitebridge y al alto Cupido como Lord Percy. ¿Podría ser uno de los amigos de su hermano Reggie? A pesar de su coqueteo y sus malos modales, no parecía ser de ese grupo de libertinos.

—Me temo que estoy perdida. Debo aceptar la derrota aunque solo sea hasta la medianoche. —Sacudiendo la cabeza lo admitió.

Su máscara hacía difícil saberlo con certeza, pero ella pensó que él frunció el ceño.

—¿Qué pasa a medianoche?

Ella dudó. Pensando en su compromiso, que pronto sería anunciado, se sentía alarmantemente reacia a poner fin a este hermoso interludio, siendo dueña del mismo.

—Se dará la orden de desenmascararse y los invitados entrarán a cenar.

—¿Y si me niego a desprenderme del mi disfraz?

—Usted debe hacerlo. ¡Es la regla!

Él tomó su mano. Sintiendo como si hubiera caído en trance, Phoebe se entregó a él.

—Desprecio las reglas.

Con la mirada fija en la de ella, se llevó su mano a la boca. Sus labios rozaron la línea de sus nudillos enguantados, el ligero contacto provocó un aleteo casi olvidado. Phoebe contuvo el aliento entrecortadamente.

—Tú, es decir... no deberíamos...

Le movió la mano con la palma hacia arriba, dándole un beso más profundo en el punto del pulso dentro de su muñeca.

Sintiendo el roce de los dientes contra su carne, apartó la mano. Estaba jugando al aire libre con un extraño, permitiéndole que la acariciara, ¿qué le había sucedido a ella?

—Tan pronto como puedan encontrar a mi prometido, mi padre anunciará nuestro compromiso —espetó.

—¿Y tu prometido te abandona a menudo en momentos tan monumentales? —lo preguntó, frunciendo el ceño.

El comentario se acercó incómodamente a la verdad. Ella se puso rígida y respondió:

—Él está en la sala de juegos, junto con mi hermano y muchos otros caballeros.

Él se inclinó como para compartir una revelación.

—Si fueras mi novia, la propia Lakshmi no podría alejarme de tu lado.

—¿Lakshmi?

—La diosa hindú encargada de repartir riqueza y buena fortuna. —Sonriendo, él dudó—. La dama de la fortuna, si prefieres llamarla así.

Su aliento era una brisa balsámica contra su mejilla, sus labios lucían como una promesa que esperaba ser cumplida. Alarmada por lo fácil que sería inclinar su rostro y hacer coincidir su boca con la de él, se puso la máscara.

—Debo volver adentro, antes que me extrañen. —Suponiendo que su madre no hubiera levantado ya un alboroto, aunque desde que salió, el tiempo pareció detenerse.

—¿Usted debe regresar? —Esa mano que envolvió ligeramente su muñeca la detuvo—. ¿No estás olvidando algo?

Phoebe vaciló. “Aparte de su moral, posiblemente, ¿qué había olvidado?”

—Recuperé tu máscara. ¿Qué favor reclamaré a cambio? —Su mirada se deslizó hasta su boca, provocando una explosión de calor en la parte inferior de su vientre.

“Apuesto como el pecado” adquirió de repente un nuevo significado para ella. Con las piernas temblorosas, Phoebe dio un paso atrás, casi tropezando con su pesada cola. Una buena acción tiene su propia recompensa, ¿no es así? Sin embargo, ella se había equivocado antes. No era un soldado raso ni un corsario. Era Mefistófeles, el diablo encarnado.

—¡Es así! —Mostró otra sonrisa deslumbrantemente hermosa—. Eso sí, ¡soy un pirata!

Las puertas del salón de baile se abrieron. El sonido y la luz inundaron el patio.

—¡Ah! *Cherie*, por fin te he encontrado.

Con el corazón a punto de caer, Phoebe volteó hacia Arístide, quien salió.

Se dirigió hacia ellos con su traje de dominó flotando en la brisa. La vista hizo que Phoebe pensara en un murciélago en lugar del príncipe cuervo que debía representar. Una máscara elaboradamente emplumada cubría todo menos el tercio inferior de su rostro. El músculo que saltaba en su mandíbula confirmó que no estaba contento con ella.

—Se acerca la medianoche. Tu padre está muy ansioso por anunciar nuestro compromiso. Sintiendo extrañamente fortalecida por el extraño que la seguía, replicó:

—Sí, lo sé. Te he buscado por los cuatro rincones.

—Y sin embargo, no te encuentro adentro sino afuera... aquí con... —Hizo un gesto con una mano enguantada, bordeada de anillos, para indicar al pirata que se había acercado a su lado—. ¿No me presentarás a nuestro invitado?

La mirada de Arístide la atravesó a ella. Con el corazón acelerado, esperó a que el pirata se anunciara. Seguramente, no pretendía adherirse a alguna tonta regla de medianoche. Las reglas, para este hombre, apenas parecían existir.

En lugar de eso, él permaneció en silencio. Al no tener otra opción, Phoebe admitió:

—Me temo que todavía tengo que persuadir a este caballero para que anuncie su nombre.

La optimista sonrisa de Arístide desapareció.

—Acabemos con esta farsa. Señor, debe desenmascararse.

Ignorándolo, el pirata se volvió hacia Phoebe. Su mirada se fijó en la de ella, atrapándola en un mundo privado que parecía contener solo a ellos dos.

—Estás bastante segura que no me conoces... ¿Phoebe?

La intimidación no autorizada sacudió a Phoebe hasta lo más profundo de ella misma. Más

chocante aún fue lo acertado y lo familiar que le resultaba oír su nombre en sus labios.

Con la mirada fija en la de ella, se quitó el sombrero y lo colocó sobre el poste. El cabello oscuro y ondulado se agitaba con la brisa, y los mechones largos y pasados de moda se rizaban alrededor de su cuello. De su oreja izquierda, un diamante parpadeaba como una pequeña estrella. Unos brazos musculosos se alzaron para desatar las cintas de seda, que sujetaban la máscara en su lugar. El fieltro se cayó.

Una luz de colores salpicaba sus familiares rasgos cincelados. Vio una frente alta, una nariz ligeramente torcida, una boca carnosa y una mandíbula cuadrada, que Phoebe conocía no solo de vista sino también de tacto. Pero eran sus ojos a los que ella seguía dirigiéndose. Eran los ojos de un muerto, los ojos de un fantasma...

¡Eran los ojos de Robert!

Aquellos ojos que a pesar de la oscuridad, ella sabía que eran del color ámbar. Como una mosca atrapada en esa resina pegajosa, ella era incapaz de moverse o siquiera mirar hacia otro lado y, sin embargo, sus labios entumecidos de alguna manera lograron murmurar:

—Esto no es real... ¡Tú no eres real!

El espectro negó con la cabeza.

—Esto es real. Soy real, un hombre vivo forjado de carne y hueso —lo juró. Era su aliento, su aliento vivo, rozando sus labios, sus ojos no eran la mirada hueca y plana de un fantasma sino que lucían tentadoramente cálidos.

Pero solo había una manera de estar segura.

Phoebe se llevó una mano temblorosa a su mejilla. Una barba de un día le rozaba los dedos. Su olor y calidez eran desgarradoramente familiares, la cicatriz blanca que le partía la barbilla era algo extraño. Demasiado absorta para preguntarse cómo pudo haberla conseguido, trazó su grosor con el pulgar. Él se estremeció.

—¿Te lastimo? —preguntó ella, alejándose.

Con expresión estoica, él sacudió la cabeza.

—No, solo me deshaces con tu gentileza. —Sus propias manos permanecieron sólidamente a los costados, aunque la agitación de su pecho, más amplia de lo que ella recordaba, sugería que el autocontrol le cobraba un precio que ella no podía comenzar a comprender.

Arístide se interpuso entre ellos.

—¡Phoebe, *arrêtez*! —La advertencia de que parara llegó en medio de un silbido de aliento caliente y a brandy.

Sin embargo, Phoebe no tenía intención de detenerse. Si esto era algo inquietante, esperaba con todo su corazón que nunca terminara. Ignorándolo, se movió para trazar la boca de su amante fantasma, eran los labios que una vez habían coincidido con los de ella a la perfección. En todas partes que tocaba no sentía ni la luz etérea, ni el frío del mármol, sino algo cálido, sólido y vibrante de vida.

Dejando caer su mano, dio un paso atrás, consciente que no solo sus extremidades sino todo su cuerpo habían comenzado a temblar. Su amante fantasma no era ningún espectro sino un hombre de carne y hueso.

—Robert —susurró, como si estuviera orando o, más propiamente, recibiendo la respuesta a una plegaria.

Tragó, una larga onda recorrió la columna muscular de su garganta.

—Sí, soy yo... y he navegado muchas leguas para regresar a ti.

Metió la mano dentro de su camisa abierta y sacó una cadena de oro. Colgando del

extremo había otro objeto que ella había pensado que nunca volvería a ver: el relicario con forma de candado, cuya carcasa grabada era idéntica a la suya.

Phoebe dio un paso vacilante y el suelo de piedra pareció chuparle las suelas de las zapatillas, y la noche explotó en un caos arremolinado de estrellas y luces punzantes. De repente el balcón pareció dar vueltas.

—¡Phoebe! —La llamada de Robert llegó desde un lugar lejano, un eco del abismo azotado por la tormenta en el que ella estaba cayendo rápidamente.

Por primera vez en seis años, Lady Phoebe Tremont se desmayó.

Capítulo dos

Robert atrapó a Phoebe contra él. Las horquillas resonaron en las losas de piedra, cuando él la levantó en sus brazos, su forma ágil estaba tan floja como un saco de plumas. Con la cabeza apoyada en su hombro, ella soltó un suspiro.

El prometido que vestía de dominó se arrancó la máscara. Sus ojos oscuros y hundidos observaron a Robert, con los rasgos floridos enmarcados por una gorra de pelo negro cortado, a la moda, y un flequillo peinado hacia abajo sobre la frente. De pie, cara a cara, se midieron mutuamente. Robert no se movió excepto por el revelador músculo de su mandíbula, que había comenzado a marcar con fuerza. Así mismo, los pelos de su nuca se erizaron en máxima alerta. Quienquiera que fuera el prometido de Phoebe, no la amaba, Robert estaba seguro de ello. Al igual que los anillos que rodeaban sus manos enguantadas, ella no era más que una hermosa posesión que debía ser codiciada y exhibida.

—Entonces, ¿eres el joven y atrevido amante que regresó de entre los muertos? —dijo el francés con una mueca de desprecio.

—Y tú eres el devoto prometido que regresó de la sala de juegos —respondió Robert, sin hacer una pregunta.

—Aristide Bouchart, séptimo conde de Beaumont. —Los tacones negros hicieron clic entre sí—. Me llevaré a mi novia ahora, por favor.

Él extendió los brazos.

Robert no tenía intención de entregarle a Phoebe ni ahora, ni nunca.

—¿Y si usted no me agrada?

Una sonrisa forzada respondió al desafío.

—Entonces, señor, nos encontramos... en desacuerdo.

—Una cuenta que espero saldar en un futuro muy cercano —le aseguró Robert. Si las pistolas al amanecer resultaban ser la única solución para asegurar la libertad de Phoebe, que así sea.

Una estridente voz femenina puso fin a su enfrentamiento.

—Suelta a mi hija, libertino.

Ambos hombres voltearon hacia las puertas del balcón.

Disfrazada de Isabel, la Reina Virgen, Lady Tremont salió a la terraza. Un cortesano regordete de la época isabelina la siguió, cerrando las puertas detrás de ellos. Aparte de la peluca roja y la pintura blanca en la cara, era exactamente como Robert la recordaba: espalda recta, ojos de hierro y respiración de fuego.

Sostener a Phoebe en sus brazos limitó sus cortesías de saludo a un simple movimiento de cabeza.

—Su Señoría me perdonará, si no me inclino... ¿O debería decir Su Alteza? —añadió, en deferencia a su disfraz. Sabía que la madre de Phoebe aprovecharía el compromiso de su hija como una oportunidad para ascender al estatus de noble.

Sus cejas dibujadas con lápiz se dispararon hasta la línea del cabello de su peluca.

—Bellamy, ¿eres tú? Pero... ¡usted debió haberse ahogado!

Él asintió.

—De hecho, señora, me duele decepcionarla, una vez más y, sin embargo, estoy bastante vivo, como lo puede ver. Me alegra encontrarla igualmente... sana y salva.

Esa mirada femenina se entrecerró.

—No pienses en engañarme con tus melosas palabras. Nunca has dado un higo por mi salud y lo sé. —Su mirada se posó en la cabeza de Phoebe, que descansaba contra su hombro—. Tampoco parece que te importe mucho la de mi hija, de lo contrario, no te habrías entrometido para estropear sus posibilidades, una vez más.

Su mirada se posó en Arístide y una mirada ansiosa eclipsó el ceño fruncido.

El francés respondió con una sonrisa aceitosa:

—Por el contrario, el malestar actual solo fortalece mi decisión de hacer de su hija mi mujer. —Miró a Robert—. Eso siempre que se pueda convencer al señor Bellamy que se separe de ella.

Lady Tremont se dirigió a Robert:

—A menos que un exceso de agua de mar te haya dejado sordo, has oído bastante bien. Ahora entrega a mi hija o haré que mi mayordomo te lance los perros.

Hubo un tiempo en el que una débil amenaza habría intimidado a Robert, pero no tanto ahora.

—Dudo mucho que tenga perros en su residencia de la ciudad, mi señora. Ahora, por favor, diríjame al lugar donde es menos probable que encontremos a sus invitados... a menos, por supuesto, que no le importe qué caldo de escándalo vaya a provocarse —insistió, sabiendo muy bien que ella temía la desgracia social como otros le tenían miedo a la peste y a la pestilencia.

Lord Tremont permaneció en silencio y se acercó a ellos. Dudó y luego puso una mano sobre el hombro de cada uno de los hombres.

—Aplacemos cualquier discusión adicional hasta que podamos hablar en privado. Le he pedido a mi mayordomo que convoque a los invitados a cenar. Tan pronto como se vacíe la habitación, llevaremos a Phoebe, adentro y arriba, a mi estudio. Es la única cámara que se mantiene cerrada en todo momento.

Sinceramente agradecido por la tranquila compostura y el buen sentido de Su Señoría, Robert asintió.

—Gracias, milord.

Permanecieron en tenso silencio, un momento más, esperando que cesara la música. Así hicieron y segundos después sonó una campana. Pasaron varios minutos más, ocupados por pasos arrastrados, conversaciones colectivas puntuadas por alguna exclamación o risita ocasional y el susurro de finas telas, mientras los invitados se alejaban.

Wilson, el mayordomo de Tremont, asomó su cabeza canosa al balcón.

—La habitación está despejada —dijo en voz baja y monótona—. He apostado a dos lacayos, afuera de las puertas de la sala de verano, con instrucciones estrictas para asegurarse que nadie pueda salir hasta que usted entre y salga.

—Buen hombre, Wilson. —Lord Tremont se dirigió a Robert—. ¿Vamos?

Robert inclinó la cabeza.

—Muéstrenos el camino, milord.

Wilson sostuvo la puerta y entraron en fila. Aparte del músico empacando sus instrumentos, la sala estaba desierta. Siguiendo a Lord Tremont, Robert atravesó el salón de baile con columnas, seguido por Arístide y Lady Tremont, con sus tacones resonando en el suelo de parquet. Los espejos intercalados entre las cuatro paredes reflejaban sus rostros tensos, mientras ellos pasaban rápidamente. Una gota de cera de la lámpara de cristal alcanzó a Robert en el antebrazo. Esquivando un segundo chapoteo, dio un paso rápido hacia la derecha.

Como si sintiera el movimiento repentino, Phoebe se movió. Con un nudo en la garganta, Robert se atrevió a mirar hacia abajo. Cuando llegó por primera vez, la vislumbró desde el salón de baile. A pesar de su máscara y de la amplitud de un salón de baile abarrotado entre ellos, la había reconocido nada más de verla. Incluso observarla bailar un vals, en brazos de su prometido, había puesto a prueba su fortaleza. La reunión en el balcón no había sido del todo planeada. Había buscado refugio allí para aclarar su mente, antes de acercarse a ella. Una vez que salió, estaba demasiado oscuro para distinguirla en detalle. Ahora, bajo la brillante luz de las velas amontonadas, por primera vez, en seis años, la veía a plena vista. Ella no había cambiado, en realidad no. Su rostro era el mismo óvalo perfecto que el miniaturista había capturado con tanta astucia, su tez era más pálida de lo que recordaba, pero cada pizca de su suavidad era como un pétalo. Su boca en forma de arco parecía tan deliciosa y besable, tal como él la recordaba. Así mismo, sus pómulos tenían los mismos arcos altos y su barbilla era algo menos redondeada. La única diferencia perceptible era su cabello. Los rizos recortados habían crecido hasta convertirse en ondas, que le llegaban hasta la cintura y se deslizaban sobre su antebrazo, como una madeja de seda color trigo.

Lady Tremont se acercó detrás de él y siseó:

—No puedo imaginar dónde ni cómo te has estado escondiendo estos últimos años, pero una vez que dejes a mi hija en el suelo, nunca más volverás a poner tus patas sobre ella.

Bajando la voz a un susurro, él replicó:

—Eso lo decide Phoebe.

Un par de lacayos montaban guardia delante del comedor. Risas y conversaciones colectivas se filtraron desde las puertas enrejadas. Robert había sido huésped suficientes veces como para tener un recuerdo básico del interior, y recordaba cierta puerta lateral, utilizada por los sirvientes para moverse sin ser vistos ni oídos, entre las habitaciones públicas y privadas. Lord Tremont se dirigió hacia allí. Agarrando una vela de un candelabro de pared, atravesó el pasillo y subió un empinado tramo de escaleras de madera desnuda. Robert lo siguió, muy consciente de las miradas clavadas en su espalda y de las pisadas que seguían sus talones.

Salieron a un pasillo abierto. Una mirada rápida al vestíbulo de azulejos mostró que no había más que los dos lacayos de la familia. Aparentemente, satisfecho que no los observaran, Lord Tremont continuó hacia la puerta arqueada en el extremo opuesto del pasillo. Al llegar allí, buscó dentro de su jubón acolchado y sacó un manojo de llaves. El clic de la cerradura y el crujido de la puerta al abrirse, en medio del silencio, sorprendieron a Robert. Lord Tremont sostuvo la puerta y se apartó para dejarlos entrar. Dejando atrás a Su Señoría, se apresuró con Phoebe para ingresar.

Aparte de los nuevos tapices de cuero repujado, el estudio de Lord Tremont era tal y como Robert lo recordaba: las mismas estanterías que iban del suelo al techo, el sólido escritorio Chippendale con su secante de bayeta verde, y el aroma de los puros, que lo señalaban como el único santuario masculino del lugar. Esta era una casa llena de porcelanas frágiles, muebles delicados y pasteles elegantes. Solo había visto el interior de esta habitación una vez, hace seis años, cuando buscó la mano de Phoebe en matrimonio. La entrevista hombre a hombre había ido mucho mejor de lo que Robert se había atrevido a esperar. Dejando a un lado sus reservas sobre la baja cuna de Robert y su falta de fortuna, Su Señoría les había concedido su bendición para disgusto de su esposa.

Con la esperanza de terminar la velada con un resultado igualmente feliz, Robert cruzó la alfombra turca hasta el sofá tapizado de terciopelo. Se agachó, colocó a Phoebe sobre los cojines y liberó su brazo de debajo de ella. Como si sintiera su retirada, ella se estremeció. Él le quitó el

abrigo y lo usó para cubrir sus hombros desnudos. Cayendo de rodillas, luchó contra una penetrante sensación de pérdida. Aunque la había abrazado brevemente, sus brazos sin carga se sentían abismalmente vacíos.

Inclinándose, acarició la dulce curva de su mejilla, maldiciendo interiormente los miserables callos que le impedían sentir completamente la textura satinada de su piel.

—Phoebe, amor, despierta —la persuadió, deseando que ella levantara los párpados.

Una vez que reviviera, ¿cuáles podrían ser sus sentimientos? Las pocas palabras que había pronunciado, antes de desmayarse, habían sido las de una mujer profundamente conmovida. Una vez recuperada la cordura, ¿podría sentir menos ternura hacia él? Además, él no debía olvidar que ella estaba a punto de comprometerse con otro.

—Hazte a un lado, libertino, y permíteme resucitarla.

Lady Tremont pasó junto a ella y sacó un pequeño frasco del bolsillo oculto de su vestido. Sacó el tapón y Robert se balanceó sobre sus tobillos. El hedor le recordó a huevo podrido, amoníaco y sales aromáticas.

Ella pasó la botella por debajo de la nariz de Phoebe. Ella se despertó, tosiendo, y abrió los ojos de golpe.

—Ya lo has hecho, madre, te lo ruego... —Apartando la botella de un manotazo, se incorporó apoyándose en un codo. Su mirada acuosa se posó en Robert—. ¡Así que no estaba soñando!

Animado, él apoyó las manos en el costado del sofá y se inclinó más cerca.

—No, amor, no lo estabas.

Lady Tremont volteó hacia él y sus faldas rígidas lo rozaron.

—¿Cómo te atreves a dirigirte a mi hija, como si fuera tu prostituta? Ella es lo más parecido a una mujer casada. Ahora, déjanos y procura no volver a oscurecer nuestra puerta.

Robert se puso de pie y la miró fijamente.

—No iré a ninguna parte, no hasta que Phoebe y yo hayamos hablado en privado. —Buscando apoyo, miró a Lord Tremont, pero el padre de Phoebe se había refugiado detrás de su escritorio, y estaba viendo intensamente el pisapapeles de jade que tenía en la palma.

—Eso está fuera de discusión. —Su Señoría resopló.

—¡No! Mamá, no lo está.

Todas las cabezas, incluida la de Robert, se dirigieron hacia Phoebe.

—Ahora déjenlos, todos ustedes. —Ella insistió.

Su intensa mirada se posó en su madre. Podría parecer tan frágil como una flor de invernadero, pero Robert percibió una determinación férrea que ella no había tenido antes.

Arístide se apartó de la pared revestida de madera contra la que había estado recostado y paseó tranquilamente.

—Aún estás en shock, *ma petite*. Deja que aquellos de nosotros, quienes nos preocupamos por tus mejores intereses, te guiemos. —Le lanzó a Robert una mirada asesina.

Phoebe apoyó las piernas en el suelo y se sentó erguida. Alisándose las faldas, levantó la mirada y respondió:

—Gracias por su preocupación, milord, pero no necesito guía.

Un músculo saltó en la mandíbula del francés. Por lo demás, parecía perfectamente sereno.

—Supongo que sería cruel rechazar una reunión tan conmovedora. —Su mirada encapuchada recorrió a Robert—. Siempre que sea para decir adiós, no interferiré más...

Lord Tremont dejó el pisapapeles y se acercó al frente del escritorio.

—Hace seis años que ustedes no se ven. Por mi parte, quiero darle al muchacho la oportunidad de hacer las paces... en privado —expresó, lanzando una mirada significativa a su esposa, que todavía rondaba por allí.

—De verdad, Tremont, yo no...

—Vamos, querida —dijo, tomando firmemente su codo y arrastrándola hacia la puerta. Con una mano en el pomo de latón, volvió a entrar—. Dadas las circunstancias tan inusuales, Bouchart, comprenderás que debo retrasar el anuncio de tu compromiso.

Una mirada tormentosa recibió el pronunciamiento paternal pero, al captar la mirada de Robert, el francés rápidamente armó sus rasgos en una máscara afable.

—Pero, por supuesto, debes hacer lo que mejor te parezca, *mon père*.

Robert le dirigió al padre de Phoebe una mirada de agradecimiento.

—Gracias, señor. Tu fe en mí no resultará desplazada.

Manteniendo un brazo alrededor de su esposa, Lord Tremont lo miró a los ojos con un movimiento de cabeza.

—Espero que no, Bellamy. Te confié a mi hija una vez antes. Intenta hacerlo mejor esta vez, ¿eh?

—Así será, señor.

Bouchart se inclinó y le dio un beso en la frente a Phoebe, pero su gesto demostraba que ella era de su propiedad, lo que hizo que a Robert le hirviera la sangre.

—*Ma petite*, cederé a tus deseos por ahora, pero debes saber que mantengo vigilancia desde el pasillo. Grita y estaré a tu lado en un instante. —Tocó la espada ornamental que tenía a su costado, un palillo de dientes comparado con el sable de Robert, y le lanzó a Robert una mirada de daga, antes de seguir a los padres de Phoebe.

Robert esperó a que la puerta se cerrara detrás de ellos, antes de volver a entrar.

—Bouchart tiene razón en un aspecto... Has tenido un shock.

Hizo una búsqueda superficial en la habitación. Si su memoria no le fallaba, había un armario con bebidas alcohólicas justo... allí. Su mirada se posó en el gabinete de caoba y arce ojo de pájaro, y se dirigió hacia el mismo.

—Nos serviré un brandy —dijo, aunque de los dos, admitió que era él a quien le vendría bien la bebida.

Había esperado que ella se negara (la Phoebe de su memoria no era muy bebedora), pero para su suprema sorpresa, ella asintió.

—Por favor.

La puerta con bisagras se había dejado abierta. Haciendo un rápido inventario de los estantes interiores, localizó lo que parecía ser brandy y dos vasos polvorientos, aunque limpios. Se metió la jarra en el brazo y la llevó junto con los vasos hasta donde Phoebe todavía estaba sentada. Sirvió las bebidas, una pequeña para Phoebe y otra llena para él. Dejó la licorera sobre la mesa auxiliar con superficie de mármol y le entregó el vaso.

Mirándolo por encima del borde, ella comentó:

—Te ha crecido el pelo.

Se dejó caer sobre el cojín junto a ella y su muslo rozó el de ella.

—Y el tuyo también.

Ella se tocó el cabello caído con la mano libre.

—Después de que moriste... apenas me importaba mantenerme al día con la moda.

Al sentir la acusación implícita, Robert se puso rígido.

—Y aún así, tú has logrado conseguir a un lord por marido. —Ciertamente, esa fue una

forma grosera de empezar. Ella no respondió ni él la culpó—. Perdóname. No debí haber...

Los ojos de ella resplandecieron.

—No, no debiste haberlo dicho... Seis años te has mantenido alejado sin decir una palabra, dejando que creyéramos que estabas muerto, y ahora has regresado... ¿Qué esperabas, regresar a casa como un héroe? ¿Y encontrarme enclaustrada como a una monja?

La Phoebe que Robert recordaba nunca había pronunciado un juramento más audaz como: “¡Qué fustán!” o “¡Cosas y plumas!” Más que la leve queja, el comentario de la monja lo desconcertó. Con la mirada dirigida a su boca, sospechó que ella era totalmente capaz de maldecir una raya azul, si era provocada adecuadamente.

Fantaseando con otras actividades más placenteras, a las que podrían dedicarse esos labios de capullo de rosa y esa lengua afilada, él dijo:

—Me conformaría con una sonrisa y un beso.

La mirada de ella se entrecerró.

—Y yo me conformaré con respuestas.

—Es una larga historia —advirtió, tomando un trago de brandy para animarse.

Ella lo miró de reojo.

—Afortunadamente, me encuentro con algo de tiempo.

Robert dejó su vaso a un lado y se armó de valor para repetir el guión que tantas veces había ensayado mentalmente.

—Llegamos a las islas Comoras para reponer agua y productos perecederos. Las islas se encuentran frente a la costa sureste de África, entre el continente y... Madagascar. —Algún día, orando, él podría decir lo último sin sentir náuseas, pero todavía no había llegado a ese punto.

—¡Estoy muy consciente de la ubicación!

Esa brusquedad lo tomó a él por sorpresa. Siguiendo su mirada hacia el globo que descansaba sobre su soporte con patas, Robert se encontró igualmente perdido. La Phoebe de hace seis años apenas había podido localizar Inglaterra en un atlas.

—Las islas son un punto de parada deseable para los barcos, incluidos los que navegan bajo bandera negra —continuó, volteando hacia ella.

—¿Piratas, quieres decir? —Sus ojos se abrieron y él asumió eso como una gran preocupación—. ¿Fuiste atacado?

Él asintió. Con la mitad de la tripulación en tierra, ellos se habían convertido en un objetivo absurdamente fácil.

—Cuando vimos su aproximación, estábamos atrapados. A pesar de nuestra superioridad armamentística, tenían la sorpresa de su lado. Su ataque lateral nos dejó goteando como un pudín. —Ciertamente, un certero disparo en cadena había destrozado el mástil principal y la mayor parte del aparejo—. Abordaron nuestro alcázar y la batalla, aunque librada valientemente, duró poco. El capitán y la mayor parte de la tripulación fueron abatidos en una hora.

Los que tenían menos suerte habían sobrevivido para servir de deporte a sus captores borrachos. Robert daría gustosamente la totalidad de su fortuna, si al hacerlo borrara el recuerdo de esos gritos torturados y, más tarde, el suyo propio.

—¿Te hirieron? —Su mirada se deslizó sobre él, como si buscara posibles patas de palo y apéndices de madera. Afortunadamente para él, ella no podía ni empezar a sospechar de la fea visión que ocultaba su ropa. Debido a lo que le habían hecho, usaría camisón en su lecho matrimonial.

—Estaba confinado en mi camarote con fiebre —admitió, aunque la verdad no lo pintaba como un héroe—. Cuando lograron encontrarme, habían saqueado cualquier cosa de valor y su

sed de sangre estaba disminuyendo junto con la de Madeira y su guardián.

Su agarre sobre el cristal se hizo más fuerte.

—¿Cómo escapaste?

Ahora vino la parte difícil. Robert se preparó para repetir la descarada mentira que había ensayado mentalmente.

—Me escondí cerca de una de las escotillas, esperé a que oscureciera y, una vez que llegó la noche, usé mi capa para llegar a tierra. —En realidad, la siguiente vez que pisó tierra firme, lo hizo como un prisionero con grilletes—. Allí esperé a que llegara a puerto el siguiente barco. Una vez que lo hizo, rogué por un pasaje al continente.

Ella se llevó el vino a los labios con mano temblorosa.

—Gracias al Cielo que te salvaste —lo dijo con sentimiento, el primero en calentar su voz desde que revivió.

Mirándola de cerca, él respondió, asintiendo. Aunque estaban solos, todavía tenían que tocarse más allá de un roce inadvertido de los dedos. Empezaba a preguntarse si lo harían. Ciertamente, había poco de amante en el comportamiento quisquilloso de Phoebe.

Ella bajó el vaso.

—¿Y después?

Robert vaciló por un momento.

—Al final logré llegar a la India —dijo, apegándose a la simple verdad, como si los dos años que pasó como esclavo en una cantera de granito malgache nunca hubieran sucedido. ¡Ojalá hubiera sido así!—. Una vez que llegué a Port William, me enteré que mi puesto había estado ocupado desde entonces, y se creía que yo estaba muerto y ahogado junto con los demás. Mis intentos de entrevistarme con el comandante fueron recibidos con desprecio. En lugar de gastar tiempo y aliento, intentando convencer a mis superiores de que yo era quien decía, lo dejé y tomé un nuevo nombre, Robert Lázaró, y comencé mi entrenamiento marítimo en la compañía con miras a la capitanía.

—¿Cambiate tu nombre? ¿A Lázaró? —ella enfatizó, lanzándole una mirada, como si hubiera añadido una blasfemia a su creciente montón de pecados.

Él se encogió de hombros, con el peso del subterfugio pesando, como antes lo había hecho en el yugo de los esclavos.

—Dadas mis circunstancias, el nombre bíblico parecía apropiado. —Un rápido trago de oporto sirvió para aclarar parte de la emoción que se le espesaba en la garganta—. Alterar mi identidad fue más fácil de lo que piensas. Los objetos de valor y el dinero con los que había navegado fueron robados por los piratas o sacrificados con el barco hundido. Sin siquiera mi paquete de documentos para elogiarme, no tenía medios para probar mi identidad. No pasó mucho tiempo, antes que resolviera que seguir una carrera en el mar, no en tierra, sería el camino más rentable.

El privilegio de dedicarse a un negocio personal había llevado a muchos hombres ambiciosos a servir en el mar a la Compañía de las Indias Orientales. Como capitán de barco, Robert tenía derecho a transportar su propia carga, además de la de la compañía. Las especias y sedas del presente viaje por sí solas deberían ser más que suficientes para poner en orden sus destartaladas finanzas.

Ella golpeó su vaso sobre una mesa con superficie de mármol, derramando un líquido pegajoso.

—¿Qué pasa con mis aspiraciones, mis esperanzas y mis sueños? La mayoría de los cuales perecieron una vez que pensé que estabas muerto.

Entonces, él no había imaginado eso. Ella estaba realmente enojada.

—Había sobrevivido al hundimiento del barco, pero nada había cambiado, en realidad no. Todavía no tenía nada que ofrecerte. —Ni siquiera su vida, que de la noche a la mañana se había convertido en propiedad de otro hombre—. Permanecer muerto, mientras buscaba fortuna, me pareció lo más amable. Me ha costado muchísimo tiempo, pero me he convertido en un hombre rico, tremendamente rico...

No fue una fanfarronada. Cofres de oro y plata, sedas y gemas preciosas, y monedas de la Compañía de las Indias Orientales habían sido su recompensa por frustrar un atentado contra la vida del sultán, su último amo. Su primera adquisición como hombre libre había sido Caleb. Liberar a su amigo todavía le había dejado una riqueza más allá de su imaginación juvenil.

La mirada que ella le dirigió podría haber derretido el hierro.

—¡Qué lindo por ti!

—No para mí sino para nosotros. Me ha tomado un tiempo... muy bueno, muchísimo tiempo, pero, finalmente estoy en condiciones de cuidar de ti como es debido.

Los ojos de ella se oscurecieron, incluso sus pupilas casi borraron los iris de color azul plateado.

—Acaso, ¿parece que necesito que me cuiden?

La muchacha que había dejado atrás había sido a la vez suave y dulcemente dispuesta. La mujer con la que había regresado era espinosa como un puercoespín, y amarga como un ácido fénico. Por lo tanto, su parecido con la Phoebe que había conocido y amado se limitaba a su bella apariencia.

—Solo quise decir que puedo brindarte la vida que te mereces. —Apuró su vaso, y dejándolo a un lado, se pasó el dorso de la mano por la boca, y se quedó helado al ver cómo se curvaba el labio de ella—. ¡Maldita sea! ¿Qué importa dónde he estado o cuánto tiempo, o incluso por qué? ¡Estoy aquí ahora! ¡Estoy aquí para quedarme!

Cansado de esperar, él extendió la mano y tomó su rostro entre sus palmas. Su piel era tan sedosa como la recordaba, pero fría como el mármol. Buscó sus hermosos ojos, pero también eran fríos.

Resuelto a resucitar la luz de sus ojos en ella, añadió:

—Si no crees en nada más, debes saber esto: no hubo un solo día ni una hora de vigilia en la que no pensara en ti.

—¡Ja! —Phoebe se puso de pie—. Dime, en medio de todo eso... pensándolo bien... ¿cómo no pudiste molestarte ni una sola vez en poner la pluma sobre el papel y hacernos saber que estabas vivo?

Él se levantó a su lado y casi volcó la mesa. Aunque ella era alta, él la superaba casi por una cabeza.

—Hice... lo mejor... que pude —dijo entre dientes, pensando en las bolas de papel arrugadas que cubrían el suelo de su camarote. Como por voluntad propia, sus manos tomaron posesión de aquellos hombros. Sus dedos se reafirmaron, hundiéndose en el rico terciopelo de su vestido, pero tomaba más aire con cada pausa—. Nunca he dejado de pensar en ti... o de amarte.

—¡Dejarme llorar por tu muerte no es amor! En el mejor de los casos, estás enamorado de la idea que tengo de mí —ella protestó, apoyó ambas palmas contra su pecho y lo empujó.

Su débil empujón no pudo empezar a moverlo, pero sus duras palabras chocaron contra él con el poder del puñetazo de un pugilista.

—¡Maldita seas mujer! Tenemos una oportunidad de ser felices... una segunda oportunidad, como pocos la reciben. ¿No ves lo endiabladamente raro y extrañamente precioso

que es esto? Realmente, ¿piensas desecharlo todo por el bien de tu orgullo herido?

—¡Mi orgullo! Vaya... engreído, necio y parlanchín... ¡eres un patán insoportablemente egoísta! Tú tomaste tu decisión. ¡Elegiste permanecer muerto! Elegiste no solo por ti sino por todos los que perdimos seis años de luto por ti. Pero, ¡esta vez no te corresponde a ti elegir! Ahora, la elección es mía.

—Phoebe, ¿qué estás diciendo?

Su mirada acerada se encontró con la de él.

—¡Quiero que te vayas! Robert Bellamy o Robert Lázaros, o como sea que te llames, hoy en día, no solo de esta casa sino de Londres. Vuelve a cualquier puerto de escala lejos de aquí, haz tu hogar allá... y olvídate que existo.

—¡No puedes decir eso! —La ira desgarró a Robert.

—¡Oh! Pero, sí puedo y lo hago. —Ella lo fulminó con la mirada. Su ira estaba a la altura de la de él.

De repente, el corcho que él había puesto sobre sus sentimientos explotó.

—En ese caso, permíteme hacerlo memorable. —Sus manos se deslizaron por esos brazos hasta sus muñecas. Antes que ella pudiera alejarse, él las encadenó a sus costados.

—¿Qué crees que estás haciendo? —A ella se le cortó el aliento.

“Humillarte, enseñarte una lección muy necesaria para así reclamar a mi novia”.

Un caballero la habría soltado y se habría marchado, pero Robert ya no lo era. Haciendo caso omiso de su reciente desmayo, la atrajo con fuerza contra él. Como era de esperar, ella luchó, y el maldito esfuerzo hizo que sus senos se irritaran, tocando el pecho de él y reafirmando su virilidad.

—¿No deseas llorar por tu francés? —él se burló, sosteniendo sus banditas sujetas detrás de ella. Sus muñecas eran tan delgadas que solo necesitaba una mano para atárselas.

—No me tientes. Quizás todavía... —Ya ella no tenía frío. Sus mejillas se sonrojaron y sus ojos ardieron.

—Por favor, pídemelo... Agradezco la oportunidad de destriparlo. —Robert dejó escapar una risa triste.

—Lo harás, ¿no? —Desafiante, ella levantó la barbilla—. Haz lo que quieras. No veré a Arístide asesinado porque fui lo suficientemente tonta como para confiarme a tu honor.

—Qué pequeño mártir tan perfecto eres —comentó con ironía, pensando en la escasa noción que ella tenía de lo frágiles que podían ser los seres humanos.

En el pasado la había tratado como si estuviera hecha de porcelana de Dresde, pero esos días pasados ya habían terminado. Ella era una mujer de carne y hueso, su mujer, y él pensaba reclamarla de todas las maneras posibles.

Él inclinó su rostro hacia el de ella.

—Ni se te ocurra mordirme —le advirtió.

—¿Y si lo hago? —Sus ojos brillaron, confirmando que precisamente había contemplado hacer eso.

—Me vería obligado a inclinarte sobre mis rodillas y remar tu bonito trasero hasta que brillara de color rosado.

La perspectiva hizo que le hormigueara la palma de la mano y que su pene se levantara. Los azotes, como deporte en la cama, no eran más que uno de los muchos placeres más oscuros que le habían presentado durante su tiempo fuera. Iniciar a Phoebe en el sensual intercambio de poder y castigo, no se le había ocurrido hasta ahora, pero entonces la imagen que había tenido de ella, en su corazón y mente, había sido de una pureza incomparable. Al conocerla como una

mujer madura, sospechó que tal vez le gustaría inclinarse ante sus botas y tragarle la polla hasta el fondo, ofreciendo su trasero a sus golpes y besos. Pero, por ahora ella tenía una primera lección que aprender, y él quería un beso que debió haber reclamado hace mucho tiempo.

Esos ojos oscuros femeninos la traicionaron, sus pupilas dilatadas casi taparon los iris azules plateados. La poseyera o no, ella deseaba desesperadamente que la besaran, la conquistaran y la reclamaran. Pero, si ella necesitaba fingir fuerza, Robert estaba encantado de complacerla. Apostaría su barco y todos sus bienes a que debajo de los pliegues de la pesada tela, sus pezones estaban duros y su sexo permanecía húmedo. Ella tampoco estaba sola en su excitación. Esa virilidad endurecida presionaba tensamente contra la parte delantera de su pantalón. Sus bolas se sentían apretadas y tiernas, pesadas y doloridas. Durante unos tensos segundos, el deseo primordial de enfundarse dentro de ella y reclamarla verdaderamente como suya, casi eclipsó toda moralidad o razón. Pero, a pesar de años viviendo menos como un hombre y más como una bestia, él no era un violador. Él nunca había tomado a una mujer por la fuerza, y no pretendía comenzar con la que amaba para convertirla en una prostituta de la nobleza.

El rostro de Phoebe estaba a un pelo del suyo, tan cerca que podía sentir el roce de su aliento.

—¿No te atreverás?

La pregunta olía a desafío. Al verlo de esa manera, Robert sonrió por primera vez desde que ella se desmayó.

—Pruébame...

Más confiada, ella lo miró como si lo viera por primera vez.

—¡Eres un animal!

Robert no lo negó. Pasando su boca por su oreja, bajó la voz a un susurro y preguntó:

—¿Quieres que te muestre lo bestia que puedo ser?

Mordió ligeramente su lóbulo.

Phoebe se estremeció. Se le cortó el aliento. Probablemente, ella se había armado de valor para soportar un ataque rápido y brutal. De ser así, se encontraría profundamente equivocada. En lugar de eso, él se tomaría su tiempo, mordisqueando besos, a lo largo de la oreja de ella, la línea de su mandíbula y el punto del pulso, golpeando el costado de su garganta parecida a la de un cisne, la misma que había inspirado el cambio de nombre de su barco.

Como ella volteó su cara hacia la de él, entonces, él unió su boca a la de ella. Sabía el licor que había bebido y los confites con sabor a limón, que él de repente recordó que le gustaban. Hambriento, pasó su lengua por la comisura de sus labios apretados, instándola a que le concediera su recompensa.

Otra inhalación brusca y la relajación de su cuerpo señalaron su rendición.

Los labios hambrientos que se abrieron, ante los suyos, ya no eran los de una muchacha adorablemente torpe sino los de una mujer acostumbrada a besar. Su pérdida de inocencia lo indignó y excitó al mismo tiempo. Los castos abrazos con los que se había satisfecho hace seis años pertenecían a otra vida.

Como ella lo había acusado de ser un pirata, él poseía, atacaba y saqueaba. Ella peleó contra él, aunque él no esperaba lo contrario. Sus lenguas se encontraron, lucharon y se fusionaron. Robert entrelazó la suya con la de ella, impulsándola con fuerza. Su total sumisión, nada menos sería suficiente. Con su mano libre, hundió los dedos codiciosos en su cabello, juntando la gruesa seda en un puño. Él tiró, empujando su cabeza hacia atrás y sus senos y pelvis quedaron sobresaliendo hacia adelante. Sosteniéndola contra su cuerpo, bebió cada aliento, y

gimió, como una vez que había bebido agua, alimentándose de su lujuria, llena de miedo, como un hombre hambriento podría disfrutar de un festín. Siendo insaciable, se llevó a la boca el fruto magullado de su labio inferior, succionando la delicada carne, saboreando la dulzura cruda y picante.

Levantando sus labios de los de ella, la miró a los ojos de párpados pesados.

—Dime que todavía piensas casarte con tu francés.

Tan pronto como salieron las palabras, reconoció que pronunciarlas había sido un enorme error. Phoebe se convirtió en una piedra en sus brazos.

—Dada mi edad y mi historia, me considero afortunada que él me aceptara. Después de todo lo que ha ocurrido esta noche, solo espero que todavía lo haga.

Al captar el temblor de su voz, Robert dejó caer las manos. Por muy madura que ella fuera, nunca antes la había besado así ni Bouchart, ni ningún otro hombre. Robert estaba seguro de ello. Temiendo que volviera a desmayarse, le puso una mano en el brazo, pensando en llevarla de vuelta al sofá.

Ella se lo quitó de encima y esta vez él no la presionó.

—No te atrevas a volver a ponerme las manos encima.

Al observar el cabello enredado que caía sobre sus hombros, los ojos oscurecidos y los labios hinchados por el beso, admitió que nunca la había visto más hermosa... o tan enojada.

—Ahórrame tu hipocresía. Querías esto tanto como yo. Aún lo quieres. Todavía me quieres. ¡No! Querer es una palabra demasiado insignificante. ¡Me anhelas!

Apenas vio venir el golpe. Phoebe tiró hacia atrás y lo golpeó... fuertemente. Su mano cantó sobre su mejilla. Sus uñas, aunque ya no estaban mordidas hasta el fondo, afortunadamente habían sido cortadas. Enfocando sus ojos llorosos en ella, vio las lágrimas cubriendo sus pestañas inferiores. Ella estaba a punto de romperse, aunque no de la manera que él quisiera.

—Ojalá nunca hubieras regresado —lo dijo con un profundo sentimiento, retrocediendo, como si esperara que él le devolviera el golpe.

La insignificante violencia le trajo el beneficio de poder aclararle la mente.

—Tenga cuidado con lo que usted desea, milady. Puede que te arrepientas del día en que se te conceda tu deseo... como a mí me sucedió...

Capítulo tres

Los labios de Robert, los mismos labios que habían saqueado los de Phoebe hace apenas unos momentos, se curvaron en una sonrisa exasperantemente satisfecha.

—Por ahora, le deseo buenas noches, milady. —Dando un paso atrás, le ofreció una breve reverencia. El brillo en su mirada se burló de la cortesía.

Incluso ahora, después de todos los años y el dolor que había entre ellos, ella no podía mirarlo sin recordar lo bueno que había sido alguna vez abrazarlo y ser abrazada por él, cuán perfectamente su cabeza se había apoyado contra su pecho, casi como si fueran mitades gemelas de una caja china de rompecabezas, que solo cuando encajaban formaban un todo.

Giró sobre sus talones para irse, con un movimiento brusco, nítido y eficiente, casi militar. Phoebe observó su partida con una furia muda. Unos pasos arrogantes lo llevaron hasta la puerta del estudio. La abrió y salió. Rápidamente, ella dio la vuelta para que Arístide o su madre no la vieran, como solo podía imaginar que debía verse, sonrojada y temblorosa, con una mejilla sellada con la marca de la barba de un día de Robert.

Desde el pasillo llegó hasta ella la voz elevada de Arístide.

—Usted se ha despedido y ahora no tiene motivos para volver. No te acerques nunca más a mi prometida.

Phoebe apretó los puños y clavó deliberadamente las uñas en las palmas. La violencia mezquina era lo mínimo que se merecía. Si bien, ella no se había portado mejor que una ramera común, Arístide había hecho guardia, tal como lo prometió. Esa muestra de lealtad le provocó una punzada de culpa. Aunque su prometido no era el más constante de los amantes, al menos cumplía sus promesas, a diferencia de su irresponsable ex prometido.

La voz de Robert ascendió para dar una réplica.

—Hasta que ella sea tu novia en verdad, la veré como quiera. Manténgase alejado de mi camino, francés, o prepárese para responder por las consecuencias.

La amenaza implícita hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Phoebe, porque ahora comprendió que el sable que llevaba Robert no era un disfraz, como cualquier otro artículo que llevara consigo. Teniendo en cuenta la vida pícara que había llevado, sospechaba que la espada estaba sazonada con la sangre de más de una víctima que se había cruzado con él. Debía advertir a Arístide que tuviera cuidado, debía...

Lo primero que debía hacer era volver al sentido y a la razón. El autocontrol había sido su estrella guía durante los últimos seis años. Seguirlo le había servido de mucho. No más reuniones clandestinas en los laberintos de jardines iluminados por la luna, no más compromisos impetuosos hechos únicamente por amor. Había guardado esa parte de sí misma, como había hecho con su vestido de novia y su porcelana nupcial, ambos envueltos en algodón y enterrados en el fondo de su baúl nupcial. O había supuesto eso.

Pasándose un dedo por su tierno labio inferior, ella se dejó caer en el sofá. Su beso y su rendición parecían haberla alimentado de alguna manera, frenando su ira y fortaleciendo su resolución. En cambio, se sentía vacía y agotada, deshuesada como una anguila y sin apenas más ingenio ni voluntad. Por desgracia, su jactancia que ella lo deseaba y lo ansiaba, no era una fanfarronería infundada. ¡Era la verdad! El beso que le había robado no había sido sustraído en absoluto. Bajando la mano, notó el leve hematoma que le aparecía en el hueso de la muñeca derecha y buscó respirar para calmarse. Aunque preferiría devorar tierra, antes que admitir que

cuando él le ató las manos, eso había atraído a una parte primitiva de ella. Del mismo modo, él tirando de su cabeza hacia atrás, obligándola a inclinarse, no solo ante su cuerpo, sino también ante su voluntad, la había hecho palpar de anhelo.

Pero incluso cuando los besos que le robaban el aliento y el tacto dominante de Robert habían avivado sus deseos acumulados hasta darles vida, ella se había sentido vacía y sin anclajes. Más vacía incluso que el día que recibió la noticia que The Phoenix y Robert estaban perdidos. Durante seis años, estaba segura de su dolor, y por haber conocido un amor puro y perfecto. Ahora, se dio cuenta que todo esto había sido una gran mentira.

El recuerdo de ese hombre, que ella había apreciado y mantenido vivo en su corazón, todos estos años, ya no existía. El pirata que había regresado en su lugar tal vez no fuera un espectro, pero sin duda era un extraño.

Uno muy peligroso al que haría bien en evitar.

¡Oh! Ella sabía que sus ojos color ámbar se oscurecían hasta convertirse en un marrón bruñido, cada vez que su temperamento o sus pasiones se despertaban. Que su cabello crecía desde sus sienes en suaves ondas. Que cuando reflexionaba sobre un rompecabezas era propenso a mover la rodilla y jugar con su reloj. Pero más allá de esos pequeños y bastante intrascendentes detalles, ella no lo conocía, no realmente, no de ninguna manera que importara. El aventurero bronceado por el sol, que había entrado pavoneándose en su vida, podía tener el aspecto, los modales e incluso el olor de Robert, pero en todos los aspectos más importantes, seguía siendo un extraño.

Como una astilla que se deja pudrir, la ira salió a la superficie y con ella una desgarradora sensación de traición. ¿Qué tan calloso debía ser para haber seguido su vida de marinero, durante seis años, mientras en Inglaterra todos los que lo amaban lo creían muerto?

Cogió su vaso casi olvidado y bebió el resto del brandy, como si fuera agua. Con la garganta ardiendo, se pasó una mano por los labios adoloridos. Robert Bellamy le había robado seis años de su vida. ¡Seis años! Y no fueron seis años cualquiera, sino los que comúnmente se consideran la mejor edad de una mujer. A los ojos de la sociedad, una mujer era valorada a la par de una barra de pan o una jarra de crema, un bien perecedero que debía enmohecerse o agriarse con el tiempo, mientras que se consideraba que un hombre envejecía como un buen vino. Antes que apareciera Arístide, ella era considerada como una marginada, casi una solterona.

Phoebe levantó la mano y arrancó el relicario de su garganta. Su mano se cerró en un puño y su brazo temblaba por la fuerza de su furia. A partir de ahora, en este mismo momento, había terminado de llorar, por lo que pudo haber sido y de esperar para vivir su vida, pero el presente no se encontraba a la altura de la perfección color rosa del pasado. Para demostrarlo, se movió hacia atrás y arrojó su antiguo tesoro al otro lado de la habitación.

Por culpa de Robert Bellamy, había desperdiciado seis años. Que la condenaran si le daba a ese libertino un maldito día más.

*** **

En el transcurso de los últimos seis años, Robert había fantaseado muchas veces con su reencuentro con Phoebe, tan a menudo que a veces sentía, como si lo hubiera vivido. Un Ulises moderno regresaría a Inglaterra, joven, pero sabio, experimentado, pero íntegro. Al igual que Penélope, la devota esposa del mítico guerrero griego, Phoebe habría mantenido a raya a todos sus posibles pretendientes. Mientras esperaba, se ponía uno de sus sencillos vestidos pálidos y sus mechones dorados y cortados se agitaban con la más mínima brisa primaveral. Un suave sol inglés brillaría benignamente sobre ellos y una franja de césped, bien cuidado, sería su única

separación. Al sentir su mirada sobre su mujer, ella levantaría la vista en el mismo momento en que él salía de detrás de un grupo de árboles, un seto o algún follaje convenientemente oculto. Sus miradas se conectarían y chocarían. Segundos después, ella se levantaría la falda y volaría hacia él. Se encontrarían en medio de todo ese paisaje fresco y exuberante, y ella se lanzaría a sus brazos, ya abierta para abrazarlo. Se besarían, un beso que pondría fin a todos los besos, y cuando finalmente se separaran, quedarían riéndose, sin aliento y mareados por la gratitud. Él la levantaría contra su pecho y los balancearía a ambos, dando vueltas y más vueltas, hasta que no hubiera forma de saber donde la tierra se detuvo y el cielo comenzó.

El reciente episodio interno había demostrado lo muy alejada que estaba la realidad de la fantasía. Y, sin embargo, esa respuesta a su beso le dio la esperanza que ella podría recuperarse. Al menos, su reaparición improvisada había impedido cualquier anuncio de matrimonio. No tenía forma de medir cuánto tiempo le había dejado esta noche, pero tenía la intención de aprovechar cada precioso minuto para darle el uso más potente.

Al salir de la casa de Tremont, observó que la mayoría de los carruajes de invitados no se habían movido. Como cuervos que picotean carroña, la alta sociedad permanecería el mayor tiempo posible, alimentándose del succulento escándalo de un compromiso no anunciado. Robert no tenía estómago para eso. Desenganchó su caballo del poste y admitió que, aunque había logrado posponer el compromiso de Phoebe, todavía estaba lejos de verlo roto. Sin embargo, esta noche no pudo hacer más. Podría decirse que ya había hecho más que suficiente. Su trato brusco había cruzado una línea, dándole a Phoebe más motivos para verlo como un pícaro y tramposo. No obstante, por el contrario, Bouchart había mantenido el porte de un caballero consumado, comportándose impecablemente durante todo el interludio. Al imponerse a Phoebe, ¿le había hecho el juego al francés?

Furioso consigo mismo, subió a la silla y se dirigió a Berkley Square, mientras la ira desdibujaba las ordenadas calles arboladas de Mayfair, las casas adosadas de estilo clásico y las elegantes tiendas de Mayfair. La tentación de buscar una taberna y emborracharse era enorme. Resistiéndose, siguió adelante. Antes de hacer cualquier cosa, incluso decidir si el remedio para lo que le aquejaba era brandy o ron, había otra persona a quien necesitaba comunicarle su regreso: a su hermana, Chelsea.

Chelsea y su esposo, Anthony Grenville, vizconde de Montrose, se hospedaban en el número 12 de Berkley Square, una vivienda de una terraza de estilo palladiano, revestida de estuco rosa y cercada con herrajes negros, al igual que las demás casas. Por primera vez, se le ocurrió preguntarse por qué no los había visto en el baile. Incluso enmascarada, los extravagantes rizos color fuego de Chelsea habrían hecho imposible pasarla por alto. Seguramente, vecinos cercanos de tan alto rango habrían estado en la lista de invitados de Lady Tremont, incluso si la vizcondesa tuviera la mancha de tenerlo como hermano. Por otra parte, Anthony alguna vez había estado comprometido con Phoebe. Aunque poner fin a su compromiso había sido una elección mutua, a los ojos de Lady Tremont su hija había sido abandonada.

La luz brillaba desde una ventana del segundo piso. Por lo demás, la casa parecía estar a oscuras. Agradecido por la profusión de farolas, algo que no ocurre en las zonas más pequeñas de la ciudad, Robert desmontó, ató su caballo al poste y cruzó hasta la residencia cerrada. Entró, las bisagras bien engrasadas se abrieron casi sin hacer ruido, y siguió el camino de piedra que dividía en dos el trozo de césped bien cuidado conocido como “el área”. Una esbelta escalera de mármol conducía a la fachada iluminada por ventiladores. Al avanzar, las dudas lo asaltaron. Un hombre más sabio habría reprimido su impaciencia y habría esperado hasta la mañana, pero si Chelsea supiera que estaba vivo, a través de un tercero, nunca se lo perdonaría. Estaba seguro

que ella no lo haría. Resuelto, cogió la aldaba de latón con forma de piña, emblema internacional de la hospitalidad. Con la esperanza de encontrar ese sentimiento tan bienvenido en su interior, la derribó con fuerza.

Una ráfaga de golpes sólidos hizo que la puerta finalmente se abriera. Un larguirucho criado de mediana edad apareció en el umbral, vestido con un gorro de dormir caído, una bata de algodón a rayas y con el rostro de alguien que ha sido despertado bruscamente. Sosteniendo una vela en alto, miró a Robert por encima de su incipiente llama.

Animado al ver un rostro familiar, Robert extendió la mano y agarró el hombro huesudo del mayordomo.

—Chambers... viejo, eres un regalo para la vista. Usted se ve espléndido. —De hecho, el mayordomo parecía haber perdido una buena década.

Chambers bajó la mirada hacia el sable que colgaba del costado de Robert y su mirada turbia se desplomó.

—Mi padre se retiró a Bath hace casi cinco años —dijo con un tono tembloroso.

“¿Chambers Junior?” Robert retiró la mano. Hasta ahora había supuesto que el hombre que lo observó por la mirilla, lo reconoció, y por eso abrió la puerta. Al ver que no era así, tomó nota mental de hablar con su cuñado sobre el débil estado de seguridad de su casa. Montrose podría haber elegido jugar rápido y relajado con su vida, en sus días de soltero, pero ahora tenía que considerar a Chelsea y a los gemelos. Por el bien de ellos y sino por el suyo propio, el vizconde tenía el deber de ser más cuidadoso.

—Le ruego que le transmita mis saludos en mi próxima visita. Y ocúpate que en el futuro aproveches mejor esa mirilla —expresó, señalando con la barbilla a la pequeña abertura situada encima de la aldaba, y acariciando deliberadamente la empuñadura del sable—. Por lo que sé... podría ser un asesino, a sangre fría, que los asesinaría a todos en sus camas...

La declaración tuvo el efecto deseado. La mano que agarraba la vela empezó a temblar como un barco con las velas al viento, haciendo que la vela se balanceara.

—Lord y Lady Montrose están en la cama. Si usted quiere... dejar su tarjeta, estaré encantado de presentártela mañana por la mañana.

—¿Dejar mi tarjeta? ¡Eso sería como viruela! —La mandíbula abierta del mayordomo le recordó a Robert que sus groseros modales de marinero no servirían en Londres. Modulando su postura, agregó—, le aseguro que Su Señoría me recibirá a pesar de la hora. Soy su pariente recién regresado del extranjero...

No llegó a reclamar parentesco como hermano. El desastroso reencuentro con Phoebe había sacudido su fe, haciéndolo cauteloso a la hora de suponer que su regreso sería recibido como una buena noticia.

—¿Q-qué... nombre debo dar?

Robert lo pensó por un momento.

—Dígale que Sir Robin la espera. —No había invocado el sobrenombre de su infancia desde que dejó Inglaterra. Decirlo en voz alta le pareció a la vez extraño y agri dulce.

—Muy bien señor. —Con el brazo libre, el mayordomo se fue hacia atrás y buscó a tientas el pomo.

Forzar su entrada habría sido un juego de niños, pero Robert se contuvo y permitió que la puerta se cerrara en sus narices. Desde adentro, un rayo lo impactó. El tardío gesto de precaución le hizo negar con la cabeza. Moviéndose de un pie a otro, esperó. Los minutos pasaban. Una campana de la iglesia repicó una sola vez.

Desde cerca, un vigilante nocturno habló con voz oxidada y ligeramente arrastrada:

—La una en punto y todo está bien.

Aunque estaba bien iluminado, el elegante caserío seguía siendo sorprendentemente vulnerable. Conociendo de primera mano los peligros de bajar la guardia, Robert maldijo en voz baja. Para demostrar su punto, consideró dejar su puesto e intentar trabajar como comerciante. Apostaría la mitad de su carga personal a que habían dejado abierta la puerta. Antes que pudiera confirmarlo con certeza, la puerta se volvió a abrir.

—Su Señoría lo recibirá. —Temblando levemente, el mayordomo dio un paso atrás para dejar espacio a Robert para que entrara.

Robert entró en la silenciosa casa. Se habían encendido varias lámparas. Agradecido por su tranquilizador brillo, siguió al hombre a través del vestíbulo hasta un salón lateral bien equipado. Las cortinas de brocado que llegaban hasta el suelo estaban cerradas para protegerse de la noche. Un sofá y varias sillas estaban dispuestos en un amable semicírculo. Ubicada al otro lado de la habitación, una mesa de ajedrez con un tablero pintado mostraba una partida en mitad del juego. Un piano ocupaba un lugar de honor, en el centro de la habitación, con una rama de velas encendidas encima. Consciente que el mayordomo se alejaba, Robert se acercó al instrumento y levantó el estuche. La música oriental utilizaba una variedad de instrumentos de cuerda, percusión y viento, pero nada con teclado. No había visto un piano en los seis años que llevaba fuera. Entonces Montrose se encontraba en plena renovación. La habitación actual era un caos de polvo de yeso y andamios, y los muebles estaban enterrados bajo las mantas holandesas, lo cual era otro recordatorio de cuánto se había alterado todo en su ausencia.

Los crujidos en el pasillo lo hicieron dar vueltas.

—¡Chelsea!

Su hermana estaba en la puerta con una mano tapándose la boca. Unos rizos cobrizos revueltos caían sobre sus hombros. El color rojizo se apoderó de sus mejillas. Una bata de seda, obviamente puesta con prisa, se aferraba al oleaje a mitad de la deriva. Esto último respondió a su pregunta anterior de por qué no había estado en el baile de compromiso.

“¡Volveré a ser tío!”

Su mano se apartó de su rostro.

—¡Maldita sea! Eres tú... —dijo, con los ojos brillantes.

Montrose se materializó a su lado, metiéndose los faldones de la camisa. Al ver a Robert, su aristocrática mandíbula cayó.

—¡Cielos! Bellamy, ¿realmente puedes ser tú? —preguntó, rodeando con un brazo protector la engrosada cintura de su esposa.

—Este soy yo. —Robert caminó hacia ellos. Dirigiendo su mirada a Chelsea, preguntó—, ¿puede un hermano pródigo esperar un abrazo?

Con una sonrisa temblorosa, él estiró los brazos.

—¡Oh! Robert, había esperado y rezado... aún así... —Ella se tambaleó, poniendo los ojos en blanco.

Anthony la atrapó antes que cayera al suelo.

Al observarlo, Robert admitió que no podía hacer nada. Por segunda vez en tantas horas, había derribado al suelo a una mujer que amaba.

*** **

Acostado en la cama de una de las habitaciones de invitados, a Robert no le sorprendió escuchar un suave golpe en la puerta.

—¿Psst, Robert? ¿Estás despierto?

Se incorporó de golpe y agarró su camisa, que se había quitado al retirarse, pero que, como siempre, mantenía al alcance de la mano. Se la pasó por la cabeza y rápidamente abrochó los botones.

—No, estoy profundamente dormido. Apagado como una luz... Por supuesto que estoy despierto. ¡No seas un ganso! Adelante.

La puerta se abrió y Chelsea, con la vela en la mano, entró. Cerrando la puerta detrás de ella, admitió:

—No podía dormir. Mi mente está llena de emoción y preguntas...

—Las responderé todas —mintió, moviéndose para hacer espacio en el colchón—. Siempre que prometas no volver a desmayarte.

Dejó la vela sobre la mesa de la lámpara y se tumbó en la cama.

—Es el bebé. La mayoría de los días soy una regadera mareada. Anthony ha sido un santo al aguantarme.

Robert resopló. Antes de casarse con Chelsea, Anthony era conocido como uno de los libertinos más notorios de Londres y con razón. ¿El amor y el matrimonio lo habían transformado tan completamente? Por el bien del Chelsea, así lo esperaba Robert.

—Los libertinos reformados realmente son los mejores maridos —ella replicó, como si leyera su mente. Dado lo cerca que estaban, Robert consideró que eso era completamente posible.

Después que un accidente de carruaje cobrara la vida de sus padres, solo se tenían el uno al otro. Cuando su locura juvenil lo llevó a ser capturado por unos secuestradores, Chelsea decidió hacer todo lo necesario para recaudar su rescate, incluyendo un robo en la carretera. Aunque asaltar al conductor de Montrose había acertado considerablemente la carrera criminal de ella. A pesar que Anthony estaba comprometido con Phoebe, había echado un vistazo a la delincuente de pelo vistoso, y se había enamorado de ella. Cuando el mismo bribón que tenía a Robert también secuestró a Phoebe, él pronto se encontró enamorado perdidamente de ella de la misma manera. Como en una comedia de Shakespeare, los enredos románticos se habían arreglado para la felicidad suprema de todas las partes... o eso parecía.

El rostro de Chelsea, más radiante que cualquier vela, proclamaba que era una esposa satisfecha.

—La vida matrimonial debe estar de acuerdo contigo —admitió—. Estás más hermosa que nunca.

Ella soltó una carcajada.

—De momento solo sé que me siento grande como una casa. Tú, en cambio, parece como si hubieras perdido una piedra. —Moviéndose para mirarlo, ella señaló con un dedo cerca de su vientre.

Él se recostó contra la cabecera. Dos años de esclavitud en la cantera de granito habían eliminado todo lo que fuera blando o sobrante de él, reafirmando su voluntad de sobrevivir junto con su cuerpo.

—Ten en cuenta que no dejes que Caleb te escuche decir eso. Está muy orgulloso de haberme ayudado a engordar. —Fue gracias al régimen de hierbas fortalecedoras de Caleb que Robert ya no podía contar sus costillas ni sentir las protuberancias de sus vértebras, cuando yacía en cama.

—¿Quién es Caleb?

Él dudó. ¿Cómo explicar la complejidad de su relación en términos que su hermana inglesa pudiera entenderla?

—Caleb es mi sirviente, aunque nuestra relación es más compleja que eso. Estamos vinculados de una manera que ningún amo y sirviente europeo estaría jamás. Le salvé la vida y ahora él insiste en que me pertenece. Por si sirve de algo, lo considero un amigo, casi un hermano.

Ella extendió su mano y apretó la de su hermano.

—Estoy deseando conocerlo. Por el momento, me perdonarás si parece que no puedo pensar mucho más allá de mi próxima comida. Ven abajo conmigo y asaltaremos la despensa como hacíamos, cuando éramos niños. Puedes regalarme tus aventuras —expuso, como si hablar de sus viajes y tribulaciones fuera una especie de incentivo.

Por el contrario, Robert esperaba posponer el inevitable interrogatorio al menos hasta el día siguiente.

—¿Anthony no me cortará la cabeza por mantenerte despierta?

Ya de pie, ella se rió.

—No, si le digo que todo fue idea mía, lo cual resulta ser la verdad. En esta etapa, solo duermo por ratos. El pobre hombre solo puede beneficiarse de unas pocas horas de libertad de mis vueltas y vueltas.

A pesar de estar casados durante siete años y tener gemelos, Chelsea y Montrose aún debían compartir la cama. La mayoría de las parejas de su clase dormían separadas y un vestidor contiguo servía como portal discreto para las visitas conyugales. Una vez, Robert dio por sentado que Phoebe y él disfrutarían de una unión igualmente apasionada y poco convencional. Ahora ya no estaba tan seguro.

Se metió los faldones de la camisa y la siguió hasta la puerta.

—Muy bien, muéstrame el camino.

Como los niños abandonados que alguna vez fueron, caminaron de puntillas por el pasillo de servicio. Luego, unas empinadas escaleras traseras los llevaron al sótano, que era un espacio sobrio y ordenado con suelo de losa y paredes de yeso liso. Pocas damas de rango se dignarían a entrar en esta humilde zona de la casa, pero Chelsea siempre había acatado sus propias reglas, no las de la sociedad. Navegó bajo el laberinto de techos con la seguridad de sus pies guiándolos a través de la cocina, la lavandería, la despensa de porcelana, la despensa y, por último, hasta la cocina.

—Siéntate. —Se acercó a la caja fuerte de la carne y le indicó con un gesto que fuera a la mesa de pino rodeada de bancos sin respaldo, pero Robert se mantuvo de pie.

—Me perdonarás si no me apetece que mi hermana embarazada me atienda.

Haciendo caso omiso de su orden, él encontró la caja de pedernal y se puso a trabajar para resucitar el fuego. El salón y otras habitaciones dependían del carbón para calentarse, pero la cocina de Chelsea seguía la tradición culinaria inglesa de cocinar con leña. Aunque en oriente, él no tenía muchas ocasiones de hacer fuego, apenas había olvidado cómo hacerlo. Pronto encendió un alegre fuego y puso a calentar la tetera en la hornilla.

Algún tiempo después se sentaron uno frente a la otra. Las migajas eran lo único que quedaba de su banquete improvisado de queso Stilton, pan crujiente de campo y rosbif en rodajas finas. Robert no había pensado que tuviera hambre, pero una vez que le sirvieron la colación fría, se acurrucó, como si estuviera muerto de hambre. Después de años de ausencia, la sencilla comida inglesa era la ambrosía.

Con las manos entrelazadas alrededor de su taza de barro, Chelsea suspiró.

—Cuando uno de los niños está enfermo o le están saliendo los dientes, suelo venir aquí tarde por la noche y prepararme una taza de té.

—Daphne y Tony están bien, ¿espero? —preguntó, sacudiéndose las manos encima de los pantalones.

Su sobrino y su sobrina gemelos debían estar cerca de los siete años. Cuando se fue, eran niños en brazos. Y ahora había un tercer hijo en camino. Una vez más recordó cuánto se había perdido.

Una sonrisa radiante respondió a su pregunta vacilante.

—Me recuerdan a ti y a mí cuando éramos niños. Daphne prefiere jugar con ranas que con muñecas. Tony le permite intimidarlo terriblemente, aunque ella es la mayor por apenas unos minutos.

—Si me permites, mañana por la mañana, echaré un vistazo a la guardería.

—Los verás en el desayuno. Además en el almuerzo, los niños comen con nosotros. Me gusta tener a mi familia cerca —expresó con un guiño—. Pero, fíjate en que sigo hablando como un ama de casa gorda y feliz, cuando es de ti de quien quiero saberlo todo. ¿Cómo te has comportado todos estos años? ¿Dónde estabas?

No esperaba que su indulto durara indefinidamente. Aún así, él estaba tenso, anticipando todas las preguntas que vendrían.

—Calcuta, Bombay, Ceilán, partes de Arabia, ¡ah! Y un viaje a Cantón. —Como era de esperarse, sus cejas se dispararon hasta la línea del cabello. Ocultando una sonrisa, añadió—, soy capitán de la Honorable Compañía de las Indias Orientales.

Ella le dedicó una sonrisa.

—Eso explica el bronceado al sol, el arete y ese alfanje de aspecto espantoso que te vi usando antes.

—En parte... —Trabajar en la cantera de granito le había endurecido la piel en más de un sentido. Cuando se encontró libre, tenía un color marrón baya y estaba acostumbrado a quemarse.

—Mi nave, The Swan, está atracada en Blackwall —dijo y, a pesar de lo abismal que habían ido las cosas con Phoebe, sintió que se le hinchaba el pecho—. Es una gran dama, dorada y adornada, aunque probablemente le quede solo un viaje más por delante.

Un barco de las Indias Orientales normalmente hacía cuatro, no más de cinco, viajes, y The Swan estaba construido con roble inglés, no con la madera de teca de Bombay que ofrecía una vida útil más larga, pero que también le hubiera prohibido atracar en un muelle de Londres. Descargar la carga y supervisar su transporte a los almacenes de la compañía en Cutler Street ocuparía los siguientes días, y luego el barco requeriría una revisión exhaustiva, antes de emprender el viaje de regreso a la India. Que lo hiciera con o sin Robert al mando dependía de Phoebe.

—¿Me atrevo a esperar que eso signifique que te quedarás?

—Eso depende más de Phoebe. —Su mirada se desvió.

—¿La has visto entonces? —preguntó mientras su sonrisa se desvanecía.

Él asintió.

—Lo hice. Llegué a ti directamente después de su baile de compromiso. Parece que elegí un momento terriblemente inconveniente para volver de entre los muertos —expuso, incapaz de evitar la amargura en su voz.

Ella dejó su taza con un suspiro.

—No la juzgues con demasiada dureza. Ella lloró por ti durante... mucho tiempo. Se vistió con crepé negro y bombasí durante todo un año, como si en verdad fuera tu viuda. Hubo momentos en los que temimos que se quitara la vida.

“¿Suicidio, seguro que no!” Él se enderezó de golpe en su asiento.

—Cielos, ella no intentó...

—La estamos observando de cerca.

Su mirada se desvió hacia el brazalete de marfil tallado que llevaba en la muñeca izquierda. Al darle vueltas distraídamente, se encontró confiado.

—Mientras estaba... fuera, la determinación de encontrar el camino a casa con ella fue todo lo que me sostuvo. Más que el agua contaminada o la carne llena de gusanos, fue esa esperanza lo que me mantuvo con vida.

Ella se acercó a la mesa y le tomó la mano.

—¿Le has dicho eso?

—Nuestra privacidad fue limitada. —Pensando en Bouchart merodeando por el pasillo, cogió su cuchillo y lo clavó en lo que quedaba del trozo de queso—. Cuéntame más sobre este francés. ¿Será que ella lo ama?

Ella dudó.

—Amor es una palabra muy fuerte. Creo que ella le tiene cariño. En muchos sentidos, el noviazgo de Arístide la devolvió a la vida. Esto y su trabajo con los huérfanos le dieron un entusiasmo renovado.

Dejó el cuchillo a un lado y miró hacia arriba.

—¿Phoebe trabaja?

La mirada de Chelsea se entrecerró.

—Sí, lo hace y de manera bastante infatigable. ¿Eso te sorprende?

Eso sí lo hizo. La Phoebe que había conocido rara vez se levantaba antes de las diez. No era que fuera indolente, sino más bien que no tenía nada de importancia o urgencia por hacer. Como la mayoría de las jóvenes de buena educación, había ocupado sus horas comprando, participando en rondas sociales de *roués*, veladas y musicales, y perfeccionando su costura, sus acuarelas y su forma de tocar el piano. Aún así, ¿qué tan agotador podría ser limpiar algunas narices mucosas y cantar una canción de cuna o dos? En lugar de decirlo y arriesgarse a incitar su ira, preguntó:

—¿Qué tipo de trabajo?

Chelsea pensó por un momento.

—Ella les lee a los niños más pequeños y da tutoría a los mayores en historia y literatura, ciencias, matemáticas y geografía.

—¿Geografía? —Cuando él anunció por primera vez que había comprado colores para un regimiento de la Compañía de las Indias Orientales con destino a Calcuta, casi tuvo que arrastrarla al mundo entero en el estudio de su padre.

Haciendo caso omiso de su observación, ella continuó hablando:

—También dedica un tiempo considerable a organizar eventos sociales para recaudar fondos: conferencias, subastas de arte y algún que otro baile benéfico. El otoño pasado se acercó a los miembros de la Real Academia de Artes y los convenció para que le prestaran algunas de las mejores obras de su colección. La exposición especial se vendió por casi siete mil libras.

—¿Phoebe hace todo eso? —Robert sacudió la cabeza, esforzándose por reconciliar la pérdida mimada de su memoria con la mujer trabajadora y capaz que Chelsea estaba describiendo.

Chelsea asintió.

—De hecho, lo hace, aunque a veces creo que prefiere visitar al sacamuelas que aceptar elogios por sus logros.

—Ella no está muy dispuesta a aceptar elogios ni nada más de mi parte, en este momento. Me dijo en términos muy claros que espera que deje Londres y a ella en paz.

Con el ceño fruncido, ella le lanzó una mirada dura.

—De verdad, Robert, ¿esperabas que ella se quedara sentada durante seis años, cosiendo, mientras tú estabas de aventuras?

“¡Aventuras!” Allí estaba... esa palabra otra vez. Estuvo medio tentado de arrancarse la camisa y mostrarle a qué lo había llevado su aventura, pero se contuvo, conformándose con soltar maldiciones de marinero en voz baja.

—¡Maldita sea! Chelsea, esperaba... bueno, no esperaba que ella se uniera a algún exiliado... Rana... Arácnido... ¿Qué clase de maldito nombre es ese? Suena como una maldita araña.

—Es Arístide, y si vamos a hablar de él, vamos a necesitar esto. —Metió la mano en el bolsillo de su bata y sacó una petaca plateada con un monograma. Al pasarlo por alto, admitió—. Es de Anthony, pero estoy segura de que no le importará.

Él destapó la botella y tomó un largo trago, el brandy lo quemó a través de su dolor.

—¿Qué sabes de él?

El hecho que fuera el prometido de Phoebe lo convertía en el enemigo de Robert, pero había algo más, algo endémico en el hombre que no se calmaba, algo acechando bajo la superficie que había provocado que a Robert se le tensara el estómago, erizándole los pelos de la nuca.

Ella se encogió de hombros.

—Sé muy poco... Su familia es antigua, bastante antigua en realidad. Antes de la Revolución, tenían una finca y viñedos en Normandía. Durante el Terror, perdieron sus tierras y casi sus vidas junto con tantos otros. Arístide se unió a los británicos para luchar contra Napoleón. Sirvió en la armada de Nelson durante más de dos años. Posteriormente se instaló en Londres y estableció un exitoso negocio de importación de vino.

—¿Desde cuándo la madre de Phoebe acepta a un comerciante como yerno? Al menos a mí me dieron permiso y, sin embargo, ella me trató apenas mejor que a un deshollinador.

—Él todavía tiene el título y bueno... Phoebe cumplirá veintiséis años. Sospecho que Su Señoría se siente aliviada de no tener a una solterona entre sus manos, especialmente porque todavía tiene que sacar a Belinda.

Robert golpeó la mesa con el puño y esparció las migajas por las cuatro esquinas.

—Ella no será una solterona. Por la bondad, ¡todavía tengo la intención de casarme con ella! Simplemente, tengo que convencerla que cancele su compromiso con Bouchart y me tenga a mí en su lugar, ¡eso es todo! Si tan solo las cosas pudieran simplificarse así. —La reunión fallida le hizo reconocer que recuperar a Phoebe no era una batalla única y en cambio sería una campaña prolongada.

Imperturbable por su muestra de temperamento, Chelsea se encogió de hombros.

—¡Oh! ¿Eso es todo? —Ella lo miró de reojo—. Lo primero es lo primero: quiero saber por qué te has mantenido alejado todo este tiempo sin decir una palabra.

Robert desplegó el puño y vaciló. “¿Cuánto revelar, cuánto ocultar, cielos, por dónde empezar?” La recitación anterior a Phoebe debería haber facilitado la respuesta, pero no fue así.

—¿Sabes que The Phoenix naufragó frente a la costa sureste de África?

Ella asintió.

—El registro mostró que usted había llegado al puerto por última vez en Ciudad del Cabo, pero no había constancia después. ¿Hubo mal tiempo?

—¡Piratas! —Él sacudió la cabeza.

Los ojos de su hermana se agrandaron.

—Pero, ese era un barco de las Indias Orientales, se dirigía a la India y no regresaba. ¿Qué cargamento podría haber llevado que valiera la pena saquear?

—La carga no se limita a metales, piedras preciosas, textiles, salitre y especias. —En lugar de arriesgarse a revelar más, añadió rápidamente—, llevábamos armas y municiones con destino a Fort William.

En realidad, el casco del barco lleno de fusiles de chispa y pólvora no era lo que buscaban los piratas. El verdadero premio era su carga humana. Los esclavistas de Trípoli, Túnez y otros lugares del norte de África y el Océano Índico occidental dependían de los piratas para que les proporcionaran un flujo constante de existencias, tanto africanas como europeas. Por un hombre sano, ellos conseguirían un precio considerable en el mercado.

Para su alivio, ella pasó a preguntar:

—¿Hubo otros supervivientes?

Él sacudió la cabeza.

—Hasta donde yo sé, soy el único. —Levantó su taza y tomó un trago para calmar la repentina opresión de su garganta—. Nuestro capitán y la mayor parte de la tripulación murieron en batalla, como me hubiera tocado, si no hubiera estado demasiado enfermo para levantarme.

“¿Quién hubiera imaginado que un fuerte mareo le salvaría la vida?” Tumbado en su litera, no se dio cuenta que algo andaba mal hasta que escuchó el estallido del cañón. Cuando llegó tambaleándose a cubierta con su pistola, la batalla había terminado. Se metió en la bodega de carga y se escondió, escuchando los cantos borrachos (y los gritos de aquellos que tuvieron la mala suerte de sobrevivir a la batalla) hasta que también lo encontraron. La pistola amartillada que llevaba apoyada en el pecho había impedido cualquier idea de salir corriendo.

—¿Qué ocurrió después?

—¡Ya volví! —ladró, de repente consciente que estaba sudando, aunque estaban sentados a cierta distancia del fuego—. Dejémoslo así, ¿de acuerdo?

—¿Dejarlo así?

Apoyó el codo encima de la mesa y se llevó una mano a la frente.

—Chels, por favor, no me presiones más. Simplemente... no puedo contártelo, no ahora, tal vez nunca.

—Está bien, dejaremos a los perros dormidos... por ahora.

—Gracias —dijo, levantando la cabeza para mirarla una vez más. El sudor había disminuido, pero aún sentía el revelador temblor en sus extremidades, como si una vez más lo colgaran para secarse del mástil del barco pirata, tan abrasado por el sol y tan sediento, que temía tragarse la lengua—. Gracias... Mañana tengo intención de ir al Almirantazgo y presentar mi informe. Quizás algún día te deje leerlo, aunque creo que no...

—Entonces, tendrás que decirles toda la verdad, no solo las partes que me has contado a mí.

Él había sobrevivido, centrando todos sus pensamientos en un solo propósito: volver a casa y reclamar a Phoebe. Por mucho que todavía tuviera la intención de convertirla en su esposa, no estaba dispuesto a rebajarse a ganársela con lástima.

—Hay otras formas de cortejar —dijo, pensando en los momentos anteriores, cuando durante esos preciosos segundos había logrado derretir tanto su voluntad como su cuerpo.

Él sacó las piernas del banco y se puso de pie.

—¿Dónde se involucra exactamente Phoebe en ese digno trabajo suyo?

Con el ceño fruncido, ella lo miró.

—El Hospital Foundling en Guilford Street, pero, ¿por qué?

Pensó por un momento, reconstruyendo mentalmente su mapa mental de la ciudad.

—Eso está en Bloomsbury, ¿no?

Levantándose lentamente, ella respondió asintiendo cautelosamente.

—Está ahí, pero no se puede irrumpir sin avisar. Si lo haces, ella sabrá que te lo dije.

Él se encogió de hombros.

—Por lo que dices, su trabajo no es ningún secreto. Si ella insiste, diré que soborné a un sirviente o algo así.

Frunciendo el ceño, Chelsea apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y se levantó para ponerse de pie.

—¿Y qué ficción pretendes inventar para explicar tu repentino interés por los expósitos?

Por primera vez desde que descubrió que Phoebe estaba comprometida, Robert encontró su sonrisa.

—Querida hermana, ¿tú también debes pintar mis motivos de manera tan negra? ¿Quién puede decir que a mí no me ha surgido una repentina pasión por la filantropía?

Capítulo cuatro

De pie detrás del atril, con la pizarra del aula montada sobre un caballete detrás de ella, Phoebe hizo lo mejor que pudo para fingir que era un día cualquiera, como si la aparición de Robert en su baile de compromiso después de seis años “muerto” no hubiera trastornado su mundo. Colocando un huevo duro pelado encima del vaso de cuello estrecho, como lo había hecho muchas veces antes, miró hacia el salón de clases.

—Como pueden ver, niños, no hay ninguna manera de que este huevo pase por este cuello de botella... ¿o sí?

Con la esperanza de inculcar un poco de aprecio por la “magia” de la ciencia, se detuvo para observar los rostros fascinados, que la miraban desde las filas de los bancos de las aulas. Normalmente, en un día de primavera tan hermoso, ella rechazaba las súplicas para que abandonara sus lecciones e hiciera incursiones al aire libre, pero la clásica ilustración de Newton sobre la relación entre la materia y el espacio rara vez le fallaba. Incluso Johnnie, de ocho años, un terrible niño inquieto, había dejado de hurgarse la nariz para atender la lección.

Satisfecha de haber permitido que el suspenso creciera lo suficiente, sacó el huevo, cogió un palo plano de madera y lo encendió con la lámpara. Arrojó el palito al vaso, volvió a colocar el huevo encima de la boca de cristal y retrocedió. Un ruido de succión, un temblor de movimiento y *voilà*, el óvulo se deslizó y aterrizó en el fondo de la botella con un “plop” audible. Como era de esperar, sus pupilas chillaron de sorpresa y deleite. Phoebe ocultó una sonrisa.

Desde el fondo de la habitación, un niño siseó:

—Maldito truco de salón, eso es todo.

Mirando hacia el final, Phoebe rastreó el comentario cáustico hasta Billy, de catorce años, recostado en su banco. Ella podría haberlo sabido. Con la fuente de arañas colocadas en su silla y la tinta vertida en su taza de té, Billy requería más de su tiempo y paciencia que los otros niños en masa.

Dominando la reprimenda que subió a sus labios, ella gritó:

—¿Estás seguro de eso, Billy?

Como sorprendido por haber sido señalado, Billy se irguió de un salto. Apartándose un mechón de pelo de los ojos, respondió:

—Sí, lo estoy. El hecho que seamos pobres y nadie nos quiera, no nos vuelve tontos.

Phoebe había sospechado durante mucho tiempo que el mal humor era la defensa del niño contra haber nacido con un ojo defectuoso y un padre adoptivo, que había desperdiciado el estipendio, destinado a mantener su consumo de ginebra.

—Entonces, ¿crees que esto fue un truco de mago y que el huevo volverá a caer?

—Sí, lo creo. —Él asintió.

Animada por su inusual interés, por muy grosero que fuera, ella insistió:

—En ese caso, ¿por qué no vienes y lo intentas?

Con el rostro enrojecido, él se puso de pie.

—Está bien, lo haré.

A estas alturas, todas las cabezas voltearon hacia Billy. Con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, corrió por el pasillo hasta llegar al frente de la clase. Phoebe cogió el vaso y se lo tendió. Él dudó y luego lo tomó.

Intentó volcar el recipiente para desalojar el huevo, agitándolo vigorosamente, pero el

vaso ya se había enfriado.

—¡Ay! Está realmente metido ahí —dijo, levantando una mirada tímida hacia Phoebe.

Ella reprimió otra sonrisa.

—De hecho, es así... Como lo demuestra el experimento de Newton, alterar el entorno puede hacer posible lo que parece imposible. Exponer esta botella al calor hizo que el vidrio se expandiera del mismo modo que exponernos a nuevos pensamientos e ideas amplía nuestra mente. Pero, dime, ¿qué te hizo estar tan seguro que quería engañarte? —preguntó, extendiendo la mano para pedirle la botella.

Él se la entregó, encogiéndose de hombros.

—Tú eres la calidad... ¿no? Además, las malditas lecciones son para niños con padres, no para nosotros —respondió, dándole una patada a la pata del escritorio.

Phoebe dejó el experimento a un lado.

—¡Tonterías! El aprendizaje es para todos. El propio Sir Isaac provenía de circunstancias bastante humildes. Su padre era un granjero, que no podía ni siquiera firmar su nombre, pero le importaba el éxito que su hijo logró a través de su educación.

Él lanzó una mirada escéptica.

—¿Eso es verdad?

Phoebe asintió.

—Por cierto, estoy aquí para enseñarte, no para engañarte. Ahora, toma asiento, y, en el futuro, ten la amabilidad de comenzar tus comentarios, levantando la mano.

—Sí, señorita. —Él le regaló una sonrisa tonta y se alejó tambaleándose.

Sintiendo como si acabara de obtener una victoria significativa, ella tomó su trozo de tiza y volteó hacia el tablero.

—El experimento de Sir Isaac demuestra una importante premisa, expuesta siglos antes por el filósofo griego Aristóteles: “La naturaleza aborrece el vacío”. —En grandes letras mayúsculas, escribió la frase en la pizarra—. Ahora, ¿quién puede decirme el significado de aborrecer?

Un silencio inusual respondió a la pregunta. Phoebe dio la vuelta y encontró las cabezas de sus alumnos, una vez más clavadas en el fondo de la habitación, solo que esta vez el instigador no era Billy.

¡Era Robert!

Unas matronas con gorra lo hicieron entrar y a Phoebe se le hizo un nudo en el corazón. La levita verde botella, la camisa de lino almidonada y los pantalones de color búfalo debían ser prestados, porque no habría tenido tiempo de buscar un sastre, aún así la ropa se amoldaba a sus anchos hombros, su esbelto torso y sus musculosos muslos, como si estuviera hecha para él. Un sombrero de castor reemplazó la extravagancia emplumada de la noche anterior. Sin embargo, la alegre sonrisa que le dedicó al llamar su atención era totalmente suya.

La mano de Phoebe que sostenía la tiza se apretó y partió el palo en dos.

—Niños, tomen asiento —gritó aunque, por supuesto, ya era demasiado tarde, eso era realmente inútil.

Rompieron filas y se pusieron de pie como si fueran cajas de sorpresa. Teddy bailaba de puntillas como un oso en Astley. Fiona giró como una peonza. El hurgarse la nariz de Johnnie se convirtió en una expedición minera. Solo Billy permaneció en su asiento, observando acercarse al recién llegado en hosco silencio. Aparte de los gobernadores del hospital de pelo gris y trajes oscuros, los varones adultos eran casi una especie exótica e incluso con su sobrio atuendo, Robert destacaba como más extraño que la mayoría.

Ella contuvo un juramento y cruzó hacia el frente del escritorio. Su corazón palpitante seguía el ritmo de sus pasos que se acercaban.

“Robert Bellamy, esto te pone realmente fuera de lo común”.

Y, sin embargo, su corazón traicionero latía al verlo, su mente daba vueltas con pequeñas fantasías. ¿Se había molestado en alisarse el pelo, después de quitarse el sombrero esa mañana? Ella no lo creía. ¿Y por qué? ¡Oh! ¿Por qué no había elegido su vestido con mayor cuidado? Probablemente Belinda, tenía razón. El color topo pálido estampado no era adecuado.

Un fuerte tirón en su falda atrajo su mirada hacia abajo.

—¡Un papá! —ceceó Lulú, de cinco años, la bebé del grupo y recién traída a la ciudad después de haber sido criada en el campo.

Sucumbiendo, Phoebe se inclinó y levantó a Lulú en sus brazos. Aunque no debería mostrar favoritismo, la niña consideraba a cualquier hombre adulto como un padre potencial, y eso le desgarraba el corazón.

La matrona acompañó a Robert hasta ella. Colocando a Lulú en equilibrio sobre su cadera, Phoebe se armó de valor. La noche anterior la había tomado completamente sorprendida, pero no podía desmayarse cada vez que lo enfrentaba.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —preguntó fríamente, como si nunca antes se hubieran conocido.

—Lady Phoebe. —Él siguió la etiqueta con una reverencia exagerada. Enderezándose, se volvió hacia la matrona—. Desde mi regreso del extranjero, mi hermana no ha hecho más que elogiar a esta maestra, hasta el punto que me encuentro impaciente por presenciar con mis propios ojos todas sus buenas obras.

Phoebe se obligó a mirarlo y cualquier pretensión de cortesía se redujo a la par de su paciencia.

—Estamos en medio de una lección.

Con la mirada brillando, observó de ella a la jarra y luego subió.

—Qué fortuito, llegué a tiempo para presenciar su apasionante conclusión.

—Lo que Lady Phoebe quiere decir es que estará encantada de terminar pronto. —La matrona le lanzó a ella una mirada suplicante.

Phoebe abrió la boca para negarse nuevamente, cuando el codo de la matrona encontró su costado.

—Donante potencial —siseó entre dientes—. La hermana es una vizcondesa.

—No temas, no tengo prisa —dijo Robert afablemente, como si fuera obvio para el juego que tenía un lugar ante sus propios ojos—. Estoy dispuesto a esperar todo el día, si es necesario.

Como para demostrarlo, dio la vuelta, bajó y se dirigió a los bancos del frente.

—¡Eso es realmente afortunado! —gritó Phoebe detrás de él—. Porque es posible que tengas que hacerlo.

Sentándose en el asiento de madera, él agitó una mano bronceada por el sol en su proximidad.

—No me hagas caso, continúa.

Dejó a Lulú en el suelo y se dirigió hacia la matrona.

—Seguramente, ¿hay alguien más, otro instructor para darle un recorrido?

Inclinándose, la matrona susurró:

—Fue muy específico en que su guía no fuera otra que usted.

—Deseo ver la institución a través de los ojos dedicados de su única maestra voluntaria —intervino Robert desde el banco—. Ella que no obtiene ninguna recompensa excepto su

encomendación al Cielo.

Su mirada fija y esa sonrisa engreída le aseguraron a Phoebe que él no tenía intención de aceptar un no por respuesta.

—Uno de los estudiantes del último año puede ocuparse de la clase, mientras le muestras a este excelente caballero... —insistió la matrona, dándole un codazo a Phoebe.

Sin más remedio que capitular, Phoebe buscó a la chica alta y solemne, la mayor del grupo, y le hizo una seña para que se acercara.

—Mary, por favor dirige la clase, mientras le muestro a nuestro visitante... Lo siguiente será... matemáticas. Puedes comenzar con sumas simples. —Le entregó la tiza rota.

—Sí, milady. —Mary la tomó, e hizo una prometedora imitación de la reverencia que Phoebe se estaba esforzando por enseñarle.

Aparentemente satisfecha que el asunto estuviera resuelto, la matrona se excusó para irse.

Lulú corrió hacia Robert. Envolviendo sus brazos regordetes alrededor de su pierna, ella lo miró con ojos llenos de adoración.

—¡Papá!

Phoebe vio el color escarlata que le marcaba las mejillas y supuso que ya no debía preocuparse por los niños, otro cambio que era peor. El Robert que ella había conocido y amado había jurado que quería una veintena de bebés. La guardería, le había asegurado, sería el primer conjunto de habitaciones en su destartalada propiedad que arreglaría, una vez que se casaran.

En seis meses, un año como máximo...

Phoebe tragó saliva para evitar que se le espesara la garganta y corrió hacia ellos.

—Este caballero no es tu papá, cariño —dijo suavemente, tomando a Lulú de la mano y llevándola lejos—. Pero, si eres muy buena con Mary, te leeré un cuento, antes de irme esta noche.

Con el labio inferior temblando, Lulú le lanzó a Robert una última mirada anhelante, antes de volverse hacia Phoebe.

“¿Dick Whittington y su gato?”

Phoebe puso su mano sobre la corona de la niña. La política del hospital prohibía a los estudiantes tener mascotas, lo que Phoebe consideraba una gran lástima. El cocinero, sin embargo, tenía un ratonero y Lulú se escabullía para visitarlo, siempre que era posible.

—Lo que quieras, muñeca. Por ahora, acomódate en tu asiento como una buena niña y pórtate bien con Mary. —Le entregó Lulú a Mary, y se dirigió hacia Robert. A pesar de haber recuperado su ecuanimidad anterior, su mejilla bronceada todavía tenía la reveladora marca rosada.

—¿Por dónde desea usted comenzar? —le preguntó fríamente.

Levantándose, él respondió:

—Prefiero dejarle nuestra ruta enteramente a usted.

—Qué refrescantemente moderno de su parte —replicó ella, en una burla deliberada. Si ella pudiera, lo llevaría directamente a las letrinas y cerraría la puerta con llave.

—Dirija el camino, milady.

Al encontrarse con su mirada de regodeo, ella respondió:

—Muy bien, lo haré.

Ella giró sobre sus talones y se dirigió por el pasillo hacia la puerta, dejando que él la siguiera. Salió al pasillo y cerró la puerta detrás de ellos.

—¡Cómo te atreves a sabotear mi clase! Haciéndose pasar por un donante potencial para engañar y entrar... ¡esto debería avergonzarte!

Él tuvo la audacia de fingir perplejidad.

—No he engañado a nadie y, si sirve de algo, no me propuse sabotearte. La salida de los estudiantes de sus puestos fue totalmente imprevista.

—Sí... eso es cierto a medias, es evidente que no sabes nada sobre los niños.

Sus ojos se oscurecieron.

—Quizás puedas iluminarme. ¿Por qué esa niña insistió tanto en que yo debía ser su padre?

La pregunta le pareció genuina. De mala gana, ella le explicó:

—No es su padre, sino un padre. Aparte de la visita ocasional de alguno de los gobernadores, los hombres son una rareza aquí. Para la mayoría de estos niños, los padres son ogros violentos... para Lulú, ellos son una ficción de un cuento de hadas.

El silencio respondió a esa evaluación. La vulnerabilidad se apoderó de los rasgos cincelados de él, permitiéndole a ella vislumbrar fugazmente al muchacho de buen corazón, que una vez había amado tan locamente.

Con la mirada fija, finalmente, él dijo:

—Chelsea y yo perdimos a nuestros padres cuando éramos muy jóvenes. Fue duro, tremendamente difícil y, sin embargo, me considero afortunado de haberlos tenido durante tanto tiempo como los tuvimos. Ninguno de nosotros tuvo nunca la más mínima duda que habíamos nacido queridos... amados. No puedo imaginar cómo se debe sentir no tener madre ni padre desde el primer momento que uno recuerda.

Esto fue una cosa desmesuradamente sentimental, un sentimiento completamente en desacuerdo con el aventurero egoísta y calloso, que ella había considerado que él era. Por el bien de su cordura, necesitaba seguir viéndolo como ese hombre, ese pirata, que le había roto el corazón, robándole la vida, o al menos durante los últimos seis años.

Decidida a no debilitarse, levantó la mirada hacia la de él.

—¿Por qué has venido?

Con la máscara de piedra en su lugar, se encogió de hombros.

—Tengo entendido que esta institución fue fundada por un capitán de barco con mentalidad caritativa de apellido Coram. Quién sabe, tal vez yo esté hecho de la misma tela filantrópica.

El difunto capitán Thomas Coram fue el segundo santo de Phoebe. Oír a Robert hablar de él, al mismo tiempo, incluso en broma, le hirvió la sangre.

—Estoy seguro que te resultará difícil, si no imposible, comprender esto, pero mi trabajo aquí me brinda una gran paz, incluso alegría. No toleraré que nadie se burle de esto, especialmente tú.

Él frunció el ceño, como si ella fuera la que estaba equivocada.

—¿Debes pintarme tan negro? Soy un hombre de considerables recursos. Bien puedo asignar una parte de esos medios a esta institución, siempre que pueda ver de primera mano cómo se gastan los fondos. —Hizo una pausa y fijó su mirada en la de ella—. ¿Una donación, digamos, de cien libras al día compensaría cualquier perturbación de la paz?

—Pero, eso es una maldita fortuna. ¡Y es un soborno! —Su boca se abrió.

—Correcto... en ambos aspectos.

—¿Estás seguro que deseas llegar tan lejos por el privilegio de seguir a la prometida de otro hombre?

—La otra noche apenas te comportaste como una mujer comprometida. —Su sonrisa se congeló.

Como si un libertino se hubiera burlado de ella por su error, Phoebe dijo:

—Anoche había estado bebiendo.

Él puso los ojos en blanco.

—Si te refieres a ese sorbo de alcohol que te serví, estás llegando muy lejos. —
Inclinándose hacia su oído, añadió—, por cierto, estás sonrojada, no solo es tu cara sino también tu hermosa garganta.

—Por supuesto que estoy sonrojada —espetó ella—. ¡Estoy así de enojada!

Una ceja marrón oscuro se arqueó.

—¿Estás segura que la ira es la única causa?

—No te hagas ilusiones...

—Muy bien, no lo haré. Solo respóndeme esto: ¿tenemos un trato o no?

Sintiendo que estaba a punto de hacer un pacto con el mismo diablo, ella hizo una pausa.

—¿Qué es exactamente lo que quieres a cambio? Debes saber esto: no me acostaré contigo por eso.

Su risa hizo que a ella le ardieran los oídos.

—Creo que milady tiene una opinión muy baja de mí y una opinión muy alta de sí misma.

Mortificada, Phoebe se encontró deseando que el suelo se la tragara entera.

—No quise decir... solo pensé... Después de la otra noche...

—Nunca he pagado por la fornicación y no tengo la intención de comenzar contigo. Cuando vengas a mí... vendrás a mí... lo harás por tu propia voluntad y totalmente libre de todo comercio y costumbre.

Él la recorrió con su mirada, mediante una lectura lenta y exhaustiva que a ella le carcomía los nervios y debilitaba su resistencia. No hizo falta mucha imaginación para ver lo que él estaba haciendo, quitándole mentalmente la ropa, capa por capa, el vestido y las enaguas, el corsé y la camisola, hasta que estuviera tan desnuda como el día en que nació. No es que debía confiar totalmente en la imaginación. Seis años atrás, ella le había concedido libertades, más allá de tomarse de la mano y besar que un hombre prometido podría reclamar como su derecho. Recordando una noche en particular, ella rememoró su última noche juntos, antes que él se fuera, desviando la mirada bruscamente.

—No pude evitar notar que la pequeña Lulú necesita zapatos nuevos. Supongo que ya le han quedado pequeños los actuales. Apuesto a que le pellizcarán los dedos de los pies con fuerza. Y la bata de Mary está un poco raída.

Phoebe giró la cabeza hacia él. Sus manos se cerraron en puños. Nunca había querido estrangular a alguien, como lo quería hacer ahora mismo.

—Tú, Robert Bellamy, eres un libertino de primer orden, un bribón, un holgazán, ¡un pícaro desmedido!

Él sonrió.

—Y esas son mis mejores cualidades. ¿Debo asumir que hemos llegado a un acuerdo?

Ella puso sus manos en puños sobre sus caderas. La postura se adaptaba mejor a una pescadera que a una dama, pero se recordó a sí misma que no le importaba lo que él pensara de ella, o al menos no debería importarle.

—Según recuerdo, cumplir tus promesas no es precisamente tu fuerte. Si incumples...

—No lo haré. —Reclamando su brazo, lo cruzó con el suyo—. ¿Continuamos con nuestra gira? Al fin y al cabo, el tiempo es dinero, y espero que valga mis cien libras.

*** **

—¿Nunca descansas? —Robert preguntó algún tiempo después, siguiendo a Phoebe por otro pasadizo laberíntico. Hasta el momento habían visitado la sala del tribunal de los gobernadores, la capilla, el dormitorio de niñas, el de los niños, diversas aulas e incluso la morgue, todo ello a un ritmo rápido o vertiginoso.

Ella lo miró por encima del hombro.

—No tengo la necesidad, pero no dejes que eso te impida hacerlo.

—No... estoy bien. Solo estaba preocupado por ti.

—Hmm. —Eso fue todo lo que ella dijo, antes de correr por otro pasillo de paredes blancas.

Él alargó el paso y se preguntó cómo era posible que una mujer tan elegante lograra moverse con tanta rapidez. La indolente doncella de su memoria parecía haber adquirido el andar de un caballo de carreras, aunque no pensaba quejarse de ello. Admirar la vista trasera de esas esbeltas y balanceantes caderas era un pasatiempo increíblemente placentero, incluso si el hedor a trementina y aceite de limón comenzaba a taponarle la nariz.

Terminaron su recorrido en la enfermería. El fuerte olor a vinagre impregnaba los alrededores. Una vitrina de boticario con frente de vidrio, que contenía innumerables frascos transparentes meticulosamente etiquetados, una mesa de lavado equipada con un rodillo para vendas y cuñas apiladas, y un libro de contabilidad encuadernado en cuero, presumiblemente para registrar las circunstancias de los pacientes, componían la habitación larga y estrecha. La conferencia en voz baja de Phoebe con la enfermera que les atendió aseguró su admisión. Robert la siguió a lo largo de la fila de catres estrechos, todos desocupados menos uno.

—¿Te sientes un poco mejor hoy, Sally? —preguntó Phoebe, deteniéndose para apoyar su mano sobre la frente de la niña, con su mandíbula hinchada vendada por un paño de alcanfor.

La niña, Sally, sacudió la cabeza, haciendo una mueca.

—Los dientes me duelen terriblemente.

Phoebe apartó un mechón de pelo castaño de la frente de la niña.

—Estoy segura que sí, muñeca, pero al menos tu fiebre ha bajado. Una vez que la suciedad termine de drenar, estarás como la lluvia.

Unos ojos apagados la miraron.

—Sí, señorita.

La mayoría de las personas en la posición de Phoebe habrían seguido adelante, pero ella se quedó.

—Iba a darte esto más tarde, pero, ahora te servirá. —Metió la mano en el bolsillo de su vestido y sacó una muñeca cubierta de tela.

La carita afiebrada se iluminó.

—¡Oh, señorita, gracias!

Phoebe colocó la muñeca en el brazo de Sally y se enderezó.

—No solo es una muñeca sino una muñeca mágica. Siempre que te moleste el diente, apriétala, y te ayudará a mantener alejado el dolor.

Al mirarla, Robert sintió un poderoso tirón en las proximidades de su corazón. Phoebe tenía las cualidades de una madre maravillosa. La escena anterior en el aula y estas atenciones a la niña fortalecieron su determinación de hacer todo lo que estuviera en su poder para garantizar que los futuros hijos de ella fueran suyos, no de Bouchart.

Al verla a punto de voltear hacia él, rápidamente se puso una máscara en el rostro.

—No debes temer alguna infección —lo dijo con picardía, malinterpretándolo una vez más—. Principalmente, tratamos lesiones menores, esguinces de tobillo y, en el caso de Sally,

dolor de muelas. Los casos más graves son llevados a St. George.

—Mi constitución es la de un buey —replicó, sin alardes vanos. Dadas las fiebres y pestilencias a las que había estado expuesto, un absceso en un diente y algunas narices que moqueaban apenas parecían dignos de mención.

Alejándose de las camas con Phoebe, preguntó:

—¿Cómo llegaste a ser voluntaria aquí?

Ella dudó.

—De una manera extraña, tengo que agradecerte por ello.

—¿A mí? —Incluso sospechando fuertemente que se arrepentiría, tuvo que preguntarlo —. ¿Cómo es eso?

—Después que nos dijeron que estabas... perdido, no estaba del todo segura qué hacer conmigo misma... de cómo seguir adelante... Venir aquí empezó como una muleta, un motivo para levantarse de la cama cada mañana. Con el tiempo comencé a agregar días, alentándome porque estaba en mi poder hacer algo bueno.

Recordó su conversación en la cocina con Chelsea. *“Se vistió con crepé negro y bombasí durante todo un año, como si en verdad fuera tu viuda. Hubo momentos en los que temimos que se quitara la vida”*.

—¿Cómo se siente tu madre acerca de tu trabajo?

Ella le lanzó una intensa mirada.

—Te refieres a mi excentricidad, o así la llama mamá. Ella pone sus esperanzas en que el matrimonio sea la cura. Para ser justos, debo admitir que no es la única que me critica. Salvo Chelsea y Anthony, la mayoría de los miembros de la alta sociedad piensan que soy una tonta al pasar mis días confraternizando con niños huérfanos, de quienes están convencidos no serán más que rateros y prostitutas.

Mirándola atentamente, aventuró:

—Y Bouchart, ¿qué dice?

Ella vaciló, la pausa fue reveladora o eso le pareció a Robert.

—Aristide tolera mi empleo por el momento, aunque también asume que lo dejaré por mi propia voluntad, una vez que nos casemos. —Ella hizo una pausa y su fuerte mirada se fijó en la de él—. Él está equivocado.

—Te admiro por seguir tu pasión.

Ella lo miró de reojo.

Un rizo renegado se pegaba a un lado de su mejilla, que no estaba pálida ni cerosa, como lo había estado después de su desmayo, sino era saludable y cada vez sonrosada. Resistiendo el impulso de estirar la mano y cepillarlo hacia atrás, ella sacudió la cabeza.

—No... realmente, creo que es así.

Aunque la admiraba, de ninguna manera estaba acostumbrado a lo atractiva que ella se veía. No solo era su imagen sino también como olía: vainilla del jabón molido, que siempre había preferido, lavanda del agua de colonia, que le gustaba para perfumar, y un aroma cítrico especiado, que él no recordaba, pero que tenía muchas ganas de lamer.

El movimiento de un bebé llamó su atención afuera. Robert se reunió con ella junto a la ventana que daba al jardín delantero. Unas cincuenta mujeres y niños, estos últimos de distintas edades, desde la infancia hasta la adolescencia, hacían una fila desde la puerta de entrada porticada hasta el camino circular. El grupo había crecido considerablemente desde la llegada de Robert. Al pasar junto a ellos, había visto más de una mejilla surcada de lágrimas, pero, aparte del ocasional llanto de un bebé, habían esperado en silencio estoico. Parecía que todavía

esperaban.

—¡Cielos! Hay muchísimos de ellos.

Phoebe dejó caer el telón y suspiró.

—Lo sé. Todos los lunes trae el mismo espectáculo triste. Pensaba que ya me habría acostumbrado, pero, después de cinco años todavía esto me rompe el corazón.

—¿Se han vuelto tan laxas las casas parroquiales de Londres a la hora de dispensar ayuda?

Su mirada malvada le dijo que había dicho algo equivocado... otra vez.

—No han venido a pedir limosna... sino a entregar a sus hijos. Solo se aceptan bebés de doce meses o menos, y la madre debe estipular que el niño es fruto de su primera caída, nacido fuera del matrimonio. La admisión se realiza mediante votación. Todos los lunes, envían a un hombre con una bolsa de cuero llena de canicas de colores. Cada mujer tiene derecho a sacar solo una de la bolsa. La blanca da derecho a que su hijo sea admitido, siempre que pase el examen médico, la roja a ser incluido en una lista de espera, en caso que uno de los niños aceptados padezca una enfermedad de naturaleza infecciosa, y la negra...

—¿Madre e hijo son rechazados?

Con los ojos sospechosamente brillantes, ella asintió.

—Suena cruel, lo sé, y en cierto modo lo es, pero no tenemos camas para todos. A decir verdad, no tenemos espacio para los que acogemos. Actualmente, estamos en cuatrocientos diez, y eso es con varios de los niños y niñas más jóvenes durmiendo dos en un catre.

Él se había creído resistente ante las visiones de tristeza y sufrimiento, pero aparentemente no estaba tan endurecido como había supuesto.

—¿Qué ocurre con ellos?

—Una vez que pasan el examen médico, son enviados al campo para ser acogidos. A los cuatro o cinco años los traen aquí, como vino hace poco Lulú. Los niños para que aprendan un oficio y las niñas para que se capaciten para un empleo doméstico. Cuando los niños cumplen catorce años, los gobernadores les buscan contratos, muchos terminan alistándose en el ejército. Ubicar a las niñas es más difícil, pero se hace todo lo posible para encontrarles situaciones adecuadas.

Como un cirujano que examina una herida, tenía que saberlo.

—¿Y qué pasa con los que son rechazados?

Ella se encogió de hombros, pero una vez más sus ojos confirmaron lo mucho que le importaba esto. Los iris azules plateados inundados de lágrimas no derramadas lo reflejaban. Si tan solo ella volviera a mirarlo con amabilidad, Robert felizmente se sumergiría y se ahogaría en ellos.

—Algunos serán abandonados. Otros morirán de hambre junto a sus madres. Otros más buscarán refugio en los asilos o... algo peor. —Una mirada de dolor cruzó su rostro—. El invierno pasado se descubrió a un recién nacido en un contenedor de basura detrás de la cocina del hospital. Llevaba unas horas muerto, por exposición, o eso... juzgó el médico residente.

Él la rodeó y apoyó una mano en el alféizar, haciendo que sus cuerpos se rozaran ligeramente.

—¿Seguramente se puede hacer algo más? ¿Qué pasa con los padres? ¿No tienen nada que decir sobre si se entrega o no a sus hijos?

Ella dio la vuelta para mirarlo, su mirada era potente como el acero de Damasco.

—¿De verdad, usted cree que incluso una de esas mujeres que están ahí afuera renunciaría a su hijo, si pudiera elegir otro camino... si ella misma no hubiera sido abandonada?

“Abandonada...” Ahí estaba, el meollo de la pasión filantrópica de Phoebe. Claramente, ella sentía una afinidad con estas mujeres, que habían sido abandonadas por sus hombres, y debían valerse por sus hijos y por ellas mismas.

—Solo quise decir que parece que un padre debería tener algunos deberes, al menos dicen algunos. Después de todo, concebir un hijo requiere de ambas partes. —Mirándola, reconoció cuánto quería hacer el amor con ella y tener bebés con ella, el anhelo de plantar su semilla dentro de ella era tan ferozmente primitivo, que sintió un repentino dolor en sus entrañas.

—Uno de los requisitos para participar en el proceso de selección es que el padre haya abandonado a la madre y al hijo. ¡Sí! ¡Abandonado! Robert. Creo que tú, más que nadie, entenderás eso...

Él tragó contra el dolor que se abría paso por su garganta.

—¡No te abandoné!

Ella respondió con una risa aguda.

—Elegiste mantenerte alejado y dejarme pensar que estabas muerto. Si eso no es abandono, ¿qué es eso?

—Elegí regresar, cuando supe que podría ser un marido adecuado para ti, en todos los sentidos.

No se refería solo al dinero. Después que los torturadores terminaron con él, le tomó meses, antes de poder soportar verse en un espejo. Casi dos años pasaron, antes que pudiera colocar siquiera una mano sobre su hombro sin inmutarse. “¿Cómo podía llegar a ella, en ese entonces, destrozado y destruido?” Era mejor permitirle pensar que estaba muerto y recordarlo, tal como había sido, y luego imponerle sus restos, un caparazón vacío de todo excepto dolor y horror. Regresar antes habría sido el máximo egoísmo, o eso se había dicho a sí mismo. Sin embargo, al mirar fijamente el rostro de Phoebe, ya no estaba tan seguro. La mujer que tenía delante estaba hecha de un material más resistente, que la muchacha que había dejado atrás. Esa joven se habría desplomado al verlo, pero la mujer fuerte y serena que vio, ante él, podría haber demostrado estar a la altura de la tarea.

Su mirada se entrecerró.

—Y ahora es demasiado tarde, porque tengo marido o al menos lo tendré, antes que termine el mes.

“¡Antes que termine el mes!” Robert sintió como si un puño invisible le atravesara el plexo solar. En el pasado, controlar su reacción al dolor, o fingir que ya no sentía ni le importaba había servido como su mejor defensa y era su arma más poderosa.

Apelando ahora a ese estoicismo tan duramente aprendido, esbozó una sonrisa.

—¡Qué coincidencia! Porque yo también me embarcaré en mi próximo viaje a finales de mes, pero espero que no... antes espero tener el placer de verte como a una novia.

La sonrisa de Phoebe se hundió.

—Por ahora, me temo que debo irme. Tengo otra cita a la que debo asistir.

—Por favor, usted no debe permitir que esto le impida ocuparse de sus asuntos urgentes —replicó ella, sonando muy parecida a su madre. A juzgar por su postura plantada, dedujo que Phoebe no tenía intención de acompañarlo. Menos mal, supuso, porque necesitaba algo de tiempo para recuperarse del aplastante golpe que ella le había asestado.

Dirigiéndose a la puerta, él volteó.

—¿A qué hora impía llegaré mañana?

Ella se encogió de hombros.

—En cualquier momento o nunca, como usted lo desee.

—Si tratas a todos tus benefactores de una manera tan astuta, es una suerte que tengas un techo y cuatro paredes —replicó, siendo esto un recordatorio deliberado que, en realidad, estaba pagando por su compañía y no por su buena voluntad.

Soltando un suspiro, ella capituló:

—¡Oh, muy bien! A las nueve en punto y ten cuidado si llegas tarde, cerraré la puerta del salón de clases y podrás esperar en el pasillo hasta que termine la sesión.

—Mi querida Phoebe, no se me ocurriría llegar tarde.

Al salir al pasillo, Robert consideró que seis años era bastante tarde. No pretendía perder ni un segundo más.

*** **

Payne llegó tarde.

Fumando en su suite de habitaciones alquiladas en Knightsbridge, Arístide levantó la vista cuando su secuaz-sirviente entró, arrastrando arena, y apestando a ron y pescado rancio. A Payne no le gustaba planchar trapos ni lustrar botas, pero era un milagro haciendo desaparecer “inconvenientes” como Robert Bellamy.

Arístide puso sus pies calzados con pantuflas sobre la mesa y dijo:

—Necesito que sigas a cierto capitán de la Compañía de las Indias Orientales.

Recién llegado de los muelles, Payne dejó la mochila que había traído. La misma rebosaba de un botín que los mudlarks y lumpers habían robado de barcos amarrados. Al respeto, empeñar los artículos mal adquiridos fue suficiente para mantener a Arístide con una apariencia de disfrutar un alto estilo de vida, por ahora.

—Soy todo oídos. ¿Quién es él?

Arístide dio una calada a su cigarro y exhaló antes de responder:

—Robert Bellamy, últimamente conocido en la compañía como Robert Lázaros. Su barco, The Swan, está atracado en Blackwall entre los buques de importación. Según mi prometida, probablemente esté viviendo con su hermana y su cuñado en Berkley Square.

Obtener la información de Phoebe la noche anterior había resultado equivalente a colar pudín, a través de una madeja, pero la culpa de ella finalmente había demostrado ser su aliada.

—Berkley Square, ¿eh? La familia debe ser de primera clase —comentó Payne, mordiéndose los dientes frontales cubiertos de oro con una uña ennegrecida.

Arístide frunció el ceño.

—Su hermana logró un matrimonio fortuito como yo pretendo hacer.

El regreso imprevisto de Bellamy había arruinado sus bien trazados planes. Todos los días seguía cortejando a Phoebe, lo que le ponía un freno a ese bolso... y a su paciencia. Las seiscientas libras anuales que su padre había acordado pagarle no eran más que el comienzo. Una vez que Arístide la tuviera en sus garras como esposa, su cariñoso papá pagaría un alto precio para asegurarse que su muñeca fuera tratada con delicadeza. Si se resistía, unos cuantos moretones bien marcados en la piel clara de Phoebe deberían hacerle reaccionar rápidamente. Pero, primero lo primero...

—Descubre a sus familiares, sus hábitos, dónde duerme, con quién duerme.

Chupándose los dientes, Payne se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que haga con él, o debería decirle algo?

Arístide redujo su cigarro a cenizas en el cuenco de peltre. Imaginando que era Robert Bellamy cuya luz apagó, respondió:

—Nada, por ahora.

*** **

Al dejar a Phoebe, Robert se dirigió a la Junta del Almirantazgo, donde el hermano de Phoebe, Reggie, se desempeña como secretario al servicio del comisionado de los Lores. Entre sus mandatos, la Junta está encargada de hacer cumplir la ley de piratería y llevar un registro de las violaciones de la misma.

Mientras paseaba su caballo por el biombo de entrada de estilo clásico, Robert hizo acopio de coraje para hacer lo que había retrasado por demasiado tiempo. Desmontó, entregó su montura a un portero y subió las escaleras del edificio de ladrillos en forma de U.

El conjunto de oficinas de Reggie estaba en el piso superior. Después de decirle su propósito, a uno de los guardias apostados dentro de la entrada, subió la gran escalera. Al bajar del rellano, pasó por la sala de juntas, cuyos ventanales daban a Whitehall, y continuó por el laberinto de pasillos que se cruzaban y mostraban oficinas cerradas hasta la puerta de Reggie.

“Puedes hacer esto, Bellamy. Tienes que hacer esto”.

Varios golpes bruscos hicieron que la puerta se abriera. Con los ojos llorosos y el aliento a brandy, Reggie retrocedió para dejarle pasar.

—Bellamy, ¡es espléndido verte! Lo siento, si te he hecho esperar.

—En absoluto —mintió Robert, haciendo todo lo posible para no importarle la mano que Reggie puso sobre su manga—. ¿Cómo te trata la administración pública?

Dando un paso a un lado, Robert se movió más allá del alcance del otro brazo.

Reggie cerró la puerta detrás de él y dio la vuelta.

—Nada tan noble o colorido, como me atrevo a decir que han sido tus años de ausencia. Mis días son una odisea de minucias interminables: informes, actas de reuniones, correspondencia que hay que responder y archivar... una esclavitud total.

Reprimiendo la tentación de preguntar, si Reggie preferiría partir piedras, Robert dijo:

—Lamento tener que aumentar tus obligaciones.

Reggie, nacido y criado como un caballero, hizo caso omiso de la sugerencia.

—Siéntate, por favor —dijo, señalándole que tomara una silla de respaldo alto cubierta de cuero.

Aunque Robert habría preferido decir que estaba en paz, se recordó a sí mismo que ya no se encontraba a bordo del barco. En tierra y en Londres, había reglas de comunicación que debían observarse, implícitamente entendidas, tan codificadas como el protocolo de la corte de un sultán.

Ocupó el asiento ofrecido y esperó a que Reggie se sentara detrás del escritorio.

—Entonces —dijo, observando a Robert sobre sus manos envueltas, como tiendas de campaña, las cuales estaban marcadas por un ligero, pero revelador temblor.

Robert percibió un fuerte olor a alcohol y lo analizó. Seis años atrás no habían sido amigos, pero tampoco eran enemigos. Bendecido con el mismo cabello rubio espeso y ojos azul pizarra que Phoebe, Reggie podría haber pasado por su gemelo, en lugar de su hermano mayor. Ahora parecía más cerca de los cuarenta que de los treinta. A juzgar por sus ojos rosados y su color intenso, sus maneras libertinas eran más que una fugaz locura juvenil.

La mirada perezosa de Reggie se posó en Robert.

—Supongo que es necesario felicitarte por tu resurrección.

Él inclinó la cabeza.

—Me temo que tu madre no está eufórica. —Se negó a mencionar que Phoebe bien podría caer en ese bando.

Reggie no lo discutió.

—Me maravilla que tus oídos no se hayan convertido en cenizas por esa perorata de ella durante el desayuno. Lamentablemente, tuve una cita con la dama de la fortuna, lo que significó que me perdí tu gran entrada. Estoy seguro que fue un espectáculo espléndido.

Pensando en el sigilo con el que había hecho nacer a Phoebe en su interior, y que el éxito de la hazaña se debía en gran parte al buen sentido de su padre, sacudió la cabeza.

—Entramos y subimos las escaleras muy silenciosamente. Aparte de un puñado de lacayos sobornables, no creo que nadie nos haya visto.

—Lástima —comentó Reggie, jugando con la pluma y terminando con una mueca—. Podrías haber avivado considerablemente el asunto. Incluso con todo el meollo de los disfraces y las máscaras... pero, encontré esto mortalmente aburrido... pero, como salvador de las perspectivas de mi hermana, el francés debe ser apaciguado... mamá insiste en eso.

La espalda de Robert se puso rígida.

—Hablas de tu hermana como si fuera una vieja arrugada —dijo, más que molesto. ¿Era realmente tan condenadamente vieja por tener veintiséis años?

Reggie se encogió de hombros.

—No arrugada, pero, empañada, sin duda alguna... Dos compromisos fallidos, primero con Anthony y luego contigo... son demasiados para la reputación de una mujer.

Phoebe lo había dicho la otra noche, pero ahora Robert estaba demasiado enojado y herido para darle mucho crédito a la queja. Lo hizo ahora. Una inglesa soltera podía disfrutar de mayores libertades que su homóloga femenina del este, pero su valor dependía en igual medida de su castidad y capacidad de crianza.

—De acuerdo, no es muy deportivo escabullirse en el baile de compromiso de tu hermana, pero la verdad es que no estoy muy interesado en su elección de maridos, al menos no esta vez. —Lo indicó con una sonrisa torcida, que probablemente había persuadido a muchos, o a una amante maltratada para que le perdonara sus faltas.

Dejando ese poco de inteligencia para más tarde, Robert se concentró en su propósito.

—No he venido a hablar de tu hermana sino a hacer mi informe oficial. Como único superviviente de The Phoenix, ese sombrero deber recaer en mí.

Lo que había ocurrido a bordo de la condenada embarcación no era solo la historia de Robert. La compartió con hombres como el sobrecargo del barco, Bob Snow, a quien le habían cortado los diez dedos de manos y pies, un dedo por hora, antes de desangrarse. La compartió con el cocinero del barco, Nate Blount, quien había encontrado su fin sumergido de cabeza en un caldero, hirviendo con su propia sopa. La compartió con el grumete, todavía demasiado joven para afeitarse, cuyos gritos, cuando lo convirtieron primero en un eunuco y finalmente en un cadáver perseguirían a Robert hasta el día de su muerte. Ahora, ellos eran sus hermanos, su parentesco estaba impregnado de sufrimiento y bañado en sangre. Como único superviviente de The Phoenix, le correspondió ser el testigo.

Respiró hondo y pidió coraje.

—The Phoenix no se hundió por el mal tiempo como comúnmente se cree. Lo mataron los piratas.

La tez rubicunda de Reggie palideció.

—Piratería, ¡maldito mal negocio! —Su mirada se dirigió a una puerta contigua, que Robert supuso conducía a una oficina interior—. Simplemente, llamaré a mi secretario y él anotará todo esto.

Se apartó del escritorio y empezó a levantarse.

—¡No!

La orden de Robert, emitida en un tono similar al que usaba a bordo del barco, hizo que Reggie se hundiera nuevamente en su asiento.

—Pero, tengo una mano poco fiable y...

—Te hago el informe solo, o me voy. —Era un gran desafío decirle lo que debía al hermano de Phoebe. Peor aún, la perspectiva de hacerlo en presencia de algún extraño con gafas y cejas de escarabajo era insoportable.

Reggie cogió un fajo de papeles.

—Muy bien, como desees. —Mojando la punta de su pluma en el tintero, miró hacia arriba—. Empecemos por el principio, ¿de acuerdo?

—Créeme, este es mi informe que le presento a usted, oficial. No debes decir una palabra de ello fuera de esta oficina.

—¿Ni siquiera a Phoebe?

—Especialmente a ella... no a Phoebe.

Centrando su mirada no en el rostro de su confesor sino en la pluma vacilante, Robert comenzó. A diferencia de sus dos recitados anteriores expurgados, esta vez no se guardó nada. Las palizas con puños enfundados en nudillos de bronce y botas con navajas en las puntas, los azotes y las marcas, los golpes y la muerte por hambre, las diversas torturas psicológicas, utilizadas para quebrar su voluntad, y al mismo tiempo dejar suficiente parte de su cuerpo intacto para los esclavistas, todo salió de él.

Después de cinco hojas de papel, finalmente Robert terminó de hablar, bañado en sudor y temblando. Solo entonces se atrevió a levantar la mirada de la pluma al rostro de Reggie. Las mejillas del funcionario se habían vuelto tan pálidas como los acantilados de Dover.

Reggie levantó su mirada sorprendida hacia la de Robert.

—¡Ay! ¡Cielos! Hombre, no lo sabía...

Robert giró los hombros, deseando que los músculos tensos se relajaran.

—Acaso, ¿has podido saberlo?

—¿Cuánto sabe Phoebe?

—Más allá del hundimiento del barco, nada, y pienso que siga así.

—Deberías decírselo. Sería... es decir, eso podría marcar la diferencia.

—Mi hermana expuso la misma opinión y mi respuesta para ella fue la misma que para usted. ¡No! Y tampoco debes decírselo. Di una maldita palabra de lo que está en esas hojas y te denunciaré ante tu superior.

Reggie dejó la pluma.

—Hazlo suave, viejo... no diré ni pío, ni a Phoebe, ni a nadie más allá de los canales oficiales. Pero, si cambias de opinión...

—No lo haré. —Por mucho que quisiera recuperarla, no podía soportar que ella regresara con él solo por lástima.

—Aún así, viejo, piénsalo... A pesar del labio superior rígido que le ha crecido, Phoebe todavía tiene el mismo corazón blando y destrozado... Si no me crees, deberías verla con esos huérfanos que ha tomado bajo su protección. Su “trabajo” casi lleva a nuestra madre al caos, ¡que sea bendecida! Eso me quita algo de preocupación —añadió con una sonrisa—, de lo contrario, yo también podría encontrarme rechazado.

Robert se puso de pie para partir, con las piernas tan temblorosas, como si este fuera el primer pie en tierra firme después de un largo viaje por mar. Había mantenido la verdad reprimida durante tanto tiempo que, una vez liberada, no estaba seguro qué hacer con el repentino vacío que lo hundía.

Reggie también se levantó.

—Ahora que me has jurado guardar silencio, ¿hay algo que pueda hacer por ti? Si es así, solo tienes que nombrarlo. —Se dirigió al frente del escritorio y puso una mano en el hombro de Robert.

Robert luchó contra el impulso de dejarlo. La otra noche, sujetar los brazos de Phoebe no había sido únicamente por ira. Antes, en el balcón, permitirle que ella lo tocara había sido una prueba de sí mismo, que había superado a duras penas. Y, sin embargo, a pesar del desastroso giro que había tomado su reencuentro, no se podía negar que besarla había alimentado el espacio hambriento dentro de él.

—Hay algo que puedes hacer por mí, aunque si te niegas, no te obligaré a cumplir tu promesa.

Reggie dejó caer la mano y dijo:

—Nómbralo.

—Te agradecería que compartas conmigo cualquier información que tengas sobre los compromisos sociales de tu hermana durante los próximos quince días.

Capítulo cinco

Salones de reuniones de Almack, King Street, una semana después.

El baile y la subasta de arte, en beneficio del Foundling Hospital, fue un verdadero flechazo. De pie en las afueras de la pista de baile, saludando a los invitados, con el brazo entrelazado con el de Arístide, Phoebe admitió que hasta el momento la velada había superado sus mayores esperanzas. Era un milagro de milagros, había persuadido a las siete patronas de Almack para que abrieran su salón sagrado, además de los doce bailes semanales de suscripción de los miércoles por la noche. El prestigio del club prácticamente garantizaba el éxito, a pesar que los salones tenían corrientes de aire y la limonada estaba tibia. Sin embargo, no se pudo encontrar ningún defecto en la decoración. Con sus cortinas de terciopelo adornadas, paneles de pared con incrustaciones de cristal y candelabros de cristal de dos niveles, la gran sala ofrecía una vista magnífica.

Una vez más, su mirada se desvió hacia Robert, un error perdonable ya que él se había colocado al otro lado de la pista de baile, casi directamente frente a ella. Hasta donde ella podía decir, él no se había movido desde su llegada, salvo sus ojos, que parecían seguirla a todas partes. Con un brazo cruzado detrás de la espalda, parecía rígido y de mal humor... e increíblemente guapo. Con sus ondas rebeldes domadas con pomada y peinadas hacia atrás, desde su cara de mandíbula cuadrada, y su cuerpo musculoso, enfundado en sastrería experta (¡incluso había usado los pantalones hasta las rodillas, como era necesario!), se distinguía de los demás caballeros y no solo por su cabello, piel bronceada o el pendiente de diamantes, que todavía llevaba obstinadamente.

Phoebe reprimió un suspiro, sabiendo que estaba lejos de ser la única mujer que lo notó. Como pavas, un gran número de damas, tanto elegibles como algunas casadas, habían encontrado excusas para acercarse a él, arrullando abrigos de color carmesí y jugando con las tarjetas de baile, que colgaban de sus cinturas, lanzándole invitaciones inconfundibles. Hasta ahora las había rechazado a todas, cortésmente, pero claramente... hasta ahora.

No era la primera vez que alargaba la mano para deslizar un dedo debajo del elaborado pañuelo enrollado en su cuello. Entre esto y las puntas almidonadas de la camisa, que destacaban en ambas mejillas, él parecía sumamente incómodo.

Aunque Robert se lo merecía.

Durante la semana pasada, él se había puesto en su camino en todas las formas posibles y no solo en el Foundling Hospital. Ella también lo vio en el musical de Lady Winifred con Arístide, el martes, en las salas de exposición de Wedgewood, el jueves, donde había examinado los últimos diseños de porcelana con su madre, y en el salón de té Gunter, donde el otro día había invitado a Belinda, a un helado de limón. Era como si él supiera dónde estaría, antes que ella. Por mucho que le gustara creer que esos encuentros fueron pura casualidad, ella sabía que no era así. Uno de los sirvientes de su casa debía estar en su bolsillo. Era la única explicación concebible. Si ella eliminara la caja de tonterías, lo vería sin dos peniques. Tenía la sospecha que la culpable podría ser Betty, su nueva doncella, aunque sin pruebas había poco que pudiera hacer al respecto.

Eso fue más que molesto. Y, sin embargo, si fuera honesta, admitiría que eligió la muselina color crema adornada con hilo dorado, su mejor opción para la noche, no para Arístide sino pensando en ver a Robert.

Al captar su mirada, él levantó su champán, en un saludo silencioso, con una sonrisa

atrevida y ojos ardientes. El corazón de Phoebe se aceleró. Su pulso se apresuró y su carne se sonrojó. Debajo de su vestido, sintió un cosquilleo revelador. Comenzando en sus pechos, goteó hasta ella...

Phoebe miró fijamente hacia otro lado, como si Robert fuera uno con el aire y las motas de polvo, y su enamoramiento, hace seis años, nunca hubiera sucedido. Cortar directamente a un hombre lo había aprendido de la rodilla de su madre y, sin embargo, nunca había pensado en emplearlo, en serio, menos con Robert. Hacerlo no fue esnobismo. Fue autoconservación. Incluso con la amplitud de un salón de baile entre ellos, estar cerca de Robert hizo que se le humedecieran las rodillas, y que su corazón tropezara para seguir el ritmo de sus rápidos latidos.

—Esto es insoportable. —Le escupió Arístide al oído—. ¿No te basta con soportar su grosera compañía durante el día? ¿Debe acecharte también de noche? ¡Ya estoy harto de esta tontería!

Él se separó de sus brazos y dio un paso decidido hacia adelante.

Asustada que pudiera haber una escena, o algo mucho peor, el prelude de un duelo, Phoebe lo agarró del brazo.

—Es una velada tan encantadora, no la estropeemos, preocupándonos por Robert Bellamy. Más allá de todo, lo que anhela es atención. ¿Por qué no haces lo mismo que yo y simplemente lo ignoras? Pronto, pasará a pastos más verdes —lo dijo, con un nudo en la garganta al pensarlo.

Él se relajó un poco.

—Como deseas, *ma petite*, aunque si se atreve a presionarte esta noche, no lo permitiré.

Ella soltó el aliento. No se había dado cuenta, hasta ahora, que lo había estado reteniendo.

—Gracias.

Él respondió con un breve movimiento de cabeza y miró hacia otro lado, dándole a Phoebe la oportunidad de analizarlo detalladamente. Con su cabello castaño, sus ojos oscuros y su traje de noche impecablemente confeccionado, su prometido tenía una figura realmente elegante. Y, sin embargo, ¿por qué parecía que ella no podía convocar ni siquiera un aleteo, cuando estaba al lado de él, como lo hacía ahora? Por mucho que deseara achacar su apatía a su ira, en su corazón sabía que había una causa mayor.

“¡Robert!”

Desde su regreso, ella no había podido pensar con claridad. Y los sentimientos que la inundaron la hicieron cuestionar a todos y a todo, especialmente a sí misma.

Arístide se dirigió hacia ella.

—¿Qué tan pronto podemos irnos? —preguntó, aunque apenas había transcurrido la primera hora del baile.

Saber que Robert estaba a la vista la animó a decir:

—Como anfitriona, debo llevar la velada hasta el final, pero, no es necesario que tú te quedes.

Una mirada tormentosa sofocó la sugerencia. Su boca se curvó en una mueca de desprecio.

—¡Ah! Sí, estoy seguro que el buen capitán estaría muy feliz de ocupar el lugar que me corresponde. ¿Quizás, a pesar de todos tus reproches, prefieres su compañía a la mía?

—Eso no es cierto ni a medias —ella protestó, consciente de los ojos vigilantes que se dirigían hacia ellos.

Su mirada oscura se entrecerró.

—¿No lo es? Ciertamente... parece que pasas suficiente tiempo en su compañía.

En lugar de negar la verdad obvia y arriesgarse a provocar un escándalo, ella dijo:

—Solo quise decir que no deseo impedirte...

Phoebe hizo una pausa. ¿Exactamente a dónde fue él las noches que pasaron separados? La mayoría de los hombres se podían encontrar en su club, pero hasta donde ella sabía, él no pertenecía a ninguno. ¿Era un lugar infernal de juegos o, mucho peor, un burdel que él frecuentaba? Si era así, sus juergas nocturnas deben haberlo llevado a cruzarse con Reggie. Sin embargo, Reggie nunca había mencionado verlo. Por otra parte, Phoebe suponía que los hábitos de desorden no eran algo que un hombre, incluso un pícaro como Reggie, contara a su hermana.

—Dondequiera que vayas, no desearía imponerte nada. Puedo encontrar el camino a casa con Reggie y mi madre.

Apuntando con una daga hacia Robert, él clavó sus talones.

—Me quedaré. Hasta el amargo final, como dicen los ingleses.

El comentario descortés provocó una comparación decididamente desagradable y poco halagadora. Mientras que Robert parecía contento con limpiar su pizarra y seguirla incansablemente de la clase al salón de baile, a su prometido se le obligaba que asistiera a un solo evento social.

Pero, tal vez, ella estaba siendo injusta. Cada vez era más difícil saberlo. El regreso de Robert había confundido su mente, resucitando viejos sentimientos que era mejor dejar enterrados. A diferencia de la chica enamorada de hace seis años, esta vez debía emplear su sentido común. Robert era su pasado y Arístide su futuro. Se casarían en un mes. ¿Por qué no sentía nada sobre estar contenta?

—Parece que han llegado pastos más verdes —comentó Arístide, sonando casi jovial.

Curiosa por saber qué había provocado su repentino cambio de temperamento, siguió su mirada a través de la pista de baile. Robert estaba de pie, ya no se encontraba solo, sino cara a cara con la antigua rival de Phoebe, desde sus días de debutante, la recientemente viuda e indudablemente deliciosa Lady Morton.

*** **

Observando a Phoebe por el rabillo del ojo, Robert se propuso inclinar la cabeza hacia su compañera. Después del frío enfrentamiento de la semana pasada, la mirada de Phoebe se sentía como la luz del sol en su rostro. Durante el día, en el hospital de expósitos, ella lo trataba con gélida cortesía. Fuera de eso, ella simplemente se había negado a reconocer su presencia. Le dio flores, dulces y un soneto pésimamente escrito, pero ninguna de sus tácticas de cortejo había encontrado la más mínima grieta en su armadura.

“Tiempos desesperados exigen medidas desesperadas, o eso le gustaba decir a Chelsea”.

La única táctica que no había probado hasta el momento podría resultar ser la que funcionara.

¡Los celos!

Se obligó a volver a mirar a la rubia curvilínea, la ex señorita Leticia Blake, obligándose a mirarla, como si ella fuera la encarnación de Afrodita, en lugar de la mujer que lo había dejado seis años atrás. Si viviera hasta los cien años, nunca olvidaría su cáustico comentario, que había escuchado por casualidad en el baile de compromiso entre Phoebe y él.

“La cuestión es que es un matrimonio por amor, pero me atrevo a decir que son sus seiscientas libras al año lo que él más aprecia”.

—Dígame, mi querida señorita Blake, ¿cómo es posible que un diamante de primera, como usted, haya logrado permanecer suelto? Los hombres de Londres deben ser unos idiotas

ciegos. —Deliberadamente, descendió la mirada hacia el escote bajo de su vestido.

Como era de esperar, ella se pavoneó, moviendo una mano enguantada por el aire.

—¡Oh! Pero, está todo equivocado, señor. Ahora soy Lady Morton y, lamentablemente, soy viuda —dijo, sin parecer triste por ello en absoluto.

¿Una viuda? De repente, su vestido color malva cobró sentido.

—Y sin embargo, has salido de luto para asistir... que incondicional de tu parte.

—Medio luto —corrigió ella, sonrojándose—. Dejé de lado mi dolor para apoyar a los huérfanos... y a Lady Phoebe, por supuesto.

Robert reprimió una risa amarga.

—Su altruismo es una inspiración para todos nosotros, señora.

Ella asintió solemnemente.

—Mi difunto esposo fue un gran contribuyente al Hospital Foundling.

En medio de su parloteo, Robert se movió lo suficiente como para vislumbrar a Phoebe, mirando en su dirección. Animado, dirigió su más brillante sonrisa a Lady Morton.

—Perdona mi impertinencia, pero, tu marido debe haber sido un hombre muy feliz.

—¡Oh! Por la bondad, sus cortesanos cumplidos me hacen sonrojar ferozmente. Y permítame aprovechar la oportunidad para decirle lo feliz que estoy que usted no está realmente muerto.

Otra mirada de reojo confirmó que Phoebe había mordido el anzuelo. Dejando atrás a Bouchart para sostener la pared, parecía dirigirse hacia ellos.

Inclinando la cabeza hacia la de Lady Morton, dijo:

—Este es, con deferencia, el comentario más amable que me han hecho en toda la semana.

Ella se giró para que aquellos labios rozaran la parte exterior de su oreja.

—Permítame asegurarle, señor, que estoy dispuesta a ser mucho más amable.

Un carraspeo los hizo retroceder. Robert volteó hacia Phoebe que se acercaba. Deteniéndose ante ellos, giró hacia Lady Morton.

—Lady Morton, aquí está... —lo dijo, como si no la hubiera tenido en la mira en todo el tiempo—. Debes pensar que soy una mala anfitriona por no haberte encontrado antes.

Lady Morton le lanzó una mirada desconcertada.

—¿Encontrarme? Pero, he estado a plena vista...

—La subasta de arte está a punto de comenzar, y, recordando la generosidad de su difunto señor, me tomé la libertad de reservarle un asiento en el frente. —Ella desvió su mirada hacia Robert—. Me temo que es un solo puesto.

Con la sonrisa desaparecida, Lady Morton dijo:

—Pero, yo solo...

—Sin peros —interrumpió Phoebe una vez más—. Estoy decidida a que The Hogarth se sentirá como en casa, nada menos que contigo.

Ella miró de reojo a Robert.

—Me esforzaré por entretener al señor Bellamy hasta su regreso.

—Bueno, si estás segura...

—Bastante. Ahora, ve... o te lamentarás haber perdido tu premio —advirtió Phoebe, moviendo un dedo enguantado debajo de la nariz de la otra mujer.

Derrotada, Lady Morton se dirigió hacia Robert.

—¿Lo veo en la cena, señor?

—No debería perdmela —juró Robert. Aunque preferiría compartir el pan con el propio

Bonaparte, el color rosado que se acumulaba en las mejillas de Phoebe compensó con creces cualquier sacrificio.

Al no tener otra opción, la viuda hizo una reverencia, y se alejó rápidamente para seguir a los que se dirigían hacia la sala de subastas.

Mientras observaba su cabeza, Phoebe le lanzó a Robert una intensa mirada.

—¿No tienes decencia? ¡Ella todavía está de luto!

Él ahogó una risa.

—Será mejor que usted se lo recuerde... Pero, dime, ¿por qué debería importarme eso?

—¿Y por qué no? —Ella lo enfrentó.

—Tu cara te delata... Tu tez se ha puesto bastante verde...

Ella resopló y su aire herido hizo que sus esperanzas se dispararan.

—¿Estás insinuando que tengo celos de Lady Morton?

Sintiéndose sobre una base más firme, que durante toda la semana, se reclinó contra una pilastra palladiana.

—¿Los tienes?

—¡Qué tonterías! Claro que no. ¡Solo odio verte asumir ese rol contra la pobre mujer! Dada su reciente pérdida, seguramente se encontrará en un estado mental muy vulnerable.

Robert nunca se había encontrado con una mujer menos vulnerable que Lady Morton. Estaba claramente al acecho de su próxima conquista. Dudaba que ella hubiera necesitado mucha persuasión para deshacerse de sus malas hierbas y dejarlo entrar en sus sábanas.

En lugar de expresar una opinión tan cruda aunque correcta, se conformó con decir:

—Una mujer como Lady Morton está más que preparada para cuidar de sí misma. —Miró hacia la pista de baile, donde las parejas hacían cola para una cuadrilla—. Dime, ¿hay otras damas aquí a las que debería tener cuidado de evitar?

La mirada de Phoebe se entrecerró.

—Yo, por ejemplo.

Él volvió a mirarla a los ojos.

—Podría señalar que fuiste tú quien me abrió el camino.

Sus ojos brillaron.

—¿Niegas que me has estado siguiendo deliberadamente toda la semana? He llegado a pensar que ni siquiera puedo llevar a mi hermana a tomar un helado sin que me espíes...

—Me encanta un buen hielo —replicó con un guiño—. Y me ha gustado mucho esa pequeña y pintoresca tienda de té. Como me encuentro cerca, no puedo prometerle que no me volverás a verme allí pronto.

—Entonces, ¿te quedarás?

Deseando que ella pareciera más complacida por eso, Robert se encogió de hombros.

—Como dije antes, tengo hasta fin de mes para decidir, si acepto nuevas órdenes o renuncio a mi capitanía.

—¿No quieres decir que Robert Lázaros tiene el mes para decidir? —ella preguntó maliciosamente.

Se obligó a encogerse de hombros.

—Por supuesto... Una rosa con cualquier otro nombre.

Ella le envió una mirada severa.

—Así que esta semana no fue una aberración lo que simplemente me atormentó. ¡Quieres circular en la sociedad!

En momentos como ese, ella parecía casi tan almidonada como su madre.

—Mayfair siempre ha sido bastante incestuoso, un estanque de élite de rostros familiares. Seguramente, seguiremos encontrándonos con cierta frecuencia. ¿Por qué pasar esas ocasiones en situaciones incómodas o, peor aún, apuntándose con dagas, unos a otros? ¿Por qué no esforzarnos por ser civilizados o, mejor aún, amigos?

—¿Amigos? —Ella lo miró fijamente, como si la sugerencia nunca se le hubiera ocurrido.

—Recuerdo nuestro comienzo de esa manera.

Se conocieron como compañeros de cautiverio en el sótano de una taberna del East End. Cuando Phoebe se reunió con él, en esa oscura y húmeda prisión, él estaba débil por el hambre y deliraba por la dosis diaria de drogas. Entrando y saliendo de la consciencia, la confundió con un ángel y la besó. Y Phoebe, más tarde, confesó que no le habían gustado los besos, aunque realmente los mismos le habían gustado mucho.

Ella tragó con dificultad.

—Todo eso es cosa del pasado.

—¿Lo es? —él preguntó suavemente.

Ella selló sus labios, como si temiera los sentimientos que pudieran escaparse.

Dividido entre la exasperación y la diversión, él dejó escapar un suspiro.

—Vamos, Phoebe, ¿es realmente tan desalentador verme? Me doy cuenta que no soy el joven de suaves mejillas del que te enamoraste por primera vez, pero, no soy un monstruo. —Mientras se mantuviera vestido, la afirmación podría seguir siendo cierta.

Las cejas de color marrón claro se juntaron.

—Si buscas cumplidos, lamento decepcionarte. Como mujer comprometida, no puedo andar comentando el rostro de cada pavo real que se pone en mi camino.

—Pavo real, ¡cielos! —lo dijo, comenzando a divertirse—. ¿Debo deducir de ese comentario que no te importa mi abrigo?

Ella recorrió con la mirada la lana color vino, que destacaba en un mar de negro cuervo.

—Seguramente, Anthony no poseería algo tan común.

—Te informo que mi ropa está recién hecha. —Cuando llevó el rollo de tela al sastre y le explicó que no era para un chaleco sino para el abrigo en sí, al pobre casi se le cayó la dentadura postiza—. Aunque si me acompañas en una expedición de compras, te prometo ceder ante tu buen gusto y buen sentido.

Ella le envió una mirada de sorpresa.

—No se me puede ver comprando contigo algo tan íntimo como ropa. ¡Así podría declararme tu amante!

Inclinándose, susurró:

—Por muy delicioso que parezca, preferiría tenerte como esposa, pero, en este momento tomaré lo que pueda conseguir.

Con el rostro enrojecido, ella dio un paso atrás.

—Si no fuera porque provocaría una escena, te daría una fuerte bofetada por ese comentario tan repugnante.

—¿Lo harás ahora? —Al recordar su sonora bofetada la noche de su reunión, sintió que se engrosaba, un estado que su abrigo corto no podía ocultar. Acercándose cada vez más, captó su mirada y le susurró—. Ten cuidado, milady, bien podría ponerte a prueba. Quizás descubras que me gustan tus golpes, casi tanto como tus besos. Pero, ¡ay! Tu siempre vigilante guardián está en camino para reclamarte, lo que nos obliga a posponer esta vigorizante broma a un momento más privado.

Con expresión feroz, Bouchart se acercó a ellos.

—Señor Bellamy, como el centavo malo, usted vuelve a aparecer.

Enfrentó la mirada de reprimenda del francés con la suya.

—Soy el capitán Bellamy. Como lo de esta noche es un baile público, compré una entrada, como es mi derecho. —Miró a Phoebe—. Antes que usted nos interrumpiera, estaba a punto de iniciar el siguiente baile. ¿Puedo?

Después de haberse examinado el programa de esa noche, él recordó que se trataba de un vals. Hacía seis años que no bailaba ni un vals, ni nada parecido. El estrecho contacto lo pondría una vez más a prueba. No podía sujetarle los brazos, en la pista de baile, como lo había hecho en el estudio de su padre. Tampoco podía seguir evitando el contacto que ansiaba. Phoebe no era la única que se quedó atrapada en el pasado. Sus esperanzas de reclamarla dependían que avanzara como un hombre completo, empezando por aceptar que lo tocaran.

Ella abrió la boca para responder, pero, antes que pudiera hacerlo, Bouchart expresó:

—Me temo que una vez más llegas demasiado tarde. —Dándole un desagradable golpe destinado a recordar los seis años de separación—. Me lo ha prometido, así como todos los bailes de mi novia.

—¿Todos ellos, dices? —Robert extendió la mano y levantó la tarjeta de baile que colgaba de la esbelta cintura de Phoebe—. Y sin embargo, tu nombre aparece solo una vez.

Dejando caer la tarjeta, miró a Phoebe.

—Los bailes de damas de esta noche están al servicio de la caridad, ¿no es así? —La pregunta tenía la intención de ser retórica.

Sin embargo, ella respondió:

—Sí, diez libras por cada baile, a beneficio de la fundación.

—Las señoras venden bailes como si fueran favores, eso es una vergüenza. —Bouchart escupió.

Los labios de Phoebe formaron una sonrisa irónica.

—Aristide no lo aprueba. —Ella puso sus hermosos ojos en blanco ligeramente, luciendo más como ella misma de lo que Robert había visto hasta ahora.

Animado, él le devolvió la sonrisa.

—Eso lo tengo entendido.

Bouchart los miró fijamente y resopló:

—Me temo que mi prometida es esa especie de mujer de las que más molesta, lo que ustedes los ingleses llaman una bienhechora.

Ambos lo ignoraron.

Con la mirada fija en la de Phoebe, Robert sintió como si fueran los únicos dos en el salón, cómplices y amigos (amantes), una vez más.

—¿Qué pasaría si triplicara las diez libras a treinta?

Su suspiro no fue en beneficio de Bouchart, Robert estaba seguro de ello. El deseo en sus ojos, que volvían una y otra vez a los de él, era demasiado evidente para no verlo. Tampoco pasó por alto la reveladora humectación de sus labios. Una señal de seis años antes, él sabía que significaba que ella quería que él la besara.

Ella miró el rostro furioso de su prometido y tragó saliva.

—Como es para los expósitos, no puedo negarme. —Su mirada se posó en su tarjeta de baile. Levantándola y con el trozo de lápiz que colgaba de su cinta de seda, se preparó para escribir el nombre de Robert.

—Cuarenta libras.

La cabeza de Phoebe se levantó de golpe.

—Cuarenta libras, pero Arístide...

—¡Cállate! —Ordenó y, al escuchar el tono que usó para hablar con ella, a Robert le resultó difícil no regañarlo. En cambio, respondió:

—Cincuenta.

La mirada furiosa de Arístide se encontró con la suya.

—Sesenta.

Desde el balcón enrejado de arriba, la orquesta tocó un vals. A este paso, todos se quedarían fuera del baile. Decidido a evitar más regateos, Robert dijo:

—Cien libras.

Sin darle a Arístide la oportunidad de rebatirlo, le ofreció el brazo a Phoebe.

Ella lo tomó y esta vez no había forma de confundir el brillo en sus ojos con algo más que lo que era: emoción. La mirada de Bouchart que siguió a la pista de baile le añadió un toque de triunfo.

—Eso no fue agradable —ella dijo, poniendo su mano enguantada en la parte exterior de su brazo.

Robert se armó de valor para estremecerse, pero la familiar sensación de hormigueo nunca llegó. Él tomó su mano derecha entre la suya, tranquilizado por lo bien que le hizo sentir el contacto.

—Quizás no, pero, sí fue efectivo. —Colocándole un guante en la parte baja de la espalda, la acercó más. A través de la seda y la mínima ropa interior, su cintura se sentía flexible y pequeña.

—No soy una yegua en la subasta de Tattersall, ¿lo sabes?

Él se apartó para mirarla.

—Por supuesto que no. Para empezar, hueles demasiado bien. Por otro lado, el propietario de Tattersall se enorgullece del buen carácter de tus acciones.

Ella inclinó la cabeza y lo miró de reojo.

—¿Así es como se corteja, con insultos?

—¿Quién dice que todavía quiero cortejarte?

Un color fresco inundó su rostro, pero había que reconocer que ella no retrocedió.

—Me has seguido tan de cerca como Pippin durante toda esta semana. Si esto no es cortejar, ¿qué haces?

Oír que lo comparaban con su perro faldero no era nada halagador. Debajo de la culata apretadamente enrollada, su cuello se calentaba.

—Quizás estoy tratando de hacer las paces.

Ella dejó escapar un suave resoplido.

—Hace seis años no tenía ni un centavo a mi nombre. No pude darte todas las cosas que quería... La compra de tu relicario casi me dejó en la miseria.

Miró su garganta y vio que ya no lo usaba. La observación le provocó una punzada de dolor. No era la primera vez que deseaba que pudiera intercambiar lugares con su yo más joven y con el bolsillo apretado. Podría poseer una fortuna, pero el verdadero tesoro, la perla invaluable, Phoebe, pertenecía a otro. Hasta ahora, desde su regreso, solo había logrado tomarla prestada.

Los ojos de color azul pizarra se alzaron hacia su rostro.

—¿No sabías que solo te quise a ti?

Envalentonado, inclinó la cabeza hacia la seda de su mejilla.

—Me tienes ahora, o podrías... Dilo y partiremos en este instante, navegando lejos de

aquí, a donde quieras.

Poniéndose rígida, ella negó con la cabeza.

—No te rindes, ¿cierto?

Aunque la suya no era realmente una pregunta, él la respondió de todos modos.

—No, no lo hago, no cuando vale la pena ganar un premio como tú.

Su mirada se cerró.

—No soy una posesión que deba ganarse o reclamarse. Tengo el mismo corazón y mente que tú, y ahora ambos estamos decididos para otro. Es demasiado tarde para nosotros. Cuanto antes aceptes eso, como un hecho, mejor estaremos los dos.

—¿Por qué es demasiado tarde? Yo estoy aquí... Tú estás aquí... Ambos somos jóvenes, ¡todavía te quiero!

Lanzando una mirada cautelosa a las otras parejas del circuito, ella bajó la voz a apenas más de un susurro:

—Me llevó seis años recoger los pedazos de mi vida y forjarme algún tipo de futuro. ¿Honestamente esperas que deseché todo eso simplemente porque has regresado a mi vida? Incluso si fuera lo suficientemente tonta y deshonrosa, como para romper mi promesa a Arístide, ¿qué garantía tengo que no te irás, otra vez, cuando te apetezca?

Los dedos de Robert se reafirmaron en su cintura.

—Una palabra tuya y estaré aquí para quedarme, en tierra, en Inglaterra. Si lloras con Bouchart aquí y ahora, te juro que con las primeras luces del alba me dirigiré a East India House, en Leadenhall Street, y dimitiré de mi cargo. ¿Qué más hace falta para que vuelvas a confiar en mí?

Ella sacudió la cabeza con expresión vehemente.

—No hay nada que jamás puedas decir, nada que puedas hacer, que pueda atraerme a confiar en ti nuevamente.

—Como he dicho antes, “jamás” es un tiempo condenadamente largo.

Si ella seguía adelante con su deseo de convertirse en la esposa de Bouchart, él no tendría más remedio que ceder, y dejarla en paz. Sin embargo, ese día oscuro aún no había llegado. Si Robert se saliera con la suya, ella nunca haría eso.

La música se detuvo. Dejó que su mano permaneciera en la curva de su espalda un momento más.

—Veremos, milady, quién de nosotros gana, pero, por ahora permítame el privilegio de acompañarla de regreso con su escolta.

*** **

Al dejar a Phoebe, en el borde de la pista de baile, Robert ya no pudo soportar seguir con el baile. Como hijo de un simple hacendado rural, hace seis años, él no pertenecía a ese mundo elegante. Mucho menos ahora. Más específicamente, ella no lo quería allí.

La primera prenda de vestir de la cual se deshizo eran sus guantes. Quitándoselos, salió por una puerta lateral y se dirigió a un callejón trasero, que conducía a las caballerizas. Desesperado por respirar, tiró de los confines de su corbata. Arrugó la cosa destrozada hasta convertirla en una bola, la metió en el bolsillo de su abrigo, y tomó un atajo hacia el establo.

El mozo de cuadra que condujo su caballo hasta el lugar de montaje era un tipo diferente del joven de mejillas tersas que Robert recordaba de antes. Con la barba incipiente y unos treinta años, parecía una elección extraña para atender a las quisquillosas patronas de Almack y sus suscriptores de élite. Pero los sirvientes estaban destinados a ser invisibles y, a pesar de su falta

de educación, a este no se le podía culpar por sus modales.

—Buenas noches, jefe —dijo el mozo, tocándose el mechón y obsequiando a Robert una sonrisa con dientes de oro.

Ansioso por seguir su camino, Robert tomó las riendas y le entregó algunas libras como propina. Sacó su caballo del patio del establo, giró hacia St. James' Street y se dirigió al noroeste hacia su casa. El lugar, conocido por sus clubes de caballeros, estaba entre bullicioso y desierto, y la hora era demasiado temprana y pasada de moda para que cualquier miembro de la alta sociedad, que se apreciara a sí mismo, se arriesgara a ser visto regresando a casa. Más tarde, los carruajes lacados saturarían las calles, pero por ahora la mayor parte del tráfico se limitaba a pasajeros individuales y a pie. Decidido a hacer uso de la habitación, Robert aceleró el paso. Mientras galopaba sobre los adoquines, se consoló, pensando que Phoebe aún no estaba casada con Bouchart. Por Reggie supo que ella aún no había acordado una fecha. Todavía había tiempo... y esperanza. Los celos grabados en su rostro, cuando lo había espiado con Lady Morton, no habían mentido. Ella todavía sentía algo por él. Todo lo que él necesitaba hacer era mantener el rumbo y la recuperaría. ¡Ella tenía que ceder!

En Piccadilly, un faetón pasó bruscamente frente a él, devolviéndolo al momento. Virando para evitarlo, giró bruscamente la cabeza de su caballo hacia la derecha y sintió que la silla se resbalaba. Lanzado de lado, sabía que rendirse era su única esperanza. Liberando los pies de los estribos, se inclinó hacia la caída. Golpeó con fuerza la calle y su hombro derecho sufrió la peor parte del impacto. Con la cabeza hundida y las rodillas juntas, se alejó rodando del caballo, antes que los cascos pudieran causarle un daño mortal. La tentación de simplemente tumbarse de lado en la alcantarilla y recuperar el aliento era enorme, pero al hacerlo corría el riesgo de ser pisoteado. Después de todo lo que había sobrevivido hasta ahora, morir en una zanja de Londres no era la forma en que pensaba tomar su permiso terrenal. Cubierto de suciedad, se arrodilló y se levantó sobre sus palmas ensangrentadas. Agarrándose a un poste de enganche, se puso de pie lenta, pero firmemente. Agradecido que ningún miembro parecía estar roto, miró a su montura, a unos pasos de distancia, con la cola azotando el aire y las riendas sostenidas por un muchacho con librea.

Con los ojos muy abiertos, el muchacho acompañó el caballo hacia él.

—Amo, eso estuvo cerca —dijo, tendiéndole la silla.

Robert extendió la mano para tomarlo y no estuvo en desacuerdo. Un jinete con menos experiencia podría resultar gravemente herido o morir. No era la primera vez que agradecía a la Providencia por su entrenamiento, en el campo. Su hombro derecho palpitaba como el mismo diablo y el ojo de ese lado se estaba cerrando rápidamente y, sin embargo, en comparación con lo que podría haber sido, había tenido suerte.

—¿Se encuentra bien, jefe?

—He estado mejor —respondió secamente. Metió una mano dolorida en su bolsillo, sacó varias monedas y se las entregó—. Gracias por tu ayuda.

Enrollando las riendas sobre sus nudillos ensangrentados, dio la vuelta y cojeó hasta la acera.

¿Qué diablos acababa de pasar? Chupándose el labio partido, pasó las manos por el animal, en busca de signos de dolor u otra lesión. Aunque, más allá de estar asustado, el semental parecía estar sano y en forma. Así mismo, las riendas, recién adquiridas, se encontraban en perfecto estado. Él mismo había comprobado el ajuste de la cincha antes de salir esa noche. Y, sin embargo, no se podía descartar lo que había sucedido, lo que planteaba la pregunta de “por qué”. La misma resultó fácil de responder. Al girar la silla, vio que dos de los tres trozos de

cuero habían sido cortados limpiamente.

Capítulo seis

Phoebe entraba a menudo en la sala del tribunal de los gobernadores, cuando necesitaba un respiro para pensar. Esta era grande y vasta, excepto cuando se reunía la junta de gobernadores del hospital, aunque la misma permanecía prácticamente desierta. Paseando por las cuatro esquinas, Phoebe intentó decirse a sí misma que Robert debió haberse quedado dormido. Pero cuando el reloj encima de la chimenea dio las doce, se obligó a reconocer la verdad.

Él no vendría.

Su comportamiento la noche anterior en Almack debió haber sido la gota que colmó el vaso para él, y ahora estaba cansado de su pelea del gato y el ratón.

“Debo sentirme aliviada... no, no solo aliviada sino también eufórica”.

Después de quince días, exigiéndole que la dejara en paz, aparentemente se había dignado a hacer precisamente eso. Estar sola, eso era lo que ella quería, ¿no?

Su pelea había estallado, como una inesperada tormenta de verano. En un momento, ella se había derretido en sus brazos, y al siguiente se había visto obligada a no pisotearle el pie, o a darle una rápida patada en la espinilla. Ella no había querido discutir con él. Tan pronto como el pensamiento cruzó por su mente, lo reconoció como el peor de los autoengaños. Quería que discutieran, lo deseaba con todas sus fuerzas. Ella había estado buscando pelea, desde que la primera conmoción de su regreso había disminuido. Ella todavía lo quería.

Había llevado sus clases matutinas, inquieta e irritable, con los pensamientos dispersos y la paciencia agotada por la más mínima interrupción. Infinidad de preocupaciones la asaltaron. ¿Y si le hubiera ocurrido un accidente? ¿Y si lo hubieran atacado unos bandidos? Incluso en una calle oscura, ese abrigo color cereza difícilmente podía pasar desapercibido.

O tal vez se había encontrado con Lady Morton después del baile. Después de varios minutos de sentirse miserable al imaginarlos entrelazados en las sábanas de Leticia, se dio una sacudida mental. Esto fue absurdo. Esto tenía que cesar. No era como si Robert le debiera cuentas de su paradero, y mucho menos de su fidelidad. Y realmente, ¿por qué debería importarle un comino lo que había sido de él, y mucho menos preocuparse tanto? Después de su abandono, seguramente, ella no podía mostrarse más tierna con él... ¿o sí?

Una vez más, sus pensamientos volvieron a su vals. Aunque el interludio había sido fugaz y empañado por sus duras palabras, se había sentido extraordinariamente bien estar de vuelta en sus brazos, casi como si... ella perteneciera allí.

Una voz desde el pasillo interrumpió sus cavilaciones.

—¿Esperamos que el ausente encuentre una bienvenida más cálida que la que se le mostró al pródigo hace apenas una semana?

—¿Robert!

Con el corazón en alto, Phoebe se giró hacia la puerta. Cualquier comentario cáustico, que hubiera querido hacer, se marchitó al verlo.

—Querido señor, ¿qué pasó?

Magullado y ensangrentado, con el brazo derecho descansando en un cabestrillo improvisado y el ojo hinchado hasta medio cerrado, intentó sonreír.

—Me caí de mi caballo.

Phoebe encontró eso difícil de entender. Robert había crecido en el campo. Si bien a cualquiera le pueden pasar accidentes, él tenía un asiento excelente.

—¿Estabas corriendo?

Él no sería el primer joven que se escapó de Rotten Row con una apuesta y terminó en peor situación. Aún así, el hombre que había regresado parecía más allá de ese comportamiento infantil.

Se acercó a ella y sacudió la cabeza.

—Mi caballo tiró una herradura. Al menos permítame conservar la dignidad que me queda y no presionar para que se reciten todos los detalles humillantes.

Phoebe lo recibió a medio camino. Al observar su mandíbula apretada, hinchada, pero innegablemente firme, ella abandonó el tema... por ahora. En lugar de eso, dijo:

—¡Parece que llevaste un susto!

Él hizo una mueca y se tocó un corte en la barbilla, que probablemente se convertiría en una cicatriz.

—Justo cuando pensaba que no podría volverme más guapo.

La noche anterior, en el baile, ella le había hecho un desprecio similar por su apariencia. Mirándolo a la cara, pecaminosamente apuesto, a pesar de los moretones y la hinchazón, se preguntó por qué él parecía decidido a verse, a sí mismo, como una especie de bicho raro. La noche anterior había asumido que él debía estar tratando de engañarla para que admitiera cuánto todavía lo deseaba y anhelaba, pero no estaba tan segura.

Le sorprendió que en realidad él no le hubiera contado mucho sobre sí mismo. ¿Cómo le fue durante estos últimos años? Más concretamente, ¿cómo se había mantenido? La narrativa que esbozó fue vaga en cuanto a los detalles, especialmente los plazos. Las pocas veces que ella había intentado sacarlo a relucir, él encontraba una manera de cambiar el tema. Pensó en cómo una vez se habían contado todo y su corazón dio un vuelco.

Decidida a proteger ese órgano vulnerable, contra nuevos ataques, buscó refugio en el sarcasmo.

—Sospecho que Lady Morton todavía te tendrá.

Él le lanzó una mirada.

—Sospecho que lo hará, pero no es a Lady Morton, a quien quiero, y ambos lo sabemos.

En lugar de seguirlo por ese camino tan transitado, ella preguntó:

—¿Has visto a un médico?

Él se encogió de hombros, haciendo una mueca, sin embargo, ese movimiento le dolió.

—Chelsea intentó persuadirme para que la dejara llamar a uno, pero, le dije lo mismo que te estoy diciendo a ti. ¡Estoy bien!

Ella sacudió su cabeza. Algunas cosas no habían cambiado.

—¡Eres es tan testarudo, como siempre, demasiado testarudo para tu propio bien!

—No me importa que me mimen.

—Te encanta que te mimen, o al menos antes te encantaba. —El resoplido que dejó escapar habría mortificado a su madre.

Su mirada se clavó en la de ella.

—Más bien depende de quién se preocupa.

La atracción por envolverlo en sus brazos era una fuerza poderosa. Luchando contra ello, Phoebe se recordó a sí misma que era la prometida de otro hombre. Más allá de eso, a pesar de lo maltratado que él se encontraba, ella no estaba del todo segura de dónde era seguro tocarlo.

Phoebe se apoyó en su antebrazo. Un abrazo reconfortante como el que le habría dado a Lulú, Mary o a cualquiera de sus alumnos no significaba nada, se dijo a sí misma. Y, sin embargo, el ligero contacto con él provocó que el calor le picara la palma, o una sensación

similar a jugar con una máquina eléctrica. Eso era peligroso y debía prohibirlo. Robert también debió sentirlo. Él se estremeció.

Phoebe retiró la mano.

—Lo lamento. Te he lastimado. No quise hacerlo...

—No es nada. —Su mirada recorrió su rostro, en carne viva, de una manera que el dolor físico no podía explicarse del todo.

—Deberías estar en la cama.

Su mirada reflejaba un mínimo del brillo libertino, que hasta entonces la había enfurecido, pero que ahora inexplicablemente la tenía luchando contra una sonrisa.

—¿Es eso una oferta? Si es así acepto.

Su tono burlón la tranquilizó. Sus heridas podían ser menores de lo que parecían. Aún así, no descansaría hasta confirmarlo por sí misma. En lugar de responder, ella lo agarró del hombro bueno, con cuidado de no tocar nada más que la tela de su manga.

—Ven conmigo.

—¿A dónde me llevas?

—A la enfermería. —Sin perder el paso, Phoebe lo arrastró hacia la puerta.

*** **

—Te dije que estaba en forma como un violín —manifestó Robert, una vez que regresaron al salón.

Con los brazos cruzados, él se quedó atrás junto a la puerta.

—Dado que ni siquiera soltarás un botón para que la enfermera examine tu hombro, supongo que tendré que confiar en tu palabra.

Seis años atrás no lo habría pensado dos veces en quitarse la camisa para asistir a una lección de boxeo a puño limpio en Gentleman Jackson's, o, lo que es más escandaloso, bañarse en el mar en Brighton, vestido únicamente con su ropa interior. En aquel momento, él no consideraba que desvestirse en público fuera un lujo.

Lo pensó ahora.

Se acercó al globo, instalado en un soporte de latón, que llegaba hasta el suelo.

—El ungüento maloliente que me pusiste en la barbilla es más que suficiente, gracias.

Extendiendo su mano libre, le dio un giro a la esfera. Al hacerlo, se le ocurrió que, si bien antes había sido codicioso por ver el gran mundo, ahora su mayor deseo era encontrar satisfacción en un pequeño rincón: Inglaterra con Phoebe.

Ella lo siguió y dijo:

—Nunca me dijiste qué tierras visitaste.

Enumerar sus viajes requeriría que seleccionara el contenido con cuidado, pero mientras se apegara a los viajes que había realizado a instancias de la compañía, todavía se encontraría en aguas seguras.

—África, principalmente la costa noreste, diversos archipiélagos e islas, India, pero supongo que eso es un hecho. Mi primera parada fue Madrás. Está situado en el sur de...

Ella lo interrumpió con una mirada exasperada.

—Sé muy bien dónde está situado junto con muchos otros puertos, en los que usted llegó, o si su barco hubiera continuado su ruta... Me propuse saberlo, memoricé tu itinerario, después de... —Su voz se apagó, pero Robert no necesitó que terminara. Sabía muy bien lo que ella habría dicho.

Al escuchar el tono de su voz, él dejó caer la mano y se alejó.

—Lo siento, no quise asumir el rol de maestro de escuela. En cualquier caso, esa es tu posición ahora. Lo que pasa es que nunca mostraste mucho interés por la geografía.

—O en matemáticas, o en política o, de hecho, cualquier tema que pueda considerarse poco femenino, ¡sí, lo sé! Pero, todo eso me interesaba, realmente me fascinaba—. “¿Había sido una mujer azul secreta todo el tiempo?” Ella lo pensó.

Durante varios segundos todo lo que él pudo hacer fue mirarla fijamente. Preguntándose qué tan bien la conocía realmente, finalmente expresó:

—Nunca me lo dijiste.

—Por supuesto que no lo hice. ¡No quería asustarte! ¿Cierto? Quería que estuvieras interesado en mí, incluso si eso significaba entrar en el estudio de papá, después que la casa estuviera en calma y llevar libros a mi habitación, a escondidas, o entrar sigilosamente en el salón del desayuno con la esperanza que hubiera dejado su ejemplar del *Times*. Una vez mamá me sorprendió con papel de periódico, en los pulgares, y me dejó sin almorzar, pero eso no me importó. Valió la pena.

El deleite con el que ella contaba los cuentos lo sorprendió tanto como la revelación que había sido secretamente una erudita. Robert sacudió la cabeza, humillado por todas las cosas que no sabía sobre ella.

—¿Honestamente creíste que saber que te interesaba leer más allá de las placas de moda en *La Belle Assemblée* y los centavos prestados por Mudie me habría hecho menos interesado en ti? —“¿Había sido realmente tan baja su opinión sobre él incluso entonces?” Él reflexionó así.

—De hecho, lo hice. Mamá, tía Tottie, la señora Whitebridge y su grupo me aseguraron que los hombres se sienten desanimados por las mujeres que dicen lo que piensan con demasiada libertad, o se muestran demasiado inteligentes. Me gustaría decir que estaban equivocadas, pero no estoy tan segura que lo estuvieran. En verdad, cuando recuerdo mi salida del armario y nuestro noviazgo. No puedo recordar tantos hombres entusiasmados con las maquinaciones de mi mente... incluyéndote a ti.

Eso le hizo reflexionar. Sintiendo a la defensiva, con razón, respondió:

—Ciertamente, nunca esperé que sonrieras y pusieras mala cara, que fingieras perder jugando a las cartas, o que te rieras cuando mis chistes fracasaban.

—¿Estás completamente seguro? —Ella levantó una ceja escéptica.

—Si debes saberlo, ¡eso me molestó muchísimo!

Su rostro decayó. Una mirada herida reemplazó su anterior presunción.

—¿Por qué no dijiste algo? ¿Antes de ahora, quiero decir? ¡Nunca digas que temías herir mis sentimientos!

—En parte —él admitió—. Y debido a que todas las cosas que amaba de ti, las cualidades, que eran tan inestimablemente maravillosas, superaban con creces las pocas e insignificantes molestias de las que hubiera sido inconcebible quejarme.

Phoebe suspiró. Siguió con una sonrisa melancólica.

—¡Qué par de jóvenes tontos éramos! Y ahora nos volvemos a encontrar, después de todos estos años, casi como extraños.

Indignado, él levantó la cabeza.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo puedes saber eso? Apenas hemos tenido tiempo a solas para descubrirlo.

—Nuestras vidas han tomado rumbos muy separados. Has viajado, has tenido experiencias... has tenido amantes. —Ella se encogió de hombros.

Terminó allí, pero no antes que él captara su expresión, casi la misma cara que había

usado la noche anterior, cuando él había hecho una demostración de coqueteo con Lady Morton. Dispuesto a ver si la misma táctica podría volver a dar frutos, decidió intentarla.

—En oriente, no es raro que un hombre tenga más de una esposa y varias concubinas.

Ella pasó un dedo por el borde de la mesa de la biblioteca Chippendale.

—Sé que no es el tipo de cosas que se pregunta normalmente, y seguramente no es asunto mío, pero, no puedo evitar sentir curiosidad. —Desviando la mirada, preguntó—. ¿Alguna vez has visto el interior de un serrallo?

—A los hombres no se les permite entrar, salvo a los eunucos... y le aseguro que mi curiosidad no llega tan lejos. Pero, sí tuve el placer de conocer a una de sus internas, la princesa Nadia, la hija favorita del sultán. Me sonrojo al decirlo, pero ella desarrolló un cariño hacia mí. —Lo estaba aplicando con una paleta, pero el amor y la guerra eran como uno, y la suya era una guerra por amor... por Phoebe.

Su mirada se posó en la de él.

—Es decir, ¿tú le devolviste sus sentimientos?

Él hizo una pausa, fingiendo reflexionar.

—Los encantos de la princesa Nadia eran considerables. —Sin embargo, “considerable” fue quedarse corto. La princesa pesaba unas buenas doscientas libras y sus encantos estaban a la par del resto de ella. Luchando contra la risa, él añadió—, no puedo decir que le fuera indiferente, pero no podía haber ninguna idea que nos casáramos.

Los ojos de Phoebe casi se cruzaron.

—¿Por ser un plebeyo? Ciertamente, siendo usted y su padre, el pashá, tan amigos, podría haber encontrado una manera de lidiar con esto.

La risa le hizo cosquillas en el fondo de la garganta. Una sonrisa se dibujó en las comisuras de su boca cortada. Con la mirada fija en la de ella, dijo con sinceridad:

—La princesa Nadia puede ser una princesa real, pero tú, Phoebe, siempre has sido la reina de mi corazón.

Su hermosa boca se aplanó.

—¿Y yo todavía era la “reina de tu corazón”, cuando tú estabas divirtiéndote con la princesa?

Eso fue todo. Robert ya no podía mantener la cara seria. Estallaron grandes carcajadas que le obligaron a apoyarse una mano en las doloridas costillas.

—¡No veo qué es tan divertido! —La voz irritada de Phoebe se elevó por encima del ruido.

—La princesa Nadia... Bueno, para ser justos, tiene una cara dulce, si se pasa por alto los dientes frontales que le faltan. —Levantó la mano buena y la pasó por los ojos húmedos.

—¿Le faltan dientes frontales?

Él asintió.

—Los que había conservado eran de varios tonos de marrón, le gusta mucho mascar tabaco.

—Continúa... —Dio la orden, apoyando las manos en las caderas y viéndolo con el ceño fruncido.

—Bueno... ¡Hmmm! Déjame ver. Según recuerdo, sus considerables encantos se debían a que en general era una dama bastante grande.

—¿Qué tan grande?

—Si tuviera que adivinar, apostaría que pesa doscientas libras, más o menos.

Ella se acercó hacia la repisa de la chimenea. Agarrando un arreglo de rosas, lo sacó de

su maceta y lo golpeó a él en la parte superior del cuerpo, que hasta entonces había escapado al daño, directamente en su cabeza.

—Esquivando la lluvia de pétalos —dijo—. ¡Ay! ¿Por qué fue eso?

—Por ser un libertino y un tramposo. Agradezco a mi buena estrella que te hayas ido antes que pudiera cometer el mayor error de mi vida.

Más que las espinas que le clavaban la cabeza, las palabras le dolían. Sin reírse más, preguntó:

—Si ese es realmente el caso, ¿por qué estás tan enojada?

—Porque te he dejado tomarme por tonta, una vez más...

Quitándose los cogollos magullados, se maldijo. ¡No! ¡Maldita sea! Ella estaba realmente enojada. Aún así, no pudo evitar apreciar lo bonita que se veía... y lo viva que estaba. Con los ojos brillantes, las mejillas sonrojadas y el cuerpo ágil temblando como la cuerda de un arco pulsada, tenía el aspecto que él había imaginado que tendría después de hacerle el amor.

Arrojó el ramo roto al suelo y usó su brazo sano para alcanzarla. Sosteniéndola contra él, ayudó que ella mantuviera los brazos a los costados.

—No habría importado si la princesa Nadia tuviera el cuerpo de Venus y el rostro de un ángel. Ella podría haber realizado la danza de los siete velos delante de mis narices, y eso no habría hecho la menor diferencia. La tuya es la única cara que veo, antes de cerrar los ojos por la noche, la única con la que quiero despertar cada mañana. Es más, creo que sientes lo mismo por mí, o al menos podrías sentirlo, si pudieras separarte del pasado, y permitirte sentir de nuevo. Pero, lo sentirás, Phoebe. Te haré sentir algo, aunque sea mi último acto terrenal.

—Yo... siento cosas.

—¿Tú? —Él pasó el pulgar por la curva de su labio inferior, complacido cuando ella se estremeció—. Me parece que estos labios tan bonitos fruncen demasiado el ceño y no sonríen lo suficiente.

“Por no besar”, él lo pensó en silencio.

Unos ojos cautelosos buscaron su rostro.

—¿Se te ha ocurrido que tal vez no he tenido mucho por qué sonreír?

—Podría cambiar eso... si me permitieras. —Con la mirada fija en la de ella, añadió—, dame permiso, dulce Phoebe... Dame permiso para hacerte feliz otra vez.

Las lágrimas añadieron un brillo de diamante a sus ojos. El color tiñó sus mejillas previamente pálidas. Su cuerpo bajo su tacto ya no se sentía rígido sino dócil y dispuesto. Inhaló el jabón con aroma a vainilla, que ella usaba para bañarse, y de repente no podía esperar para probar no solo su beso sino todo lo de ella, cada una de sus suntuosas y voluntariosas pizcas. Le puso una mano en la nuca y la guió hacia él. Su boca estaba a un pelo de la de él. Podía ver la humedad que perlaba su labio inferior y casi saborear las gotas de limón, que probablemente había comido, en lugar de un almuerzo adecuado.

Una llamada desde afuera los obligó a separarse. Phoebe lanzó una mirada más allá de él hacia la puerta.

—¡Adelante! —gritó, levantando la mano para comprobar que su lace fichu permanecía en su lugar.

Mary entró. Al observar los pétalos esparcidos y los tallos doblados, sus ojos se abrieron como platos.

—Lulú y Fiona estaban jugando afuera. Lulú se cayó... se raspó la rodilla. Traté de consolarla, pero ella te quiere...

Rodeando a Robert, dijo:

—Llévala a la enfermería para que le limpien el corte. Me reuniré contigo allí de inmediato.

*** **

Phoebe se apartó del abrazo de Robert y las luces de colores de las linternas chinas bañaron sus pechos desnudos en tonos melosos. Ella miró su corpiño abultado y luego volvió a mirarlo a él con una lágrima gorda recorriendo su mejilla.

—Por favor —dijo ella, esas simples palabras susurradas pusieron a prueba tanto su corazón como su honor.

A pesar que su necesidad palpitaba fuerte y pesada dentro de la pernera de su pantalón, y no había tenido una noche de descanso completa en semanas por desearla, él encontró la fuerza de voluntad para levantar el vestido hasta sus hombros temblorosos.

—No llores, amor. Esperaremos hasta casarnos.

—¿Hasta que nos casemos?

Robert se puso de pie de un salto y el movimiento repentino provocó una punzada de dolor en su maltrecho costado derecho. Maldiciendo, se recostó contra la cabecera y se pasó una mano vendada por la frente cubierta de sudor. El sueño, o más bien el recuerdo de hace seis años, había sido tan dolorosamente real, que casi había esperado darse la vuelta y encontrar la cabeza de Phoebe sobre la almohada a su lado.

Si tan solo pudiera ser tan afortunado.

Bajó las piernas rígidas sobre la cama y se puso de pie. “Tengo que recuperarla”. Se acercó a tuestas al lavabo y sus moretones le hicieron moverse como un anciano. En lugar de llamar para pedir agua caliente, se conformó con la fría. Se lavó la cara hinchada y admitió que los cortes probablemente significarían evitar afeitarse para otro día. Aún así, se vistió con cuidado, poniéndose lo más presentable posible, antes de bajar las escaleras. El sabroso aroma de las salchichas, los arenques ahumados y los huevos mimados lo llevó a la sala del desayuno.

Sentada a la mesa cubierta con un mantel, Chelsea levantó la vista cuando él entró. A diferencia del día anterior, ella apenas parpadeó ante su visión negra y azul.

—Niños, denle los buenos días a su tío Robin.

Dos diablillos de ojos brillantes levantaron la vista, mientras empujaban la comida en sus platos.

—Buenos días, tío Robin —corearon, mirándolo como si fuera una curiosidad de una feria.

—Niños. —Favoreciendo su lado derecho, se acercó a la mesa y dejó un beso encima de cada corona despeinada.

—¿Cómo están tus heridas, tío Robin? —preguntó Daphne, mientras sus ojos azules reflejan preocupación.

—Mucho mejor hoy, gracias muñeca —respondió Robert, quien mirando por encima de la corona de rizos cobrizos de la niña, compartió una sonrisa con su madre.

Daphne era la viva imagen de Chelsea, mientras que el cabello castaño y los ojos color bellota de Tony favorecían a su padre. Verlos como adultos, en miniatura, le recordó una vez más lo mucho que se había perdido. Pero ahora no era el momento de entregarse a reflexiones sensibleras. Se dirigió hacia el aparador. Al levantar la tapa de la primera de varias erupciones plateadas grabadas, lo encontró rebosante de tocino. De todos los alimentos, que había echado de menos durante los años que estuvo fuera, el tocino inglés encabezaba la lista. Desde su regreso,

parecía que no podía atiborrarse de lo suficiente. Cogió una losa jugosa y se la metió en la boca.

Por el rabillo del ojo vio a su hermana frunciendo el ceño.

—¿Por qué no te preparas un plato y te sientas con el resto de nosotros? —Le lanzó una mirada penetrante a Tony y Daphne, con los ojos clavados en sus dedos grasientos.

Chupándose el pulgar reluciente, aceptó la servilleta que ella le pasó.

—Suenas exactamente como solía hacerlo mamá. —Localizando la cafetera, se sirvió una taza. Al encontrarlo fuerte y negro, tal como le gustaba, tomó un trago reconfortante.

Tony intervino:

—Cuando sea mayor, me iré al mar y seré un pirata como tú, tío Robin.

Robert estuvo a punto de escupir café en la pechera de su camisa.

Chelsea le lanzó una mirada de advertencia y volteó hacia su hijo.

—Tu tío es un comerciante, no un pirata. Son dos ocupaciones completamente diferentes, ¿no es así, tío Robin?

—¡Eh! Bastante.

—No me importa cómo se llame, mientras pueda estar en el mar. —Con mirada amotinada, el niño dejó el tenedor, recogió los restos de su salchicha y se la metió en la boca.

Con expresión alarmada, Chelsea se acercó para limpiarle la boca.

—No seas tonto, cariño. Te quedarás en suelo inglés con mamá, papá y el resto de la gente normal. Y por cierto, usa los cubiertos como te ha enseñado mamá.

Con el labio inferior sobresaliendo, Tony anunció:

—Pero ser un marinero de tierra firme es aburrido.

Esquivando la mirada de daga de Chelsea, Robert contuvo una risita.

—¿Puedo al menos usar un arete, mamá? —Tony persistió, mirando fijamente a Robert. A pesar de sus concesiones a la moda masculina más moderada de Londres, conservar su arete proclamaba que el “capitán Lázaró” no estaba del todo muerto y enterrado.

Chelsea hizo sonar su taza de té en su platillo.

—No, mientras yo viva y respire, precioso.

Daphne, callada hasta ahora, desvió la mirada de Robert a su madre.

—Quiero ser pirata, perdón, mamá, comerciante, también... Solo que él... —Le lanzó a su gemelo una mirada mordaz—. Jura que no puedo por ser una niña.

Giró su cabeza rizada hacia Robert.

—También hay chicas piratas, ¿no es así, tío Robin?

—De hecho, las hay —respondió Robert, esquivando la mirada sofocante de Chelsea—. Estaba Anne Bonner y antes que ella, Grace O'Malley, una irlandesa. Y luego la mayor pira... eh, comerciante de todas, Zheng Yi Sao, que comenzó su vida como una humilde prostituta...

—Niños, ¡suficiente! —interrumpió Chelsea, fijando a Robert con una mirada penetrante—. Tu tío tiene un compromiso importante y ustedes tienen lecciones con la niñera. Si han terminado sus desayunos, están excusados.

Los gemelos dejaron a un lado sus servilletas y se levantaron de sus asientos. Daphne se dirigió hacia la puerta y dio la vuelta.

—¿Te vemos en el almuerzo, tío Robin?

Robert vaciló. Si todo salía según lo planeado, compartiría la comida del mediodía, al aire libre, con Phoebe.

—Me temo que tengo una cita a la que debo asistir.

Las sonrisas de los niños se apagaron.

—Pero, te veré para cenar —intervino rápidamente, guiñándole un ojo a su hermana—. Y

después, te arroparé y contaré una historia, una que cuente con la aprobación de tu mamá, por supuesto.

Con el ánimo recuperado, los gemelos se marcharon. Una vez que sus pasos se desvanecieron, Chelsea dijo:

—Creo que ahora sé cómo se sintieron mamá y papá, cuando anuncié mis planes de trasladarme a Epsom y ganarme el pan como jinete.

—Un caso de ojo por ojo, de hecho —coincidió Robert—. Creo que tenías más o menos su edad, y mi madre y mi padre no eran mucho mayores que nosotros ahora.

Ella arqueó una ceja de color ruano.

—Espera hasta que tengas tu propia familia y entonces... —Se detuvo a mitad de la frase—. ¡Oh! Querido, lo siento. No quise decir...

—Está bien. —Dejó su café medio bebido y de repente pareció que la bebida se había vuelto amarga—. Quiero una familia, pero eso depende de Phoebe. Estoy decidido a recuperarla.

—¿Y si ella no se deja conquistar?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que volveré al mar. El aire salado es maravillosamente bueno para curar las heridas.

Visiblemente enojada, Chelsea le disparó lo que él empezó a considerar como la mirada.

—Así que ese es el plan, ¿cierto? ¿Vivir tu vida de vagabundo, poco mejor que un pirata, hasta que se te acabe la suerte?

—Creo que el término correcto es comerciante, pero sí, esa es la noción básica. ¿Y por qué diablos no debería ir a donde me llevan los vientos alisios? Si Phoebe no me acepta, ¿qué me queda aquí?

Chelsea golpeó su taza de té contra el platillo.

—Muchas gracias. ¿Qué pasa con tu sobrina y tu sobrino, el bebé en camino, y yo, en realidad? ¿Somos carne picada?

—No quise decirlo... ¡Cielos! Chels, no te enfades conmigo también. Debes saber que adoro a esos niños y... bueno, como vienen hermanos, supongo que tú los atenderás.

Su ceño se alivió.

—Entonces, ¿por qué no te quedas con nosotros? Los niños te adoran. A pesar de ese ridículo pendiente, yo también te tengo mucho cariño. En cuanto a Anthony, parece que ustedes dos se están acercando el uno al otro.

—Y así lo estábamos. Es solo que...

—Sí, sí, lo sé, la tierra es aburrida. Pero, quizás todavía tengas que darle a tierra firme una oportunidad justa, ¿eh? Seguramente, arriesgar tu vida al huir a lugares desconocidos también debe volverse aburrido después de un tiempo.

Dividido entre la exasperación y la diversión, sacudió la cabeza. Una vez que Chelsea fijaba su mente en algo, en este caso, mantener sus pródigos pies plantados en suelo inglés, era implacable como una roca. Por otra parte, supuso que se podría decir lo mismo de su determinación de recuperar a Phoebe.

—Aprecio la invitación, Chels, y te amo por ello, pero no te daré falsas esperanzas. Si Phoebe sigue adelante con este matrimonio, llevaré anclas tan pronto como el barco esté aprovisionado. Quedarse y cruzarse con ella, como esposa de otro hombre, sería insoportable para mí. Seguramente, ¿tú más que nadie puedes comprender eso?

Exhalando pesadamente, ella asintió.

—Hace años, cuando pensé que Anthony había decidido casarse con Phoebe, no podía

pensar más allá de salir de Londres lo más rápido posible, así que sí, lo entiendo. Eso no significa que me tenga que gustar. O... —añadió animándose—, perder la esperanza de cambiar de opinión.

—¡Tú te rindes! Deja ese pensamiento. —Apartándose del aparador, extendió la mano y le dio un apretón en el hombro—. Aún es temprano, querida hermana y, fíjate, quiero usar todas las armas de mi arsenal para alejar a Phoebe de esa rana petimetre.

Chelsea asintió.

—Todo menos un secuestro... te ayudaré en todo lo que pueda y no solo por tu bien. Phoebe no ama a Arístide, lo sé. En cuanto al conde, aunque no tengo motivos para menospreciar su carácter, solo sé que no me puede gustar.

Él la analizó.

—¿Por qué? —Algo en Bouchart tampoco le sentaba bien, pero hasta ahora había descartado sus malos sentimientos como prejuicios nacidos de su rivalidad.

Ella se encogió de hombros.

—No es nada que pueda señalar, más bien tengo una sensación que no desaparece. Anthony se burla de mí acerca de mi “intuición de mujer”, pero, nunca he podido confiar en ese hombre. Temo que intente provocarte para que inicies una pelea abierta o algo peor.

Robert recordó la otra noche en Almack. Su cincha no se había cortado sola. Alguien había manipulado su arreo, un acto deliberado destinado a herirlo o algo peor. Aparte de Arístide, ¿quién en Londres tenía motivos para desear que se fuera del camino? Le vino a la mente la madre de Phoebe, pero por mucho que le desagradara la mujer, no veía la manera de echarle a sus pies un acto tan repugnante.

Tampoco podía acusar abiertamente a Bouchart. El francés había estado a la vista toda la noche. Pero hombres como el conde no se ensuciaban las manos. Empleaban a otros para que hicieran sus actos sucios por ellos. No era la primera vez que Robert recordaba al mozo con dientes de oro. Su rostro ahorcado era más propio de un recluso de la cárcel de Newgate que de un sirviente de St. James. Robert apostaría The Swan a que el hombre no era en absoluto un mozo de cuadra, sino un secuaz plantado allí. Cuando regresó a Almack, el día anterior para investigar más de cerca, ninguno de los lacayos o padrinos de boda de turno pudo afirmar haber visto a un mozo de cuadra, que encajara con esa descripción en ningún lugar del lugar.

Chelsea lo miró y dijo:

—Nunca dijiste cómo te caíste la otra noche.

Robert se encogió de hombros.

—Fue un accidente por descuido. Tomé la curva demasiado rápido, nada más. —Esa era otra mentira, esta vez para evitarle a su hermana embarazada un malestar indebido.

Ella vaciló y se mordió el labio, como si fuera ella la que estuviera ocultando algo.

—¿Qué es? —él preguntó.

—Nunca te dije esto, pensé que era mejor no hacerlo, pero el accidente del carruaje, que nos quitó a mamá y a papá, no fue un accidente en absoluto. Antes de morir, el terrateniente Dumfreys admitió haber herido al caballo líder.

Enamorado de Chelsea hasta el punto de la obsesión, el hacendado había sido quien estaba detrás del secuestro de Phoebe y él hace seis años, pero Robert nunca había considerado que la traición de ese hombre podría extenderse hasta el asesinato de sus padres. Si el veneno no hubiera puesto al villano fuera de su alcance, Robert con gusto habría hecho de asesinarlo la misión de su vida.

Una vez más, él había llegado demasiado tarde.

Se pasó una mano por el pelo, recordando tardíamente sus moretones.

—¡Cielos! No tenía idea.

—Solo lo menciono ahora porque... Bueno, tengo la sensación que tu accidente de la otra noche podría no haber sido una casualidad.

Abrió la boca para admitir la parte cortada, cuando su mirada se posó en su prominente vientre.

—Gracias por decírmelo, pero mi caída de la otra noche fue un accidente y nada más. Por favor, sácalo de tus pensamientos.

—¿Estás bastante seguro?

Mentirle a la cara era terriblemente difícil, pero dadas las circunstancias también era lo correcto.

—Lo estoy... Dicho esto, soy rígido como una tabla y juguetón como un viejo. ¿Puedo tomar prestado tu carruaje por un día en lugar de viajar?

Su expresión se suavizó.

—Por supuesto, es tuyo durante el tiempo que quieras. Dada mi condición, no haré ninguna visita social. Solo prométeme que no saltarás sobre los asientos ni estropearás las ruedas, como hiciste cuando tenías seis años. —Ella terminó la advertencia con una sonrisa.

Al encontrar su sonrisa, él respondió:

—Siempre tuviste una memoria como la de un elefante. —Dio la vuelta para irse.

—¿Robert?

Con un pie en el pasillo, él regresó.

—Sí, ¿hermana mía?

Ella le lanzó una mirada preocupada.

—¿Prométeme que te cuidarás?

—Lo haré —dijo. El sentimiento era sincero. Ahora conocía la medida de Bouchart. Por el bien de Phoebe y el suyo propio, no volvería a bajar la guardia—. Si el pasado me ha enseñado alguna lección, es a estar atento a las condiciones meteorológicas, por muy templado que parezca el mar en su superficie.

Capítulo siete

Phoebe estaba de pie en el pórtico de columnas del hospital con Mary, y Pippin, atado a sus pies. Ella luchó por señalar la fuente de la evidente angustia de la niña. Antes que terminara la semana, Mary estaría en camino a un puesto prometedor con una familia respetable en Cornwall. Probablemente, su palidez y sus mejillas llenas de lágrimas no eran más que un ataque de frío. Aún así, cuando Mary le pidió hablar en privado, no dudó en recoger su sombrero y sus guantes.

Con expresión angustiada, Mary negó con la cabeza.

—No debería haberla metido en esto. Si me descubren... Por favor, milady, olvide que alguna vez lo mencioné. —Con los hombros arqueados, volteó antes de salir, pero Phoebe le puso una mano en el hombro para detenerla.

—¿Metido en qué, querida? Estás hablando en acertijos. —Girándola suavemente hacia atrás, buscó pistas en ese rostro cargado de miseria—. Me gustaría que me dijeras claramente lo que te preocupa. Sea lo que sea, tienes mi palabra que quedará entre nosotras.

Mary guardó silencio.

Muy bien, eso iba a ser una pesquisa.

—¿Tiene que ver con tu partida?

Con los ojos llenos de lágrimas, Mary asintió.

—En cierto sentido...

—Si no te sientes preparada, si prefieres esperar y buscar un lugar más cerca de Londres, solo tienes que decírmelo. Con mucho gusto hablaré con los gobernadores, en tu nombre.

Mary descartó la oferta con un vehemente movimiento de cabeza.

—¡Oh! No, no es eso, milady. Extrañaré a mis amigas y a usted especialmente, milady, pero tengo ganas de ver algo del mundo más allá de estas puertas.

El viaje de Londres a Cornualles se podía realizar en dos días en silla de posta, y más cerca de uno, si el viajero podía conseguir un asiento, en un vagón del Royal Mail, lo que no era un gran recorrido, pero dado lo pequeño que se había mantenido su mundo, a Mary le parecía que esto sí era extenso. Por otra parte, Phoebe apenas había viajado. La intimidación de Bonaparte había impedido las excursiones al extranjero. Siempre había asumido que una vez terminada la guerra, Robert y ella emprenderían el gran viaje de luna de miel del que habían hablado, pero él había seguido adelante, viviendo sus aventuras sin ella. A pesar de su “casi” beso del día anterior, y que más de una vez, desde que salía, lo había sorprendido mirando hacia el césped para buscar su acercamiento, la vieja amargura burbujeó a la superficie.

Desconcertada, Phoebe preguntó:

—Entonces, ¿qué pasa?

La niña miró cautelosamente por encima del hombro. Al voltear, bajó la voz a un susurro y admitió:

—Es mi madre, milady.

—¿Se han mantenido en contacto? —Phoebe preguntó en voz baja.

Avergonzada, la muchacha asintió.

—¡Oh! Sé que va contra las reglas, pero a veces nos reunimos, siempre los sábados en Russell Square. Solo las últimas semanas ella no vino, y ahora me iré dentro de unos días sin poder decirle dónde estaré ni cómo localizarme.

—¿No puedes escribirle? —insistió Phoebe con suavidad. Su alumna más destacada, Mary, poseía una caligrafía muy bonita, pero su ortografía dejaba mucho que desear. Aún así, ella leía y escribía mucho mejor que la mayoría de los sirvientes domésticos.

Mary lanzó otra mirada a su alrededor antes de admitirlo:

—Sí. —Sacó una carta doblada de su bolsillo y se la pasó a Phoebe.

Phoebe la tomó. Dándole la espalda a la fachada del edificio con sus numerosas ventanas, se guardó la carta en el bolsillo de la falda, no sin antes echar una rápida mirada en dirección al destinatario: SEÑORA SALLY FRY, SIX CHURCH LANE, ST. GILES PARISH, LONDRES.

Phoebe sintió que se le helaba el coraje. El lugar era conocido por ser un refugio para criminales de todo tipo, desde pequeños carteristas hasta asesinos a sueldo. Incluso entre los habitantes del East End, el conjunto de viviendas en ruinas conocido como The Rookery tenía una merecida reputación como el peor de los guisos de la ciudad. Phoebe lo había visto con sus propios ojos, hacía seis años, cuando Robert y ella fueron rescatados de las garras de sus secuestradores. En los seis años transcurridos desde entonces, las condiciones habían empeorado.

Aún así, le había hecho una promesa a su alumna y tenía intención de cumplirla.

—No te preocupes, querida. Prometo hacer todo lo que pueda para garantizar que esto... —Se dio unas palmaditas en el bolsillo—. Llegue a manos de tu madre, antes que te vayas, y te devuelva su respuesta. Enviaré a uno de los lacayos más confiables de mi familia para que emprenda la tarea esta misma noche.

Quienquiera que fuera, ella se aseguraría que llevara una pistola cargada en el carruaje.

Había esperado que su promesa tranquilizara a Mary, si era posible, pero ella solo parecía estar más desolada.

—Eso es muy bueno de su parte, señora, pero, mamá no sabe leer ni escribir más allá de dejar su huella.

Phoebe comprendió la situación y reprimió un suspiro. La triste situación de Mary no era tan infrecuente como ella desearía. El analfabetismo era tan rampante en la capital del Imperio Británico, como en otros lugares, siendo un compañero cercano a la pobreza y la desesperación.

—En ese caso, tu madre necesitará que alguien le lea la carta en voz alta, luego espere y transcriba su respuesta. ¿Es eso correcto?

Mary asintió.

—Mi madre tiene un puesto de ostras en el mercado de Billingsgate. Podrías decirle a tu hombre que la busque allí primero.

El mercado podría ser una gran mejora con respecto a St. Giles, pero Phoebe no se atrevía a aventurarse allí sin una escolta, alguien en quien pudiera confiar para guardar su secreto. Arístide nunca consentiría tal plan. Bien podría intentar impedir que ella fuera. Aparte de Reggie, notoriamente poco confiable y no siempre el más discreto, ¿a quién podría preguntarle? Más concretamente, ¿en quién podría confiar?

El ruido de las ruedas del carruaje la hizo mirar una vez más hacia el camino de conchas de ostras aplastadas. Un carruaje verde brillante avanzaba hacia ellos, mientras el sol iluminaba una gran cantidad de adornos dorados. Plumas danzaban sobre el casco del equipo de negros emparejados. Un árabe con turbante, aparentemente sacado de las páginas de *Las mil y una noches*, estaba sentado en el pescante del conductor. Qué vehículo tan vulgar, pensó Phoebe, curiosa por ver quién se bajaría. El vehículo se detuvo, se abrió la puerta y Robert descendió.

El cabestrillo había desaparecido. Recorriéndolo con la mirada, Phoebe notó que la hinchazón de su rostro había bajado. Su ojo derecho era negro y azul, aunque afortunadamente, el mismo estaba completamente abierto.

Inclinándose con el sombrero, él los saludó con una alegre sonrisa.

—Buenas tardes, damas —dijo, deteniéndose en el escalón de abajo.

Mary hizo una profunda reverencia.

—Mi señor —lo expresó tan solemnemente que Phoebe tuvo que reprimir una sonrisa.

Robert sonrió y su labio partido se estiró hasta el límite.

—No soy un señor, señorita Mary. Soy tan plebeyo como tú. Resulta que soy rico. —Lo destacó con un guiño. Le tendió la mano y la ayudó a levantarse.

—Sea lo que sea, usted llega tarde —intervino Phoebe, dolorosamente consciente de lo malhumorado que eso debía sonar—. Que hubiera caído en el hábito de esperarlo la irritaba muchísimo.

Él volvió a mirarla.

—Si no lo supiera mejor, diría que debes haberme extrañado.

—¡Estás equivocado! —espetó ella, sintiendo que se le aceleraba el pulso.

Con Arístide siempre estuvo en vilo, sopesando sus palabras, antes de pronunciarlas, pero con Robert era libre de decir lo que pensaba. Ni siquiera sus deliberadas groserías lo desanimaban. En todo caso, parecía que él las disfrutaba.

Las comisuras de su boca cortada se alzaron hacia arriba.

—Sí, llegué tarde, y lo admito... eso fue para prepararnos un almuerzo campestre.

“Un picnic, ¿él está loco?”

—Es la mitad del día... del día escolar.

—A menos que la costumbre inglesa haya cambiado drásticamente en mi ausencia, el mediodía es el momento en que se realizan los picnics. Las clases de la mañana han concluido, ¿no es así?

—No reanudaremos hasta las tres —confirmó Mary, con el rostro iluminado.

Phoebe le lanzó una mirada a ella.

¡El pícaro había logrado ganarse a su incluso leal Mary! Pero esa era la magia de Robert Bellamy, un testimonio del encanto fácil que irradiaba. Casi imaginó que una nube invisible de polvo de hadas se arremolinaba a su alrededor, envolviendo a todos los que se encontraban dentro de su esfera. Polvo de hadas o no, la simple verdad era que él atraía a las personas. A pesar de su historia, él incluso la dibujó a ella.

—Espléndido, en ese caso secuestraré a tu maestra durante las próximas horas. —Volvió a centrarse en Phoebe—. No se alarme tanto, milady, no tengo nada nefasto en mente, al menos, hoy no.

Detrás de ellos, se abrió la puerta principal. Los niños salieron al porche. Los bribones debieron aprovechar su ausencia para asomarse a las ventanas.

—¡Un picnic, un picnic! —coreó el grupo.

Separándose de los demás, Lulú corrió hacia Robert con los brazos abiertos.

—¡Señor papá, usted regresó!

—Efectivamente lo hice, señorita Lulú. —Él se abalanzó y la levantó, colocándola fácilmente sobre sus anchos hombros, aunque hacerlo debía lastimarlo poderosamente.

Al verlo así, era imposible no pensar en el maravilloso padre que sería. Phoebe estaba segura que Arístide desearía mantener a sus futuros hijos escondidos en la guardería.

Robert se dirigió hacia Phoebe.

—Entonces, ¿qué dices? He traído comida suficiente para alimentar a un ejército.

Claramente, ella estaba superada en número. Consciente que los niños la observaban, cedió y se encogió de hombros.

—No tengo un ejército, pero los niños en crecimiento ciertamente comen como tal.

*** **

Despojado de sombrero y abrigo, Robert apoyó la espalda contra el tronco del árbol. Con las mangas de la camisa enrolladas hasta los codos y las piernas estiradas frente a él sobre la manta, se recostó lo mejor que sus heridas se lo permitieron. Phoebe, sin embargo, había permanecido erguida y completamente abotonada durante todo el almuerzo, con las faldas recogidas, alrededor de los tobillos, y el omnipresente lace fichu doblado en el escote de su vestido.

Agradablemente saciado, se tragó un bostezo.

—Admítelo, esta fue una buena idea.

—Te has tomado muchas molestias —ella reconoció, mirándolo.

Se había demostrado que ella tenía razón en un punto. De hecho, los niños en crecimiento pueden consumir cantidades prodigiosas. Poco quedaba del pollo asado frío, pan, aceitunas y quesos de lujo, tartas de grosella y fruta fresca. Incluso los bananos, que ellos habían traído, fueron debidamente devorados, una vez que se les enseñó, a los niños, cómo retirar la gruesa cáscara amarilla y tomar esa una pulpa suave y succulenta.

Él se encogió de hombros.

—Anthony y Chelsea mantienen una despensa... y una bien surtida. No hice más que decirle a su cocinera lo que deseaba.

Una vez que eligieron su lugar, Caleb se había encargado de organizar el picnic, bajo la glorieta de un gran castaño. Al principio, los niños mantuvieron la distancia, pero la curiosidad y el hambre vencieron cualquier temor y se acercaron sigilosamente. El árabe alto y con turbante superó con creces el experimento científico de Newton en cuanto a captar la imaginación. Al mirar a Caleb correteando por el césped con sus nuevos admiradores, incluido el perro de Phoebe, y a Phoebe compartiendo su manta, Robert sintió que una rara paz lo invadía. Al menos, durante una tarde, se sintió bien al fingir que la paz podría ser realmente posible.

Desvió su mirada hacia Phoebe. No fue la primera vez que la vio observando el edificio. Habían realizado un picnic, a la vista de numerosas ventanas.

Curioso, él preguntó:

—¿Estamos violando alguna regla arcaica al estar aquí?

Ella dudó.

—Honestamente, no puedo decirlo con certeza. Hay unos cuantos idiotas, entre el personal, que han hecho saber que no aprueban mis llamados “métodos modernos”.

Se encogió de hombros, reprimiendo una mueca de dolor, cuando el mismo recorrió su adolorido hombro.

—Explique que usted está cediendo al capricho de un donante generoso, seguramente prevalecerá el pragmatismo.

—Un donante que me ha dicho que quiere permanecer en el anonimato —ella confirmó.

—Bien, me olvidé de esa parte. Pero, creo que te permitirán toda la libertad que puedas desear, dado lo buena que eres con los niños. —No era la primera vez que él pensaba en la espléndida madre que ella sería.

Sus cejas arqueadas sugirieron que su cumplido la había tomado por sorpresa.

—No siempre lo fui. Primero tenía que ganarme su confianza. Han tenido vidas tan difíciles, que a veces puede resultar difícil recordar que son niños.

“Pero, no hay nada que puedas decir, nada que puedas hacer, que pueda incitarme a

confiar en ti nuevamente”.

Una vez, ella le había confiado su cuerpo y su corazón, regalos preciosos que él había dejado a un lado por el orgullo hinchado de un muchacho. Ahora, él cruzaría alegremente un lecho de brasas, como una vez había visto hacerlo a un faquir sufí, si eso significaba poder recuperar su confianza. Ese santo habría logrado su paso sin adquirir una sola ampolla, en los pies, lo cual era una hazaña asombrosa. Si tan solo hacer las paces fuera tan simple como caminar sobre el fuego. No ayudaba que ella pareciera sentir un placer, casi perverso, al no creer cada palabra que él pronunciaba.

Evocando lo que esperaba que pasara por un tono casual, él preguntó:

—¿Y cómo lo hiciste...? Quiero decir... ¿cómo te ganaste su confianza?

Ella lo pensó por un momento.

—Supongo que los escuché.

—¿Los escuchaste?

Ella asintió.

—Lo hice.

Robert señaló el espacio a su lado.

—Este baúl es lo suficientemente amplio para los dos. ¿Por qué no compartirlo conmigo?

Ella dudó, luego retrocedió para apoyarse contra él.

—Está mejor, gracias. —Sosteniendo la mirada de ella, tragó saliva—. Continúa, te estoy escuchando ahora.

Ella soltó un profundo suspiro.

—A veces, siento que lo único que hago es pelear... con mi madre, con los gobernadores del hospital y ahora contigo.

A él le gustó la intimidad casual de su hombro, apoyado al lado del suyo, y dijo:

—No tiene por qué ser así. ¿Por qué no convocas una tregua permanente y empiezas de nuevo?

Ella sacudió su cabeza.

—Siempre has tenido talento para hacer que las cosas parezcan simples, cuando no lo son.

“En seis meses, un año como máximo...”

Él se puso rígido.

—Y tú también, por hacer que ellos parezcan mucho más alborotadores de lo necesario.

Por un fugaz momento, él pensó que ella podría alcanzar la jarra de agua con limón y volcarla sobre su cabeza, pero luego sus rasgos se relajaron. En cambio, ella apoyó la cabeza contra el árbol y suspiró:

—¡Cielos! Estamos peleando como gatos otra vez. ¿Cuánto han sido estos cuarenta minutos?

Robert cogió su reloj y fingió consultarlo.

—Más bien treinta, según mis cálculos. ¿Intentamos esto de nuevo? —Ante su asentimiento, levantó su vaso de agua del césped—. ¡Un brindis por la amistad renovada!

—Por la amistad. —Ella acercó su vaso al de él y tomó un sorbo. Dejando el agua a un lado, expresó—. Pero, ten en cuenta que cualquier cosa más está fuera de discusión.

—Rebajaré mis expectativas... en consecuencia.

¿Estaba ella, como él, pensando en el “casi” beso del otro día? Él tenía muchas ganas que así fuera. Sin embargo, como no podía besarla allí, delante de una audiencia, la preparación le serviría como la segunda mejor opción.

—En serio, si queremos ser amigos, deberíamos acordar algunas reglas básicas. —Ella dudó al decirlo, sintiendo que su sonrisa se desvanecía. Los libertinos y las reglas difícilmente iban de la mano.

—¿Qué tienes en mente?

Claramente, ella había pensado mucho en ese tema, porque ni siquiera hizo una pausa sino que se lanzó directamente:

—En primer lugar, no habrá besos.

Así que ella todavía estaba pensando en su cercano abrazo... ¡excelente!

—Muy bien, estoy de acuerdo en no empezar a besarte.

—En segundo lugar, hasta ahora no se hablará del pasado, nuestro pasado.

—Eso me sienta bastante bien. Estoy mucho más interesado en el futuro, el nuestro.

Haciendo caso omiso de ese comentario, ella continuó:

—Por último, no se debe provocar una disputa con Arístide.

Al oír el nombre de la rata sentina, Robert sintió que le hervía la sangre.

—¡Me peleo con él! Es él quien...

—Él y yo vamos a casarnos —intervino Phoebe razonablemente, tan decididamente que él no podía discutir con ella—. Si eres sincero al buscar mi amistad, debes honrarlo, como es mi intención y mi elección.

A pesar del tictac de los músculos de su mandíbula, él asintió.

—Muy bien, no provocaré una pelea con Arístide, pero, si él considera oportuno desafiarme, llevaré adelante el asunto. —Si él encontraba una manera de demostrar que el francés estaba detrás de la ruptura de la cincha de su caballo, no cedería cuartel, ninguno en absoluto.

Aparentemente satisfecha, Phoebe asintió.

—Supongo que eso servirá.

Él cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué, ninguna otra estipulación? ¿Quizás una disposición para que un guardia armado nos acompañe con órdenes de dispararme, en el acto, si incumplo la regla uno, dos o tres?

—No me tientes. —Esos labios femeninos se torcieron, como si luchara contra una gigantesca sonrisa.

Él le lanzó una mirada de reojo. Por muy halagado que estuviera, todavía no la había visto tan alegre y con las mejillas sonrosadas con Bouchart. Si ella seguía adelante con este matrimonio, corría el riesgo de envejecer, antes de tiempo. Más preocupante aún era el carácter altamente cuestionable de su prometido. No se podía confiar en un hombre que alteraba los arreos de otra persona, y mucho menos como marido.

—Sabes, a menudo se dice que quienes elaboran reglas lo hacen principalmente para gobernarse a sí mismos. —Había hecho ese comentario simplemente para incitarla, pero se le ocurrió tardíamente que esto podría ser cierto.

Phoebe entrecerró los ojos.

—Nunca había oído eso.

—Supongo que será mejor que hagamos nuestro picnic a plena vista. No tendrás que preocuparte por confiarte a solas a mí.

El ajuste tuvo el efecto predecible y deseado. Phoebe volvió para mirarlo y casi chocó con sus narices.

—¡Qué comentario tan perfectamente arrogante! En los años que has estado ausente, tu buena opinión sobre ti mismo parece haber crecido a la par que tu cabello.

En lugar de discutirlo, Robert se rió.

—La Biblia aconseja que los mansos heredarán la tierra, pero todavía no he visto ninguna evidencia de ello.

—Puedo ver que has añadido la blasfemia a tus hábitos paganos. —Miró hacia Caleb, que todavía correteaba por el césped con los niños. Cambiando de tema, preguntó—. ¿Quizás deberíamos prepararle un plato?

Robert negó con la cabeza.

—Solo lo insultarías. Cuidarme es el propósito de su vida, al menos, hasta que sienta que ha pagado su deuda.

—Entonces, ¿lo contrataste?

Robert negó con la cabeza.

—De donde viene Caleb, el contrato, tal como lo conocemos, no existe.

Su mirada se entrecerró.

—No me digas que es tu esclavo —pronunció esto último con voz apagada por la conmoción, y plagada de desaprobación.

Su pregunta lo sacó de su buen humor.

—El comercio de carne humana es el acto más vil y, en conjunto, el peor mal que un hombre inflige a su prójimo. He visto no solo hombres sino también mujeres y niños, llevados casi desnudos y encadenados a bloques de subasta, en mercados de todo el oriente. A un caballo premiado en Tattersall se le concede mayor dignidad, te lo aseguro. Caleb está conmigo por voluntad propia. Aunque no acepta salario por sus servicios, yo le reservo una determinada suma cada mes. Cuando llegue el momento de desempeñarse por su cuenta, no lo hará como un pobre.

Miró a Caleb, que montaba a Fiona en su único hombro.

—¿Por qué se siente en deuda contigo?

—Una vez lo ayudé a escapar... de una situación muy mala y, según su forma de pensar, cree que me debe la vida.

—¿Habla algo de inglés?

Robert vaciló.

—No habla, pero creo que comprende bastante.

—¿Cuál es su lengua materna?

—Ninguna, ahora.

Los ojos de Phoebe se abrieron.

—Puede que no haya viajado más allá de Escocia, pero, eso no me convierte en una ignorante. Todos los humanos tenemos un lenguaje hablado. Estoy segura que la gente de Caleb no es una excepción.

—Creció hablando persa, además de algo de hindi y malgache, pero no ha dicho una palabra de ninguno de los dos idiomas, en años.

Ella le lanzó una mirada interrogativa.

—¿Hizo algún tipo de voto de silencio?

—No exactamente. —Robert hizo una pausa y luego admitió—. No tiene lengua.

Ella se llevó la mano a la boca y sus ojos opacos se abrieron de par en par.

—¡Qué horrible!

Él soltó una carcajada.

—No hay necesidad de esconder el cuchillo para el queso. ¡No fui yo quien se la cortó!

Dejando caer la mano, ella dijo:

—Nunca pensé...

—¡Maldita sea! No podrías...

—Bueno, tal vez por un momento —ella admitió—. Ese alfanje tiene un aspecto espantoso. ¿Todavía debes llevarlo?

—Londres puede ser tan peligroso como Calcuta —lo dijo, pensando nuevamente en el accidente de la otra noche—. Y, sin embargo, he echado de menos, a toda Inglaterra, en realidad.

—¿Qué te has perdido en particular? —preguntó, mientras que su mirada inocente anuló cualquier esperanza que él hubiera tenido sobre que ella pudiera estar investigándolo.

Señaló los restos de la cuña de Stilton.

—La comida, por ejemplo.

—¿No hay queso en la India?

—No hay queso inglés ni tocino, ni pudín navideño, ni mil otras pequeñas cosas, que uno da por sentado, porque siempre están aquí. Así como la forma en que huele el aire primaveral, justo después de una lluvia y el crujido de la nieve bajo las botas.

Inclinándose hacia adelante, ella apoyó la barbilla sobre las rodillas acampadas.

—Pero, solo pienso en todos los lugares exóticos que tú has experimentado, personas y lugares que la mayoría de nosotros solo conocemos a través de periódicos y libros. —Su melancolía no pasó desapercibida para él ni había olvidado los grandes planes que una vez habían hecho.

—Oriente es un mundo completamente diferente, hermoso a su manera, pero también brutal.

—Me gustaría verlo algún día —ella dijo, volteando para mirarlo.

Al mirar su hermoso rostro, tan abierto, en ese instante, como el de los niños que jugaban en el césped, se le ocurrió que el momento presentaba la oportunidad que había estado esperando. Debería aprovecharla y atraparla con historias deslumbrantes de hazañas de capa y espada, y luego capturarla como la carpa premiada, que cuando era niño había atrapado, pescando con su padre y Chelsea en Framfield. Aunque su padre había jurado que era un desperdicio en vano, al final dejó que Robert montara la maldita cosa en la pared del estudio, en lugar de entregársela a su cocinera. Pero, al final, no se atrevió a contar estas historias. Porque todas esas atrevidas aventuras y momentos dorados estaban entrelazados, dolorosa e inextricablemente, con el horror y la humillación.

—El cielo se está nublando. —Se puso de rodillas e hizo un alarde de quitarse el polvo de los pantalones—. Si recuerdo algo sobre Inglaterra, significa que deberíamos esperar una lluvia en cualquier momento.

Con las piernas rígidas, él se puso de pie y le ofreció una mano.

Ella dudó y luego la tomó. Se puso de pie, soltándose y sacudiéndose la falda.

—Prefiero pensar que debería ayudarte a levantarte.

—No estoy tan mal. —Le indicó a Caleb que se acercara y comenzara a empacar el cesto. Phoebe miró fijamente y vaciló.

—Antes de entrar, ¿puedo hacerte una solicitud? —Ella se llevó una mano al bolsillo y la acción despreocupada le hizo a él sentir curiosidad por saber qué podría tener allí.

—¿Un favor, quieres decir? —preguntó, inquiriendo sobre qué podría querer ella, esperando más que nada, que estuviera en su poder proporcionárselo.

—¡Muy bien! Sí, un favor... entre amigos... —lo dijo intencionadamente.

—En ese caso, pregúntame cualquier cosa. —¡Cielos! Si ella hubiera expresado su deseo que él cambiara el sol por la luna, él haría todo lo posible para hacerlo.

Ella respiró profundamente.

—Si te pidiera que me acompañaras a algún lugar donde no deba ir una dama, ¿lo harías?

El circo del Anfiteatro de Astley, los jardines de placer de Cremorne y Vauxhall, y los puestos de vendedores del bazar de Bond Street habían sido sus lugares preferidos hace seis años. Claramente, tenía en mente algo más serio que un paseo de placer.

Intrigado, respondió:

—¿A dónde deseas ir?

Su mirada dudosa hizo que su corazón se hundiera, porque confirmó que ella aún no confiaba en él.

—Primero, tendré tu palabra que aceptarás... sin que te lo diga.

Eso no sonó bien. Aún así, Robert asintió.

—Dímelo para tu placer, milady. A estas alturas ya debes saber que tu deseo es una orden para mí.

*** **

—¿Qué asunto se puede hacer en un mercado de pescado? —preguntó Robert, sentado en el asiento del carruaje frente a ella. Ella había esperado para revelar su destino, después que atravesaron la entrada porticada del hospital.

—Mi asunto... —Ahora que estaban en marcha, ella se recostó contra el respaldo de cuero.

Él contuvo una risa.

—Es justo, pero, ¿por qué eres tan reservada? Una vez que lleguemos, lo descubriré muy pronto. —Su mirada se oscureció—. Si descubro que tu prometido rana te ha enviado a cumplir sus órdenes, haré que Caleb dé la vuelta al carruaje.

En lugar de intimidarse, ella se rió entre dientes. Realmente, a veces, él tenía las fantasías más absurdas.

—Dudo mucho que Arístide se haya aventurado al este del Strand, tiene hombres para eso, y ciertamente, no aprobará que haga esto. Soy su prometida, no su lacayo.

Ella no se molestó en ocultar su alivio... ni su triunfo.

—En ese caso, los caballos salvajes no podrían impedirme acompañarte.

Ella dudó.

—Por cierto, ¿todavía estás pagando por mi tiempo?

—Muchacha descarada, ¡sí! Tus huérfanos recibirán sus cien libras y usted, una libra de carne de mi parte. —Él sonrió. Esa sonrisa de pirata arrugaba la carne bronceada en las comisuras de sus ojos—. Solo importa que no repitas nuestro acuerdo en público. Uno de nosotros todavía tiene una reputación que mantener.

—No, gracias a ti. —Ella no pudo resistirse a señalarlo.

—Es bastante justo, supongo. —Se inclinó hacia adelante, lo suficientemente cerca como para que ella casi pudiera saborear el anís que había masticado antes. La perspectiva provocó un cosquilleo en lo bajo de su vientre—. Pero, ten en cuenta que he cumplido con mi parte de llevarte a cualquier lugar que desees, aunque antes no me habías informado sobre nuestro destino. ¿No me devolverás la fe y al menos me dirás por qué estamos atados allí?

Al encontrarse con sus ojos serios, Phoebe cedió.

—Le prometí a una de mis alumnas que llevaría una carta a su madre.

Él levantó una ceja.

—¿No es para eso que están los vagones de correo?

¡Y pensar que una vez él la había acusado de esnobismo!

—Incluso dentro de la ciudad propiamente dicha, pagar el envío requerido para recibir una carta por Royal Mail está fuera del alcance de muchos. —Aunque él sospechaba con creces que la madre de Mary, la señora Fry, estaba entre aquellos para quienes la correspondencia se consideraba un lujo.

Castigado, él se recostó en su asiento.

—Por supuesto, por favor, continúa.

Ella contó brevemente la situación de Mary.

—Aunque su madre nunca pudo recaudar los fondos para reclamarla, se mantuvieron en contacto todos estos años y se reunían en Russell Square. Ahora a Mary le han encontrado un puesto como fregona en una casa de Cornualles. Ella se irá dentro de una semana.

—Cornualles no es ni mucho menos el fin del mundo —comentó Robert, encogiéndose de hombros.

—Bien podría serlo. Que la señora Fry pagara el franqueo de una carta desde Launceston equivaldría a quitarles el pan de la boca a sus otros hijos. Prometí entregar esta última carta, que incluye las instrucciones de Mary, y anotar fielmente su respuesta.

—Parece una empresa bastante inocente. ¿Por qué el sigilo?

—Una vez que una madre ha entregado a su hijo, queda prohibida la comunicación. —Su hermoso rostro mostró sorpresa.

—Eso parece duro.

Ella asintió.

—La intención es actuar en el mejor interés del niño, pero en la práctica no siempre es así. Si la descubrieran, la pobre Mary podría verse expulsada. Sin una carta de referencia del hospital, estoy segura que sabes qué tipo de puesto podría aspirar a obtener.

Una niña huérfana sola y sin referencias que la recomienden se vería obligada a mendigar el pan, o, peor aún, a vender sus favores para llegar a fin de mes.

—¿Y qué hay de ti, Phoebe? Si te descubrieran siendo cómplice de ella, ¿qué te sucedería?

Su mirada cayó a su regazo. Cruzando las manos sobre el bolso, ella admitió:

—Probablemente me despedirían.

—Y, sin embargo, arriesgas tu puesto para ayudarlos. ¿Por qué?

Ella alzó su mirada hacia la de él.

—Tal vez porque sé lo que significa amar a alguien y creer que lo has perdido para siempre.

Durante un momento tenso, ellos se miraron mutuamente, tan intensamente que durante varios segundos Phoebe fue insensible al carruaje que avanzaba, a las calles que pasaban velozmente, o a los olores dudosos, que flotaban dentro de la ventana, incluso a cualquier cosa excepto a Robert. Mirándolo a los ojos, leyendo el dolor crudo, grabado en su hermoso rostro, en ese momento, ella entendió en parte lo que él debía haber estado tratando de decirle durante las últimas semanas.

A pesar de las aventuras y de la riqueza que había amasado, realmente se arrepentía de haberla dejado.

Rompiendo el silencio y el estado de hechizo, él preguntó:

—¿Dijo la niña en qué parte del mercado tiene su puesto, su madre?

Phoebe vaciló.

—No pensé en preguntarle. ¿Es un mercado muy grande?

Él la miró de reojo.

Haciendo acopio de cierto optimismo, ella dijo:

—Bueno, estoy segura que lo descubriremos con bastante facilidad.

Él abrió la boca, como para objetar, cuando el carruaje chocó contra un surco. Phoebe se tambaleó hacia adelante y su trasero se resbaló del asiento. Robert la atrapó contra él.

—¿Estás bien?

Presionada contra ese poderoso pecho, Phoebe logró asentir.

—Debería decirte lo mismo. Tú eres el que tiene el hombro lastimado.

Su propia exigencia pareció divertirle.

—Este organismo ha resistido muchos golpes. Una sílfide como tú difícilmente me provocará nuevos estruendos, aunque para ser una mujer tan menuda, tienes un agarre impresionante —lo dijo con una sonrisa en su voz.

Al retroceder, vio que él no había sido el único que se había acercado. Una mano de ella se curvó alrededor de su bíceps, y el músculo debajo de su abrigo se sentía más cercano al granito que al hueso carnoso. Al recordar la experta facilidad con la que él la había inmovilizado esa primera noche de regreso, sintió un escalofrío de esa misma excitación, oscura y persistente, y apartó la mano.

—Puedes liberarme ahora. —Phoebe se aclaró la garganta.

Con la mirada deslizándose hacia su boca, él preguntó:

—¿Debería o debo?

—Debes...

Sosteniendo sus manos firmes sobre sus hombros, la recostó contra los cojines.

—¿Estás completamente segura?

—Bastante.

Sus manos cayeron y Phoebe sintió su pérdida, como si de repente hubiera desaparecido una parte de su propio cuerpo. Se recostó con aire a regañadientes.

—Como quieras, amiga.

A partir de ahí, se sentía infinitamente más seguro girar la cabeza para mirar por la ventana, a pesar del paisaje poco atractivo. A medida que avanzaban hacia el este, las calles se hacían más estrechas y laberínticas, las calles y callejones eran tortuosos y sórdidos... tan sórdidos y apestosos como los recordaba Phoebe de su breve visita hace seis años. Parecía como si en todas las manzanas hubiera el mismo tipo de casas de hospedaje destartaladas y comerciantes nefastos: tiendas de trapos y huesos, casas de empeño y en cada esquina, un palacio de ginebra que anunciaba: BEBA POR UN PENIQUE, BORRACHO MUERTO POR DOS PENIQUES, PAJA LIMPIA POR NADA.

Al percibir un fuerte olor a suciedad que salía de las zanjas abiertas, ella se escondió adentro y cerró la cortina de cuero.

—Ten en cuenta que todo esto fue idea tuya. —Con los brazos cruzados, Robert no pareció afectado.

Ella lo miró con ojos llorosos.

—Yo... n-nunca dije que no lo fuera. —Un ataque de arcadas amenazó con sacar a relucir su almuerzo.

Aparentemente, compadecido de ella, metió la mano en el bolsillo del pecho, sacó su pañuelo y se lo pasó.

—Utiliza esto para cubrirte la nariz y la boca hasta que tus sentidos olfativos se hayan acostumbrado a los olores.

—Gracias. —Ella aceptó el cuadrado de lino níveo con genuina gratitud—. Pero, dudo

que alguna vez me acostumbre a esto.

—Te sorprendería saber con qué se puede aprender a vivir —dijo, más para sí mismo que para ella, e incluso en su estado actual, ella se preguntó por la amargura que impregnaba su voz.

Una vez que doblaron por Lower Thames Street, la brisa se levantó y el olor a pescado superó a todos los demás. Gaviotas y diversas aves rapaces volaban en círculos agazapados, atentos a su próxima comida. Caleb detuvo a su equipo. Descendió del pescante, abrió la puerta y bajó los escalones del carruaje. Robert descendió y luego se giró para ofrecerle la mano a Phoebe. Ella la tomó y aterrizó en medio del caos.

—Voy a hablar con Caleb —dijo, dejándola a un lado.

—Por supuesto —ella aceptó.

Dejó a los dos hombres conversar. Robert habló en una mezcla de inglés y alguna lengua extranjera exótica, mientras que Caleb, a través de intrincados gestos con las manos, aprovechó la oportunidad para orientarse en medio del alboroto. Es cierto que el mercado era más grande de lo que esperaba. Había sido ingenua al pensar que simplemente podría acercarse y localizar a la madre de Mary inmediatamente. Además de un gran cobertizo que debía servir como mercado principal, había un área abierta en el lado norte del muelle, salpicada de una serie de puestos y estantes. Innumerables personas se movían entre todo esto, vendedores ambulantes con sus cestas y otros con sus carros de tres patas, estos últimos cargando golosinas de anguilas en gelatina y ostras recién peladas para venderlas en otros lugares de la ciudad. Hombres empujando carros, llenos de peces y otras criaturas marinas, se afanaban entre los puestos. Robert se reunió con Phoebe y le explicó que solo los porteadores autorizados podían transportar pescado por el mercado. Las maldiciones cockney llenaron el aire, algunas de buen gusto, otras no tanto, todas en varios tonos de azul.

Luchando contra el sonrojo, Phoebe volteó hacia Robert.

—Sé que la señora Fry vende ostras. ¿Eso ayuda? —En verdad, ella no estaba del todo segura de por dónde empezar.

—Probaremos primero en el mercado principal. —Tomando su mano, avanzaron hacia el gran cobertizo que daba al muelle. Al acercarse a la entrada, le apretó la mano con firmeza.

—Quédate cerca de mí —le advirtió, tirando hacia atrás de la puerta de entrada.

El estruendo en el interior era ensordecedor, todos los comerciantes gritaban sus productos con toda la fuerza de sus pulmones, cada hombre o mujer afirmaba poseer lo que era más estupendo y sabroso. Al entrar y sumergirse en el mar de rostros sudorosos y cuerpos golpeados, Phoebe se sintió momentáneamente abrumada. Mirando de izquierda a derecha para orientarse, admitió que nunca se había sentido más como un pez fuera del agua en toda su vida.

Afortunadamente, Robert parecía sentirse como en casa. Los remolcó a lo largo de un pasillo cubierto de paja tras otro, deteniéndose ocasionalmente para preguntar a un vendedor, si conocía a una vendedora de ostras de apellido Fry. Esquivando los codos y las caderas, Phoebe luchó por mantener el ritmo a su lado. Puestos repletos de pescado de todo tipo y calidad, que pudiesen imaginarse, se alineaban, en las cuatro paredes, y formaban pasillos entre ellos. Junto a las pescaderías, había vendedores de comida cocinada y pasteles, frutas y verduras, saloop y cerveza. Niños de cara apretada y gatos flacos merodeaban por los puestos, buscando sobras.

Un grito agudo de “¡Alto, ladrón!” precedió a un niño flacucho que pasaba zumbando, con un pez enorme debajo del brazo. Dos vendedores con delantales manchados lo persiguieron a toda velocidad. Robert agarró a Phoebe y la sacó de su camino, antes que uno o más pudieran atacarla.

—Te dije que te mantuvieras cerca —advirtió bruscamente antes de soltarla. Phoebe

estaba conmovida y él no necesitaba decírselo por segunda vez.

—¡Perlas de mar, media docena por dos peniques, la docena completa por diez centavos! —gritó una voz desde el pasillo frente a ellos.

Phoebe y Robert intercambiaron miradas. ¿Habían encontrado a la señora Fry? Siguieron el canto hasta media docena de puestos en la parte trasera del edificio, cada uno de los cuales exhibía ostras depositadas sobre un lecho de sal. Mientras avanzaba por la fila, Phoebe vio que solo uno de los vendedores era una mujer. Por mutuo consentimiento silencioso, Robert y ella se dirigieron hacia allí.

Detrás de la mesa, una mujer estaba sentada en un taburete cortando las cáscaras duras con un cuchillo corto y de mal aspecto. Avejentada y con el pelo blanco, ella levantó la vista cuando se acercaron.

—Disculpe, pero, ¿usted es Sally Fry? —preguntó Phoebe.

La vendedora reanudó su descascarado y se encogió de hombros.

—Eso depende. ¿Quién es el que quiere saberlo?

—Mi nombre es Phoebe Tremont —dijo, omitiendo deliberadamente su título. A la luz de las vidas miserables que la mayoría de los presentes parecían llevar, el título parecía más una afectación tonta que una información pertinente.

La mujer la miró y resopló.

—A menos que estés comprando ostras, ¿qué le sucede?

—Soy maestra en el hospital de expósitos.

El cuchillo se detuvo. La cabeza de la mujer se levantó bruscamente.

—Mi niña, yo... Mary, ¿es ella?

—Está bastante bien. —Se apresuró a asegurarle Phoebe—. Ella me pidió que le trajera esto.

Metió la mano en su bolsillo y sacó la carta.

La mujer se levantó y no hizo ningún movimiento para coger la carta. Agachando la cabeza, admitió:

—Nunca aprendí mis letras.

Mary había preparado a Phoebe para eso.

—Estaré encantada de leérsela y anotar cualquier mensaje que desee devolverle a Mary.

—Hizo una pausa y miró de reojo a Robert, quien retrocedió varios pasos y no realizó ningún intento de interferir.

Volviendo a la señora Fry, Phoebe preguntó:

—¿Hay algún lugar donde podamos hablar en privado?

La madre de Mary señaló con la barbilla una zona cerrada con cortinas detrás del lugar reservado.

—A veces me meto adentro para poner los pies en alto. No es mucho, dos taburetes, nada a lo que está acostumbrada una dama como usted, pero...

—Estoy segura que funcionará espléndidamente.

De nuevo miró a Robert. La sonrisa de aprobación que le envió la calentó hasta los dedos de los pies. Intentó imaginarse a Arístide en su lugar, pero no pudo. Su prometido nunca se dignaría ir a un mercado así, ni siquiera para asegurarse que madre e hija permanecieran reunidas. Aunque Robert sí lo haría. Más concretamente, ya lo había hecho. Cualquier otra cosa que hubiera planeado para el día, lo había dejado a un lado para verla sana y salva, aquí y en casa. Pensó en su escepticismo anterior sobre su amistad reavivada y sintió una punzada de remordimiento. Es cierto que no había mantenido su fe en él, desde seis años atrás, pero, ¿acaso

eso significaba necesariamente que ahora no se podía confiar en él?

Desde su regreso, él había demostrado ser un amigo, ante sus necesidades, y siempre estaba dispuesto a ayudarla. Dejando a un lado sus reglas, en el fondo de su corazón, ella sabía que deseaba que él fuera mucho más.

Capítulo ocho

Aunque la señora Fry parecía ser exactamente lo que Robert había esperado, una madre que amaba profundamente a su hija, a pesar de su precario pasado, Phoebe era demasiado valiosa para que él no tomara precauciones. Es muy fácil aturdir a una persona, especialmente en el agua. Las escaleras traseras conducían a los sótanos o a los muelles, los opiáceos y otras drogas podían dejar un cuerpo sin sentido, y los ladrones de tumbas, conocidos como hombres de la resurrección, a veces ayudaban a los vivos a una muerte prematura. Estos escenarios, que su mente tejía, lo dejaron helado. Aunque normalmente no era un espía, mantuvo el oído atento a la cortina. Las voces que se escuchaban eran demasiado bajas para entender su significado, pero fueron suficientes para confirmar que Phoebe permanecía sana y salva, adentro.

Varios transeúntes le lanzaron miradas curiosas y uno de los ostreros refunfuñó que estaba bloqueando la vista de su puesto, pero por lo demás, lo dejaron esperar solo. Finalmente, se corrió el telón. Phoebe salió con su brazo entrelazado con el de Sally Fry. Las mejillas de ambas mujeres parecían húmedas. Al salir al pasillo, ellas se abrazaron, pareciendo más amigas de toda la vida que nuevas conocidas.

—Dile a mi niña que la amo —resopló la señora Fry—. Y que estoy orgullosa, terriblemente orgullosa del hermoso pájaro en el que se ha convertido... pero, no es gracias a mí.

Sin prestar atención al delantal manchado de la vendedora y al tosco vestido marrón hecho en casa, Phoebe la abrazó con fuerza. Dando un paso atrás, dijo:

—Veré a Mary, a primera hora de la mañana, y le daré tu mensaje, pero debes saber lo importante que eres en su vida y que siempre lo serás.

La mujer asintió solemnemente.

—No hay muchas que se comportarían como usted. Si vivo para ser tan valiente nunca olvidaré su amabilidad.

Phoebe hizo caso omiso de los elogios.

—Si alguna vez te encuentras en necesidad, o si deseas que te ayude a enviar otro mensaje a Mary, debes hacérmelo saber de inmediato. —Abrió su bolso y le entregó una de sus tarjetas de visita color crema.

Si Robert no la hubiera amado, se habría enamorado fuerte y rápidamente de ella, en ese momento.

—Fue un placer conocerla. —Phoebe se dirigió hacia Robert.

La señora Fry la llamó.

—¡Espera! —Se metió detrás de la mesa, cogió su pala y empezó a palear conchas sobre una hoja de papel encerado.

—La mejor de todas, recién descascarada —lo dijo con evidente orgullo. Las ató con una cuerda y le pasó el regalo a Phoebe por encima del mostrador.

Mientras Phoebe había mordisqueado muchas hamburguesas de ostras servidas en cenas tipo buffet, Robert dudaba que alguna vez hubiera estado cerca de comerse un bivalvo crudo. Con expresión alarmada, ella retrocedió.

—¡Oh! No, no podría.

Robert dio un paso adelante.

—Estaremos encantados. —Antes que Phoebe pudiera protestar de nuevo, cogió la bolsa. La mirada de la mujer de las ostras volvió a posarse en Phoebe.

—¿Es tu hombre? —le preguntó a Phoebe, como si él no estuviera delante de sus narices. Con curiosidad por saber cómo respondería, Robert se obligó a permanecer en silencio.

—Somos amigos. Los mejores amigos —replicó Phoebe, manteniendo la mirada fija en la madre de Mary.

Dividiendo su mirada entre ellos, la señora Fry sonrió.

—Si hubiera tenido un amigo como el suyo, en lugar de la rata sentina que me dejó embarazada, mi vida podría haber sido diferente.

Sonrojándose bonitamente, Phoebe se dirigió hacia Robert.

—Nos llevamos bien.

Con el corazón en un puño por la fuerza de todo el amor que sentía, pero que por ahora debía retener, él le sonrió.

—En ese caso, milady, su carruaje la espera.

*** **

Sintiéndose segura al lado de Robert, Phoebe salió del cobertizo del mercado, en una especie de neblina feliz, que no había experimentado durante años. A pesar que el recado les llevó más tiempo del que había planeado, no podía desear que fuera de otra manera. Conocer a la madre de Mary había sido profundamente conmovedor. Al final resultó que la señora Fry no había ido los dos últimos sábados, por la tarde, a Russell Square, sin culpa alguna. La mujer que normalmente se ocupaba del puesto de ostras, los sábados, había renunciado y la señora Fry se había visto obligada a hacerse cargo de sus turnos, además del suyo propio. Su nada envidiable elección había sido no ver a Mary, o arriesgarse a perder su puesto.

La misión de misericordia se había convertido en una especie de aventura. A pesar de vivir en Londres, durante los últimos seis años, la de hoy fue la primera excursión de Phoebe a un verdadero mercado. El mercado de pescado más grande de Europa no la decepcionó. Una vez que se acostumbró al alboroto, quedó fascinada. Las vistas, el ruido e incluso los olores le resultaban extraños. Sin embargo, esto no era así para Robert. Mirándolo, no por un momento, se maravilló de lo seguro y cómodo que parecía allí, mucho más que en los salones de actos de Almack, o incluso en el salón de baile comparativamente pequeño de sus padres. Aunque él preferiría comer ostras crudas que admitirlo. La facilidad con la que él la había guiado, a través de la multitud, y la sensación de ser completamente querida y protegida, por él, eran más que emocionantes. Y luego, estaba su compasión, que derramó tan libremente sobre todos, incluyendo a la señora Fry. En retrospectiva, Phoebe vio que, si se dejaba así, su rechazo del regalo de la mujer de las ostras podría haberse interpretado como esnobismo, deshaciendo gran parte de la buena voluntad creada durante su breve visita. Afortunadamente, Robert lo había entendido y actuó. Su rápida intervención salvó las apariencias y evitó los sentimientos de todos. Miró el paquete atado, que llevaba sujeto por una cuerda, y deseó haber hecho un mayor esfuerzo para superar su aprensión.

—Las ostras se consideran afrodisíacas. —Balanceando el paquete, volvió a mirarla con su sonrisa de libertino—. ¿Estás segura de que no probarás una?

—Bastante.

¿Un afrodisíaco? Como si Phoebe necesitara algo así, cuando Robert estaba cerca. A pesar de las condiciones, que antes había impuesto a su “amistad”, de repente se encontró deseando poder dejar de lado la precaución, junto con la regla número uno.

Quería besar a Robert. Ella lo deseaba intensamente. El beso enojado que habían compartido en su primera noche de regreso se había convertido en una fuente de obsesión casi

constante.

Ella era la única criatura lasciva que él había convertido. No estaría satisfecha con detenerse en su boca. Quería tocar con sus labios, dientes y lengua todo su grande y hermoso cuerpo. Imaginar cómo sería desabotonar primero su chaleco, después su camisa, y besarle desde su garganta musculosa hasta su vientre plano, y más allá, como una tabla de lavar. Eso la había mantenido despierta durante gran parte de la noche anterior. No podía imaginar lo hermoso que debía ser debajo de su ropa, bien confeccionada, aunque de colores llamativos. Desgraciadamente no le quedó más remedio que usar su imaginación. Debido a su menguante coraje, su escapada al jardín de hacía seis años había terminado, antes que él pudiera soltarse un botón. De las pocas veces que lo había tocado, desde su regreso, había obtenido una impresión de músculos magros y fuerza de acero. Aunque ciertamente, ella buscó todas las excusas para ponerle las manos encima, él parecía haber desarrollado una aversión a ser tocado. El Robert de seis años antes había pedido que le frotaran la espalda, hasta el punto que ella se había burlado que rivalizaba con Pippin, en cuanto a complacer las caricias. Pero el hombre que había regresado en su lugar se quedaba rígido, si ella le ponía un guante en el hombro. La extraña aversión fue otro recordatorio que el “chico de mejillas suaves” del que se había enamorado tan perdidamente, ya no existía.

Perdida en sus ensoñaciones, apenas se dio cuenta que habían llegado al carruaje hasta que estuvieron allí. Al levantar la vista, vio que Caleb no se había movido de su asiento en el palco. Quizás fue solo su imaginación, pero el cuerpo debajo de la túnica holgada parecía haberse encogido, desde que se despidieron. En lugar de bajar y abrirles la puerta, se quedó quieto. Al recordar la forma en que los había atendido durante el picnic, su repentina pereza le pareció extraña a Phoebe. Correr por el césped del hospital con los niños debió de haberlo agotado.

Por el rabillo del ojo, vio el ceño de Robert. Alcanzó la puerta, la abrió y se detuvo. Por costumbre, Phoebe extendía su mano en preparación para ascender.

En lugar de acercarse a ella, él dio la vuelta y retrocedió con vistas a la caja.

—Hola, Caleb, te he traído tu delicia favorita: ostras recién peladas.

Con el rostro cubierto, Caleb giró ligeramente hacia él.

Robert se movió hacia atrás y arrojó el paquete al criado. Unas manos, estrechas y pálidas, se lanzaron para recibirlo, atrapándolo limpiamente.

Robert retrocedió un paso, lanzándole a Phoebe una mirada de advertencia. No es que ella la necesitara. Como un barco fantasma, su feliz neblina se había desvanecido. Los pelos le erizaron la nuca. La misma sensación de temor hizo que su estómago se hundiera.

El carruaje se hundió cuando un segundo hombre, vestido como estibador, saltó del descanso del lacayo, donde debía haber estado esperándolos todo el tiempo.

—¡Qué buena suerte, porque a mí también me gustan las ostras! —Avanzando para cerrar la brecha entre ellos, mostró una sonrisa con dientes de oro y la pistola cargada que sostenía a su lado—. Ahora sé una buena chica y un caballero... sube al carruaje. Vamos a dar un pequeño paseo.

Con el corazón acelerado, Phoebe retrocedió y se acercó a Robert. Sin decir palabra, él extendió una mano hacia ella. Ella lo tomó y sus dedos se cerraron firmemente alrededor de su palma.

Volviéndose hacia ella, gritó:

—¡Corre!

*** **

Bordeando los muelles, pasaron por la aduana hacia Tower Hill, con Robert esperando perder a sus perseguidores en el laberinto de calles y callejones sinuosos. Lo que siguió fue un conjunto de callejuelas torcidas, patios ocultos y callejones llenos de basura. Seis años de distancia habían enturbiado su memoria y, en verdad, nunca había conocido demasiado bien los alrededores del este. A diferencia de Reggie y otros de su grupo, las incursiones en las zonas más sórdidas de la ciudad nunca le habían atraído. Aún así, los últimos seis años habían perfeccionado sus instintos de supervivencia al máximo. Agachándose bajo cuerdas de ropa colgadas de ventanas del tamaño de madrigueras de conejos, instó a Phoebe a avanzar.

Cruzaron a toda velocidad Rosemary Lane, con los asaltantes pisándoles los talones, los estibadores, las mujeres promiscuas y los habitantes apenas les dedicaban una segunda mirada, como si dos personas corriendo para salvar sus vidas fuera algo común. Quizás eso era así. Aunque si hubiera estado solo, Robert habría apostado por su capacidad para escapar de ellos, pero tener a Phoebe con él lo limitaba considerablemente. A pesar del ritmo admirable que había mantenido hasta el momento, su vestido y sus zapatillas de suela suave la obstaculizaban irremediablemente. Una sola mirada fugaz a su rostro le dijo que estaba flaqueando. Buscando un santuario temporal donde esconderse, la llevó hacia la parte trasera de un edificio abandonado. Entraron al callejón y a pesar del olor acre, ella no tosió ni se atragantó.

Apenas habían respirado, cuando unos pies arrastrados anunciaron que sus perseguidores se acercaban. Robert le indicó a Phoebe que se callara. Con la respiración contenida, permanecieron uno al lado de la otra, con la espalda pegada a la pared que se desmoronaba.

—¿Los ves, amiga?

—No, no están aquí. Vamos, sigamos adelante. Apesta algo terrible.

—Creo que se han ido —susurró Robert, despegando su espalda húmeda de las piedras.

Ella miró más allá de él hacia la entrada del callejón:

—¿Te *apetece* que hayamos escapado?

Tomado por sorpresa, improbablemente Robert se encontró luchando contra una sonrisa. ¿Dónde había aprendido Phoebe la jerga callejera? No llevaban mucho tiempo en el mercado.

—Deberíamos estar a salvo aquí, por el momento, si a eso te refieres.

—Lo siento. Supongo que mis alumnos me han contagiado.

—No te arrepientas —dijo, más impresionado de lo que estaba dispuesto a admitir todavía—. Dado hacia dónde nos dirigimos, esto podría resultar útil.

—¿A dónde vamos?

—Necesitamos un refugio donde escondernos durante unas horas.

—Estoy de acuerdo, pero, ¿dónde?

—Quizás conozca a alguien a quien podría convencer para que nos acoja. Uno de mi grupo tiene un amigo que tiene una casa de hospedaje en Well Street. —Sandy era un cockney hasta la médula después de haber respirado por primera vez al alcance del oído de los Bow Bells. Sus recuerdos de su hogar eran tan detallados que Robert sintió como si le hubieran trazado un mapa mental. Por el bien de Phoebe y también por el suyo, esperaba que eso fuera cierto—. Pero, antes de continuar, tenemos que curarte.

—No sabía que necesitaba reparación.

—Eres demasiado llamativa para tu propio bien... Y demasiado hermosa.

—¿Soy yo la que llama la atención? —Ella lanzó una mirada fija a su última levita colorida.

—Eso no te favorece, en este extremo de la ciudad.

—Muy bien, ¿qué mejoras recomiendas? —A pesar de su situación desesperada, ella

logró sonreír.

—Puedes empezar quitándote esos guantes.

Phoebe se llevó la mano a la frente en un saludo burlón.

—Sí, capitán.

—Muy divertido, ¡ahora hazlo!

Phoebe lo hizo, comenzando con su mano izquierda y tirando de la tela con la punta de cada dedo. Usó los dientes para acelerar las cosas, mordisqueando la tela, y Robert sintió que se le secaba la boca. Si estuvieran en cualquier lugar que no fuera un callejón sucio, el acto sería enormemente erótico. Incluso bajo las apremiantes circunstancias actuales, esto era excesivamente excitante... Un día le pediría que repitiera el acto para él, en privado.

Se quitó el guante derecho y le pasó el par.

—¿Qué sigue? —dijo ella, el brillo en su mirada hizo que él se preguntara si tal vez no estaba un poco estimulada.

Metiendo los guantes en el bolsillo de su abrigo, bajó la mirada hacia sus pechos, modestamente cubiertos. No le gustaría nada, pero el lace fichu que llenaba el corpiño de su vestido tendría que desaparecer. Con la esperanza que ella no se opusiera, agitó una mano hacia su pecho.

—Ninguna prostituta del East End será vista con un aspecto tan recatado y correcto.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Pero, ¿no soy una mujer promiscua!

—No, no lo eres. —Él estuvo de acuerdo, pensando en lo infinitamente más simple que sería su vida, si ella lo fuera—. Pero, durante las próximas horas, necesitamos que luzcas lo más monótona posible.

Incluso en el callejón en sombras, no faltaba el rubor que marcaba su mejilla. Manteniendo la espalda pegada a la pared y dirigiendo la mirada hacia adelante, ella deslizó una mano dentro de su corpiño. A Robert se le secó la boca. A pesar que sabía que ella solo sentía los alfileres, al verla tocarse allí, su cuerpo se calentaba.

Frente a él, le entregó el encaje en silencio.

Robert lo tomó. Su mirada se fijó en su pecho, subiendo y bajando con cada respiración agitada. Por muy delgada que fuera, le había crecido el cuerpo de una mujer desde que él se había ido, uno que él deseaba y necesitaba desesperadamente explorar.

Sin embargo, ahora no era ni el momento, ni el lugar para comérsela con los ojos. Él volvió a mirarla a los ojos.

—Ahora el capó.

Alzando la mano, ella sacó el alfiler largo del sombrero, se quitó el casco y se lo entregó. Dudó sobre el alfiler y luego, lenta y cuidadosamente, lo deslizó dentro de su corpiño. ¡Qué muchacha tan inteligente!

—Ahora, vamos a terminar. —Rompió una de las margaritas de seda que adornaban la cinta de su sombrero y la deslizó dentro de su corpiño.

Dejó caer el sombrero al suelo y aplastó la copa con el talón.

Phoebe hizo una mueca.

—Acabo de comprar eso... en Harding, Howell & Company, nada menos.

—Te compraré la tienda, si quieres... Por ahora, despéinate.

Afortunadamente, alejarse de sus perseguidores los había ayudado considerablemente. Aunque ella había logrado sujetar su sombrero hasta ahora, gran parte de su cabello se había soltado de sus ataduras. Aparte de arrancarle algunos dientes nacarados o ennegrecerle un ojo, no

había nada que él pudiera hacer para embotar su belleza.

—Una última cosa... una vez que lleguemos a la calle, encorva los hombros.

Phoebe lo miró horrorizada.

—¿Por qué? ¿También estarás encorvando los tuyos?

Robert respiró hondo y pidió paciencia.

—La forma en que te comportas te marca como una dama mucho más que cualquier adorno. —Extendió su mano hacia ella—. ¿Lo haremos?

Con expresión amotinada, ella vaciló.

—¿Por favor? —insistió, y él no empleaba esas palabras con tanta frecuencia.

Su rostro reflejaba capitulación. Ella golpeó su mano con la de él.

—¡Oh, muy bien! Si es tan importante.

—¡Lo es!

Robert se abrió camino entre la basura y los cristales rotos, yendo al extremo opuesto. Salió y recorrió la calle con la mirada.

—No hay moros en la costa —susurró, haciéndole señas a Phoebe para que siguiera con él.

Well Street era la calle siguiente a Rosemary Lane. Tranquila y escondida, la ubicación era perfecta para sus propósitos fugitivos. Sobre la puerta, un cartel con bisagras decía: ALOJAMIENTO PARA VIAJEROS.

Phoebe vaciló.

—¿Este es el lugar que recomienda tu amigo?

Robert no estaba seguro que esto fuera una gran cosa, pero se enorgullecía que su capacidad de razonar aún no lo había abandonado por completo.

—Parece que es la única casa de huéspedes aquí.

Podía ser que su contramaestre no tuviera los gustos más refinados, en cuanto a mujeres o habitaciones, pero, en ese momento, su necesidad apremiante era cuatro paredes y un techo, preferiblemente con una puerta que pudiera cerrarse con llave desde adentro.

Robert abrió la puerta para que ella entrara.

—Sigue mi ejemplo y déjame hablar. —Su discurso alegre la delataría tan seguramente como su comportamiento femenino.

Le dio un ligero empujón y la acompañó al interior. La puerta que se cerró, detrás de él, cortó la mayor parte de la luz, salvo los escasos rayos que entraban, a través de los cristales manchados de una ventana estrecha, y las velas de sebo, colocadas en soportes de paredes por todas partes. El aire era denso y apestoso. Varios clientes estaban desplomados, en bancos de madera desnudos, fumando pipas y bebiendo vasos de lo que debía ser ron o ginebra. Un viejo saltador yacía de cuerpo entero sobre el asiento, roncando ruidosamente. Un niño con la cara mugrosa jugaba sobre la paja sucia, mientras una mujer, presumiblemente su madre, lo miraba con ojos llorosos.

La morena con blusas que sirve bebidas, detrás de la barra, debía ser la Bess de Sandy. Robert pasó un brazo alrededor de los hombros de Phoebe y los condujo hacia allí.

—Buenos días, dama.

Los miró de arriba a abajo.

—Yo diría que es una cuestión de opinión. Nombra tu placer: ¿ginebra, oporto o cerveza?

Decir todo lo anterior no carecía de atractivo, pero dejarse engañar no era un lujo que Robert pudiera permitirse en ese momento. Bajó la voz.

—Soy compañero de Sandy, su capitán, en realidad.

Los ojos de Bess se entrecerraron.

—Si eso es verdad a medias, entonces ¿por qué no ha venido a visitarme?

Robert pensó rápidamente.

—The Swan se encuentra en este momento en dique seco. Me temo que lo he mantenido a él y al resto de la tripulación ocupados, besándola. Estoy seguro que volverá en cuanto pueda.

—Será mejor que lo haga —replicó Bess, golpeando una bebida espumosa sobre la barra.

Robert, caminando con cautela, señaló una escalera torcida al fondo del bar.

—Mencionó que tenías habitaciones encima de las escaleras. —Miró a Phoebe. Con la mandíbula floja y los hombros caídos, ella adoptó una postura razonablemente creíble, salvo los ojos que parecían perforarle agujeros en un costado de la cara—. Mi esposa está recién reproduciendo y esperaba que descansara aproximadamente una hora.

Esposa, educación... la mentira salió suavemente de su lengua, sin duda porque deseaba desesperadamente que las circunstancias fueran así. Phoebe, sin embargo, no parecía muy contenta. Escuchó su brusca inhalación y apretó con más fuerza sus hombros.

Ella soltó una carcajada.

—¿Tu esposa, cierto? ¡Oh! Eso es rico. —Miró a Phoebe—. Lo siento, pero no dejo habitaciones por horas y aunque fuera así... están reservadas.

Robert miró a su alrededor, antes de alcanzar su estuche con billetes. Mostrándolo discretamente, preguntó:

—¿Esto sería de ayuda para conseguir una vacante?

Mordiéndose el labio, ella parecía evadirlo.

—Bueno, hay una habitación que podría ser adecuada. Una inquilina lo permite, pero, no volverá hasta más tarde.

Al vislumbrar de reojo el rostro de Phoebe (conmocionado, horrorizado y furioso), Robert comentó:

—¡Qué fortuito!

—Un billete de cinco libras por hora.

Phoebe habló:

—Eso es un robo en la carretera...

—¡Muy generoso! Lo aceptaremos —interrumpió Robert, hojeando el fajo de billetes—. Solo tengámosla... ¿y tal vez puedas encontrar la manera de enviar un poco de sopa y una botella de tu mejor oporto?

Bess cogió el billete y se lo metió en el corpiño, esbozando una sonrisa desdentada.

—Supe que eras un caballero en el momento en que te vi... capitán.

Con una sonrisa almibarada, Phoebe susurró:

—Querido, si me permites hablar contigo.

—Por supuesto, mi amor. —La siguió hasta el rincón más alejado.

Volviéndose hacia él, preguntó:

—¿Por qué no podemos esperar aquí abajo?

—Porque cualquiera puede entrar aquí, como acabamos de hacerlo nosotros, incluidos nuestros perseguidores. —Hasta que no la asegurara detrás de una puerta cerrada con llave, no podría empezar a sentirse seguro.

—No puedo subir contigo. ¡Estaría arruinada sin posibilidad de redención! —Ella hizo un gesto, señalando a los demás invitados, todos en diversos estados de ebriedad hasta la inconsciencia.

—¿De verdad imaginas que alguien aquí tiene planes de informar a las patronas de

Almack o a tu madre? Más allá de todo, si ese grupo nos alcanza, es posible que tú pases la eternidad en el fondo del Támesis y yo contigo.

A juzgar por sus ojos muy abiertos, eso último la había despertado. Tomando su mano, retrocedió hacia Bess en la barra.

—Si fuera tan amable de acompañarnos ahora, se lo agradecería mucho.

Ella agarró un manojo de llaves y se metió debajo del paso elevado para estar con ellos. Al llegar al otro lado, dijo:

—Sin duda, no es a lo que tu esposa está acostumbrada, pero la cama está hecha y las sábanas se cambian cada dos meses.

Los condujo por unas escaleras torcidas. Un pasillo estrecho y tres puertas cerradas constituían el piso superior. Después de cierta confusión sobre qué llave encajaba en cada cerradura, abrió la puerta deseada. Sin estar seguro de lo que encontrarían dentro, Robert entró primero. Era una habitación sencilla, escasamente amueblada: una cama de cuerda, un armario, un lavabo y una pequeña mesa con dos sillas de respaldo recto. Aunque los muebles habían visto días mejores y el aire estaba teñido de alcoholes viciados y almizcle, en general estaba más limpio de lo que Robert se había atrevido a esperar. Una única ventana daba al frente, ofreciendo una vista despejada de la calle. Caminó hacia allí y miró hacia afuera.

—Los dejaré a ustedes, pájaros del amor, en su lugar —dijo su anfitriona, riéndose—. Enviaré refrigerios pronto.

Phoebe se quedó con él en la ventana y preguntó:

—Tengo curiosidad. ¿Cuál fue la pista que te hizo estar tan seguro de que no era Caleb?

—Las ostras.

—¿Las ostras? —Ella lo miró de reojo.

Él asintió.

—Caleb es chiíta. Su dieta halal prohíbe el consumo de crustáceos distintos de camarones y langostinos. No se contaminaría tocando una sola ostra y mucho menos un paquete entero. Tampoco abandonaría el carruaje ni su reloj, ni siquiera por voluntad propia.

—¿Entonces fue una prueba?

Con la esperanza de que su amigo aún viviera, él consintió.

—Lo fue.

Ella le envió una sonrisa fugaz y, a pesar de los peligros de su situación actual, Robert sintió que su corazón daba un vuelco.

—Parece que el regalo de la señora Fry nos salvó, al igual que tú.

Eso era lo más parecido a un elogio que hasta ahora había venido de ella. Aprovechando su ventaja momentánea, señaló:

—Esos hombres no son asaltantes comunes sino asesinos profesionales.

Ella enarcó las cejas, como si nunca antes hubiera considerado tal cosa.

—Tu capacidad de razonamiento debe ser realmente profunda. ¿Puedo preguntar cómo deduces esto?

—La mayoría de los delincuentes son almas simples, además de perezosas. Una vez que una marca se les escapa, simplemente pasan a otra. Este grupo es demasiado intrépido para que el robo sea su motivo principal. No nos eligieron por casualidad. Alguien los contrató para secuestrarte y muy probablemente asesinarme.

—¿Quién querría hacer cualquiera de las dos cosas?

—¿Quizás Arístide tiene esperanzas de acelerar la boda?

—¡Eso es perfectamente absurdo! —Su mirada se cerró.

Una vez más se encontró cautivado por poderosas emociones que lo empujaban en direcciones polares. Quería sacudirla hasta que su cráneo vibrara, pero también quería besarla hasta que se desmayara, una violación directa de su primera regla.

—¿Lo es? La caída de mi montura no fue un accidente. Alguien cortó la cincha.

La sorpresa suplantó su resentimiento.

—Debiste decírmelo. ¿Por qué no lo hiciste?

Finalmente, ella había asimilado algo de lo que él había dicho. Agradecido por ello, respondió honestamente:

—No pensé que me creerías.

Los siguientes segundos transcurrieron en silencio.

Al rato, Robert continuó:

—El villano con dientes de oro que se encuentra hoy en el mercado tiene un parecido sorprendente con el mozo de cuadra de Almack que me entregó mi caballo.

—Eso todavía no prueba que Arístide lo haya contratado.

—No... es así —admitió, reprimiendo su frustración.

Phoebe era una de las almas más leales que jamás había conocido y el francés todavía era su prometido. No podía culparla por ponerse del lado de Bouchart, por mucho que le irritara escucharla defenderlo.

Él tomó su mano. Para su sorpresa, ella se lo dio.

—Lamento haberte angustiado. Mi única preocupación es tu bienestar. Hasta que nosotros... yo... solucionemos esto, preocúpate por Bouchart. Si es capaz de hacer aunque sea una fracción de lo que pienso, es un hombre peligroso.

Ella dudó y luego asintió.

—Muy bien, siempre y cuando hayamos terminado de ocultar secretos. Cualquier cosa que descubras de él, ya sea que lo condene o lo exonere de su inocencia, ¿me prometes que me lo dirás?

Le frotó el interior de la muñeca con el pulgar.

—Lo prometo.

Aunque la perspectiva que le pusieran las manos encima todavía lo ponía a prueba y tal vez siempre lo haría, acariciarla, incluso en la más mínima forma, le producía un placer desmesurado. Le levantó la mano y acarició con los labios el punto del pulso.

—Ten en cuenta que la primera regla es no besar. —Phoebe soltó un suspiro tembloroso.

—Creo que eso era solo para bocas, de lo contrario no debería haber aceptado —lo dijo, sonriendo contra el dolor.

—Robert, no podemos...

—Silencio, o tal vez imponga una cuarta regla de mi propia invención: no hablar —manifestó, bromeando solo en parte. Las palabras parecían causarles dificultades, mientras que sus cuerpos siempre habían respondido en perfecta armonía.

Su mirada se posó en su garganta. Larga, elegante y de color crema, la misma fue diseñada para ser besada. Inclinando la cabeza hacia un lado, él deslizó su boca a lo largo de la esbelta columna y luego tocó con la lengua el hueco caliente sobre su clavícula. El esfuerzo de eludir a sus perseguidores le había dejado la piel deliciosamente salada. Robert cerró los ojos y la respiró. El almizcle se mezcló con los otros aromas que llevaba: vainilla, limón y una ligera fragancia floral, que él nunca había podido nombrar, pero que le pertenecía íntimamente.

Y luego estaban sus pechos. Los había visto desnudos solo una vez, seis años antes, esa noche en el jardín cuando intercambiaron los relicarios. Estaba oscuro, iluminado solo por la

luna y la linterna que había traído. Entonces ella se había sentido tímida, ante él, por la luz. Temeroso de asustarla, la había dejado permanecer en las sombras, adorándola con la boca, la lengua y las manos. La recordaba, pequeña, pero bien formada, con pezones que cobraban vida en sus palmas y sabían a albaricoques en su lengua.

Con una mano en su pecho, ella le dio un débil empujón.

—No debemos hacerlo.

Levantó la cabeza para mirarla, gloriosamente sin molestarse por la presión de su palma sobre su pectoral.

—Ten en cuenta que te vi antes, la noche anterior a mi partida, solo que entonces no teníamos lámpara, solo la luna y las estrellas para guiarnos.

Ella se mordió el labio.

—Lo recuerdo.

Siguiendo adelante, captó su mirada y dijo:

—Esa noche en el jardín, cuando te quité el vestido de los hombros y te atraje entre mis palmas, solo sabía que me gustaba tocarte y esperaba que a ti también te gustara. Pero, más allá de conseguir algunos besos de una chica del campo, no había tenido otras experiencias, buenas o malas, con las que comparar. El instinto era mi única guía y me preocupaba desesperadamente que no fuera suficiente.

Mirando hacia otro lado, ella dijo:

—Según recuerdo, tenías... muy buenos instintos.

—Lástima que no confiaba en ellos. Bueno... Incluso estaba convencido de visitar un burdel de antemano para no arruinar nuestra noche de bodas. Probablemente, yo también lo habría hecho si Anthony no hubiera intervenido.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—¡Anthony te detuvo!

El asintió.

—Me arrastró a su club, me sentó con una botella de oporto y me dio un sermón que probablemente nunca olvidaré.

—¿Qué dijo él?

—Que se había acostado con más mujeres de las que quería contar, algunas cuyos nombres ni siquiera se había molestado en preguntar y mucho menos recordar. Pero, que no importaba cuánto placer te trajera el acto carnal, no podía ni empezar a compensar la soledad que seguía cuando te despertabas y veías que la cabeza sobre la almohada junto a la tuya era la de una extraña. Pero, lo que realmente me convenció de abandonar mi plan fue cuando él juró que nunca había hecho el amor con una mujer, que nunca había hecho el amor de verdad, hasta que lo hizo con Chelsea. En todos los aspectos importantes, ella era su primera y única, como tú serás mía.

Ella sacudió la cabeza con expresión melancólica.

—Pero no soy la primera y nunca podré serlo. Has... conocido a otras mujeres... Es casi como si lo hubieras admitido...

Sosteniendo su mirada, él dijo:

—Perdí mi virginidad con una esclava de Marrakech, cuyo nombre nunca supe, no porque no quisiera preguntar sino porque no sabía suficiente persa para hacerlo. Aunque era morena, era parecida a ti... Phoebe, estaba tan lejos de casa, de todo lo familiar, y tan solo, que tener otro cuerpo cálido al que aferrarme, en la noche, parecía un regalo demasiado precioso como para dejarlo escapar. Si algo me han enseñado los últimos seis años es que no hay tiempo

que perder. Hagamos un nuevo comienzo... hoy... en este momento.

Ella levantó la mano y le tocó la mejilla.

—¡Oh! Robert, haces que todo parezca tan simple. Siempre lo has hecho.

—No me confundas con el chico de mejillas suaves de tu memoria. Te dije que él se fue.

¡Es un fantasma!

Su mano se deslizó. Ella sacudió la cabeza como si él hubiera dicho algo realmente tonto.

—No estoy buscando a ese chico. Estoy tratando de entender al hombre en el que te has convertido.

—No es como si me hubiera estado ocultando. Me has visto todos los días durante los últimos quince días, quisieras o no —añadió, intentando esbozar una sonrisa.

Ella se la devolvió, pero débilmente.

—Es cierto, pero tienes secretos.

Él abrió la boca para objetar, pero ella lo interrumpió:

—No te tomes la molestia de negarlo. Hay sombras en tus ojos, que antes no estaban. Ocultas cosas y no solo a mí.

—Todo el mundo tiene secretos. Soy el hombre que te ama más que a su propia vida. ¿Qué más podrías necesitar saber sobre mí? —Robert tragó con fuerza

—Por un lado, ¿cómo conseguiste este adorno tan extraño? No me digas, déjame adivinarlo. ¿Una muestra de amor de la generosa princesa Nadia? —ella bromeó.

—Phoebe, no...

Antes que él pudiera detenerla, ella había levantado el brazalete de marfil que rodeaba su muñeca izquierda.

—¡Querido señor! —Arrastró las yemas de dos dedos sobre la cicatriz blanca que marcaba el punto del pulso dentro de su muñeca y luego lo miró fijamente a la cara.

Siguió su mirada hacia el grueso corte de cicatriz que cubría el interior de su muñeca izquierda y se tragó un juramento.

—Tengo muchas cicatrices. —Con la garganta espesa, era lo más cerca que había estado de admitir su pasado.

—Solo estoy preguntando por esta.

—Un accidente... fue solo un accidente —respondió finalmente, y era una mentira tan obvia que ambos miraron hacia otro lado.

La herida furiosa había sido hecha por su propia mano, la cicatriz que se suponía debía haberle liberado, pero no lo había hecho, no porque no hubiera cortado limpio y seguro, sino porque Caleb lo había encontrado y detenido el sangrado a tiempo, aunque eso había significado noquearlo con un puño para detenerlo.

Ella sacudió la cabeza hacia él.

—Debes pensar que soy la misma señorita ingenua que te deseó buen viaje en el jardín de sus padres.

Así que ella no había olvidado esa noche más que él.

—Créeme, Phoebe, cuando te miro ahora, apenas veo a una muchacha. Veo a una mujer hermosa que me tienta y atormenta de una manera que esa chica de antes no podría empezar a hacerlo.

De hecho, no había nada de ingenuo o de señorita en ella. En los años transcurridos desde que él se fue, su belleza había madurado hasta convertirse en una de rostro y forma, que le quitó el aliento y le agitó la sangre. Esbelta aún, ella había madurado hasta convertirse en mujer, con el pecho más lleno y las caderas sutilmente curvadas. Con esos lóbulos esculpidos de alabastro

coronados con coral, sus pechos le hacían hormiguitar las palmas de las manos y hacerle agua la boca. Esos pezones hinchados rogaban que jugaran con ellos y los arrancaran. El embriagador almizcle de su excitación se elevó, confirmando que estaba tan lista y dispuesta como él. Su pene se sentía duro como el granito, y sus bolas estaban pesadas y adoloridas. El tiempo de dudar y esperar finalmente había quedado atrás. Con la mano libre, él buscó los botones de sus pantalones. Debajo de la tela de color ante, la dura cresta de su excitación se espesó y vibraba. Todo lo que necesitaba hacer era abrir la trampilla delantera y el capitán Robert Bellamy podría finalmente y para siempre reclamar a su dama.

Phoebe apoyó su frente contra la de él.

—No he tenido un ataque de vapor en seis años, y ahora parece que tendré el segundo en quince días.

Sonriendo, la levantó en sus brazos y la llevó hacia la cama.

—Continúa y desmárate si quieres. Te atraparé. A partir de este momento, siempre estaré aquí para atraparte.

Capítulo nueve

El aire cerrado, la mezquindad general de la pequeña habitación, incluso su ira por haber sido manipulada por Robert, una vez más, retrocedieron a los confines de la mente de Phoebe. Envuelta en sus brazos, se olvidó de respirar y resistirse, tampoco recordó por qué se suponía que debía resistirse. Por primera vez, en seis años, cerró su mente contradictoria y se permitió simplemente sentir. Y percibió que lo hizo. Las sensaciones la recorrieron, el deseo físico resucitó las esperanzas y surgieron los sueños enterrados de una joven.

—Robin —murmuró, pasando una mano por la suave masa de su cabello.

El apodo, uno de los muchos recuerdos que había pensado borrar para siempre, se deslizó de su lengua tan dulcemente como la crema cuajada o la miel. Al igual que el muro de Jericó, la barrera que había sostenido las últimas semanas se derrumbó, liberando su cuerpo para darle la bienvenida, como ni su mente, ni su corazón se atrevían a hacerlo todavía.

La puso de pie junto a la cama y ella deslizó las palmas de las manos a lo largo de sus bíceps y hacia arriba para abrazar la anchura de sus hombros, negándose a dejarse disuadir por la rigidez apenas perceptible de su cuerpo.

—Ten cuidado, Phoebe, a diferencia de antes, esta vez no me contentaré solo con mirarte.

—No quiero que solo me mires.

—Entonces, milady, estamos de acuerdo.

Deslizó una mano hacia arriba, sus manos de marinero trabajaban hábilmente en sus cintas y cordones. En cuestión de segundos, abrió el corpiño de su vestido. Debajo llevaba solo un corsé corto y su camisola, la fina gasa de césped como una gasa. Con cada respiración contenida, sus pechos subían y bajaban. El movimiento pareció hipnotizarlo. Bajó la cabeza y se llevó una corona de coral a la boca, lamiéndola a través del lino.

Los dedos de Phoebe quedaron atrapados en el cabello de él. A diferencia del episodio en el estudio, ella se arqueó contra él, por voluntad propia, lo que era una súplica silenciosa por más, por todo el placer. Él se lo dio, palmeando su otro pecho y succionándolo a través de la tela hasta que el lino humedecido se amoldó a ella, como una segunda piel.

—Por favor —gimió ella, juntando una mano guía sobre la suya, no como una dama alguna vez soñaría hacer, sino más bien como las acciones de la perra que se suponía que era. Se estaba comportando como una prostituta y nada en su vida se había sentido tan liberador.

Sus dedos se curvaron alrededor de su pecho. Sosteniendo su mirada, tomó su pezón entre el pulgar y el dedo y lo hizo rodar suavemente. Phoebe se mordió el labio para no gritar, mientras el placer se acumulaba en su interior. Cuando él le quitó la camisola de un hombro, dejándolo al descubierto junto con su pecho, ella tenía demasiada fiebre y tensión, y solo sentía agradecimiento.

Un pellizco más firme la hizo jadear. Antes que ella pudiera gritar, esa boca que la succionaba, se movió hacia adentro para aliviar los moretones. El movimiento de la lengua, el tirón de los labios firmes y el ligero roce de los dientes la hicieron temblar. Al mirar su bruñida cabeza oscura, Phoebe tuvo la extraña sensación que el mundo se había detenido o al menos estaba suspendido. La realidad quedó reducida a las cuatro paredes de su improbable refugio, a los aromas de almizcle, sudor y pecado que emanaban de ambos, a su propia rendición lasciva, mientras ella permanecía tan quieta como podía, y él la dominaba y se alimentaba de su cuerpo húmedo y tembloroso.

Una mano se deslizó debajo de sus faldas. La presión de una palma cálida y dedos conocedores trazaron círculos a lo largo de sus muslos de adelante hacia atrás, acariciando hacia adentro con una lentitud enloquecedora. Ella era vagamente consciente que debía impedirle ir más lejos, pero, estaba muy débil. Y muy mojada. Y los dedos de Robert se sintieron tan bien, cuando se deslizaron dentro del epicentro de sus palpitaciones, con la deliciosa presión contundente, llenándola y abriéndola.

Un golpe en la puerta los detuvo. Maldiciendo en voz baja, Robert retiró la mano y se enderezó. El dobladillo de Phoebe susurró desde sus piernas hasta sus tobillos. Solo entonces se dio cuenta de su postura con las piernas abiertas. Frustrada y adolorida, ella apretó los muslos con fuerza, tardíamente consciente de lo húmeda que estaba y que la miel de su excitación hacía un yeso en su piel.

Su mueca le aseguró que él no estaba más feliz que ella con la interrupción. Volviendo a colocarle la camisa en su lugar, dijo:

—Debe ser la comida que tan estúpidamente solicité.

—Déjala —le rogó, agarrándolo del brazo, reacia a que se deshiciera el capullo de cuento de hadas que habían tejido sobre sí mismos.

Maldiciendo en voz baja, Robert la apartó de él y fue a abrir. Un momento después, regresó con una bandeja. Una sopera con sopa, media hogaza, poco apetecible, de pan casi mohoso y el oporto. La anfitriona había aprovechado mucho el día.

Dejó la bandeja sobre la mesa y su mirada se desvió de ella a la cama. De pie fuera de sus brazos, vio el lugar tal como era: una cornisa estrecha cubierta con sábanas raídas y no muy limpias.

—No podemos hacer esto, no aquí. —Su voz lo devolvió a la cordura, pero Phoebe aún no estaba dispuesta a regresar allí. Había vivido según sus propias reglas rígidas durante los últimos seis años. Nunca había imaginado que dejarlas de lado podría resultar tan liberador.

—No importa... —Dio un paso hacia él, pero le tendió la mano para detenerla.

—Pero, a mi sí. Hemos esperado seis años por este momento. Por mucho que te desee, y lo sabes, no permitiré que nuestra primera vez sea sobre las sábanas sucias de una prostituta.

¿Si no es aquí, entonces dónde? —ella preguntó, demasiado ansiosa y adolorida como para importarle lo lasciva que sonaba. Había conservado su virginidad durante tanto tiempo que sería casi un alivio prescindir de ella.

—Quiero que nuestra primera vez sea en una cama, nuestra cama. —Él sonrió y luego se preguntó si parecía tan malvado como se sentía—. A partir de entonces, las variaciones sobre el tema básico no solo serán bienvenidas sino también alentadas.

—Todavía no he dado mi consentimiento para casarme contigo. De hecho, no soy libre de hacerlo.

Un compromiso era un contrato legalmente vinculante. Si Arístide fuera siquiera la mitad del villano que Robert pretendía ser, no dudaría en presentar una demanda contra ella por violar sus términos. Además de arruinar lo que quedaba de su reputación, bien podría quedarse con toda o parte de su dote.

Pero esas preocupaciones, más pragmáticas y razonables, fueron reemplazadas por la más cercana y querida a su corazón.

No quería que Robert le informara que se casarían.

Quería que él se arrodillara y le preguntara.

Sin embargo, por ahora, la pasión debía pasar a un segundo plano, una vez más frente a la practicidad. Abrochándose los botones, dijo:

—Todavía tenemos una hora, más o menos, antes que la señora de vestido y alojamiento regrese con su próxima conquista. ¿Cómo propones que la gastemos?

Robert miró de ella a la bandeja de comida abandonada y viceversa.

—Propongo que comamos.

*** **

Anthony estaba afuera con los niños y Chelsea dormía una siesta en su habitación, cuando Robert regresó con Phoebe y Caleb al número 12 de Berkley Square, esa noche. Al salir de la casa de hospedaje, llamó a un coche de alquiler para que los llevara de regreso al mercado. Allí encontró a Caleb, ensangrentado y deambulando, pero por lo demás, nada era peor por el nudo del tamaño de un huevo de petirrojo en su coronilla.

—Hemos tenido un percance, Wilson —anunció sin preámbulos—. Lady Phoebe necesitará un baño, un cambio de ropa y su absoluta discreción.

—En cuanto a mi amigo presente... —Miró a Caleb, que se apoyaba pesadamente en su brazo—. ¿Hay algún médico, uno discreto, al que pueda llamar para que examine su herida?

Mirando de reojo a Caleb, con el rostro mortificado y las manos anchas, enviando mensajes con locura, añadió:

—Aunque, como puedes ver, posee una cabeza extraordinariamente dura, por lo que parece que está bien.

El mayordomo asintió.

—Por supuesto señor. Enviaré un lacayo a buscarlo inmediatamente. —Miró más allá de Robert hacia el vestíbulo vacío—. Si se me permite ser tan atrevido, ¿dónde se encuentra Lady Phoebe en este momento?

Robert se preparó para responder y admitió:

—Me he tomado la libertad de prestarle mi habitación.

Como era de esperar, el mayordomo se quedó boquiabierto.

—¿Su habitación, señor? ¿Está usted seguro...?

—Lo estoy. Quien prepare el baño, creará que es para mí. Lady Phoebe se ocultará en el vestidor hasta que se haya ido.

Por arriesgado que fuera haberla traído de regreso, desaliñada y sin vigilancia, devolverla a casa de sus padres, medio desnuda y apestando a aguas residuales, tampoco parecía ser la solución.

—¿Se quedará a pasar la noche? —Dado el potencial de escándalo implícito en la investigación, el hombre mayor hizo gala de un grado impresionante de sangre fría.

—Ella no debería quedarse mucho más allá de la hora —le aseguró Robert—. Cuando salgamos, será por la entrada de los sirvientes. Le haré saber la hora exacta, a medida que nos acerquemos. ¿Confío en poder contar con su ayuda para limpiar el área de los lacayos?

—Estoy a su disposición, señor.

Satisfecho, Robert siguió navegando.

—Como Lady Phoebe y mi hermana son de la misma talla, o al menos es así, ¿tal vez pueda prestarle uno de los vestidos de mi hermana?

—Haré una pregunta a la doncella de Su Señoría... discretamente, por supuesto. ¿Habrá algo más? —añadió, pareciendo casi asustado de haber preguntado.

Robert pensó por un momento.

—De hecho, lo hay. Cuando mi cuñado regrese, infórmele que estoy ansioso por hablar con él... lo antes posible.

Ya era hora que dejara a un lado el pasado y su orgullo, y confiara en Montrose. Una cosa era ponerse en peligro, pero los acontecimientos de hoy habían demostrado que Robert no era el único en riesgo. Phoebe podría haber resultado herida o algo peor. Ponerla en peligro era impensable. Por ella y no por él mismo, estaba dispuesto a practicar la humildad. Debido a su experiencia táctica en la campaña Peninsular y sus contactos actuales en la Oficina de Guerra, Anthony sería un aliado admirable.

Más allá de eso, Robert estaba empezando a darse cuenta de que le vendría bien tener un amigo de su lado.

*** **

Al deleitarse en el baño de agua, aún tibia, Phoebe recordó el día. Sus emociones habían pasado del miedo más espantoso al éxtasis más exquisito. El tiempo pasado en compañía de Robert ciertamente nunca fue aburrido.

El golpe afuera de su puerta, o más bien en la puerta de Robert, la puso en alerta máxima, una vez más. Suponiendo que debía ser el sirviente, que regresaba para refrescar el agua tibia, extendió una mano hacia la bata que había puesto a su alcance o, como resultó, estaba un poco más allá.

Como Robert quería decir, ¡maldita sea!

En lugar de eso, Chelsea llamó desde la puerta:

—¿Puedo pasar?

“¡Maldito infierno!” De hecho. Phoebe se levantó, envolviéndose en la bata. Por unos fugaces segundos consideró volver corriendo al vestidor, pero hacerlo le pareció una decisión cobarde. Chelsea no era solo la hermana de Robert y la esposa de Anthony. Ella era la amiga más querida de Phoebe. A pesar de su comienzo difícil con Phoebe, comprometida con Anthony, y él enamorado de Chelsea, su dolor compartido por perder a Robert había forjado un vínculo entre ellos. Antes del regreso de Robert, Phoebe estaba convencida que su relación era implacable, pero ahora ya no estaba tan segura.

Con el corazón acelerado, cruzó para abrir la puerta, dejando un rastro de huellas húmedas a su paso. Al abrirla un poco, se encontró con la mirada sorprendida de Chelsea.

—¿Sorpresa?

A juzgar por el rostro atónito de su amiga, su presencia era eso y más.

Le dio a Chelsea un momento para recuperarse. Retrocediendo, le indicó a Chelsea que entrara. Ataviada con una bata holgada de estilo japonés, Chelsea entró rápidamente.

—Será mejor que esto sea bueno —susurró, alcanzando el pomo de la puerta.

Phoebe esperó a que se cerrara la puerta antes de soltar:

—No es en absoluto lo que parece.

Es cierto que este fue un comienzo poco convincente, pero estrictamente hablando, también era la verdad. Aún así, al pensar en lo cerca que había estado de dejar que Robert la llevara a la cama, dos horas antes, admitió que estaba en peligro de convertirse en la más detestable de las criaturas: una hipócrita.

Chelsea caminó hacia la cama, afortunadamente todavía respetablemente hecha sin ni siquiera un pliegue en la colcha. Agachándose a un lado, dijo:

—Soy la última persona que los juzgará, a cualquiera de ustedes dos. Solo espero que hayas tenido cuidado de que no te vean.

Con los brazos cruzados, Phoebe se dejó caer en un taburete acolchado frente a ella.

—Hasta ahora solo tu mayordomo sabe de mi presencia y ahora por supuesto tú.

La expresión de Chelsea se suavizó.

—Bien, asegurémonos que siga siendo así.

Phoebe se contentó con asentir. A solas con Chelsea, se reprendió a sí misma por múltiples motivos. Ante todo, ella había sido una amiga horrible. Aunque Chelsea estaba confinada, Phoebe no la había visitado en más de quince días, desde antes del regreso de Robert. Hasta ahora se había dicho a sí misma que estaba actuando por el bien de su amiga. La sangre era más espesa que el agua, o eso se decía, y por derecho Chelsea debía ponerse del lado de su hermano. En lugar de ponerla en el medio, le había parecido infinitamente más sencillo mantenerse alejada. Ahora se le ocurrió que al hacerlo había sido cobarde y egoísta. Más allá de todo, no había bandos, ninguno más allá del amor.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, mirando el creciente vientre de su amiga.

Chelsea sonrió.

—¡Grande! —Entrelazó sus manos sobre su cintura—. Dependiendo de si este pequeño elige llegar tarde o puntualmente, es posible que me pierda o no tu boda.

Sintiendo un repentino escalofrío, Phoebe se apretó con más fuerza la bata.

—Todavía piensas casarte dentro de un mes, ¿no?

Phoebe vaciló y luego admitió:

—Honestamente, no estoy segura.

En lugar de apresurarse a exponer el caso de Robert, Chelsea se mantuvo en paz y la analizó durante un largo momento.

—¿Puedo hablar con franqueza? —dijo finalmente.

Aliviada, Phoebe asintió.

—Ojalá lo hicieras.

—Desde hace algún tiempo, soy testigo de cómo te trata Arístide, desde que accediste a su solicitud, más como una posesión que como una persona.

Phoebe abrió la boca para defenderlo pero en realidad, ¿qué había que decir?

—Él tiene una visión muy tradicional del matrimonio —murmuró finalmente.

—Independientemente de con quién te cases, si dejas que un hombre te trate mal, antes de la boda, no podrás vivir con él después. Con quienquiera que te cases, debes ganarte el respeto y el corazón de tu futuro marido. De lo contrario, el barco estará prácticamente hundido, antes de abandonar el puerto.

Phoebe no pudo evitar sonreír, ante la metáfora náutica. Parecía que Robert estaba contagiando a todos.

—A ti no te gusta mucho Arístide, ¿verdad?

Chelsea se encogió de hombros.

—¿Qué importa si me gusta o no? No soy yo quien se casa con él. ¿Te gusta? Lo más importante es: ¿lo amas?

Phoebe volvió a dudar. Ciertamente Arístide era guapo. Podía ser más encantador, cuando así lo deseaba. En los primeros días de su noviazgo, más de una vez, lo había sorprendido pronunciando mal deliberadamente una palabra para ganarse su sonrisa. Las veces que él la besó, ella sintió un cosquilleo nada desagradable, pero, ¿eso era eso amor? Phoebe no lo creía así.

Eludiendo la pregunta, ella respondió:

—Él fue la primera persona que me hizo reír después que Robert...

—Desapareció —Chelsea terminó por ella—. Sé que has luchado por perdonarlo. Siento que todavía estás luchando. ¿Lo amas y por cierto no estoy hablando del chico que se fue hace seis años sino del hombre complicado que ha regresado con nosotros?

Phoebe respiró profundamente.

—Creo que puedo...

Chelsea inclinó la cabeza hacia un lado y la miró.

—Es cierto que soy parcial, en nombre de mi hermano, pero sabiendo eso, ¿te importaría mi consejo como mujer casada durante siete años y que está más apasionadamente enamorada de su marido que nunca?

Phoebe abrió los brazos.

—Sí, me gustaría mucho.

—Hasta que no tengas tus respuestas, respuestas firmes, no te cases con ninguno de los dos.

Phoebe no podría haber estado más sorprendida.

—Es mejor ningún matrimonio que uno en el que te sientas menos que una compañera de pleno derecho, y mucho menos como un inmueble o, peor aún, una prisionera de los caprichos y deseos de tu marido.

Phoebe se mordió el labio.

—Arístide dice que una vez que nos casemos, su intención es mantenerme descalza y reproduciéndome. Puede que esté bromeando sobre la parte descalza, pero no sobre la otra. — Incluso antes del regreso de Robert, la insistencia de su prometido en tratarla como a una futura yegua reproductora pesaba mucho en su mente.

Chelsea puso los ojos en blanco.

—¡Eso es una absoluta porquería! Las relaciones conyugales deben consistir, ante todo, en dar y recibir placer con tu amado, aquel a quien has prometido tu vida y él a ti. No es necesario tener un bebé todos los años, al menos si no lo deseas. Hay muchas parteras y médicos que aconsejan que es más saludable espaciar la familia. —Arqueando una ceja, preguntó—. ¿Por qué crees que Anthony y yo esperamos seis años antes de tener otro hijo?

Phoebe se había preguntado acerca de la brecha, pero, hasta ahora había asumido que debía ser una casualidad, un golpe de suerte de la naturaleza.

—¿Fue deliberado?

Chelsea asintió.

—Completamente... así fue. Queríamos disfrutar de los gemelos y de nosotros mismos. Hay formas de prevenir la concepción o al menos de disminuir su probabilidad. Un dispositivo que lleva el hombre está hecho de piel de oveja y asegurado con un pequeño cordón. ¡Oh! Pero, soy demasiado franca. Te estoy avergonzando.

En privado, Phoebe admitió que su cara sonrojada no podía atribuirse al remojo en agua tibia.

—No. Bueno, tal vez un poco. Pero prefiero sentirme avergonzada que ignorante, así que, por favor, continúa. Quiero saber estas cosas. Realmente, a mi edad, creo que debería saberlo...

Por mucho que deseara concebir un hijo, tener uno con Arístide la uniría a él de manera más irrevocable que cualquier voto pronunciado en una iglesia. Cada vez que intentaba evocar la imagen de los bebés de ojos negros y cabello azabache que tendrían juntos, sus ojos se suavizaban hasta volverse avellana y su cabello se volvía castaño rojizo. “Los ojos de Robert. El pelo de Robert”.

“Los bebés de Robert. La de Robert y ella”. Lo pensó.

—Considéralo motivo de reflexión, hablando de eso... —Chelsea se puso de pie—. Te pediría que te quedaras a cenar, pero no estoy segura que ni siquiera a mí se me ocurra una historia plausible para explicar tu repentina aparición.

Phoebe negó con la cabeza.

—Necesito regresar a casa de todos modos. Mamá se preguntará dónde he llegado y eso nunca es bueno.

Después de haber tenido sus propios enfrentamientos con la madre de Phoebe, en el pasado, Chelsea sonrió con complicidad.

—Te buscaré algo para ponerte.

Phoebe también se levantó.

—Gracias —dijo, repentinamente impaciente por seguir su camino.

Más que cenar con su familia, tenía muchas cosas en las que pensar.

*** **

El reloj del pasillo dio las seis, cuando Anthony hizo pasar a Robert a la biblioteca. Se sirvieron brandy. También se ofrecieron y rechazaron sumariamente cigarros.

Anthony, sentado en el sillón frente al de Robert, preguntó:

—¿En qué puedo servirte?

Con las manos entrelazadas sobre su copa, Robert miró a su cuñado. Además de ser un antiguo rival de Phoebe, Montrose fue un héroe de guerra condecorado de la campaña Peninsular. Las heridas que había sufrido en la batalla de La Albuera, lo habían dejado con una cojera permanente, aunque leve. Era un aliado sólido al que uno podía tener de su lado, suponiendo que Robert pudiera convencerlo que el peligro que planteaba Bouchart era real, y no una ficción fabricada a partir de los celos.

En lugar de desperdiciar palabras en el preámbulo, Robert fue directamente al grano.

—Creo que Bouchart es un tonto que quiere casarse con Phoebe por su fortuna.

Con expresión inescrutable, Anthony respondió:

—Se dijo lo mismo de usted hace seis años.

—Estoy consciente. —Su determinación de desmentir los rumores, buscando fortuna en el extranjero, había impulsado su desastrosa salida de Inglaterra—. Solo que en el caso de Bouchart la acusación no es falsa. Es más, creo que está dispuesto a matar para lograrlo.

La acusación fue recibida con un arqueamiento de cejas.

—Continúa —instó Montrose.

—Hace quince días, cuando me arrojaron del caballo, descubrí que alguien había cortado la cincha. Esta tarde, Phoebe me convenció para que la llevara al puerto... y nos atacaron unos bandidos.

Anthony se erigió como si hubiera disparado.

—¿Ella está bien?

Pensando en ella sumergiéndose en su bañera, encima de sus cabezas, él asintió.

—Lo está.

Anthony se relajó contra el respaldo de la silla.

—¡Cielos! ¿En qué estabas pensando al llevar a Phoebe a una zona tan peligrosa de la ciudad?

Robert reconoció que la reprimenda era bien merecida.

—En un momento de debilidad y de espantosa falta de juicio, le di mi palabra de que la llevaría a donde quisiera.

—Cuando uno está enamorado de una mujer, puede resultar difícil decirle que no y apegarse a ello. Negarse es difícil, puede ser casi imposible —añadió Anthony, sin duda recordando sus primeros días con Chelsea. Sus planes para recaudar el rescate de Robert los

habían llevado al borde de un peligro mortal más de una vez.

—No creo que robar mi bolso fuera su intención. Los rateros comunes no nos habrían perseguido como lo hizo esta pareja. Además, nuestro único perseguidor parecía ser el mismo “mozo de cuadra” que cuidaba mi caballo, después del baile en Almack. Cuando regresé al día siguiente, no había nadie empleado allí que encajara con esa descripción.

—¡Oh, cielos! Hombre, eso es muchísimo para guardar bajo tu sombrero. Deberías haber venido a verme antes.

A diferencia del orgulloso demonio de seis años antes, Robert tomó con calma la leve reprimenda.

—Estoy de acuerdo, pero primero quería estar seguro. Necesito profundizar en los antecedentes de Bouchart. No estoy seguro de creer que él sea quien dice ser. ¿Me ayudarás?

—Todavía tengo algunos amigos en la Oficina de Guerra. Uno en particular, el honorable Bennett Templeton sirvió en Francia como agente de espionaje, durante los últimos años del reinado de Napoleón como emperador. Podría ser de alguna ayuda.

Robert asintió.

—Gracias.

—Quedo a tu orden. —Anthony hizo girar su brandy alrededor de la copa y preguntó—. Dime, si no es un aristócrata francés exiliado e importador de vino, ¿quién crees que es?

Robert vaciló.

—Sospecho que es una especie de hombre de confianza, bien hablado, con una educación decente y que no está cortado de manera noble.

—¿Supongo que no le has expresado tus sospechas a Phoebe o su familia?

—Hablé con Phoebe antes y solo para instarla a tener precaución —admitió Robert. Se negó a añadir que había estado demasiado preocupado por seducirla, como para insistir en su punto de Bouchart. A pesar de lo cerca que habían estado de irse a la cama, se dio cuenta de que ella todavía no confiaba en él por completo—. En cuanto a su familia, dada mi historia con Lady T., en particular, consideré prudente esperar hasta que haya pruebas sólidas.

—Eso fue realmente sabio —coincidió Anthony—. Pero, para nuestra primera orden del día, juntemos nuestras cabezas y diseñaremos un plan para sacar a nuestra sirena visitante del baño, y de esta casa, sin que nadie se dé cuenta.

Sorprendido, Robert preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que sabes que ella estaba aquí?

Anthony se encogió de hombros.

—Desde el momento en que puse un pie dentro esta noche. Templeton no es el único con experiencia en espionaje. En este caso no tuve que ir muy lejos para buscar a mi espía. Después de todo, el mayordomo está a mi servicio.

Robert dejó su copa a un lado.

—Soy todo oídos. ¿Qué sugieres?

—En primer lugar, llamemos a tu hermana, eso si aún no ha descubierto a Phoebe por sí misma. Como la última mujer que traje aquí clandestinamente, tiene más que unas pocas ideas sobre la mejor manera de sacar a alguien a escondidas. Solo que ella misma insistió en salir por una ventana superior. Si es posible, intentemos hacer pasar a Phoebe por una puerta real.

*** **

Arístide se sentó frente al fuego, contemplando los fragmentos de cristal que cubrían los ladrillos. Con solo las llamas como luz, los restos de la jarra y el vaso, destrozados, parecían

nieve recién caída, cristalina y pura. Aún así, la destrucción había hecho poco para calmarlo.

Una vez más, Robert Bellamy había tenido la mala educación de no morir.

Y ahora, debido a eso, el libertino probablemente era aún más un héroe romántico a los ojos de Phoebe. Desde el baile de compromiso, el dominio de Arístide sobre ella había ido disminuyendo constantemente.

Había pasado toda la temporada anterior, desgastando la resistencia de la chica, y no estaba dispuesto a retirarse, ahora que su premio estaba a su alcance. Tampoco podía permitírselo. Mantener la apariencia de riqueza era un asunto costoso. No podía mantener a raya a sus acreedores indefinidamente. Tarde o temprano, se filtraría la noticia de sus crecientes deudas.

Desafortunadamente, Bellamy había demostrado ser sorprendentemente formidable. La cincha cortada del caballo tenía como único objetivo herir, pero anteriormente en el mercado, Payne y su socio habían recibido instrucciones de buscar una solución más permanente. Pero incluso ellos fueron obstaculizados por Phoebe, y el podrido había logrado frustrarlos. Claramente, había subestimado a su enemigo, un error que no pensaba repetir. En lugar de correr el riesgo de volver a atacar de la misma manera, debía encontrar otra manera de despachar a Bellamy.

Y de una vez por todas...

Capítulo diez

Sentada junto a Robert en un banco vacío del aula, con una pizarra de tiza sobre su regazo, el rostro de Phoebe lucía iluminado con determinación.

—Si más personas pudieran conocer a los niños y ver de primera mano lo merecedores y maravillosos que son, estoy segura que veríamos un aumento en las colocaciones, no solo en aprendizaje sino también en adopciones.

—Parece como si tuvieras algo en mente —dijo, inclinándose hacia ella para aparentemente echar un vistazo a lo que hasta ahora había garabateado en la pizarra.

—Sí —admitió, sosteniéndola boca abajo sobre su pecho—. ¿Por qué no realizar una feria, el primero de mayo? Podemos montar tiendas de campaña y colocar un árbol de mayo en el césped del hospital, e invitar a todos los habitantes de la ciudad a asistir, desde el principal lord para abajo.

—Creo que es una idea espléndida —expresó con sinceridad. Al llegar a la mayoría de edad en el campo, había celebrado muchos primero de mayo de manera tan festiva—. ¿Cómo puedo ayudar?

—¿Lo harás?

Robert reprimió un suspiro. Un día, en un futuro no muy lejano, él juró que ella aceptaría su palabra sin dudar, pero al ver la incertidumbre en sus ojos, reconoció que ese día aún estaba por llegar.

—Me enorgullezco de pensar que mis capacidades van más allá de mover los hilos del dinero.

Ella le lanzó una mirada de reojo.

—En ese caso, acepto, aunque puede que te arrepientas de tu oferta al ver cuánto trabajo hay que hacer en tan poco tiempo. Tenemos que involucrar a los artistas, preparar tiendas de campaña para que no llueva, pero en Inglaterra siempre llueve, asegurarnos que haya suficiente comida y bebida y...

—Mi querida, querida Phoebe —dijo, dividido entre la diversión y la exasperación—. ¿Qué imaginas que implica ser capitán de un barco sino esas mismas cosas?

—Bien, lo siento. —Recogió la tiza y la pizarra y soltó una ráfaga de garabatos sobre la pizarra—. Mantendremos parte del área abierta para picnics y juegos, vendedores de comida y diversos artistas: malabaristas, mimos, hombres fuertes y tal vez un adivino.

—Un adivino —repitió Robert, mientras una idea ciertamente descabellada iba tomando forma en su mente—. No recuerdo que eso sea parte de la tradición.

—Estrictamente hablando, no lo es —ella reconoció—. Pero, la gente parece disfrutar de ese tipo de basura. Bueno... todo eso es divertido y también una forma de generar dinero adicional.

—¡Basura! ¿Cierto? Recuerdo que cierta joven señorita me rogó que la llevara al puesto de una adivina en Astley.

Esto fue una semana antes de su embarque. Ella había querido que leyera su futuro juntos, casi le había rogado que entrara en esa tienda con ella. En ese momento, descartó la idea por considerarla absurda y encontró una excusa para no ir. Mirando hacia atrás, vio la petición como dulcemente romántica, otro momento perdido por el que daría un colmillo para revivirlo.

Su mirada se cerró.

—Esa joven ingenua siguió el camino del chico de mejillas tersas... enterrado y desaparecido. Ahora, ¿quieres saber más sobre mis planes para el primero de mayo o no?

—Soy todo oídos. Por favor, continúa.

Al escucharla, era imposible no quedar atrapado en su entusiasmo... o en su sonrisa. Últimamente, ella sonreía cada vez más y Robert no fue el único en darse cuenta. Chelsea, Anthony, Reggie, Belinda e incluso Bouchart lo habían comentado, este último con más sospecha que placer. Aunque todavía no le había dado a Robert ninguna indicación que tenía intención de romper su compromiso, él tampoco había oído nada más sobre fijar una fecha. Seguramente, toda esta sonrisa repentina debía ser una señal providencial.

*** **

En la víspera del primero de mayo, él estaba a punto de salir de donde Chelsea para encontrarse con Phoebe y ultimar los detalles de último minuto, cuando una visita inesperada e inoportuna lo detuvo en sus pasos.

—Bouchart, ¿a qué debo este honor?

—Estaba, como dicen, en la zona. —El francés pasó junto a él, entró en el salón y comentó—. Para ser un hombre que sufrió una peligrosa caída de su caballo, usted parece estar en buena forma.

Plenamente consciente, que se enfrentaba al arquitecto de sus “accidentes”, Robert hizo todo lo que pudo para mantener las manos a los costados.

—Me sano rápidamente.

—Eso es muy afortunado para usted.

—No digas que viniste a preguntar por mi salud.

—De hecho, esperaba que pudiéramos hablar como dicen los ingleses: de hombre a hombre.

—Estaba a punto de salir.

—Lo que tengo que decir, no tomará mucho tiempo.

—Muy bien, no te tardes. —Robert le indicó que se sentara en uno de los dos sillones orejeros de enfrente y tomó el asiento opuesto.

Chambers entró con una bandeja de plata con dos copas de oporto. Cruzó la alfombra y se empapó primero en la silla de Arístide.

—¿Un refrigerio, milord?

La mirada de Bouchart resplandeció.

—Me encuentro sediento por el viaje. —Cogió uno de los vasos.

Robert aprovechó la oportunidad e intervino.

—Puedes dejar el oporto. Un conde preferiría una copa de calvados, estoy seguro.

—¿Calvados, señor?

—Mucho... —Robert asintió—. Tráenos dos vasos ahora mismo.

Frunciendo el ceño, Bouchart espetó:

—Tengo lengua y puedo hablar por mí mismo. —Se dirigió hacia el mayordomo—. Tomaré el oporto.

Chambers, mirándolos, vaciló.

—Muy bien, milord.

Robert dejó su vaso en la bandeja y despidió al mayordomo. Esperó hasta que Chambers salió de la habitación, antes de volver a mirar a Arístide.

—Me parece curiosa tu elección de bebidas alcohólicas.

Mientras sorbía su oporto, el francés lo miró con ojos entrecerrados.

—¿Y por qué es eso?

—Calvados es de tu Normandía natal, ¿no es así? Creo que aprovecharías la oportunidad de probar el néctar de tu patria, especialmente después de un exilio tan largo.

El francés vaciló.

—Era un licor muy bebido en la época de mi padre, pero ahora ha pasado de moda.

Robert se frotó la barbilla con los nudillos de los guantes.

—¿Lo dices?

—Actualmente, *mon ami*, lo digo... Pero, no he venido aquí para hablar de vinos generosos.

Calvados es un brandy con sabor a manzana, no vino. Un francés de Normandía que también fuera importador de vino conocería muy bien esta bebida alcohólica. Robert dejó esa observación para más tarde y preguntó:

—¿Por qué viniste?

Bouchart se recostó en su asiento.

—No juegue conmigo al gato y al ratón, *monsieur*. Sabes bien por qué estoy aquí.

—¿Phoebe?

Bouchart asintió.

—No puedes engañarte tanto como para creer que tienes alguna esperanza de recuperarla, no después de una desertión tan prolongada y dolorosa.

—La desertión es tu palabra, no la mía.

—Ahí es donde te equivocas, amigo mío. Es la palabra que usa Phoebe.

“¡Ay!” Robert pensó con preocupación.

—Permítame asegurarle, *mon ami*, que no hay ni una sola oración por usted. —Su mirada recorrió a Robert y sus labios carnosos se curvaron en una sonrisa.

Robert se obligó a encogerse de hombros.

—Si eso es cierto, ¿por qué estás aquí?

—Las mujeres, *monsieur* Bellamy, son como los gatos. Rara vez saben lo que piensan o qué es lo mejor para ellas.

—Phoebe no es una recién salida del salón de clases. Después de mi hermana, nunca he conocido a una mujer que conozca su mente más a fondo.

—¡Ah, sí! La estimable vizcondesa Montrose. Ella tiene algunas opiniones muy modernas...

—De hecho, las tiene —replicó Robert, preguntándose a qué se refería el francés.

—En el futuro, preferiría que se las guardara para ella. Su moderación me salvará de tener que negarle a Phoebe la comodidad de su compañía.

Robert se puso rígido.

—¿Acaso pretendes restringir a Phoebe de la sociedad?

A partir de sus años de esclavitud, Robert sabía de primera mano lo que significaba vivir al capricho de otro, y ser tratado como una bestia sin cerebro. No le desearía ese destino a nadie, ni siquiera al enemigo sentado frente a él, y mucho menos a la mujer que amaba.

Arístide no lo negó.

—Cuidar a la su esposa de sus conocidos es prerrogativa del marido.

—Phoebe y Chelsea no son conocidas... Ellas son amigas. —El hecho de que Arístide planeara claramente ejercer sus derechos como marido, al pie de la letra, solo aumentó la determinación de Robert de que nunca tendría esa oportunidad—. No eres el marido de nadie

todavía, y si me salgo con la mía, y es mi intención, nunca serás el de Phoebe.

Bouchart aplaudió su arrebato con un chasquido.

—Y así... el joven y atrevido amante regresa para conquistar a su bella dama. Es una historia de lo más romántica, lo admito. Pero, esto es la vida real, *mon ami*, no un cuento de hadas... Phoebe siempre te verá como el aventurero imprudente que la dejó para llorar su muerte.

—Siempre es mucho tiempo —destacó Robert con un tono ácido.

Le había dicho lo mismo a Phoebe la noche de su regreso. Mucho había cambiado, en menos de tres semanas, y, sin embargo, lo que más deseaba modificar aún estaba por lograrse. A pesar de todos sus esfuerzos por reclamarla, Phoebe todavía estaba comprometida con otro. Y no con cualquier otro, sino un hombre al que Robert ahora consideraba capaz de encargar un asesinato.

Arístide dejó a un lado su vaso vacío y se levantó.

—Por desgracia, parece que seguimos en un punto muerto. Aún así, no puedo arrepentirme de haber venido. Nuestra conversación ha sido muy clarificadora... Por favor, felicite a su cuñado por su excelente vino oporto.

Robert también se puso de pie. Le abrió el camino hacia la puerta que daba al pasillo.

En el umbral, Arístide dio la vuelta.

—Tenga cuidado, *monsieur*. Mi prometida ya lleva seis años de luto por tu muerte. Me entristecería mucho verla desperdiciar un solo día más.

*** **

—Es una idea terrible —le dijo Chelsea a Robert, en la mañana siguiente, el primer día de mayo. De pie detrás de su silla, él se agachó y le dio un tirón de prueba a la peluca de bruja.

Sentado ante el tocador con espejo, él la miró desde el cristal chapado.

—Eso lo has dicho media docena de veces. Pásame la goma, ¿quieres? —Si el mismo no se hubiera aplicado los cosméticos ocultadores, no podría decir con certeza que reconocería el rostro, que le devolvía la mirada como la suya.

Ella le pasó el pequeño frasco.

—¿Estás seguro de que deberías usar tanto?

—Claro que no, pero de lo contrario tengo miedo que se me salga la nariz. —Se tocó con un dedo la punta de su nariz falsa, rematada por una verruga erizada de pelos. La tienda de disfraces y novedades de Piccadilly había sido un tesoro escondido para los disfraces. Entre esto y los coloridos chales de cachemira, que tomó prestados del camarote de su barco, se distinguía su apariencia gitana—. Quiero que Phoebe y los demás asistentes a la feria me consideren una vieja bruja, no una leprosa.

—Pensé que el tío Robin era un pirata, ¡no una bruja! —gritó Tony desde su posición en la cama con dosel de Chelsea.

Sentada a su lado, con las piernas colgando a un lado, Daphne espetó:

—Los hombres no pueden ser brujos.

—Si las niñas pueden ser piratas, entonces los hombres pueden ser brujos, ¿no es así, mamá? —razonó Tony, claramente decidido a resolver el enigma actual.

Chelsea exhaló un suspiro.

—Para ser perfectamente precisa, los hombres son brujos, no brujas, pero, como ninguno de los dos existe, no deberíamos preocuparnos por la distinción.

Daphne dio la vuelta, extendió la mano y golpeó a su hermano en la frente.

—Mira, idiota, te lo dije...

—¡Daphne! —Chelsea la amonestó—. Ten cuidado, deja las manos tranquilas y deja de insultar a tu hermano con malos apodos.

Bajando la voz para que solo Robert pudiera oírla, añadió:

—Por cierto, hoy en día ese epíteto está reservado para el tío Robin.

Robert frunció el ceño, viendo cosas verdaderamente espantosas en el rostro que se encontraba con el suyo en el espejo.

—¿Estás aquí para insultarme o ayudarme?

—¡Oh, muy bien! Hazlo tú. —Ella le entregó el juego de dientes de cera.

—Gracias.

Chelsea se encogió de hombros.

—Lo que no puedo comprender es por qué no le dices a ella simplemente la verdad.

—Si ella sabe que soy yo, estará en guardia, cuestionando cada una de mis palabras. Es mejor que el sentimiento le llegue a través de un extraño. Y quién mejor para servir como mensajera imparcial que una amable anciana con supuestos poderes de clarividencia.

A pesar de su distensión, Phoebe todavía tenía que confiar en él por completo. Desde que casi se acostaron en la casa de hospedaje, ella había hecho todo lo posible para no estar a solas con él, fuera de la escuela. Incluso allí casi siempre se quedaba con alguno de los estudiantes o una matrona se topaba con ellos. Robert empezaba a preguntarse, si esas “interrupciones” eran enteramente accidentes. A pesar de todo, parecía que ella tenía la intención de casarse con Arístide. La visita del francés, el otro día, lo había ratificado. Robert tenía que hacer algo para cambiar el rumbo y rápidamente, o de lo contrario, Phoebe se encontraría encadenada de por vida a un hombre, no mejor que un asesino.

Abrió la boca y se colocó el accesorio. Mordiéndolo, se dirigió hacia ella.

—¿Cómo me veo?

Los dientes, teñidos de amarillo y moldeados en una configuración rota y desigual, alteraron la forma no solo de su boca sino también de su mandíbula. La mano de Chelsea voló hacia su propia boca abierta.

—¡Positivamente espantosa! Si no te hubiera ayudado con tu disfraz, no te reconocería como mi propio hermano.

Robert sonrió o al menos lo intentó.

—Ese es el punto.

—¿Has considerado lo que harás si este plan tuyo... medio fracasa?

—No lo hará. —Se puso de pie, ajustándose el chal y encorvando los hombros, como si una vez más llevara piedras rotas sobre su espalda—. Esto funcionará, Chels. Tiene que...

*** **

En el primero de mayo, el césped del Foundling Hospital fue transformado en un recinto ferial con tiendas de campaña y un árbol de mayo adornado con cintas en el centro. Phoebe no había visto a Robert desde el amanecer, cuando, fiel a su palabra, llegó para supervisar el montaje de las tiendas de comida y entretenimiento. Él se fue inmediatamente después, alegando un compromiso urgente relacionado con el barco que, muy probablemente, consumiría el día. Reprimiendo su decepción, lo despidió con una sonrisa fabricada. Durante las últimas semanas, había donado generosamente, no solo su dinero sino también su tiempo. A pesar de los motivos ocultos, él había sido de gran ayuda. Después de todo, todavía tenía que cumplir con sus deberes de capitán. Al parecer, The Swan salió del dique seco y había regresado al puerto en preparación

para la carga. En poco más de una semana, regresaría a la India con o sin Robert al mando. Todavía esperaba su respuesta sobre si pensaba o no casarse con Arístide. Aunque todavía consideraba que sus afirmaciones sobre su prometido eran descabelladas (no había nada que vinculara a Arístide ni con la cincha cortada, ni con los bandidos en el mercado), la perspectiva de jurar su fidelidad a él parecía cada vez menos atractiva. Hasta el momento, él había pasado la mayor parte de la tarde en la tienda de cervezas, quejándose de la falta de vino decente. El hecho que Reggie estuviera allí con él, sin duda, explicaba que el cervecero buscara más barriles de los previstos.

Por ahora, lo que importaba era que la feria fuera un éxito. El evento había comenzado bajo un cielo despejado y más de la mitad del tiempo se había mantenido así. El vendedor de pasteles hacía un buen negocio, y su talento para el espectáculo con canciones y bailes era tan popular como los pasteles dulces y salados que vendía, recién salidos de su bandeja. Hasta el momento, el malabarista, el marido de la cocinera, obligado a trabajar, solo había roto un juego de platos, y el payaso no había hecho llorar más que a una niña, a Lulú. Un juego de Quoits, instalado en el césped, había atraído a hombres jóvenes y viejos, caballeros y trabajadores, todos ansiosos por poner a prueba sus habilidades por dos peniques, en cada lanzamiento.

Y con diferencia, la atracción más popular fue la adivina que Robert les había encontrado. Pasando junto a la cola de asistentes a la feria, que todavía esperaban ser llamados para entrar, Phoebe levantó la puerta de la tienda y se metió adentro.

—¿Deseaba verme, madre Ginebra?

Aunque no era más que mediodía y había tanto sol como se podría desear, el interior de la tienda estaba a oscuras y una única vela de sebo servía como única fuente de luz. Para las lecturas habían traído una mesa redonda cubierta con pañuelos de flecos y dos sillas. Ocupando uno de ellos, la gitana estaba sentada en la sombra, con su cuerpo encorvado y acurrucado, bajo un chal de lana estampado, a pesar del calor del clima. Una bola de cristal para adivinar descansaba sobre un soporte con patas, encima del centro de la mesa, con cartas del tarot dispuestas alrededor. A un lado había un cuenco lleno de monedas y billetes del banco. Aunque Robert había avalado la honestidad de la gitana, Phoebe tomó nota mentalmente para asegurarse que los expósitos vieran su parte de esas ganancias.

Mirando hacia arriba, la anciana se rió, como si la pregunta retórica de Phoebe fuera realmente divertida.

—De hecho, usted tiene oídos agudos, querida, y un tercer ojo, casi tan astuto como el mío.

Al dejar caer la solapa, Phoebe tuvo dificultades para no poner los ojos en blanco.

—Y tú, eres una mensajera con alas, en este caso la niña expósito, Fiona, a quien enviaste a buscarme. ¿En qué puedo ser de ayuda? —insistió, pensando en la docena de otras tareas que requerían su atención.

Una sonrisa de dientes torcidos recibió la pregunta.

—Soy yo quien te será de ayuda, tal como lo desea la gran Hécate. ¡Siéntate, siéntate! —ordenó, indicando a Phoebe que se quedara en la silla vacía—. Por ella que da tan desinteresadamente y no pide nada para sí misma, realizaré mi adivinación sin mayor costo que una sonrisa otorgada por tus lindos labios.

Phoebe se mantuvo firme, no estaba de humor para juegos de salón ni para perder el tiempo.

—Es muy amable de su parte, pero las diversiones son para los invitados. Hay bastantes haciendo cola para estar aquí adentro... —indicó, a modo de insinuación amplia.

—¡Bah! ¡Qué se enfríen un rato más! A una joven doncella seria, como usted, le vendría bien un poco de diversión.

Al cruzar el suelo, cubierto de alfombras, hacia la mesa, Phoebe sintió una sonrisa en su boca, porque Robert le había dicho lo mismo el otro día.

—No soy muy joven, madre. —Para apaciguarla, se deslizó en el asiento vacío.

—Desde donde estoy sentada, veo que estás fresca como el rocío sobre una rosa primaveral. —La bruja se inclinó y levantó una ceja poblada. A pesar de sus dientes podridos, el aroma que flotaba hacia Phoebe era agradable y familiar: ¿a anís, regaliz o quizás hinojo?—. En cuanto a que no eres una doncella, si deseas desahogarte, debes saber que la madre Ginebra escucha, pero, no juzga.

Pensando en cómo ella y Robert se habían divertido la otra semana en esa casa de huéspedes, cómo ella incluso le había rogado que le hiciera el amor, Phoebe cerró la boca con fuerza.

La gitana movió la mano alrededor de la vela y el globo, luego extendió una mano ancha cubierta de arrugas, por la mesa.

—Pásame tu palma, bella mujer. Quizás pienses que todo esto es una tontería, pero, ¿qué daño hay en complacer el capricho de una anciana?

—Nunca dije que leer el futuro fuera una tontería —protestó Phoebe.

La ancianaladeó una mirada astuta.

—¿No lo hiciste?

Tardíamente recordó que efectivamente le había repetido la frase casi exacta a Robert el otro día. ¿Le había transmitido sus objeciones a la gitana? Ella no lo creía así.

Phoebe giró su mano, colocándola en la amplia y cálida de la anciana.

—Hmmm, ¿qué tenemos aquí? —Inclinándose, la anciana hizo, como si se derramara sobre la palma de Phoebe, trazando las líneas y pliegues con un solo dedo recto y afilado.

—Tu línea de vida es larga e ininterrumpida. Predice una vida larga y abundante. Y la línea del corazón también es larga. Demuestra que eres de naturaleza sensual.

Pensando nuevamente en la otra tarde en la casa de hospedaje, Phoebe sintió que se le calentaba la cara.

—Aunque hay una pausa, desde el principio. Y... ¡oh, no! ¡Esto no es nada bueno!

Phoebe quedó aturdida y preguntó:

—¿Qué? ¿Qué es?

La gitana soltó un largo suspiro.

—Por desgracia, tu línea del corazón se cruza con tu línea de la cabeza. De hecho, se trata de una oposición violenta.

—¿Qué significa eso? —preguntó Phoebe, sin pensar más en los que esperaban afuera.

—Que le das un exceso de crédito a tus pensamientos y consideras insuficiente a la sabiduría de tu corazón.

Phoebe apartó la mano.

—Ahora te concederé un deseo, querida... Dime, ¿qué es lo que más deseas?

—Robert, ¡quiero a Robert!

Sin embargo, ¿cómo podría ella confiar plenamente en un hombre, un marido, que según él mismo admitió había elegido permanecer “muerto” durante seis años? A pesar del tiempo que habían pasado a solas, todavía no había ofrecido nada más que una vaga explicación.

Ella sacudió la cabeza, ante la absoluta desesperanza de todo aquello.

—Me temo que lo que más deseo no está en tu poder ni en el de nadie para concederlo.

—No estaría tan segura de eso si fuera tú. Es cierto que nadie tiene el poder de retroceder en el tiempo para alterar el pasado, pero el futuro aún está por escribirse.

Phoebe se recostó con un suspiro.

—Muy bien, entonces, deseo hogares amorosos para todos mis huérfanos —lo dijo, pensando en Lulú en particular. Antes del regreso de Robert, ese había sido su mayor deseo y seguía estando cerca de su corazón.

La adivina frunció el ceño, o al menos así parecía.

—Muy noble, milady, pero, dígame, ¿no desea nada para usted, algo de naturaleza más íntima?

¿Le había dicho a la anciana que era hija de una colega? Phoebe no lo creía así. Por otra parte, no era ningún secreto. Quizás Robert se lo había mencionado.

—Te burlas de mí, madre.

—¡Vaya, no lo hago!

El profundo timbre de la bruja hizo que Phoebe retrocediera.

Más suavemente, la gitana le dijo:

—Ven, querida, deja de fingir. No necesito un orbe para decirme que te has decepcionado en el amor, porque es tan claro... como esta verruga en mi nariz.

“Por la bondad, realmente, ¿ella es tan patéticamente transparente?”

—Muy bien, una vez estuve enamorada, íbamos a casarnos y él se fue. —Debía de estar loca para convertir a la madre Ginebra en su profesora y, sin embargo, la bruja y ella apenas se movían en los mismos círculos sociales.

Una carcajada triunfante saludó la admisión.

—¡Lo sabía! Y ahora tienes miedo de convertirte en solterona.

Phoebe se enfureció.

—¡No tanto! He conocido a otro, un francés que desea casarse conmigo.

Un ceño feroz saludó la seguridad de la anciana.

—¡Bah! Dime, ¿sus besos hacen que tus rodillas se debiliten y te queden sin aliento? Por la noche, cuando te acuestas sola en la cama acariciándote, ¿la miel fluye entre tus piernas, mientras piensas en él?

Con la cara caliente, Phoebe se puso en pie.

—Realmente, eso es suficiente... ¡Estoy comprometida!

Esta vez no se podía descartar la expresión de su compañera, como algo más que un ceño fruncido.

—¿Cuándo tendrá lugar esta feliz celebración?

—Pronto.

El rostro arrugado se relajó, pareciendo casi engreído.

—Aún no has fijado una fecha, ¿eh?

—Circunstancias imprevistas han provocado un retraso.

La mano de la anciana, grande y sorprendentemente fuerte, se aferró a la de ella, manteniéndola en su lugar.

—Bueno, está claro como la nariz en mi cara que tu corazón pertenece a tu primer amor, y es un demonio apuesto, alto y fornido, con un brazo fuerte y un corazón sincero... un corazón que te pertenece por completo, milady.

Phoebe se inclinó y le confió:

—Para ser sincera, no es tan alto.

La sonrisa de la vieja desapareció.

—Pero es guapo, fuerte y sincero, o eso es lo que pensé una vez. Pero... decidió permanecer alejado durante mucho tiempo...

Le devolvió la mano a Phoebe y se inclinó hacia el orbe de cristal.

—Sí, lo hizo y con razón. Veo mares sacudidos por tormentas que conducen a una triste separación de tres... no, cinco, no... seis años de diferencia con muchas lágrimas y añoranza de ambas partes.

—¿Cómo puedes saber eso? —Phoebe se quedó mirándola.

—¿Has considerado que el obstáculo que lo alejaba de ti no fue obra suya? —Así continuó la anciana, haciendo caso omiso de la pregunta.

—Si ese es el caso, ¿por qué simplemente no me lo dice?

Por primera vez desde que Phoebe había entrado en la tienda, la gitana vaciló.

—Quizás, él esté avergonzado.

—¿Avergonzado? —Según todo lo que había presenciado estas últimas semanas, Robert no sentía ni una pizca de vergüenza en todo su hermoso cuerpo de anchos hombros.

—Sí y temeroso —la gitana respondió con varios gestos apasionados.

Phoebe no podía imaginarse que Robert temiera nada.

—¿Miedo de qué?

—De parecer débil y menos que un hombre completo ante tus ojos.

No podía imaginarse cómo podía ser eso. Robert era el hombre más viril que jamás había conocido. Salvo Anthony, los otros hombres que conocía parecían borlas de polvo, en comparación con ellos, incluyendo a Arístide.

—¿Qué seguridad tiene él que, si te lo cuenta todo, no lo tildarás de cobarde y renunciarás a tu amor? —La mirada de la anciana se fijó en la de ella. A pesar de las arrugas entre corchetes, sus ojos parecían claros, más propios de una persona joven que de una mujer marchita—. Lo amas, ¿no?

—Te lo dije, estoy comprometida con otro.

La madre Ginebra la miró de reojo.

—Los esponsales pueden romperse, milady, los matrimonios no tan fácilmente... Harías bien en pensar mucho antes de comprometerte con alguien que puede reclamar tu persona, pero que nunca poseerá tu corazón.

Un alboroto fuera de la tienda hizo que Phoebe girara hacia la trampilla. Se escuchó un grito:

—¡Fuego! ¡Fuego en el almacén de Ole Bengal!

La anciana se puso de pie de un salto y casi volcó la mesa. Se le cayó el chal, dejando al descubierto unos hombros anchos, un vientre plano y un torso afilado. Phoebe le extendió una mano, capturando su muñeca izquierda, antes que pudiera alejarla. Sosteniéndola a contraluz, vio el brazalete de marfil tallado.

Ella dirigió su mirada al rostro de la anciana.

—¡Robert!

La trampilla de la tienda estaba echada hacia atrás, dejando pasar un rayo de luz de linterna. Billy entró sosteniendo en alto uno de los farolillos chinos.

—El almacén Ole Bengal en New Street está en llamas y están pidiendo a todos los hombres sanos que ayuden con la brigada de cubos. ¿Puedo irme, milady? Por favor, ¿puedo?

Phoebe no pudo ni siquiera formular una respuesta. Con la mirada fija en Robert, vio que las arrugas y verrugas se debían a la inteligente aplicación de cosméticos teatrales. Pensó en todo lo que él la había engañado para que revelara sus secretos y la vergüenza se derramó sobre ella.

Una vez más, ella había confiado en él... y una vez más, él la había traicionado.

Sus ojos afligidos se encontraron con los de ella.

—Phoebe, no quise decir... debo irme. Mi cargamento está almacenado allí, todo lo relacionado con este viaje y... Hablaremos de ello, todo, más tarde, cuando regrese.

Las lágrimas le picaron en los ojos, pero esta vez ella juró que no las derramaría.

—No, no más... ¡Hemos terminado, tú y yo!

Él levantó la mano y se quitó la peluca. Su propio cabello estaba aplastado y oculto en una red debajo.

—Phoebe, por favor...

Con la mandíbula apretada, ella sacudió la cabeza.

—Usted me pidió una respuesta y ahora estoy preparada para dársela. Me caso con Arístide. Y usted, Robert Bellamy, ¡me ha engañado y humillado por última vez!

*** **

—¡Tonto! Realmente todo se ha ido...

Robert se secó el sudor de los ojos con el dorso de la mano y desvió la mirada de las ruinas humeantes del almacén a Billy, que estaba a su lado.

—Así parece.

El vehículo de los bomberos, equipado con una bomba manual de última generación y mangueras de plomo, permite dirigir un chorro continuo hacia las llamas, mientras que los miembros uniformados de los bomberos aplicaron con toda diligencia el aparato de tanque portátil, conocido como extintor de incendios, y varios marineros, barqueros y buenos samaritanos, como un expósito de Phoebe, colaboraron para formar una brigada de cubos para combatir las llamas. Sin embargo, el almacén había desaparecido, al igual que todo lo que estaba adentro.

El rescate de un rey en textiles se había esfumado, no solo las alfombras, cachemiras y sedas de la empresa, todas almacenados de forma segura en los almacenes fortificados de Cutler Street, sino el cargamento personal de Robert. La escena evidenciaba todos los signos de un incendio provocado. Parecía que alguien había encendido trapos empapados de aceite y los había arrojado por las estrechas ventanas. Si no era todo, entonces ciertamente una buena parte de todo por lo que había trabajado, e incluso lo había esclavizado, fue reducido a cenizas. Era así, Robert reflexionó, esto era casi apocalíptico.

Pero la riqueza material no fue todo lo que él perdió esa noche. Se había quedado sin Phoebe... otra vez. Y esta vez no había ninguna tripulación pirata sedienta de sangre a quien culpar. ¡Diablos! Ni siquiera podía culpar a Bouchart. La rata sentina podría haber intentado asesinarlo no una, sino dos veces. También podría ser el arquitecto de la devastación actual, pero había una catástrofe que Robert no podía atribuirle.

Él no había obligado a Robert a hacerse pasar por una gitana. Esto y el resultado involuntario, pero probablemente merecido, lo había provocado él mismo.

Mirando a Billy, con el rostro goteando y la mirada radiante, de repente se le ocurrió preguntar:

—¿Lady Phoebe te dio permiso para venir aquí?

Billy vaciló.

—Bueno, um... ella no dijo que no podía ir.

Improbablemente, Robert soltó una carcajada.

—Es justo, pero, no tiene sentido que los dos estemos en sus libros negros. —Poniendo

una mano sobre el hombro del muchacho, ambos se alejaron de la vista—. Te veré en casa, en el hospital, con suerte, antes que alguien se dé cuenta.

El almacén y su contenido ya no podían recuperarse, pero había una esperanza de redención: Phoebe. Rezando para que no llegara demasiado tarde también allí, terminó alejando a Billy de los muelles.

Capítulo once

Al principio, Phoebe pensó que el tintineo en el cristal de la ventana de su dormitorio debía ser lluvia. Vestida para acostarse, cruzó apresuradamente la habitación para cerrarla. Al ver que el cielo aún estaba seco, comenzó a dar la vuelta, pero vislumbró una forma masculina que entraba, en un rayo de luz de luna.

—¡Robert!

Con una mano apretada alrededor de lo que debía ser una palma llena de guijarros, él hizo un cono con la otra y gritó:

—Psst... Phoebe.

Ella levantó más la cortina de la ventana, asomó la cabeza y los hombros.

—¡Vete! ¡Fuera! —insistió en un tono tan alto como se atrevió.

Afortunadamente, su dormitorio está en la parte trasera de la casa, con vista al jardín. Aún así, si alguien los observara, ella estaría finalmente y para siempre acabada. Teniendo en cuenta hasta qué punto Robert había demostrado ser capaz, ella no descartaba que él intentaría arruinarla como último recurso.

Él sacudió la cabeza.

—¡Ahí, voy! —Agarró las enredaderas con dos puños y se levantó con una bota, encontrando punto de apoyo en el revestimiento de piedra.

—¡Estás loco! —ella gritó de nuevo, asustada, elevando su voz mucho más alto de lo que era seguro.

Una grieta en el cemento lo hizo resbalar. Con el corazón en la garganta, Phoebe contuvo el aliento. A la luz de su actuación anterior como madre Ginebra, ella debería estar animándolo para que rompiera su tonto cuello y, sin embargo, a pesar de todo lo que había hecho para atormentarla, envió una oración silenciosa por su seguridad.

Él se sujetó fuertemente y una mancha de sangre brotó del rasguño en su antebrazo.

Llegó al balcón y saltó por encima de la barandilla. Un golpe anunció que había aterrizado, aunque no muy suavemente. Las puertas francesas estaban cerradas con llave desde adentro, lo que le impedía atravesar la casa. Para llegar hasta ella, tendría que subir un piso más. Los balcones de hierro de Julieta se extendían desde las ventanas de la cámara, incluida la de ella. Al perderlo de vista, ella supuso que él debía haberse agarrado a la estructura metálica y trepado a la cornisa. Un suspiro anunció que lo había logrado. Estiró el cuello y lo vio una vez más. Con la espalda pegada a la casa, rodeó el estrecho estante hacia ella.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —ella protestó. Incluso al aire libre, podía oler la carbonización que se adhería a él.

—Responderé a su debido tiempo, pero, primero déjame entrar, ¿me permites? —Extendió una mano cubierta de hollín.

Por una fracción de segundo, ella consideró meterse adentro y dejarlo afuera. En lugar de eso, extendió la mano y lo agarró por la muñeca, guiándolo hacia ella. Una vez que estuvo a la altura de la ventana, ella puso su mano sobre el marco y retrocedió para darle espacio para subir.

—Milady. —Aterrizó a sus pies y esbozó una breve reverencia. Se enderezó, observó a su alrededor y, siguiendo su mirada, intentó ver la habitación de Phoebe, a través de sus ojos: los delicados muebles, las prodigiosas cantidades de artículos de belleza y cretona, el espejo de plata cincelada, el juego de cepillos y los recuerdos de la infancia, incluyendo una muñeca con cara de

porcelana desgastada.

—Siempre me pregunté cómo sería tu dormitorio —admitió, devolviéndole la mirada.

—Ahora que has satisfecho tu curiosidad, es posible que estés listo para irte.

Su dura mirada chocó con la de ella.

—Prefiero satisfacerte.

Un lenguaje tan dominante la dejó avergonzada. Antes que ella pensara qué respuesta dar, Pippin saltó y agitó la cola.

—Es un buen tipo —dijo Robert, inclinándose para acariciarlo.

El movimiento de la cola de Pippin se aceleró y sus labios negros se retrajeron en una feliz sonrisa de perrito. Aunque estaba reacia a reconocerlo, Phoebe quedó impresionada.

—No le gustan la mayoría de los hombres. ¡Deberías sentirte muy honrado!

Con expresión arrepentida, Robert miró las gotas de baba en sus botas y volvió a mirarla a ella.

—Preferiría agradarle menos. —Sosteniendo su mirada, añadió—, y que yo te gustara más.

Phoebe cruzó los brazos sobre sus pechos, la postura que mejor pudo manejar a modo de escudo.

—Después del engaño que cometiste en la feria, deberías considerarte afortunado que no te cerrara la ventana en la cara... o en tus dedos.

Enderezándose, él preguntó:

—¿Por qué no lo hiciste?

Ella soltó los brazos y agitó una mano cerca de su rostro. Aunque la mayor parte del maquillaje teatral había desaparecido de ese rostro, todavía esa verrugosa nariz de bruja lucía obstinadamente.

—Dadas las circunstancias, hacerte separar tus dedos parece más cruel de lo que te mereces.

Con el rostro sonrojado, él arrancó el rasgo falso y, girándose, lo arrojó por la ventana. Luego, volteó hacia ella y Phoebe vaciló.

—El incendio... ¿fue uno de tus almacenes el que se quemó?

Con los labios apretados, él asintió.

—Sí, fue...

—¿Perdiste mucho?

—Lo perdí todo, toda mi carga personal de los últimos dos años.

—¡Oh! Robert, lo siento mucho —lo dijo, en serio.

Él asintió.

—Yo soy el que lo siente. Jugar a ser la madre Ginebra me pareció bastante inofensivo, en ese momento, pero ahora lo veo como fue eso... un abominable abuso de tu confianza.

Phoebe no estuvo en desacuerdo.

—¿Por qué lo hiciste?

Su mirada vaciló.

—Supongo que tenía cosas que quería decirte, y parecía más sencillo hacerlo, escondiéndome detrás de un disfraz.

—¿Disfrazarte de gitana y tomarme por tonta parecía más sencillo que simplemente hablarme honestamente? —Gracias a Reggie, ahora ella sabía que “madre Ginebra” era una expresión cockney para la ginebra.

Él dudó, tragando con dificultad y tirando de los músculos de su garganta. A pesar de

todo, esa era una garganta sobre la que Phoebe deseaba desesperadamente presionar sus labios.

—La única persona que se hizo el tonto hoy fui yo. Me gustaría hacer las paces, si es que se puede...

—¿Cómo te atreviste? Ninguno de nosotros tiene el poder de retroceder en el tiempo, eso lo dice “madre Ginebra”.

Los labios de Robert se curvaron en una sonrisa.

—Es cierto que no, pero también, como lo comentó esa sabia mujer, el futuro aún está por escribirse. —Su mirada se centró en su cama con dosel—. Esa es una cama tremendamente grande para una mujer delgada. Me pregunto: ¿es tan cómoda como parece?

Sin esperar a que lo invitaran, cruzó la alfombra hacia allí.

“Una vez pícaro y libertino, siempre será pícaro y libertino”, pensó Phoebe, siguiéndolo.

—Pippin duerme conmigo. Para ser un perro pequeño, necesita mucho espacio.

Se sentó a los pies del colchón.

—Pero, pronto tendrá que ceder su lugar, ¿no? Bouchart no me parece un gran amante de los animales.

Phoebe dudó y después se sentó a su lado.

—Cuando él... está aquí, supongo... Pippin se conforma con su canasta.

Ojos divertidos encontraron su camino hacia su rostro.

—¿Cuándo te visita?

—Sí... Por favor, baja la voz. —Para hacerlo callar, ella añadió—, no logro entender qué es lo que te parece tan sorprendente. Así es como se llevan la mayoría de las parejas casadas.

—Phoebe, ¿es eso lo que quieres que continúe?

Ella no respondió.

Su mirada se fijó en la de ella.

—Si fueras mi esposa, no habría dormitorios separados y no habría merodeadores en algún vestidor contiguo chirriante en medio de la noche. Te mantendría a mi lado, en mi cama y te haría el amor cada mañana y cada noche, y cuando finalmente, estuviéramos demasiado cansados para hacer otra cosa que dormir, te estrecharía contra mi pecho y te abrazaría tan cerca que sería difícil saber dónde terminé yo y comenzaste tú.

La explosión de calor entre los muslos de ella confirmó que se había deslizado hacia un territorio peligroso. Aunque ella lo negó con la cabeza.

—Eso servirá...

—¿Lo hará? —Dirigió su mirada sobre ella, recordándole el gorro de dormir de matrona que llevaba junto con lo que Belinda nunca dejaba de asegurarle que era su camisón menos favorecedor.

—¡Me estás mirando! —ella lo acusó.

Él no lo negó.

—¿Siempre te acuestas tan blindada? —Una leve sonrisa apareció en sus labios.

Ella se obligó a levantar la barbilla.

—Las mujeres inglesas apropiadas siempre se visten para ir a la cama.

Para el disgusto de ella, él se rió entre dientes.

—El dormitorio es el último lugar donde una mujer debería preocuparse por ser correcta.

Imágenes de su interludio en la posada pasaron ante su mente, y sintió que se calentaba de vergüenza y por algo más.

—¿Viniste aquí únicamente para insultar mi ropa de dormir?

—No, vine aquí para hacer esto.

Él tomó su rostro entre sus manos y sus callosos dedos rozaron su mandíbula. Las sensaciones provocadas por toda esa áspera gentileza dispararon un escalofrío, a través de ella. Y luego, él la estaba besando. Sus labios flexibles presionaron suave, pero firmemente sobre los de ella, mientras su otra mano hacía las cosas más asombrosas en su pecho derecho, cosas en las que ella no quería pensar, pero que se regocijaba al sentirlas.

Robert levantó su boca de la de ella y se apartó.

—La otra semana no tuve la oportunidad de terminar lo que comencé.

Phoebe parpadeó.

—Seguramente, no esperaras que me acueste contigo... después...

—No pido nada más que probar la fruta prohibida y la oportunidad de brindarte el placer que prometí, pero no cumplí.

—¿No entiendo! —Ella no lo comprendía. Si no era su virtud, ¿qué buscaba él de ella?

—No, pero lo entenderás. Lo primero es lo primero... —Desató la cinta debajo de su barbilla y le quitó la gorra.

—Mucho mejor —lo dijo, tirándola a un lado.

Phoebe levantó la mano y tocó la trenza que colgaba sobre su hombro. Sintiendo su deseo, sin decir una palabra, sacó la cinta de la punta y entrelazó sus dedos.

Los ojos de Robert se oscurecieron.

—Acuéstate en la cama.

Phoebe vaciló.

Él apretó la mandíbula. Sus ojos ardieron.

—Confía en mí una vez más y te juro por mi vida que no te arrepentirás.

Phoebe se acostó.

Robert se arrodilló junto a ella.

—Ahora levanta ambas manos y agárrate de la barandilla de la cama. —El tono de mando en su voz hizo que su corazón latiera con fuerza.

—¿Por qué?

—Porque he dicho que debes hacerlo. —Una sonrisa susurró en sus labios.

Esa no parecía ser una razón. Aún así, intrigada, Phoebe hizo lo que le ordenó. Se deslizó hasta la cabecera de la cama y agarró las barras de metal. Robert la siguió hasta la cima y pasó una pierna por encima, sentándose a horcajadas sobre ella.

—Haz como que soy un ladrón de casas que, al verte, está dispuesto a robar más que la plata. —Sus grandes manos agarraron sus muñecas y la encadenaron a los postes de la cama—. Dile a ti misma que te estoy tomando en contra de tu voluntad, forzándote a sentir el placer que de otro modo no te atreverías.

Phoebe tragó saliva y asintió. Cualquiera que fuera el juego al que se dedicaba, tenía un atractivo innegablemente perverso.

Soltándole las muñecas, se apoyó sobre los talones.

—Bajo ninguna circunstancia, retires las manos de los postes. Si lo haces, tendré que castigarte —destacó e inexplicablemente la advertencia provocó un hormigueo de calidez que la recorrió.

—Pero, ¿qué pasa si deseo tocarte? —preguntó finalmente, mirando su rostro serio.

Él sacudió la cabeza.

—No puedes poner ni un dedo encima de mí sin que primero te dé permiso.

¿Es un juego o una estratagema para protegerse de ser tocado? Ella se preguntó a sí misma.

—Esto parece más bien unilateral. ¿No puedo establecer reglas?

Mirándola fijamente, él sacudió la cabeza.

—Ten en cuenta que probamos tus reglas la semana pasada. Ahora te toca a ti cumplir con las mías. A diferencia de las tuyas, las mías tienen consecuencias y recompensas.

Sintiéndose un poco sin aliento, ella preguntó:

—¡Eh! ¿Qué tipo de recompensas?

—Placer para cada quien. Hay libertad en la rendición, libertad para ceder a tus deseos más profundos y oscuros. Pide cualquier cosa, todo lo que quieras, y sabes que te será concedido.

—¿Estás diciendo que mientras mantenga mis manos sobre mi cabeza, sosteniendo estas barras, puedo tener lo que quiera?

Robert no dudó en contestarle.

—Sí. El problema es que debes ser muy clara, muy explícita, al expresar tus deseos. ¿Puedes hacer eso, Phoebe?

No estaba del todo segura, pero, asintió de todos modos.

—Empecemos, ¿de acuerdo? ¿Qué deseas?

Ella dudó.

—Dímelo... Di las palabras.

—Yo... quiero que me beses de nuevo.

Robert sonrió.

—Con mucho gusto. —Él se inclinó y rozó sus labios sobre los de ella, muy lenta y muy suavemente, de un lado a otro. La punta de su lengua se deslizó a través de la costura y ella se abrió con un gemido. Él entró, su lengua golpeando la de ella, llenándole la boca con el sabor del anís... y su corazón con un mayor deseo.

Retrocediendo, se agachó y trazó su labio inferior con una uña cortada, la leve sensación de rasguño le provocó escalofríos.

—Tienes la boca con la forma más hermosa, un arco de Cupido perfecto. Podría seguir besándote toda la noche, pero, sospecho que quizás tengas algo más en mente. ¿Sí?

—Me gustaría que tú... —Ella soltó el poste de la cama y alcanzó su muñeca.

Una elegante palmada en la palma de su mano la hizo retroceder.

—¡Ay!

—Esa sería una consecuencia leve, ya que recién estás aprendiendo las reglas.

Con la mano escocida, ella la envolvió en el poste una vez más.

—Buena muchacha —confirmó Robert con evidente aprobación—. Ahora, ¿qué es lo que te gustaría que sucediera a continuación?

¡Oh! Realmente, él pretendía que ella explicara sus deseos al pie de la letra. Haciendo acopio de valor, observó esa mirada cada vez más oscura y admitió:

—Me gustaría que tocaras mi pecho.

—A mí también me gustaría eso, pero primero dejemos de lado estos botones absurdos.

Phoebe permaneció inmóvil, mientras esos ágiles dedos desabrochaban rápidamente la cola de botones cubiertos de tela. Cuando él terminó, el camisón yacía abierto hasta la cintura. Desde su noche en el jardín, hace seis años, ningún hombre había visto tanto de ella. Como había ocurrido aquella noche, hace mucho tiempo, el aire fresco le rozó el vientre y los pechos, y la mirada de Robert, junto con la brisa, hicieron que sus pezones se endurecieran.

—Lo estás usando de nuevo. —Su mirada rozó su garganta y su clavícula, y ella sintió su calor como si fuera una caricia.

—¡Lo estoy usando!

—Los relicarios que intercambiamos antes de mi partida... llevas puesto el tuyo otra vez.
—Sus ojos ardieron con satisfacción masculina.

Nerviosa, ella siguió su mirada hacia abajo. La sencilla cadena con relicario en forma de candado se había convertido casi en una parte de ella, apenas más extraña que la carne y sus propios huesos. Por mucho que intentó dejarla a un lado, al final se debilitó y había regresado sigilosamente al estudio de su padre para recuperarla.

Atrapada, levantó la mirada hacia Robert.

—¿Por qué no lo haría? Es algo bonito y tan ligero que muchas veces me olvido de quitármelo.

Trazando el contorno de la cadena, él sacudió la cabeza.

—Me amas. Puede que aún no me poseas, pero pronto me tendrás.

Ella abrió la boca para objetar, pero antes que pudiera, él le rascó la areola con la uña, muy ligera y lentamente.

—Te gustaría que no solo te tocara sino que te besara aquí también, ¿no?

Apretando las manos con más fuerza sobre los rieles, ella logró decir:

—S-sí.

Inclinó la cabeza hacia su pecho, lamiendo el ligero rasguño que había hecho y luego jugueteando con la tensa protuberancia del pezón en su boca.

Phoebe pensó que podría partirse en dos, tan impresionante era el placer que le daba su “beso”. Arqueándose para encontrarse con él, luchó contra la tentación de soltar las manos y clavarle las uñas en la espalda.

Levantando la cabeza, él preguntó:

—¿Más besos? —Su aliento caliente estaba bañando su pecho.

Apenas capaz de pensar y mucho menos formular la respuesta que él parecía esperar, ella asintió.

Él obedeció, dejando besos por su abdomen y acariciando su ombligo con su lengua. Retrocediendo, sopló suavemente sobre la humedad.

—Cosas increíbles... son los ombligos, y el tuyo es la hendidura más adorable. Pero, por muy delicioso que seas allí, sospecho que la verdadera y succulenta fruta prohibida se encuentra más abajo. ¿Eso te avergüenza?

—Sí, pero...

—¿Pero?

Cerrando los ojos con fuerza, ella admitió:

—Pero, a mí también me excita.

—Puedo decirlo. Tus pupilas, justo antes de cerrar los ojos, estaban enormes incluso con esta poca luz y tus mejillas, dulce Phoebe, están delineadas por el mismo tono de esas rosas fuera de tu ventana.

Phoebe abrió los ojos.

—Creo que no estarás satisfecho hasta que me hayas convertido en una libertina.

—No en una lasciva, sino en una mujer —él corrigió, pasando sus protuberancias a través de la tela—. Te dije la otra noche que quería hacerte sentir de nuevo, y lo hago. ¿Confías en mí?

De alguna manera, ella encontró el coraje para asentir.

Él agarró el dobladillo de su camisón y lo deslizó lentamente hacia arriba con su mano. Luego fue tocando desde el tobillo hasta el muslo.

—¡Qué bonita! —dijo, pasando los dedos por la mata de rizos ásperos y sonriendo ante su repentina y aguda inhalación.

Movimientos ligeros y circulares lograron que sus muslos se abrieran. Los dedos, firmes pero suaves, separaron los pliegues sensibilizados. Una vez se vio allí con un espejo de mano y Phoebe supo lo que él estaba viendo. Labios como pétalos húmedos de rocío. Un anillo interior color vino coronado por una perla de carne firme. Durante los últimos seis años, Phoebe había aprendido que si acariciaba, masajeaba y manipulaba esa perla con un solo dedo humedecido, se podía obtener una gran gratificación. La boca de un hombre allí, la boca de Robert, era un placer que nunca había esperado experimentar fuera de sus fantasías. Ahora, al parecer, él estaba preparado para demostrarle que estaba equivocada.

Él le levantó las piernas e instintivamente ella le colocó los tobillos sobre los hombros.

—No puedes saber cuántas noches he estado despierto imaginando tu textura, tu sabor, tu aroma.

Phoebe sintió como si alguien le hubiera tocado la cara con una antorcha.

—¿Estás seguro que deseas besarme allí? —Por muy exquisito que sabía que se sentiría al hacerlo, no podía imaginar qué beneficio eso podría traerle a él.

En respuesta, él deslizó un dedo áspero y calloso dentro de ella, probando su canal.

—Hay muchas maneras de hacer el amor, cariño. ¿No tienes la más mínima curiosidad?

Phoebe estaba más que curiosa. Después de seis años de espera, ella ardía por conocer cada uno de sus secretos sensuales. No solo saber sino experimentar y sentir todo lo que se había perdido.

Una risa baja retumbó en su garganta.

—Tomaré tu silencio como un sí.

Su cabeza desapareció entre esos muslos. Rozó su mejilla contra ella allí, dejándola sentir la aspereza de su barba. Manteniéndola abierta entre sus dedos, lamió su canal. Impaciente, ella se levantó para recibirlo, pero Robert se negó a que lo apuraran.

Sujetando una mano a sus caderas, la inmovilizó contra el colchón.

—Antes de continuar, necesito algo más de ti.

¿Qué más podría querer él? Hasta ahora había observado sus reglas al pie de la letra. Salvo una infracción menor, había mantenido las manos alrededor de los postes de la cama. Ella había expresado obedientemente sus deseos con un detalle mortificantemente explícito. Ella yacía debajo de él, casi desnuda, con los pechos al descubierto y los muslos abiertos a su mirada, tacto y placer. Aparte de su virginidad, que ya había jurado no quitarle, ¿qué más podía querer de ella?

—Quiero... necesito que me supliques.

En ese momento, Phoebe entendió. No había venido solo para hacer las paces. Él no estaba aquí para excitarla o cortejarla. Había venido por una razón y solo una: reclamarla como suya, no solo su cuerpo sino también su voluntad.

Fijando su mirada en la de ella, dijo:

—Solo dos palabra. Dilas...

Phoebe apretó los labios.

Él se llevó una mano a la boca y se humedeció el tercer dedo. Phoebe observó, hipnotizada, su corazón aceleraba y su clítoris palpitaba, mientras él pasaba ese dedo cálido y húmedo a través de sus labios inferiores y más allá, hasta su trasero. Phoebe contuvo el aliento y el interior de su boca estaba seco como el polvo.

—Dilas —susurró, mientras su dedo en círculos le provocaba un delicioso cosquilleo.

—Robert, yo...

—Dilas —ordenó, deteniendo su mano.

—¡Por favor! —gritó y echó la cabeza hacia atrás contra las almohadas.

Sonriendo, él abrió un camino suave dentro de ese precioso cuerpo. Aunque las manos de ella se apretaron sobre las barras de metal, sus brazos se esforzaron por romper las ataduras invisibles. El sudor cubría el interior de sus muslos. El calor tembloroso en su núcleo, una vez más, comenzó a subir. Metiendo su dedo dentro de ella, se inclinó y la cubrió una vez con su boca. El movimiento aterciopelado de una lengua hizo que su mundo diera vueltas. La perla que en el pasado había sido el portal a su satisfacción solitaria fue mamada y sorbida. Los círculos, lentos y rítmicos, la acercaron al lamento. Buscando liberarse, movió las caderas y levantó las nalgas de la cama.

El orgasmo golpeó como una tormenta de verano: rápido, violento y oscuramente hermoso. El placer la invadió, tanto en su temblorosa carne de mujer como en su cola temblorosa. Los espasmos la convulsionaron, amenazando con partirla en dos y liberando una ráfaga de calor húmedo. Por difícil que fuera mantenerse aferrada a los barrotes, lo era aún más no gritar.

Robert bajó las piernas de sus hombros y se deslizó a lo largo de ella. Él cubrió su boca con la suya, absorbiendo sus gemidos, sus labios sabían a anís y sus propios jugos picantes. Alejándose, desplegó sus manos y depositó un beso en cada palma. Débil y deshuesada, ella yacía debajo de él, mientras él le colocaba el camisón una vez más alrededor de los tobillos.

—La fruta prohibida sabe incluso más dulce de lo que imaginaba —dijo con una sonrisa.

Un suave golpe fuera de la puerta de la habitación hizo que Pippin ladrara. Robert y Phoebe intercambiaron miradas preocupadas. Sentándose y cerrándose el frente del vestido, Phoebe gritó:

—¿Sí?

Desde el pasillo, su doncella Betty preguntó:

—Escuché un ruido. ¿Está todo bien, milady?

—Sí, perfectamente bien. Solo se me cayó mi... libro.

—¿Puedo traerle algo? ¿Un poco de leche tibia para ayudarla a dormir?

—¡No! No... gracias.

—Pues, buenas noches.

—Buenas noches.

Ese intercambio de palabras devolvió a Phoebe la cordura y el remordimiento. Volvió a mirar a Robert.

—Deberías irte, ¡ahora!

Frunciendo el ceño, él bajó de la cama y se puso de pie.

—He esperado seis años para tenerte. Si es necesario, puedo esperar unas semanas más.

Phoebe se levantó. Ya se había debilitado terriblemente, traicionando tanto a Arístide, como a ella misma, de la manera más baja e imperdonable. Como un alquimista que transforma el metal en oro, Robert podía convertir su no en sí con una sola sonrisa seductora y una mirada ardiente. Claramente, no podía confiar en ella misma. La moral, el dolor, la indignación, todo le había fallado estrepitosamente. Solo había una manera de asegurarse que se marchara de una vez por todas: dándole un golpe directo a su orgullo de pavo real.

—¡Quieres reclamar mi virginidad! ¿Eso es lo que quieres? Pareces tremendamente seguro de esto... ¿Qué te hace estar tan convencido que la he conservado todos estos años?

—Me esperaste, ¿no? Arístide... ¿no lo has dejado? —Su voz se apagó.

—Ya has admitido que no me esperaste.

Su mirada se entrecerró, su rostro se volvió salvaje y feroz.

—Seis años es muchísimo tiempo para un hombre.

Ella levantó la barbilla.

—Seis años también es mucho tiempo para una mujer.

—¿Debo entender que eso significa que te has entregado al francés?

Apartando la mirada para que él no leyera su mentira, dijo:

—¿Y si lo he hecho? Él es mi prometido, ¿no? Si algún hombre puede reclamar el privilegio de acostarse conmigo, es él.

Su mirada se entrecerró.

—Yo fui tu prometido una vez. Recuerdo que me rogaste que no te presionara y me prometiste que nuestra noche de bodas sería aún más especial por haber esperado.

Con lágrimas en los ojos, volteó hacia él.

—Y así hubiera sido... ¡Me dejaste! ¡Nunca te habría dejado a ti! Pero, tú me dejaste y luego permaneciste alejado durante seis años.

Él le lanzó una mirada exasperada.

—¿Cuántas veces debo decirlo? ¡Era un maldito idiota! Demasiado simple y arrogante para acercarme y merecerte. Si pudiera rebobinar el reloj seis años y volver a elegir, nunca me apartaría de tu lado, ¡te lo juro! Pero, lo hecho, hecho está y, créeme cuando digo esto, he respondido con creces de las consecuencias. Ahora todo lo que puedo hacer es pedirte, rogarte... que me perdones. ¡Perdóname! Phoebe, por el bien de ambos.

Ella sacudió su cabeza.

—¡Te perdoné hace semanas! Pero, ¿cómo puedo empezar a confiar en ti de nuevo? ¿Qué seguridad tengo que no volverás a salir corriendo cuando te apetezca?

Sus cejas se juntaron. Las comisuras de su boca se inclinaron hacia abajo.

—Porque te digo que no lo haré, que estoy aquí para quedarme, si me aceptas. Podemos ser felices juntos, lo sé. Si tan solo dejaras de alejarme, dejaras de luchar contra tu propio corazón, todo podría volver a estar bien entre nosotros, cien veces mejor que antes. Si tan solo me pidieras que me quedara, la promesa de cien fortunas no podría alejarme de tu lado.

Casi presa del pánico, ella sacudió ferozmente la cabeza.

—Te rogué una vez que te quedaras conmigo y, sin embargo, te fuiste. No te lo volveré a preguntar. No me arriesgaré a que me hagas daño.

—¡Estás desesperada! Por eso te entregas a este francés, ¿no? Tu madre te ha convencido que él es tu última oportunidad, pero, no lo es...

—No me insultes —respondió demasiado rápido—. Tú, más que nadie, no tienes derecho a censurarme.

—¿Quién dice que te estoy censurando? ¡Era simplemente una pregunta!

Su temperamento estalló.

—Una pregunta que no tienes derecho a hacer. —Ella se acercó a la ventana—. Fui una tonta al permitirte venir aquí en primer lugar, y una tonta aún mayor al considerar alguna vez cancelar mi compromiso.

Mirándolo, ella levantó la barbilla y tenía el rostro tan sonrojado, como si hubiera estado frente a un horno.

—Las amonestaciones se leerán este domingo. Tres domingos sucesivos y el matrimonio se celebrará al cabo de noventa días.

Parecía como si ella lo hubiera abofeteado.

—En ese caso, podrías preguntarte si estás aquí conmigo.

—Mostrándote la puerta o más bien la ventana —ella replicó, mientras caminaba.

—¿Es esto realmente lo que quieres de la vida? ¿Matrimonio con un hombre que pretende ponerte en un pedestal y tratarte como si no tuvieras más voluntad o intelecto que... que esa muñeca de porcelana que tienes en tu estante?

Phoebe vaciló.

—Hay destinos peores.

Al menos las muñecas chinas no tenían corazones que pudieran romperse.

Capítulo doce

Durante dos años, Robert había soportado el infierno de la esclavitud, al despertarse cada mañana, y quedarse dormido, cada noche, sabiendo que su cuerpo era propiedad de otro. Había soportado violaciones a su persona, tanto grandes como pequeñas, azotes que le desollaron la carne de la espalda y le robaron el más mínimo ápice de dignidad. Con el tiempo, se convenció que su corazón debía estar tan endurecido como su piel. Y, sin embargo, Phoebe, una mujer delgada, podía derribarlo con poco más que una palabra o una mirada.

Su declaración la noche anterior de haber estado con Bouchart, casi lo había hecho caer de rodillas. Al bajar de su ventana, sintió como si le hubieran cortado el corazón, en pedazos, y sus esperanzas se hubieran reducido a cenizas. El golpe tampoco fue solo a su orgullo. Aunque sin duda era hipócrita, la imagen de ella desnuda debajo de su rival, tocándolo, complaciéndolo y amándolo, era casi insoportable. Por muy tentador que fuera ceder el campo al francés y marcharse para siempre, esta vez, no pudo hacerlo. El hecho era que todavía la amaba, tanto y más que nunca. En ese momento, frustrar su matrimonio con Arístide ya no era una batalla de voluntades ni una contienda que había que ganar. Más bien, era una misión de rescate. Incluso si no pudiera reclamarla para sí, lo mínimo que podía hacer era salvarla de un matrimonio monstruoso. Si tan solo pudiera encontrar una manera de penetrar la armadura aparentemente impenetrable que ella había puesto alrededor de su corazón...

Recostado sobre almohadas en la cama, estaba apretando una tetera con café cuando Caleb entró, interrumpiendo su cavilación.

—¿Qué tienes ahí? —Robert levantó la vista y señaló la bandeja de plata sobre la que descansaba un único cuadrado color crema—. ¿No me digas que alguna vieja amiga realmente vino a hacer una visita social? Si es así, por favor dígame que no estoy en casa.

Parecía que había esperado toda su vida adulta para decir esas palabras y ahora que finalmente las había dicho, le producían poco placer.

Con la mandíbula apretada, Caleb continuó sosteniendo la bandeja.

Robert lo despidió.

—No estoy de humor para ningún tipo de sociedad.

Caleb no se movió.

—Por lo que a mí me importa, ¡quémla!

Un gruñido de desacuerdo fue la respuesta.

—¡Oh, muy bien! Ya que insistes. —Robert cogió la nota y casi volcó su vaso.

La dirección de Hanover Square era la de los Tremont.

Rompió el sello y desdobló la vitela personalizada.

SEÑOR:

VENGA A LAS DOS. TENGA LA SEGURIDAD DE QUE SERÁ RECIBIDO CON LA DEBIDA CALIDEZ Y CORDIALIDAD.

TUYO, PHOEBE.

La leyó de nuevo, deteniéndose para reflexionar sobre cada palabra, como si este mensaje representara un jeroglífico de la piedra Rosetta.

—¿Qué crees que significa esto, Caleb?

El criado puso los ojos en blanco.

Más allá de la indirecta seguridad de bienvenida, era como si el derramamiento de sangre verbal de la noche anterior nunca hubiera tenido lugar. Aunque fue un alivio, la inconsistencia le hizo sentir curiosidad. Habían pasado seis años desde que había visto algo en la mano de Phoebe. Su última carta había sido aquella en la que incluía su miniatura. Desafortunadamente, el papel y la tinta no habían sobrevivido a las aguas del mar tan bien como el metal y el vidrio, lo que le obligó a depender de una memoria defectuosa. Recordaba su letra sobria y ordenada, con una pequeña floritura que le daba a la “P” al firmar su nombre. La nota actual parecía provenir de una mano menos segura, propensa a afincarse en formas extravagantes con extrañas salpicaduras de una plumilla profusamente sumergida. Además, la “P” en “PHOEBE” era perfectamente simple. Aunque, la caligrafía de una persona a menudo cambia con el tiempo. Ciertamente, la de ella lo había hecho.

Una mano morena de espalda ancha le dio unos golpecitos en el brazo.

—¿Qué es?

Caleb dejó la bandeja sobre la mesita de noche, e indicó lo que Robert ya sabía que quería decirle:

“Iré contigo”.

Robert negó con la cabeza.

—Gracias amigo, pero no. Esto es algo que debo hacer solo.

Siguió una ráfaga de gruñidos y agitaciones de manos. En momentos así, Robert podía sentir la frustración y la ira de su amigo, como si fuera la suya.

—Cálmate, Caleb. Es solo para tomar té. Regresaré en un momento.

Caleb hizo un comentario decente. Un hombre más sabio podría esforzarse en parecer menos patéticamente ansioso. Dada la dureza con la que Phoebe le había mostrado la última vez, realmente debería hacerla sufrir un poco, pero no estaba de humor. Juegos, subterfugios... estaba cansado de todo eso.

El árabe respondió con un firme movimiento de cabeza. Su mirada fija en la de Robert era inequívocamente implorante.

—Creo que estoy cometiendo un error, lo comprendo. Actúas como si estuviera a punto de arrojarme a la boca del león y no puedo decir que estás equivocado. Es cierto que Lady Tremont puede que me deteste tanto como siempre, pero su marido y su hijo me toleran bastante bien. La única persona con la que necesito reconciliarme es con Phoebe.

Se vistió con cuidado, dándose cuenta que estaba nervioso. ¡Maldita sea! ¡Sí! Estaba nervioso. A estas alturas, ir a Mayfair era algo natural para él. A pesar de sus mejores intentos por deambular, llegó a Hanover Square con un cuarto de hora de antelación. Desmontó, ató su caballo al poste y se dirigió a la entrada principal con columnas. Al pie de las escaleras, se detuvo para aprovechar el raspador de botas, una cortesía que no se le habría ocurrido acatar, apenas tres semanas antes.

Al subir los pocos escalones hasta la puerta, vio que la aldaba estaba cerrada. La familia no se sentía “como en casa” con las visitas. Robert vaciló, luego la agarró, empujándola contra la madera. La levantó, una vez más, pero antes que la misma pudiera dejarlo caer de nuevo, el sonido de pasos corriendo adentro lo detuvo. La puerta se abrió. En lugar del mayordomo, respondió una doncella rolliza.

—Estoy aquí para ver a Lady Phoebe. —Ella se apartó de la puerta y Robert cruzó el umbral que conducía al vestíbulo. Sin otros sirvientes a la vista, la casa estaba envuelta en un

silencio sepulcral.

—Ella acaba de salir, pero me pidió que le dijera que regresará en un momento. Soy su criada —habló con lo que a él le pareció una risa nerviosa. Su voz, aunque anodina y con las vocales anchas de un cockney, le pareció familiar.

¡La mujer que estaba frente a la puerta de Phoebe la otra noche, por supuesto!

Ella hizo una rápida reverencia.

—Mi nombre es Betty, señor, aunque he estado considerando cambiarlo a Bette. Es francés, ¿usted lo sabe?

Por muy poco ortodoxo que fuera que una sirvienta se presentara, Robert no podía culparla por ello. Cualesquiera que fueran las nociones innatas de privilegio con las que había comenzado, los años de esclavitud las habían eliminado.

—Es un placer conocerla, señorita Betty, pero, dígame... ¿a dónde ha ido Wilson? —Sabiendo lo estricta que era la madre de Phoebe con el decoro, Robert no podía imaginarla que tolerara a una simple doncella, abriendo la puerta principal.

—Sube al escenario para ver a su hermana cada dos miércoles. No volverá antes del anochecer.

Robert vaciló. Algo no se sentía del todo bien.

—En ese caso, debería llamarme para otro momento. —Se giró para irse.

Ella lo rodeó y cerró la puerta.

—¡Oh! No, señor, no debe irse. Lady Phoebe me quitaría la cabeza, si te dejara ir, antes que ella regresara. —Ella dudó, luego se inclinó y susurró—. Los escuché a los dos juntos... la otra noche... en su habitación.

¡Hasta aquí su seguridad del sigilo!

—No puedo hablar de lo que crees que has oído, pero por el bien de tu milady, espero que no hayas andado contando historias.

Sus ojos se desorbitaron.

—¡Nunca, señor! Soy una buena chica.

Dada la mirada atrevida que ella le estaba lanzando, Robert lo dudó un poco, pero asintió de todos modos.

—¿Cuándo se espera que regrese Lady Phoebe?

—Muy pronto, creo. —Lo condujo a un salón lateral y le indicó un sillón junto a la ventana. Cuando él dudó, ella casi lo empujó sobre el asiento—. ¿Usted tomará un jerez para aliviar su espera, lord?

—No, gracias... No soy un lord. Ni siquiera soy honorable.

Si hubiera tenido el pedigrí preferido, hace seis años no hubiera habido necesidad de “huir a lugares desconocidos”. Mirando hacia atrás, admitió que un hombre más fuerte se habría mantenido firme, luchando por su dama. En lugar de eso, dejó que su orgullo herido lo persuadiera a aceptar un trabajo en la Compañía de las Indias Orientales. El acto impulsivo había puesto continentes y mares entre él y su amada, y por seis años.

Ella se rió.

—Usted me parece un señor y es más guapo que la mayoría.

¿Estaba la muchacha coqueteando con él? Por primera vez, la analizó como algo más que un escenario móvil. La mayor parte de su cabello rubio estaba recogido bajo una gorra con bordes de encaje, pero algunos mechones se habían soltado para enmarcar un rostro de mejillas, color manzana, que eran agradables y bonitos. Si ella estaba buscando a un guardián para complementar su salario, tendría que buscarlo en otra parte. Nunca había considerado siquiera

tener una amante. Independientemente de cómo se resolvieran las cosas con Phoebe, él no tenía intención de empezar a practicar con ella ahora.

Su instinto visceral, su tercer ojo como lo llaman los orientales, le pedía que se fuera inmediatamente y, sin embargo, él se quedó. Lo que Phoebe tenía que decirle debía ser vital para llamarlo cuando su madre y el mayordomo estuvieran fuera. Planes atrevidos inundaron su mente. Quizás no fuera demasiado tarde. Hasta donde él sabía, todavía había capillas en Gretna Green. O, si Phoebe lo prefería, se dirigiría inmediatamente a Doctor's Commons para obtener una licencia especial y podrían casarse donde quisieran. En dos o tres días, ellos podrían estar compartiendo una cama por el resto de sus vidas.

Aparte del tictac del reloj de oro, colocado encima de la repisa de la chimenea, el ambiente era inquietantemente tranquilo e inmóvil.

—Creo que tomaré ese jerez, después de todo.

No era que él deseaba la bebida, más bien esto serviría para darle una ocupación a la muchacha, distinta a la de estar rondando cerca de él.

La joven se iluminó.

—La traeré de inmediato. —Ella corrió a través de la alfombra persa hacia una mesa de Pembroke sobre la que habían colocado una licorera y varios vasos. De regreso, se ocupó de servirle la bebida.

Robert dio la vuelta y aprovechó la oportunidad para mirar por la ventana, deseando que el carruaje que transportaba a Phoebe regresara.

—A su salud, señor. —Betty saltó y le tendió el vaso muy lleno.

—Gracias. —Robert aceptó la bebida.

En lugar de retirarse, ella se quedó esperando.

—No es necesario que te quedes a hacer guardia. Prometo que no me robaré la plata ni me llevaré las figuras de Dresde debajo de mi abrigo —bromeó, y su perplejidad se convirtió en enfado.

Ella hizo rodar los labios y se rió. Ese sonido le recordó el rebuzno de un fastidio.

—Usted es como una advertencia, señor.

Claramente Betty estaba decidida a aprovechar al máximo sus circunstancias sin supervisión. No podía concebir que Lady Tremont miraría con buenos ojos a un miembro del personal de su casa, vagando por el salón y relacionándose con los invitados, incluso si el invitado en cuestión no era precisamente bienvenido.

—Con toda seriedad, ¿no te meterás en problemas por estar aquí?

La chica le lanzó una mirada maliciosa.

—Lo que Su Señoría no sabe no le hará daño a ella ni a mí tampoco. —Ella volvió a reírse.

Haciendo una mueca ante el sonido, él dijo:

—Supongo que tienes razón.

Recostándose en su asiento, se fortaleció con un trago de jerez. No era propio de Phoebe hacerse la coqueta. En su nota, ella le había prometido una bienvenida muy cordial. Solo podía pensar que ella debía decirlo en serio.

—¡Oh! No, señor, debe quedarse. Milady volverá en cualquier momento. Tenía la intención de estar aquí para saludarlo, de verdad lo hizo, pero Lady Tremont casi las arrastró a ella y a la señorita Belinda, a las tiendas... pruebas para su vestido de novia, ajuar y demás... y bueno, ya sabe lo decidida que puede ser Su Señoría.

De hecho, ella debió haberlo hecho. Desalentado por la referencia a la próxima boda,

tragó otro vaso del licor y preguntó:

—¿Están por aquí Lord Tremont o Lord Reggie?

Ella sacudió su cabeza.

—Me temo que en su club.

Parecía que no había ni un solo miembro de la familia en casa, de ahí la aldaba de la puerta de entrada boca abajo.

Mientras bebía, sintió que su cabeza empezaba a pesarle y sus pensamientos se confundían. ¿Cómo podría un pequeño vaso de bebida alcohólica tener un efecto tan potente? No solo podía maldecir como un marinero, sino que cuando se le pedía que lo hiciera también podía beber como tal.

“Tengo que irme ahora”.

Betty entró corriendo.

—Señor, venga rápido, ¡se lo ruego!

—¿Qué sucede? —Robert se levantó, dirigiéndose hacia ella con piernas plúmbeas.

—El perro de milady está sufriendo algún tipo de ataque... Se metió debajo de la cama y no puedo sacarlo. ¡Ah! Apúrese, señor. Se está estrangulando. ¡Creo que se tragó la lengua!

Phoebe adoraba a Pippin. Si Robert se mantenía al margen y dejaba que Pippin se estrangulara, ella nunca lo perdonaría. Más concretamente, él nunca se lo perdonaría a sí mismo.

Aprovechando su vacilación, ella lo agarró de la mano y lo arrastró hacia el pasillo y por la escalera central. Alcanzando su pie, plantó una mano en la barandilla pulida y fue ascendiendo, tratando de no importarle cómo cada escalón parecía hacer que la maldita cosa se inclinara. Sin aliento, él llegó a la cima. Su cabeza daba vueltas y sus extremidades se sentían líquidas y plomizas al mismo tiempo. La sensación se situaba entre un leve ataque de malaria y el sereno éxtasis de la intoxicación por opio. Ambos estados se experimentan mejor estando acostado. Esta vez, cuando Betty le tomó la mano, él no se resistió. Apoyándose pesadamente en su hombro, le permitió arrastrarlo hacia lo que debía ser la puerta del dormitorio de Phoebe.

Ella la abrió y él cayó adentro.

—¿Está debajo de la cama, dices? —preguntó, sintiendo el sudor entre sus omóplatos.

De pie en el umbral con los brazos cruzados, ella parecía mucho menos frenética.

—Sí.

Sudando profusamente, apoyó la palma de la mano contra la pared empapelada y, usándola como guía, se dirigió hacia la cama. Se detuvo en el pie, apoyó una mano en la colcha y se arrodilló sobre la alfombra.

—Pippin, sal, muchacho, y déjame echarle un vistazo. —Levantó la falda de la cama y buscó a tientas debajo, pero sus manos encontraron un espacio vacío.

—Enciende una lámpara, ¿quieres? —preguntó, vagamente consciente que las palabras sonaban líquidas y espesas, como si las empujara a través de una boca llena de canicas (cómo le encantaba dispararlas cuando era niño), además de jugar a patos y dracos y...

El ruido de la puerta al cerrarse lo devolvió al momento. Volteó para ver a Betty sacar una llave de la cerradura. Volviéndose hacia él, ella tenía una sonrisa maliciosa.

—No se preocupe, mi querido señor, estaremos a salvo como casas...

—¿Qué engaño es este? —Levantándose sobre las palmas de las manos, se agarró al estribo, poniéndose de pie. Envolviendo una mano firme alrededor del poste de la cama, maniobró para mirarla—. ¡Abre la puerta en este instante!

Ella sacudió su cabeza.

—Todo se hará en buen tiempo.

—¡Ahora! —Se apartó de la cama y se tambaleó hacia ella. Alcanzándola con los brazos extendidos, su torpe agarre no provocó más que una bocanada de aire y la risa triunfante de ella.

Lo esquivó fácilmente y dejó caer la llave en su corpiño.

—Ven a buscarla —lo invitó con una sonrisa descarada.

Robert sacudió la cabeza, como si al hacerlo pudiera aclararla.

—¿Qué me has dosificado, bruja?

—Palos y piedras —respondió ella, apretando los dedos sobre los botones de su pantalón—. Conmigo encontrarás mejores deportes en la cama que con mi señora, te lo prometo.

La trampilla se abrió. A través de su ropa pequeña, la mano de ella tocó su polla. Él la agarró de la muñeca, pero de repente se sintió débil como un gatito. Esos masajes endurecieron su órgano, aunque en contra de su voluntad. Aún sosteniéndolo así, ella los condujo hacia la cama... la cama de Phoebe. Aunque nunca había golpeado a una mujer en su vida, la situación actual requería una excepción. Extendió la mano y la empujó por los hombros, perdiendo el equilibrio al hacerlo. Ella lo atrapó, empujando su cabeza hacia abajo para que su nariz y boca quedaran enterradas en su pecho. Puntos negros obstaculizaron su visión. Su olor empalagoso llenó su nariz y boca hasta provocarle arcadas. La habitación se puso patas arriba. Cayeron sobre una superficie firme, pero mucho más suave que el suelo: el colchón. Betty rodó y, como un saco insensible, Robert la siguió y aterrizó encima de ella.

Amplios muslos se abrieron debajo de él. Las rodillas con hoyuelos se apretaron alrededor de su torso.

“¡Debo conseguir la llave!”

Obligándose a despertarse, tiró del ajustado corpiño. Ella gimíó y movió sus anchas caderas con fuerza contra él. Luchando contra el impulso de darle un revés, le sujetó los brazos lo mejor que pudo y se concentró en su búsqueda. El vestido, probablemente uno descartado de Phoebe, era demasiado pequeño para ella. Esa maldita cosa debía estar atrapada en su corsé. Nadie lo ayudaría. Le bajó el corpiño de un tirón. Estirada hasta el límite, la tela se rasgó.

La conmoción desde abajo captó su atención. Voces femeninas llegaban desde el pasillo delantero, acompañadas de aullidos agudos. ¡Pippin! El perro había vuelto a la casa y eso solo podía significar una cosa: Phoebe también regresó.

Los ladridos se hicieron más fuertes. Rascar la puerta confirmó que Pippin estaba en casa y deseaba su canasta. Unas pisadas ligeras y humanas lo siguieron.

Sus dedos encontraron metal calentado por la carne. Sacó la llave, sin importarle demasiado si la hoja dentada la raspaba o no. Sintiendo a punto de desmayarse, se apoyó en un codo.

—¡Entiendo! —exclamó, levantando su premio.

—Ten cuidado con esa sombrerera, contiene el sombrero de boda —espetó una mujer mayor, era Lady Tremont.

“¡Lady Tremont!”

—Phoebe, ¿no puedes ejercer algún control sobre esa bestia infernal tuya? Está a punto de quitar la pintura de la puerta con sus manos.

“¡Phoebe!”

—¿Por qué está cerrada la puerta? —preguntó una joven, posiblemente era Belinda—. Me duelen los pies.

Siguieron más raspaduras, solo que esta vez la fuente no era un perrito determinado, sino una cerradura girando en su cerradura. Con el corazón acelerado, Robert rodó sobre su costado. Antes de que pudiera levantarse, la puerta se abrió.

—¡Robert!

Pippin saltó sobre una sombrerera, una entre miles, y brincó adentro. Phoebe, su madre, Belinda y dos lacayos, que llevaban cajas, miraron el interior, con los ojos desorbitados y la boca abierta.

Robert no necesitó un espejo para darse cuenta de lo condenatoria que debía parecer la escena interior. Se levantó de la cama, parándose. Con las mejillas ardiendo, siguió sus miradas hacia la parte delantera de su pantalón, con la solapa desabotonada, colgando a media asta.

—Puedo explicarlo...

Un sollozo desde la cama lo interrumpió. Volvió a mirar a Betty. Con los hombros encorvados y las manos sujetando su corpiño desgarrado, ella se levantó de la cama.

—¡Oh! Milady —gimió, corriendo hacia el umbral y arrojándose a los pies de sus amos—. Por favor, no me echen. Soy una buena chica, ¡lo juro! Le dije que no, pero de todos modos, ¡intentó obligarme!

—¿Te obligó?

Betty volteó para mirarlo. Si Robert no lo hubiera sabido, podría haber sido engañado, haciéndole creer que él mismo era culpable.

—Sí, está claro como el día que está borracho como la cerda de David. Solo hay que mirarlo para darse cuenta que es así.

La morena, Belinda, ladeó la cabeza y lo escudriñó como si fuera una exhibición zoológica.

—Parece confundido —dijo finalmente.

—¡Belinda, cuida tu lenguaje!

—Lo siento, mamá —respondió la chica, luciendo todo lo contrario a estar apenada.

—Belinda, a tu habitación, ¡ahora! —La orden no vino de Lady Tremont sino de Phoebe. Con cara de sorpresa, Belinda volteó hacia su madre.

—Mamá, ¿debo?

—Sí, ¡debes! Tus paquetes llegarán pronto. Por ahora, ¡vete!

—Pero, mamá...

—¡Vete! —Lady Tremont la ahuyentó.

—No veo por qué yo, el único miembro de esta familia, debo perderme toda la diversión. —Agarrando una sombrerera por la cuerda, dio la vuelta y se alejó de mal humor.

Una vez que estuvo más allá del alcance del oído, Lady Tremont volteó hacia Robert.

—Siempre fuiste una especie de salvaje, Bellamy, pero, esto te pone más allá de los límites. ¿Cómo te atreves a irrumpir en mi casa y molestar a mi doncella?

—No abusé de nadie —protestó, aunque no ayudó que su lengua espesa dudara en cada palabra. Dio un paso hacia ellos y se tambaleó—. Y yo no entré. Phoebe me invitó.

Se dirigió hacia Phoebe, pero su rostro pálido confirmó que su presencia era una sorpresa tanto para ella como para su madre.

—Tu nota...

Con lágrimas en los ojos, ella sacudió la cabeza.

—No envié ninguna invitación.

—Bueno, alguien lo hizo y envió la carta desde esta casa. —Deslizó una mano dentro de su abrigo y palpó los bolsillos, pero debió haber dejado atrás la maldita cosa. Eso o Betty se lo había quitado durante su lucha. Lamentablemente, esta era su única prueba.

—Por favor, debes creerme. —Pasando por alto a la doncella que lloraba, dio un paso hacia ella y se tambaleó. Cayendo de espaldas sobre el yeso, buscó asirse en las tablas del suelo

que se balanceaban.

Lady Tremont acercó su cara a la de él y la pluma de avestruz de su sombrero le golpeó en la cara.

—Váyase de inmediato o llamaré a un oficial.

Volviéndose hacia Phoebe, lo intentó por última vez.

—¿Hueles el hedor de alcohol en mi aliento? Un solo jerez es todo lo que he tomado y eso ante su insistencia. —Señaló con la barbilla hacia una Betty encogida, el pequeño movimiento hizo que la habitación girara—. ¿Supones que una sola bebida me dejaría tan borracho?

—No puedo hablar de cuánto has consumido ni de qué otros estupefacientes has consumido, pero tengo ojos, Robert, y a diferencia de tu lengua de miel, no mienten.

—Alguien le ha pagado a esa chica para que me llevara a esta cama. Esta es una artimaña para desacreditarme, ante tus ojos de una vez por todas.

Desde el suelo, Betty se lamentó:

—No soy más que una pobre y sencilla campesina.

—¿Quién te pago? —él le exigió una respuesta.

Todavía boca abajo en el suelo, ella se apartó.

—Por favor, señor, no me golpee de nuevo. —Era una actriz tan buena que durante unos segundos Robert no pudo sino mirarla fijamente con asombro. Si hubiera sido un espectador en lugar de su víctima, él mismo podría haberse puesto del lado de ella. Ella rodeó las rodillas de Phoebe con sus brazos—. Milady, le ruego que no deje que ese hombre me toque otra vez.

Lady Tremont resopló. Ya había tenido bastantes disgustos por una tarde. Hizo una seña a su lacayo, cuyos musculosos brazos cargaban con paquetes.

—Charlie, acompaña al señor Bellamy a salir.

—No será necesario —replicó Robert, esta vez sin tropezar. La droga, al menos, estaba empezando a desaparecer, aunque ya era demasiado tarde. Centrándose en Phoebe, añadió—, me iré ahora y nunca más te molestaré, si eso es realmente lo que deseas.

El silencio se prolongó desde unos segundos hasta lo que pareció una eternidad, pero probablemente no fue más que un minuto completo.

Ella levantó la barbilla.

—¡Así es!

El corazón de Robert se desplomó. No podía luchar contra todos ellos. Bouchart y sus cómplices, Lady Tremont y ahora incluso la propia Phoebe se unieron contra él. Pero, como la amaba y realmente la amaba, tragó saliva y se preparó para soportarlo.

—Que tenga una vida feliz, milady.

*** **

Sintiéndose como un tigre enjaulado, que él había visto una vez en el palacio de un pashá, Arístide paseaba por sus habitaciones de Knightsbridge. Despreciaba especialmente atender a una mujer, y además, una mujer común y corriente. Al hacerlo, su paciencia llegó al límite. ¿Dónde estaba la prostituta?

Un suave golpe fuera de la puerta de su habitación anunció su llegada. Aún así, decidido a demostrar cuál de ellos era el amo, se obligó a contenerse, dejándola enfriar sus talones sobre sus pasos.

Al quinto golpe frenético, él abrió la puerta.

—Llegas tarde.

—Me escapé lo más rápido que pude. —Betty entró rápidamente en medio de una nube de perfume, sin duda robado a Phoebe, además de la ginebra, que probablemente había bebido para tener valor.

Él la rodeó y cerró la puerta.

—¿Bien?

Ella mostró una amplia sonrisa.

—Funcionó a las mil maravillas.

Arístide sintió que se le levantaban las comisuras de la boca. Por muy satisfactorio que sería matar a Bellamy, y todavía no había abandonado la posibilidad, deshonrarlo serviría a su propósito igual o mejor... por ahora.

—Ojalá hubieras estado allí para ver sus caras. Sus mandíbulas casi cayeron al suelo. Lady T. hizo que el lacayo lo acompañara hasta la salida.

La noticia trajo alivio... y una postura de gallo que requirió atención inmediata.

—Lo hiciste bien. —Cerrando el espacio entre ellos, le quitó la pelliza de los hombros, sin molestarse con los botones cubiertos de satén.

Ella le apartó las manos. —Ten cuidado, la romperás. Es seda auténtica recién sacada del lomo de tu mujerzuela la semana pasada.

Había pensado que la misma le resultaba familiar. El ligero aroma a lila de Phoebe todavía se adhería a la tela. Sin querer que se lo ordenaran, abrió la parte delantera, haciendo que los botones cubiertos de seda salpicaran el suelo.

—Pronto te entregaré un guardarropa con ropa hermosa, mucho más fina que este trapo. No tendrás necesidad de volver a usar estos restos nunca más. —Le quitó el abrigo y lo arrojó al suelo.

A pesar de su brusco trato, ella sonrió.

—En ese caso... —Mirando hacia abajo, hundió el talón en el charco de seda a sus pies.

Más tarde se sentaron en la cama y Arístide fumaba. Recostándose contra las almohadas apiladas, Betty levantó la sábana con un suspiro de satisfacción.

—Eso fue lo mejor hasta ahora. Ese mordisco con tu lengua, ¿cómo lo llamas de nuevo?

Él se dirigió hacia ella. Ahora que se habían acostado, ella empezaba a aburrirlo.

—Cunnilingus.

—¿Es francés?

—No, es latín. —Él sacudió la cabeza.

—¿Qué significa?

Arístide dio otra calada a su cigarro. Exhalando, respondió:

—Significa exactamente lo que es.

Ella soltó una carcajada.

—En ese caso, es mi nueva palabra favorita. Estoy manteniendo una lista de las palabras que me enseñas para poder hablar correctamente, como una dama.

Él la recorrió con la mirada. De pechos grandes, caderas anchas y fácil de complacer, servía como una amante informal ideal. Tampoco era tan tonta, como lo parecía al principio. Hasta ahora había cumplido sus instrucciones, más o menos, al pie de la letra. Si tan solo ella no chillara como una cerda atrapada cada vez que venía, él podría considerar extender su acuerdo más allá de las próximas semanas. Una vez que se casara con Phoebe, ya no la necesitaría. Pero, por ahora...

Soplando otra perfecta corona de humo, dijo:

—Cuéntamelo todo y asegúrate de no omitir ningún detalle.

Betty recitó obedientemente el cuento.

—¿Y nunca preguntaron cómo llegó a estar en el dormitorio contigo?

Ella soltó una carcajada.

—Con mis burbujas más afuera que adentro y nosotros enredados encima de la cama, no pensaron en interrogarme. Me preocupaba que el polvo que me diste para dosificar su bebida pudiera ablandarlo, pero incluso luchando contra mí, estaba duro como Hércules.

Él notó la admiración que teñía su tono y sintió que su bonhomía comenzaba a desvanecerse.

—Por desgracia, ¡nunca llegué a la parte de follar!

La ira hirvió dentro de él. Parecía que las mujeres no podían resistirse a Bellamy. Debería haberlo mutilado cuando tuvo la oportunidad. Controlando su voz para que se estabilizara, dijo:

—Pareces decepcionada.

Ella dudó, solo por un instante, pero eso fue suficiente.

Arístide se inclinó hacia adelante.

—¿Por qué no hablas? —Cuando ella todavía no había respondido, él bajó la voz y endulzó sus palabras—. Dime, *ma petite*. Entre nosotros no debe haber secretos, solo verdad y pasión.

Relajándose, se encogió de hombros, la acción hizo que la sábana se deslizara, dejando al descubierto la parte superior del pecho de ella.

—No me hubiera importado atacarlo, pero él solo tiene ojos para ella.

Él se sacó el cigarro de los labios y exhaló lentamente. Con un gesto de simpatía, se dirigió hacia ella:

—¡Qué pena!

Extendió la mano y presionó la punta abrasadora del humo contra la curvatura de su pecho.

Betty gritó. Agarrando la sábana a modo de escudo, retrocedió.

—¡Criminal! ¿Por qué hiciste eso?

Ver sus lágrimas brotar lo calmó. Satisfecho, dejó caer un beso sobre uno de sus hombros, emocionado cuando ella se estremeció.

—Para recordarte dónde están tus lealtades. —Arrastró lentamente los restos del cigarro, ya apagado, por su brazo—. La próxima vez que consideres traicionarme, mira mi marca y recuerda que eres mía.

Capítulo trece

Sentada ante su escritorio, con una manta sobre los hombros, Phoebe contemplaba la taza intacta de chocolate y tostadas con mantequilla, que se enfriaba sobre la bandeja de madera de teca. Hacía años que no desayunaba en su habitación, como a su madre y a Belinda les gustaba. Su costumbre era levantarse temprano y reunirse con su padre, en el salón de desayuno, pero esa mañana no había tenido el apetito ni el corazón para hacerlo. A pesar de su insistencia en que no tenía hambre, Betty había subido la bandeja, casi como si quisiera enmendar las cosas, una idea tonta, por supuesto.

Betty, mirándola desde el armario abierto, preguntó:

—¿Quiere el spencer de algodón estampado o el chal cuadrado de muselina, señora?

Phoebe miró la bata holgada con estampado de rodillos que llevaba. Aparte de bañarse, no tenía intención de quitársela.

—Ninguno de los dos, gracias —respondió ella, con tono entrecortado. Por muy injusto que fuera, no pudo evitar sentir resentimiento hacia Betty—. También puedes cancelar el transporte.

Betty cerró las puertas del armario y dio la vuelta.

—¿Usted no piensa ir al hospital? —preguntó, sin molestarse en ocultar su sorpresa. En los casi cinco años transcurridos desde que comenzó a trabajar, Phoebe apenas había faltado un día.

Phoebe recorrió con la mirada a la criada, como si la viera por primera vez. Bendecida con senos voluminosos, caderas redondas y una cintura diminuta, Betty tenía el tipo de figura asociada con actrices y bailarinas de ópera. En lugar de estropear su sonrisa, su diente frontal torcido le daba un cierto atractivo picante.

Hasta el otro día, Phoebe nunca había pensado mucho en Betty más allá de las funciones que desempeñaba, pero ahora se sorprendió preguntándose qué pensamientos había detrás de los rasgados ojos verdes de la muchacha. Phoebe sabía poco sobre ella. Cuando su anterior doncella, Martha, dejó el servicio para casarse con un conductor, Betty ascendió de rango para reemplazarla. Aunque Betty era afable y eficiente, Phoebe nunca había simpatizado con ella. Con Betty, no hubo charlas acogedoras, mientras compartían una taza de té ni intercambio de confidencias nocturnas, cuando cepillaba y trenzaba los cabellos de Phoebe. Inteligente con el cabello y talentosa para la moda, no había ninguna razón para despedirla y, sin embargo, Phoebe ahora anhelaba hacer precisamente eso.

La escena que había presenciado, en esa misma habitación, hacía imposible mirar a Betty y no verla entrelazada con Robert... no el Robert que ella conocía, sino la bestia estupefacta y en celo, que había sorprendido, divirtiéndose en su cama. Incluso la colchaapestaba al agua de colonia con la que Betty se roció. Phoebe juró que se mudaría a una de las habitaciones de invitados, antes que se pusiera el sol, luego de la otra noche. No es que eso le fuera a importar por mucho más tiempo. Al cabo de unas semanas más, estaría casada y se marcharía.

—Les escribiré, informándoles que habrá que encontrar una sustituta para esta semana.

Incluso el hospital estaba inexorablemente entrelazado con recuerdos de Robert: montando a Lulú sobre sus hombros, provocando la primera sonrisa de Billy, y entregándole a Mary la preciosa carta de su madre.

La semana libre también le daría tiempo para completar los accesorios de su ajuar, así

como para acompañar a Arístide, a ver las casas en alquiler, incluida una en la elegante terraza de estilo italiano del nuevo Regent's Row. Hasta ahora, se le habían ocurrido un sinnúmero de excusas para posponer ambas cosas, pero ya había llegado el momento de sentar una base firme en el futuro, uno en el que no podía incluir a Robert.

Los ojos de Betty se abrieron como platos.

—¿Usted no piensa ir por una semana completa?

Preguntándose por qué a Betty debería importarle eso de una forma u otra, Phoebe respondió con firmeza:

—Te llamaré cuando esté lista para enviar mi carta. —Ella siguió la indirecta y miró fijamente hacia la puerta.

—Como desee, milady —dijo Betty dócilmente. Acercándose más, señaló la bandeja—. ¿Le quito esto?

Phoebe asintió.

—Por favor, hazlo.

Por el momento, mirar la comida era suficiente para que se le revoliera el estómago.

La doncella se inclinó para recoger la bandeja y, por primera vez, Phoebe vio el furioso verdugón rojo que marcaba la parte superior de su seno izquierdo. Pensando en el día anterior, no creía que hubiera estado allí en ese momento. Con el corpiño de Betty casi cubriendo su cintura, habría sido difícil pasar por alto la marca.

—Ese ardor en tu pecho, ¿cómo fue...? —preguntó, esperando a ver si la chica culparía a Robert.

Betty se enderezó y bajó la mirada hacia la bandeja.

—La cocinera me pidió que me turnara para revolver la olla de avena, esta mañana, y una brasa saltó de la chimenea y me quemó... como una burbuja.

La explicación descabellada no funcionó. Administrar la casa era enteramente asunto de la madre de Phoebe, pero ella sabía lo suficiente, como para decir con certeza que una cocinera que obligara a una sirvienta de arriba a ayudarla, cerca de la chimenea, sería una violación grave de las normas domésticas.

Y la quemadura de Betty, aunque reciente, no era lo suficientemente grave como para haber ocurrido esa mañana.

—Pídele uno de sus ungüentos para que te lo pongas —lo dijo distraída, tratando de contar todos los detalles que de repente no cuadraban.

Robert había regresado a Inglaterra tan robusto y rico como Crespo, o al menos eso era antes del incendio del almacén. En el baile benéfico, un destello de su sonrisa de pirata había sido suficiente para atraer a las mujeres, desde debutantes de primer nivel hasta viudas lascivas. Londres ofrecía a un hombre así innumerables oportunidades para saciar su lujuria sin recurrir a la violencia. Con tantas mujeres dispuestas por ahí, ¿por qué arriesgarse a violar a una sirvienta? Si Phoebe no hubiera presenciado el episodio con sus propios ojos, nada ni nadie podría haberla convencido de creerlo.

De hecho, cuanto más pensaba en ello, más no lo creía. Fuera lo que fuera, un libertino, un bribón o un aventurero, Robert no era un violador. Incluso esa primera noche, cuando la obligó a esposarla, no había reclamado más que un beso. En comparación con la mayoría de los hombres de su círculo, incluido su hermano, él ni siquiera bebía tanto. A pesar de todas las ocasiones durante las semanas anteriores en las que ella había hecho todo lo posible para provocarlo, él se había aferrado a su temperamento. La otra noche, cuando él había entrado por su ventana, fácilmente podría haberla forzado y, sin embargo, le había dado placer sin recibir

ninguno para él. A pesar de todo lo que había sucedido desde entonces, el recuerdo de su generosidad carnal hizo que su corazón se acelerara.

Y luego estaba el asunto de la invitación que supuestamente ella había escrito. Incluso estando ebrio, parecía tan sincero al decirlo. ¿Por qué él se presentaría a la hora de visitas del día? Ni siquiera tenía una relación cálida con su madre.

Al ver a Betty retroceder hacia la puerta, Phoebe no pudo resistir hacerle una última pregunta.

—La otra noche fui a buscarte para asegurarme de tu bienestar, pero no estabas en tu habitación. Wilson dijo que te vio salir. ¿Puedo preguntar a dónde fuiste? —Aunque le había concedido a Betty la noche libre, pensando que a la chica le vendría bien un poco de soledad.

Con la mirada fija en la cama vacía, Betty se mordió el labio.

—Salí a caminar, milady. No hay nada como un paseo para limpiar las telarañas, ¿no?

—Bastante. —Phoebe forzó una sonrisa—. Ciertamente, parece haber funcionado. A pesar de tu terrible experiencia, pareces muy renovada.

—¡Er! Gracias, milady. ¿Puedo irme ya?

—Sí, claro. Te llamaré en un momento cuando termine mi carta.

Con los ojos mucho menos brillantes que antes, Betty salió y cerró la puerta detrás de ella.

Aliviada de estar finalmente sola, Phoebe se concentró en la nota que necesitaba escribir. Ahora que la bandeja estaba levantada, notó las salpicaduras de tinta, los pegotes de lacre y el polvo de arena que quedaban en la superficie. Si descubría que Belinda había estado en su habitación sin permiso, tendría el pellejo de bribón. Sacó el cuaderno de papel doblado de uno de los compartimentos interiores y lo colocó sobre el papel secante. El papel también parecía desordenado, mostrando la marca de agua del sello de tonto en la hoja superior, al revés. Al darle la vuelta al papel, estuvo segura de no haber dejado las cosas tan desordenadas. Sacó su pluma de ganso del soporte, la sumergió en el tintero y empezó a escribir. La punta estaba desafilada, como si alguien la hubiera presionado con demasiada fuerza. Dejó la pluma a un lado y sostuvo la hoja hacia la luz que entraba por la ventana. La huella de una nota escrita previamente, no por su mano sino por una que era grande y curvada, era apenas perceptible, pero logró vislumbrarla. Belinda no tenía la mente más estudiosa, pero ella estaba legítimamente orgullosa de su bonita caligrafía.

Obviamente, quien utilizó su escritorio por última vez no fue Belinda.

Una energía feroz giró en espiral dentro de ella. Algún sentido innato le decía que no había tiempo que perder. Apartó su silla del escritorio y se puso de pie.

“Querido señor Robert, ¿qué he hecho?”

Más concretamente, ¿cómo podría alguna vez arreglar las cosas?

*** **

La primera parada de Phoebe fue en las habitaciones de Arístide en Knightsbridge. Se armó de valor, levantó el puño enguantado y llamó a la puerta.

Para su sorpresa, Arístide abrió la puerta él mismo.

—¡Phoebe!

Llevaba un baniano, pantalones de ante y una expresión de leve sorpresa.

La hizo pasar rápidamente al interior. Esperó a que se cerrara la puerta, antes de levantarse el velo de red, que se había atado a su sombrero a modo de precaución. Prometida o no, si la descubrieran visitando sus habitaciones, ella dejaría de ser una dama por mucho tiempo.

Sería una paria.

—Phoebe, ¿en qué estabas pensando al venir aquí sola? —La agarró del codo y la condujo a un salón pequeño y destartado—. Si alguien te reconociera...

—Fue un truco —respondió ella, liberándose—. Estoy bastante segura que nadie me vio.

—Aún así, eres imprudente.

—Sí, supongo que sí —lo reconoció—. Pero, necesito hablar contigo y no puedo esperar.

Él le hizo señas para que se acercara a un recamier cubierto de terciopelo apolillado, pero ella negó con la cabeza. Lo que ella tenía que decir era mejor hacerlo de pie.

La firmeza de su voz pareció llamar su atención.

—Muy bien, estoy escuchando.

—¡No puedo ser tu esposa!

Sus ojos se desorbitaron.

—Cherie, tienes los pies fríos. Eso es todo.

Decidida a hacerle entender, ella negó con la cabeza.

—Me temo que es mucho más que eso. Casarme contigo no sería justo para ninguno de los dos, pero, mucho menos para ti. Verás, ¡todavía amo a Robert!

—Bellamy —siseó y Phoebe se estremeció ante el resplandor de odio en su mirada entrecerrada—. Él te ha confundido, te ha llenado la cabeza con lindas mentiras, y ahora piensas descartarme como si... como si yo fuera ese perrito faldero tonto al que adulas.

Al escuchar a Pippin así descrito, Phoebe se enfureció. Él no lo sabía, pero su mezquindad solo hizo que romper su compromiso fuera mucho más fácil.

—Cuando acepté tu solicitud, creí que Robert estaba muerto. Si hubiera sabido que existía la más mínima posibilidad que aún viviera, nunca habría aceptado casarme contigo ni con ninguna otra persona. Lo siento —lo dijo con amabilidad, aunque en su corazón no se arrepentía ni un poco.

A pesar del ambiente tenso, Phoebe sintió como si le hubieran quitado un peso de encima. Por primera vez desde que aceptó su propuesta, podía respirar... respirar de verdad. Y en cuanto a cualquier daño que ella le hubiera hecho a él, dada la superficialidad de sus afectos, su orgullo se llevaría la peor parte.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —Él agitó los brazos e instintivamente, ella dio un paso atrás—. Las amonestaciones se leerán este domingo. ¿Usted sabe que podría llevarte a ti y a tu familia a los tribunales por violar nuestro contrato?

Robert se lo había advertido.

—Usted podrá intentarlo. —Ella estuvo de acuerdo—. Aunque sospecho que presentar una demanda así te haría más daño que a mí.

Sin embargo, dada su reputación ya empañada, un tercer compromiso roto podría causarle mucho daño a ella.

—Entonces, ¿estás resuelta?

Phoebe no dudó.

—Lo estoy. —Ella extendió la mano para tocarle el antebrazo y luego, pensándolo mejor, retiró la mano—. Por favor, sepa que realmente le deseo lo mejor.

Sintiéndose casi mareada, dio la vuelta para irse.

Antes que pudiera dar más de un paso hacia la puerta, los dedos de él se cerraron en puños alrededor de su brazo. Un fuerte tirón la hizo girar hacia atrás para mirarlo.

El sudor se acumulaba en su labio superior. Su mirada brillaba, de manera salvaje y febril. Acercando su rostro al de ella, siseó:

—Nadie sabe dónde estás ni puedes admitir que has venido. Harías bien en reconsiderarlo, Phoebe, mientras todavía estoy dispuesto a perdonarte.

—No necesito tu perdón. —Con el corazón acelerado, intentó liberarse, pero fue inútil—. ¡Suéltame de inmediato!

Al ver la crueldad que había enmascarado hasta ahora, Phoebe podía creer que era capaz de estar detrás de la cincha cortada de Robert y de los secuaces que los habían perseguido por el mercado de Billingsgate. Al pensar en los puros que siempre fumaba, la quemadura en el pecho de Betty cobró un sentido repentino y repugnante. Si ella estaba siquiera a medio camino de tener razón, solo sabía hasta dónde podría llegar él para castigarla por frustrarlo. Al actuar por su cuenta, había puesto en peligro mucho más que su reputación.

—¿Y por qué debería hacerlo, *ma petite*? ¿Por qué no debería probar la dulce fruta que me ha sido negada durante todos estos meses? ¿Quién va a detenerme? —La amenazó, apretándola con fuerza contra sus muslos.

—¡Yo! —Phoebe levantó la rodilla con mucha fuerza.

Aullando, él cayó hacia atrás. Se dobló y se llevó una mano a la ingle.

—¡Perra! —Él escupió, mirándola con ojos llorosos.

Respirando con dificultad, Phoebe retrocedió hacia la puerta.

—Puedo serlo cuando sea necesario. —Temiendo darle la espalda, buscó el pomo. Su mano se curvó alrededor del mismo y el latón se deslizó en su palma húmeda—. Sepa esto, si usted se atreve a venir a algún lugar dentro de mi alcance y a ponerme las manos encima, haré todo lo que pueda para asegurarme que ninguna familia decente lo reciba, o le dé clientela, ¡nunca más!

Ella se enderezó y apoyó una mano en el revestimiento de madera.

—Veremos quién de nosotros será, como dicen los ingleses, “el último en reírse”.

*** **

Romper un compromiso normalmente habría supuesto un día completo, pero Phoebe intuyó que, en lo que a Robert se refería, no tenía tiempo que perder. Cuando se fue, el otro día, obviamente lo había hecho como una despedida. En lugar de regresar a casa, continuó hasta Berkley Square, con la esperanza de encontrarlo. Enfrentarse a Wilson, después de su visita clandestina de unos días antes, puso a prueba su coraje, pero en comparación con enfrentar no uno sino a dos ex prometidos, volver a ver al mayordomo era manejable. Reconoció que el mayordomo la recibió en la puerta sin levantar una ceja y la condujo al salón, como siempre lo había hecho. Por motivos de decoro, solicitó una audiencia no solo con Robert sino también con Chelsea. Confiando en el tacto de su amiga, sospechaba que cualquier muestra de acompañamiento sería únicamente por eso. Una vez que se cumplieron las formalidades de la visita social, se podía contar con que Chelsea se retiraría y los dejaría en su privacidad.

Eso no le impidió caminar por las cuatro esquinas del salón, buscando en silencio las respuestas a lo que diría: las mágicas palabras curativas que podrían aliviar el dolor de la deslealtad del día anterior. Ella fue la primera persona en saber que la traición de un amor verdadero era la más difícil de perdonar.

Se oyeron pasos acercándose desde el pasillo. Con el corazón en la manga, dio la vuelta.

Solo Chelsea cruzó el umbral.

—Me temo que tendrás que tranquilizar tu conciencia en otra parte. Robert no está aquí. —El tono brusco y la postura rígida de la vizcondesa no pasaron desapercibidos para Phoebe, ni tampoco el color rosado que rodeaba a sus ojos.

Con el corazón a punto de caer, Phoebe no perdió tiempo ni palabras para disimular.

—Merezco tu ira, lo sé. ¡He sido una maldita idiota! La peor de las tontas.

—No tendrás ninguna discusión aquí —dijo Chelsea, acercándose al sofá.

—Estoy segura que soy la última persona a la que él desea ver, pero debo verlo, aunque solo sea para pedirle perdón.

La mirada de Chelsea se entrecerró.

—Para pedir disculpas... ¿Esa es la única razón por la que viniste?

Phoebe se mordió el labio y admitió:

—No, no solo eso... También necesito decirle que lo amo.

Sentada pesadamente, Chelsea la miró:

—¿No deberían reservarse esos sentimientos tan cariñosos para tu futuro marido?

Phoebe no se atrevía a presumir en ese momento, pero tenía grandes esperanzas que su futuro marido fuera Robert.

—Acabo de romper mi compromiso con Arístide.

El comportamiento almidonado de Chelsea se disolvió.

—¡Oh, Phoebe, realmente puede ser así!

—Puede, y lo es. Pero, por favor, Chelsea, por el amor que le tenemos a tu hermano, sé mi intermediaria una vez más y llámalo.

Chelsea lanzó un profundo suspiro.

—Me gustaría poder ayudarlos, pero, él realmente no está aquí. Esta mañana empacó las pocas cosas que había traído y partió hacia Blackwall para supervisar la carga de su barco.

Phoebe cruzó la alfombra y se dejó caer en el cojín del sofá junto a su amiga.

—¿Sabes cuándo piensa zarpar?

Chelsea negó con la cabeza.

—No dijo nada con certeza, pero, sospecho que será pronto. —Volteó hacia Phoebe. Colocándose una mano en la frente, añadió—, cuando regresó a casa ayer, estaba muy mal, aparentemente estupefacto, pero con poco ánimo. Sostiene que fue atraído allí por una nota tuya, que era falsa... que le administraron una dosis de algún estupefaciente potente, pero de corta duración, y lo atraparon para que aparentara estarte engañando con tu doncella.

Al escuchar a Chelsea resumir la historia tan claramente, ya no parecía tan fantástica. Por ahora, necesitaba ver a Robert.

—Hoy descubrí que alguien se entrometió en mi escritorio. Al principio, pensé que podría ser Belinda, pero comencé a sospechar de mi doncella.

Chelsea volteó para mirarla.

—No me digas, ¿es la sirvienta que lloró por intento de violación el otro día?

Avergonzada por haber sido engañada tan fácilmente, Phoebe asintió.

—La misma. —Tirando de las cintas de su sombrero, sacudió la cabeza—. ¡Oh! Chelsea, he hecho un desastre horrible con todo. Desde el regreso de Robert, he hecho todo lo que he podido para alejarlo y ahora parece que lo he logrado.

Ese horrible pensamiento la llevó a uno igualmente malo o peor:

—Seguramente, ¿no zarparía sin despedirse?

“*Que tenga una vida feliz, milady*”. Lo recordó.

—Honestamente no lo sé. Pero, si existe alguna posibilidad de convencerlo que se quede...

—Tengo que buscarlo. —Phoebe se puso de pie. Rodeó el sofá y se dirigió hacia la puerta.

—¡Espera!

Ella dio la vuelta. Al ver a Chelsea luchando por levantarse, regresó sobre sus pasos y ayudó a su amiga a levantarse.

Chelsea se puso una mano en la espalda y dijo:

—Iré contigo. Si te vieran sola en los muelles a esta hora...

—Estaría arruinada —terminó Phoebe por ella—. Pero, ese es un riesgo que estoy dispuesta a asumir.

Buscar a Robert, a bordo de su barco, marcaría la segunda vez ese día que ella se arriesgaba a la ruina, luego de visitar a un soltero en sus habitaciones privadas. Pero si los últimos seis años de separación le habían enseñado algo es que había destinos peores que el exilio social. Siempre que se pudiera persuadir a Robert para que la perdonara, ella estaría más que feliz, que si se hubieran retirado al campo.

—Estás demasiado cerca de tu hora para ir a cualquier lugar que no sea volver a la cama —lo dijo con severidad. Su mirada se posó en el estómago hinchado de Chelsea, provocando una punzada de anhelo. Qué maravilloso sería si ella se encontrara con la misma carga dentro de un año, aunque solo si el bebé fuera de Robert.

—Entonces llevarás contigo a uno de nuestros lacayos. Pensándolo bien, irás con dos.

—Me temo que eso hará que el coche esté lleno de gente. —Esperar en las gradas o arriesgarse a parar un carruaje alquilado en la calle no era conveniente, pero esto habría sido preferible a dedicarse a sus escandalosos asuntos en un carruaje marcado con el escudo de la familia.

La ceja de Chelsea se alzó.

—En ese caso, también deberás tomar el carruaje.

Phoebe le envió a su amiga una mirada de profunda gratitud.

—Gracias —dijo, apresurándose hacia la puerta.

Siguiéndola, Chelsea hizo a un lado el sentimiento.

—Ocúpate de traer a mi hermano de regreso a casa.

*** **

Sosteniendo una copa de Madeira, Robert se reclinaba en el diván lacado negro de su camarote, un botín de un palacio en... bueno, había olvidado por completo de dónde. La conmoción que se produjo en lo alto de la cubierta llamó su atención, la voz de una mujer se elevó por encima del típico alboroto de los marineros. Uno de los miembros de su tripulación debió haber entrado en conflicto con su prostituta, o al menos eso supuso Robert. Las mujeres, incluso las más relajadas, parecían tener un sexto sentido cuando un hombre estaba a punto de zarpar del puerto. Las rabietas y los ataques totales no eran infrecuentes. Algunas llegaron incluso a expresar sus sentimientos heridos, a punta de cuchillo. Por otra parte, él supuso que era parte de la naturaleza humana no querer quedarse atrás.

“¡Me dejaste! ¡Nunca te habría dejado a ti! Pero, tú me dejaste y luego permaneciste alejado durante seis años”.

No era primera vez que Robert deseó haber encontrado el coraje para confesarle la verdad. Se había dicho a sí mismo que estaba actuando en el mejor interés para ella. Solo que todo había terminado, ahora que ya no tenía sentido, reconoció su silencio por lo que era: pura y simple cobardía.

Había encontrado su coraje, pero era demasiado tarde. Después del otro día, ella no creería ni una maldita palabra de lo que dijo. Dada la condenatoria escena preparada por su

doncella, sin duda a instancias de Bouchart, no podía culparla. Al ocultar la verdad en su totalidad, le había hecho el juego al francés.

Sus esperanzas y sus sueños se desvanecieron, como un barco que se estrella contra las rocas. Su entorno dorado, su depósito de riquezas e incluso su barco ya no significaban nada para él. El único tesoro que le importaba reclamar era el que nunca podría tener: ¡Phoebe! Después del desastroso día anterior, no había ningún nuevo rumbo que trazar ni una brillante segunda oportunidad por la que luchar. Ellos seguirían siendo amantes desventurados. Finalmente y para siempre, ya era demasiado tarde para ellos, y la culpa, una vez más, fue suya.

Sin embargo, había mucho más en juego que su felicidad personal. Una vez que ella se casara con Bouchart, no solo se encontraría fuera del alcance de Robert. Ella también estaría más allá de su ayuda. Aparte de secuestrarla y alejarse con ella, no habría nada que pudiera hacer para salvarla de lo que sería un matrimonio monstruoso. Montrose era su única esperanza. Su antiguo socio espía en la Oficina de Guerra había enviado a un hombre a París para buscar detalles sobre el pasado de Bouchart (si es que Arístide Bouchart era siquiera su nombre). Incluso sabiendo que había perdido toda esperanza de tener a Phoebe para él, Robert estaba decidido a detener la boda por ella.

Mientras tanto, lo único que podía hacer era refugiarse en el puerto y sentir lástima de sí mismo. Desde que embarcó la noche anterior, había acampado en su camarote, dejando el recado que no lo molestaran, a menos que el maldito barco tuviera una fuga de agua... o varias. Sin embargo, lo que fuera que estuviera fuera de control, Caleb o Sandy tendrían que encargarse de ello.

Un golpe seco fuera de la puerta de su camarote lo sacó de su cavilación. Parecía que, después de todo, no lo iban a dejar en paz. Cualquiera que fuera el alboroto, el mismo debía requerir su atención personal. ¿Problemas con el capitán del puerto? ¿Otro hombre atrapado robando? ¿Un cazador de ratas que plantó roedores gordos para aumentar su precio? Las posibilidades que surgieran problemas eran deprimentemente infinitas.

—Te dije que no debes molestarme —ladró, decidido a no moverse de su lugar.

Sandy, su contramaestre, gritó:

—Capitán, ¡hay una dama que quiere verlo!

Robert pronunció una maldición y se levantó. ¿Chelsea? Debía ser ella... A pesar de estar a solo unas semanas de su tiempo, su hermana era tan intrépida como siempre. ¿En qué estaba pensando Montrose al dejar que su esposa embarazada anduviera por los muelles por la noche? Incluso un macho alfa como su cuñado podría ejercer cierta influencia, pero, ella debió haber eludido a sus sirvientes, marchándose por su cuenta.

Resignado, apuró la copa y se levantó. Se secó la boca con el dorso de la mano y gritó:

—¡Muy bien! Chelsea, entra y di tu parte, pero ten en cuenta que tan pronto como lo hagas, te enviaré de regreso con Anthony. —Dio la vuelta para servirse más de su bebida alcohólica.

La puerta se abrió con un chirrido. Pisadas de suela suave acolchadas se percibían en el interior. Flotaba un perfume, una ligera fragancia floral mezclada con cítricos y vainilla.

El carraspeo femenino anunció la presencia de la peticionaria.

—Me temo que no soy Chelsea.

Robert volteó y el brandy le cayó en el antebrazo.

—Phoebe, ¿qué haces aquí?

Ella se quitó la capucha y le dedicó una sonrisa insegura.

—¡Sorpresa!

¡Era un shock! O más bien eso... Un tumulto de emociones brotó dentro de él. Haciendo todo lo posible para reprimir sus sentimientos, lanzó una mirada a Sandy, sabiamente detenido junto a la puerta.

—Debería desollarte vivo. ¿En qué diablos estabas pensando para traerla aquí abajo?

Siempre imperturbable, Sandy se encogió de hombros.

—¿Hubieras preferido que la dejara en cubierta para que cualquier transeúnte pudiera comentar sobre ella?

Robert volvió a mirar a Phoebe. Sandy tenía razón: no la harían pasar por una prostituta del muelle ni por la esposa de un estibador. Incluso si la despojaran de su elegante sombrero y pelliza de seda, seguiría siendo como era: ¡una magnífica dama!

Él desvió su mirada hacia Sandy.

—Déjanos.

El contramaestre pareció lo suficientemente feliz al obedecerlo.

—Estaré arriba por si usted me necesita. —Salió y cerró la puerta del camarote.

A solas, Robert miró fijamente a Phoebe, quien era una sirena rubia, que perpetuamente lo atraía a la humillación, o a la ruina absoluta. Miró el pálido óvalo de su rostro, profundizó en los ojos azogados que buscaban los suyos, y la ira y la humillación del día anterior de repente se fusionaron en un brillante y palpitante punto de dolor.

—Será mejor que esto sea bueno.

—Haré todo lo posible para no decepcionarte.

—Si no te importa un comino tu reputación, al menos considera tu seguridad. Los muelles no son lugar para que una dama merodee sola. Cualquiera que posea el cerebro de una pava lo sabría. —Incluso en medio de querer estrangularla, se encontró enviando una oración silenciosa de gratitud a cualquier poder fáctico por haberla traído, sana y salva.

Cualquier apariencia de vergüenza la abandonó. Ella reafirmó la boca y levantó la barbilla.

—No estaba merodeando y no vine sola, así que no hay necesidad de tocar un repique sobre mi cabeza. Chelsea envió a dos de sus sirvientes conmigo. Me llevaron, sana y salva, hasta el barquero que me trajo desde la costa.

No le sorprendió que su hermana estuviera involucrada, así fuera cómplice.

—¡Oh! Bueno, en ese caso, supongo que todo está perfectamente bien.

—No hay motivo para ser sarcástico. —Ella se dirigió hacia él. “Por una vez, hay que dejarla venir a mí”, pensó Robert. A medio camino de alcanzarlo, ella perdió el equilibrio. Al sentirse mareada, se arrepintió instantáneamente. Su mano se disparó hacia la barandilla. Antes que pudiera alcanzarla, Robert estaba a su lado.

Rodeándole la cintura con un brazo, la ancló contra él.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres una amenaza?

Una sonrisa apareció en las comisuras de su bella boca.

—Lo siento —ella dijo, luciendo todo lo contrario—. Supongo que todavía no tengo mis piernas para el mar.

—Estamos atrapados —señaló, sin estar de humor para ser cortés. Al ver su mano enguantada alrededor de la barandilla, se retiró.

Aferrándose a la barra, ella envió su mirada, recorriendo las cuatro esquinas del camarote.

—Siento como si hubiera entrado en la cueva de Alí Babá.

Robert siguió su mirada, intentando ver su habitación a través de los ojos de ella. Un

ataúd de filigrana, intrincadamente decorado, que alguna vez perteneció al sultán Tipu, uno de los oponentes más formidables de la compañía, rollos de coloridas alfombras persas, tejidas a mano, apiladas contra la pared, un órgano mecánico de tamaño natural con forma de tigre atacando a un inglés, casaca roja, que cuando era herido, lanzaba un rugido de lo más realista.

—Nunca antes había pensado mucho en eso —reconoció. —Para mí es simplemente... mi hogar.

Ella lo miró de reojo.

—¿Me engañarías haciéndome creer que soy la primera mujer en poner un pie en tu barco?

—Difícilmente seas la primera mujer en subir a bordo de este barco, pero tú eres la primera en ver el interior de este camarote.

—¿Eso es cierto?

Con la boca seca, Robert asintió.

—¡Sí!

Ella miró el vaso que él tenía en su mano.

—¿Estás pensando en ofrecerme un refrigerio?

—Mis reservas de champán y ratafía se han agotado —dijo, con un sarcasmo deliberado y de mala gana—. Madeira, grog, brandy... elige tu veneno. Supongo que podría pedirle al cocinero del barco que hierva agua para hacer té, si lo deseas.

—Brandy servirá, gracias —replicó, sorprendiéndolo por segunda vez.

Él la miró fijamente.

—¿Seguramente no hablas en serio?

Se desató los cordones del sombrero y respondió con un enérgico movimiento de cabeza.

—¡Oh! Pero, sí lo digo. Durante estos últimos seis años he adquirido una especie de pierna hueca.

Al recordar sus piernas, tal como las había visto por última vez, un par perfectamente formado y abierto para él, Robert sintió que había tragado telarañas.

Como si ella estuviera al tanto de sus pensamientos lascivos, su rostro resplandeció.

—Tenemos mucho que resolver entre nosotros, Robert Bellamy, y espero que ambos necesitemos una fuerte dosis de coraje holandés, antes que termine esta noche.

Capítulo catorce

Se sentaron uno frente a la otra, en sillas que parecían tronos, cuyas patas estaban clavadas al suelo. No se tocaron y, aún así, Phoebe sintió como si todo su ser estuviera inundado por Robert: su pasión, secretos y dolor.

No había hablado en broma cuando dijo que necesitarían coraje. Ahora que estaba allí, a solas con Robert, se dio cuenta de la enormidad de lo que había hecho. Ella había cancelado su compromiso matrimonial, el tercero, y había subido a bordo de un barco, exclusivamente masculino, para buscarlo en su guarida de piratas. Si se corriera la voz, no solo quedaría arruinada. Eso era lo mismo que estar drogada.

Tomó un trago de brandy. Bueno, no era tan malo. Segundos después, el alcohol le cortó la garganta, haciéndola sentir como uno de los tragafuegos que había visto en el circo de Astley. Tosiendo en su guante, extendió la mano para aceptar el vaso de agua que Robert vertió apresuradamente y puso en su mano.

—Gracias —dijo entre sorbos.

Sujetando el vaso con brandy, él la analizó con ojos acerados.

—¿Por qué el repentino deseo de buscar mi compañía? El otro día no parecías muy interesada en hablar.

—Tú apenas estabas en forma y yo no... Cuando te vi con... ella... en la cama donde tú y yo... no podía empezar a pensar más allá de estar tan terriblemente herida...

Dejó escapar un suspiro.

—Me engañaron para que fuera, cuando la casa estaba vacía, y una vez que llegué me drogaron. No espero que me creas, pero esa es la verdad.

—Pero, sí te creo. —Dejó el vaso de agua, a un lado, sobre una pequeña y extravagante mesa de tres pies con piedras preciosas incrustadas.

Él se levantó.

—¡Genial! Por una vez estamos de acuerdo. Ahora que estamos bien, haré que Caleb te acompañe, sana y salva, de regreso a la orilla y a tu carruaje.

Hizo como si la acompañara a salir, pero Phoebe no estaba de acuerdo. Ella se puso de pie. En realidad, no estaban listos. Él necesitaba hablar... y ella necesitaba oír.

—Yo no voy a ninguna parte y tú tampoco. —Ella se puso de pie—. Al menos por esta vez, lo que es salsa para la oca es salsa para el ganso.

Le lanzó una mirada de perplejidad y le preguntó:

—¿Qué significa esto?

Sus puños encontraron sus caderas. Sin importarle que la postura le recordara a una pescadera, o mejor aún, a la mujer de las ostras, ella siguió adelante:

—Está bien que apareciste después de seis años, nada menos que en mi baile de compromiso, y trepaste por la ventana de mi dormitorio, como un ladrón de casas, pero, ahora que he tomado las riendas y te he visitado... ¿Se supone que debo doblar la cola e irme como la chica dócil con la que alguna vez quisiste casarte? ¡Será mejor que lo pienses de nuevo! He venido a ti corriendo un gran riesgo, tanto para mi reputación como para mi persona, y debes saber que no tengo intención de poner un pie, fuera de este camarote, hasta que lleguemos a un acuerdo.

—¿Cuáles son los términos? —Él tuvo la audacia de parecer divertido.

—Un entendimiento, si lo prefieres. —Ella se encogió de hombros.

—Si esto es una represalia por tus malditas reglas... —Él extendió los brazos.

—No lo es. —Sus dedos se desplegaron y sus brazos cayeron a los costados.

—¡Muy bien! Te escucho. ¿Qué quieres de mí, Phoebe? —Siguió un suspiro que sonó cansado.

Ella vaciló y se humedeció los labios. A pesar del agua que acababa de sorber, sentía el interior de la garganta, como si estuviera rociado con aserrín.

—¡Muchísimo! Pero, me gustaría comenzar con tu perdón.

Por sus ojos muy abiertos, ella dedujo que él no esperaba eso.

—Si buscas la absolución, será mejor que busques a un sacerdote que a un pirata.

Ella se interpuso y le dio un empujón en el pecho.

—Estoy tratando de disculparme, ¡tonto!

Su expresión se oscureció. Dejó escapar una risa, su agudeza cortó el corazón de Phoebe como una navaja.

—¿Puede ser que Lady Phoebe, pilar de la sociedad londinense y modelo de todas las virtudes, sea condescendiente en disculparse ante un tipo tan bajo como yo? Seguramente, ¿mis oídos me engañan?

Aunque le dolió oír esas palabras, él supuso que se lo merecía.

—Fui una tonta al tomar la palabra de Betty, antes que la tuya, y una tonta aún mayor al juzgarte con esa una audiencia. Debería haber sabido que te habían engañado, que nunca forzarías a una mujer por muy provocado que pudieras estar.

Al pensar en la noche en que él había trepado por la ventana de su dormitorio, en la oscura sensualidad que le había dejado vislumbrar, sintió un calor subiendo por su garganta. Aunque podría haberla violado fácilmente, había elegido reprimirse y darle placer de forma sencilla y generosa.

Se inclinó hacia ella, tan cerca que casi podía saborear el anís y el brandy en su aliento, una combinación picante y embriagadora.

—¡Ah! Sí, pero, ¿cómo puedes estar tan segura? Eso sí, es imposible que nunca puedas confiar en mí.

Decidida a no emborracharse con él, todavía no, se mordió el labio inferior, e hizo todo lo posible por mantener la cabeza despejada.

—Confío en ti. No lo hice antes, pero ahora lo hago... por completo.

Él la inmovilizó con un susto escéptico.

—Confío en ti, Robert. Sí. No habría venido aquí así, si no fuera así. —Ella vaciló y luego tomó su mano, sintiendo como si estuviera poniendo la suya en la zarpa del león—. Ahora es tu turno, Robert, de confiar en mí... con la verdad por delante.

*** **

Los ojos azogados de Phoebe sostuvieron los suyos.

—Es hora que me digas exactamente cómo has pasado estos últimos seis años, por qué te mantuviste alejado y no intentes engañarme con esa tontería que primero necesitabas hacer fortuna. Puede que haya aceptado esa débil excusa como un hecho, cuando regresaste por primera vez, pero, no lo haré ahora.

—No es una historia bonita. —Su pecho se apretó, como si lo apretara un tornillo de banco.

—No vine aquí por un cuento. Vine por la verdad... —Su barbilla se tensó.

Al verla quitarse los guantes, Robert pudo ver que en realidad ella se estaba adaptando. Se preparó con un profundo suspiro.

—Te dije que mi barco fue abordado por piratas.

—Sí.

Él se dejó caer en su silla.

—Todo lo que dije era verdad, pero hay cosas que omití, cosas que esperaba no tener que admitir nunca ante ti.

Ella dejó los guantes a un lado y se arrodilló a sus pies.

—Dímelo —ella insistió, tomando sus frías manos entre las suyas.

Él dudó. ¿Cómo se confesaba la cobardía consumada?

—Te dije que una vez que los piratas nos abordaron, escapé y llegué a tierra, pero eso fue ficción y mentira. Lo intenté, pero me atraparon, cuando intentaba salir por escotilla para abordar otro barco, y me trajeron de regreso. Los piratas tenían como capitán a un inglés llamado Arthur Trent. Incluso para ser un bandido, es el peor de los sádicos. No le bastaba con capturar y matar. Su mayor placer le resultaba incitar a su tripulación a la tortura. Como el último de los supervivientes, y el único que no era ni un niño, ni un hombre mayor, el precio que podría conseguir en los mercados de esclavos me hacía demasiado valioso para matarme, pero, eso no significaba... —Su voz se quebró.

Los ojos adoloridos de ella se alzaron hacia los suyos.

—Pero, debiste haberte liberado eventualmente.

—Resolví escapar, pero, no de la forma en que estás pensando. Una vez que me quebraron, decidí quitarme la vida. —Dudó y luego extendió la mano izquierda, con la muñeca protegida por un brazalete que ocultaba su vergüenza. Se lo quitó y lo arrojó al agua.

La suave mano de Phoebe le rodeó la muñeca. Le dio la vuelta a la cicatriz del interior.

—Ellos no hicieron esto, ¿verdad? ¡Fuiste tú!

Con un nudo en la garganta, Robert asintió.

Su mirada fija se alzó hacia la de él.

—¿Por qué?

—Estaba enfermo en cuerpo y alma. Odiaba a mi captor, pero, eso no era nada comparado con el desprecio que sentía por mí mismo. Pasé cada momento libre, elaborando un plan en mi cabeza. Había un trozo oxidado de navaja de afeitar, que había sido tirado a un lado, y todos los días lo tomaba y trabajaba en la cuerda en mi muñeca. En el momento en que mis manos estuvieran libres, cortaría la arteria principal y no habría nada que él ni nadie pudiera hacer para traerme de regreso.

Él se había preparado para la recriminación, pero en lugar de eso, ella inclinó la cabeza y presionó sus dulces y curativos labios contra la cicatriz.

Aunque la había amado durante más de seis años, nunca había reconocido plenamente su valor hasta ese mismo momento. El corazón de Robert dio un vuelco. La fuerza de todo el amor que sentía por ella lo golpeaba como un dolor físico.

—Mi amor. —Ella volvió su rostro hacia él, una vez más, y el amor que brillaba en sus ojos intensos lo humilló y animó, dándole el coraje para continuar.

—Solo que tampoco logré suicidarme correctamente. La hoja estaba desafilada y justo cuando me había armado de valor para atacarme en serio, él entró y me detuvo. Llamaron al cirujano del barco para que suturara y vendara la herida, y me introdujeron algo amargo en la garganta que me hizo dormir. —Sintió humedad en las mejillas y se dio cuenta que debía estar llorando—. Cuando desperté, habían pasado dos días y estábamos llegando al puerto de

Madagascar. Me llevaron a tierra y me dejaron pasar la noche en un agujero inmundado entre una mazmorra y un sótano de almacenamiento. Al día siguiente me arrastraron por las calles hasta la plaza del mercado y me vendieron al dueño de una cantera. Luego supe que fue por una suma insignificante. Parecía que me habían tomado por un hombre muerto. Pero, no morí. Viví para ser esclavizado, en ese maldito pozo, durante dos años completos.

Ella levantó las manos para taparse la boca.

—¡Oh, Robert!

Se obligó a encogerse de hombros.

—No todo fue malo. Fue allí donde conocí a Caleb.

Ella bajó las manos y colocó una a lo largo de su muslo. Aunque no podía saberlo, tocó el mismo lugar donde lo habían marcado.

—¿Fue él...?

Sacudió la cabeza.

—Aparentemente no se necesita lengua para tirar de un carro. Para entonces ya estaba mudo como cualquier bestia de carga.

—¿Dijiste antes que le salvaste la vida?

Él asintió.

—Siempre he sido rápido de pies. Lo empujé para que no fuera aplastado por una roca que caía y hemos estado juntos desde entonces. Cuando me vendieron de nuevo, esta vez a un comerciante de sedas, quien deseaba tener un tutor que le enseñara inglés, lo convencí que también aceptara a Caleb.

Él hizo una pausa y respiró entrecortadamente.

Phoebe le apretó la mano.

—Continúa, te estoy escuchando.

Decidido a no retener nada más, él siguió adelante.

—Había una joven marroquí en la casa. Ella era una esclava como yo, pero, más bien era una doncella para todo trabajo. No había estado cerca de una mujer en años, pero decidí acostarme con ella tan pronto como pudiera, aunque solo fuera para demostrarme a mí mismo que todavía era un hombre. Supongo que pensé que estar con ella podría ayudarme a estar completo otra vez, devolverme esa parte de mí que me habían arrancado.

Como era de esperar, sus ojos se oscurecieron.

—La chica que mencionaste antes. ¿Estabas enamorado de ella?

Él sacudió la cabeza.

—No negaré que me importaba, pero, era más bien una amistad. Esperaba con ansias las noches en que ella pudiera escabullirse y venir a mí. El placer que compartimos me dio la esperanza que, si algún día regresara a Inglaterra, a ti, podría estar bien. No era feliz ni permanecía libre del pasado, pero estaba bien. Sé que no debe parecerte gran cosa, pero, cuando has vivido en el infierno durante dos años, estar bien parece un objetivo elevado.

Con la garganta trabajando, se obligó a mirarlo de nuevo y le preguntó:

—¿Tú la trajiste contigo cuando escapaste?

Robert volvió a mover la cabeza.

—Por difícil que parezca, ella estaba mucho mejor, en esa casa, que si estuviera sola, y era dueña de ella tan bien como yo. Y... ¡Yo nunca escapé! Mi amo me concedió la libertad, después que lo salvé de la daga de un asesino. Tomé mi libertad, la bolsa de oro que nos había dado a Caleb y a mí, y me dirigí a la India para empezar de nuevo.

Ella dudó.

—Entonces, ¿así nació Robert Lázaro?

Él asintió, nuevamente.

Una vez que llegué a Port William, comprendí que me habían dado por muerto durante casi tres años. Mis intentos de persuadir a los poderes fácticos que yo era quien decía solo me convirtieron en un charlatán o un loco. Después de unos días, me di por vencido, fui a otra parte y terminé alistándome en otro puesto avanzado de la compañía para recibir entrenamiento marítimo como Robert Lázaro.

—Y el capitán pirata, ¿qué fue de él? ¿Ha sido capturado?

Exhalando un suspiro, admitió:

—No... No lo han hecho. —Junto con la determinación de encontrar el camino a casa con Phoebe, la perspectiva de llevar al canalla, ante la justicia, se había mantenido viva, en su mente, todos estos años—. Hasta donde yo sé, sigue prófugo. Si volviéramos a cruzarnos, ni siquiera el amor que te tengo me impediría matarlo.

—Entonces, oremos ambos para que nunca lo hagas. —Retrocediendo, ella preguntó—. ¿Qué te pasó? ¿Es por eso que apenas soportas que te toquen? ¿Por qué prefieres inmovilizarme, antes que dejarme en libertad de ponerte las manos encima?

Él hizo una mueca.

—Esperaba habértelo ocultado, pero, es así...

Se pasó una mano por el pelo y los dedos temblaron contra el cuero cabelludo.

—Así que ahí lo tienes, todos mis oscuros y vergonzosos secretos desplegados ante ti, un pequeño y sombrío picnic de lo grotesco.

—Me alegra que me lo hayas dicho.

En lugar de responder, le puso una mano en el codo y se puso de pie, llevándola consigo.

La confesión puede ser buena para el alma, pero eso no significa que sea agradable para el oyente. Ya le había dicho tanto que infligirse más le parecía la quintaesencia del egoísmo. Antes de desmoronarse por completo, haría bien en acompañarla para que se fuera.

—He cumplido mi promesa. Ahora es el momento que regreses, antes que descubran que has desaparecido. Le he confiado mi vida a Caleb en más de una ocasión. Estarás en buenas manos.

Phoebe levantó la barbilla y encontró su mirada acerada.

—No voy a ninguna parte. Me quedaré aquí contigo.

—No sabes con qué te comprometerás ni lo que eso significa.

Ella lo interrumpió con una mirada decidida y sabia.

—Sé muy bien lo que significa.

Solo que ella realmente no lo sabía. Había descubierto su alma, pero aún tenía que soportar su cuerpo. Escuchar que había sido torturado tuvo que haber sido difícil, pero presenciar el resultado la pondría a prueba, en formas para las que tal vez aún no estaba preparada. Su lástima, ella reconoció, no era algo que él estuviera dispuesto a soportar.

No obstante, no era solo simpatía lo que él vio en su rostro, sino un ceño que rivalizaba con el de su madre.

—Desde que regresaste, has hecho todo lo posible para reclamarme, convirtiéndote en una maldita molestia y casi provocando que te asesinaran. Y ahora que has ganado tu camino... ahora que me has ganado a mí, ¡estás empeñado en despedirme! Esto no tiene sentido y, aunque lo tuviera, no fue hace seis años... ¡No lo toleraré!

Ella se estaba ofreciendo a él. Era lo que él había querido desde el principio, ¿no?

Un hombre mejor persistiría, pero Robert nunca había sido así, no en lo que respectaba a

Phoebe.

—Si te quedas conmigo, debes saber que llevarte a mi cama significará tanto como los votos pronunciados en una iglesia. Una vez que nos hayamos acostado juntos, una vez que me hayas dejado entrar en ti, no me haré a un lado ni por Bouchart, ni por ningún hombre.

—Querido tonto —dijo, sacudiendo la cabeza y poniendo una mano suave sobre su mandíbula—. Hablé con Arístide antes, y pusimos fin a nuestro compromiso.

Cubriendo su mano con la suya, él preguntó:

—¿Eso es realmente cierto?

Una sonrisa tembló en sus labios. Deslizando su otra mano en la de él, ella asintió.

—De lo contrario, no habría acudido a ti.

Después de pensarlo, él siguió indagando:

—¿Cómo se lo tomó?

—No... bueno... —vaciló y, al ver que su mirada se desviaba, él apostaría su barco a que había más de lo que ella no estaba diciendo.

—Lo único que importa es que soy libre: libre de Arístide, libre del pasado, libre para estar contigo. —Inmovilizándolo con ojos llorosos, ella volvió a sonreír—. Ahora, llévame a la cama, tonto, y reclámame como tuya en todos los sentidos.

*** **

Phoebe rodeó el cuello de Robert con sus brazos y acercó su rostro al de ella. Poniéndose de puntillas, unió sus labios con los de él, su cuerpo con el de él, su pasión con la de él, hasta que ya no fue posible saber dónde terminaba él y empezaba ella.

Él se alejó. Sosteniéndola con el brazo extendido, la recorrió con la mirada.

—Mírate —dijo, una y otra vez—. ¿Cómo es que eres tan hermosa y yo soy tan afortunado?

Poco a poco y pieza a pieza, la liberó de su ropa, sus dedos veloces hicieron un rápido trabajo con sus cintas y botones. Finalmente, le quitó la camisola de los hombros. Se alejó y aterrizó con el resto de su ropa en un charco a sus pies.

Al verse a sí misma en el espejo, al otro lado de la habitación, apenas dio crédito al reflejo como ella misma. Con los ojos muy abiertos y los labios color mora, la mujer lasciva que la miraba no se parecía en nada a la dama recatada y apropiada, que una vez se había enorgullecido de presentarse ante el mundo.

—No puedes saber cuántas veces te he imaginado. Aún así, eres cien veces más hermosa de lo que alguna vez fuiste en mis fantasías. —La amplitud de su sonrisa hizo que su corazón diera un vuelco.

—Justo es justo. Si yo voy a defender la idea de cortejar la fiebre pulmonar, tú también debes hacerlo. —Por muy perverso que se sintiera estar desnuda, mientras él todavía llevaba la camisa y los pantalones, estaba impaciente por que él se uniera a ella. Alejándose de su abrazo, alcanzó los botones de su camisa.

La sonrisa de Robert se disolvió. Extendió la mano para agarrar sus muñecas.

—Créeme, Phoebe, disfrutarás mucho más, si me dejas la camisa puesta. No soy apto para los ojos de una dama.

Ella lo miró desde sus muñecas esposadas.

—Voy a ser el juez de eso.

Sus manos cayeron.

—Está bien, pero recuerda más tarde que te lo advertí.

Deseando que sus torpes dedos cooperaran, trabajó en la fila de botones cubiertos de tela que cubrían primero su chaleco y luego su camisa. La camisa abierta reveló un atisbo de carne bronceada por el sol, espolvoreada con cabello oscuro, que se estrechaba en una cola que bajaba por su vientre surcado para desaparecer en la cintura de sus pantalones. Phoebe contuvo el aliento, preguntándose por qué había sido tan terca. Él era hermoso, una estatua clásica que cobraba vida y ella era su flor de narciso.

Guió el último botón a través de la abertura y deslizó sus manos debajo de la batista, deslizándola por sus hombros. Fue entonces cuando ella lo sintió, la carne moteada se extendió como una red sobre sus hombros.

Su boca se endureció.

—Te dije que me torturaron.

Pasando los dedos por su espalda, tocando una cicatriz especialmente profunda, preguntó:

—¿Los piratas?

En lugar de responder, dio la vuelta y cogió su camisa.

—Seguiré así. No me importa.

Al recuperarla, metió un brazo nervudo a través de la manga.

Ella extendió una mano para detenerlo y la aterrizó con fuerza sobre su brazo.

—¡No lo harás! A mí sí me importa...

Robert dejó caer la camisa. Su pecho subía y bajaba con cada respiración rápida y apresurada. Gruesas cicatrices blancas le cruzaban los hombros. Una particularmente profunda se curvaba sobre su hombro izquierdo como la cola de una serpiente. Ella se puso detrás de él y contuvo un grito ahogado. No solo lo habían azotado sino quemado. Reprimiendo su sorpresa, deslizó sus manos sobre el terreno de carne arruinada. A juzgar por las profundas alcantarillas, la zona entre los omóplatos había sido la más afectada por los azotes.

La imagen de Robert, su Robert, desollado, ensangrentado y en carne viva la hizo tambalearse, pero solo por un momento. Sabiendo que tenía que ser fuerte, que su futuro bien podría depender de cómo reaccionara ahora, respiró profundamente.

—Intenté advertirte.

—No necesito advertencia. —Anclando una mano en su cadera, presionó sus labios en la peor de las cicatrices y dejó un rastro de besos húmedos sobre la misma.

—Phoebe...

—¡Silencio! —dijo, rozando deliberadamente sus pechos contra su espalda llena de cicatrices—. En todo caso, estas marcas me hacen amarte aún más, porque prueban todo lo que soportaste para encontrar el camino de regreso a mí.

Él la miró por encima del hombro.

—¿No estás horrorizada?

Ella se acercó a él y tomó su mano, la guió hasta el triángulo entre sus piernas. No necesitaba mirar hacia abajo para saber que sus rizos inferiores estaban húmedos de rocío.

—¿Te parezco horrorizada?

Su mano se curvó alrededor de ella con su palma calentándola de la manera más deliciosa.

—N-no.

—Bien porque lo que siento cuando te miro es muy cálido y muy húmedo y, más allá de todo, tengo mucha suerte de tenerte de vuelta conmigo.

Con cicatrices o no, era más que hermoso. Dotados de músculos, sus bíceps eran incluso más grandes de lo que ella había supuesto al verlo en mangas de camisa arremangadas, con el

estómago plano y ondulado por los tendones. El pelo oscuro le cubría el pecho. Debajo de su esternón, se estrechaba hasta formar una cola, que desaparecía dentro de sus pantalones, donde faltaban más botones para desabrochar. Detrás del pantalón de ante, lo que prometía ser una erección verdaderamente magnífica se esforzaba por liberarse.

Un fuego lento ardía en sus ojos, quemando la mirada cautelosa que había tenido antes. Envalentonada, Phoebe extendió la mano para desabrocharle la solapa del pantalón. Deslizó ambas manos hacia el interior de las nalgas tensas debajo. No llevaba ropa interior. Conociéndolo, supuso que no debería sorprenderse. Boquiabierta o no, ella se sentía contenta y ansiosa. Además, no estaba sola. Robert dio un rápido paso hacia un lado y rápidamente se quitó la prenda.

Él se dirigió hacia Phoebe con una sonrisa vacilante, pero luego ella supo lo que estaba viendo. Más cicatrices le atravesaban las caderas y las nalgas; el lado derecho tenía marcas, hechas por piratas o esclavistas, ella no sabía quiénes fueron. Supuso que en algún momento en un futuro cercano o lejano, él se lo diría, pero, por ahora, esto importaba poco. Había pasado el tiempo de hablar, ahora era el de amarlo. Su polla era gruesa y llena con la cabeza hinchada, húmeda y deliciosa. Sin saber lo que hacía, se acercó a él. Sus dedos se cerraron alrededor de él. Él gimió y se empujó con fuerza contra su mano. Animada, cuando él no se inmutó ni se alejó, ella lo acarició de arriba abajo, aprendiendo su forma y fuerza. Estaba enfundado en satén y forjado en acero, y al pensar en lo pronto que ella lo cubriría con otra cosa que no fuera su mano, sintió un hermoso dolor en ciernes.

Una gota de humedad acarició su palma. Ella tuvo la repentina y loca idea de arrodillarse y saborearlo allí, de amarlo con la boca y la lengua, como él la había amado. Antes que pudiera hacerlo, él se escapó de su alcance.

—Necesito estar dentro de ti —dijo simplemente y la levantó en sus brazos.

Las tablas crujió cuando avanzaron hacia la cama, que era un enorme dosel cubierto de almohadas con flecos y tapizado en terciopelo escarlata. Al llegar a ella, la colocó en el centro.

Impaciente, Phoebe extendió los brazos. Él cayó encima de ella, sus poderosos brazos y muslos rodearon su cuerpo.

Al mirar su rostro tenso y sus ojos salvajes, se armó de valor.

—Antes que... hagamos esto, también tengo que hacer una confesión. La otra noche te permití creer que me había acostado con Arístide. No lo hice.

—¿Me esperaste?

Phoebe tragó con fuerza. El subterfugio parecía ahora una tontería, un último recurso para sanar el orgullo herido.

—Lo hice. Esperé a que volvieras a mí, incluso creyendo que no era posible. Sabía que era una locura, me dije que debía ser así, y esperé.

Robert rompió en esa sonrisa que Phoebe tanto amaba, la que ella no sabía que era únicamente para ella, la amplia sonrisa que resaltaba las pequeñas arrugas en las comisuras de sus ojos.

—Fue muy egoísta de mi parte, lo sé, pero me alegro, Phoebe, me alegro mucho.

—Yo también —ella admitió, y esos seis años de soledad de repente parecieron valer la pena, siempre y cuando la hubieran llevado a esto.

—¿No te importa tener a una virgen en tus manos?

Robert le sonrió, como si fuera realmente una tonta.

—Phoebe, dulce Phoebe, ¿no sabes lo honrado que me siento de ser tu primer amante, tu

único amante?

Phoebe fue la que se sintió honrada y asombrada. Sus músculos ondulantes, el pelo áspero que le cubría el esternón y los muslos, incluso las cicatrices que le rodeaban los hombros y la espalda, todo en él era increíblemente erótico y sublimemente hermoso para ella. Más allá del pudor, abrió los muslos y apoyó las rodillas. Se movió para arrodillarse entre ellos. Apoyó sus manos debajo de sus nalgas. Ella enganchó los suyos sobre sus hombros llenos de cicatrices y se levantó contra él.

Su miembro hinchado presionó contra la parte interna de su muslo. Con sus dedos la abrió ampliamente, separando los pliegues de carne y sumergiéndose en su canal como si probara su preparación. Phoebe nunca se había sentido más preparada en su vida. El líquido se acumuló en su vientre. Un zumbido de dolor emanó del lugar que sus dedos palparon. Un pulgar engrosado y calloso deslizó su perla, provocando un delicioso dolor entrecortado.

Extendiéndose entre ellos, se ajustó a ella, su eje hinchado pulsando contra ella. Phoebe miró hacia abajo y no vio cómo podrían empezar a encajar, pero confió en que él encontraría la manera.

—Intentaré contenerme y cuidarte como te mereces.

—No te reprimas. No quiero que te contengas. —Esa era la verdad. Ella no quería que él retuviera ninguna parte de sí mismo, ni siquiera si eso significaba lastimarla. Mientras él le estaba enseñando, un gran placer podía surgir de un dolor cuidadosamente medido. Con el corazón acelerado, apenas podía esperar a que él la abriera y que se unieran de la manera más íntima.

Entró en ella con un empujón agudo y limpio, enterrándose hasta el fondo. Un dolor agudo la atravesó. Phoebe contuvo el aliento, sintiéndose como si la hubieran partido en dos.

Robert se quedó quieto.

—¿Estás bien?

Phoebe miró su rostro preocupado y esbozó una sonrisa.

—Lo estoy. —El dolor fue un pequeño precio a pagar por una conexión tan profunda.

Robert comenzó a moverse lentamente hacia adelante y hacia atrás dentro de ella. El dolor disminuyó y fue reemplazado por un cálido cosquilleo. Phoebe cerró los ojos y se relajó con el ritmo. Sus golpes fueron más rápidos. La resistencia que había sentido al principio parecía haber terminado. En su lugar, se sintió plena y llena. La presión contundente aumentó y se profundizó.

Phoebe se levantó y lo recibió, golpe tras golpe. Pronto se movían al unísono de manera tan sublime que era imposible saber dónde terminaba él y comenzaba ella. Phoebe ató sus manos a sus hombros, llenos de cicatrices, y le rodeó el torso con las piernas.

De repente, él se retiró. Deslizó su pulgar en el centro de su parte resbaladiza. Los círculos rápidos la hicieron vibrar. Clavando sus uñas en su carne arruinada, sintió que chorreaba. Deslizó la cabeza de su pene a lo largo de su resbaladiza y la acarició una vez más. El cuerpo de ella tembló. Su corazón trino. Su mente se apagó ante cualquier cosa y no había nadie más allá del hombre magnífico que la reclamaba como suya. Agarrándolo con fuerza, ella se fue desplazando, su cuerpo y su mundo se hicieron añicos.

Un último empujón lo llevó al borde del acantilado con ella.

—Phoebe, Phoebe, Phoebe...

Él bombeó dentro de ella, sus gritos roncós la llenaron de triunfo femenino. Con las extremidades todavía envueltas alrededor de él, ella cerró los ojos con fuerza, y se rindió al placer y a la paz de estar bien y verdaderamente reclamada.

*** **

—¿Remordimientos? —Robert preguntó un rato después.

Acunada en el hueco de su brazo, Phoebe sacudió la cabeza.

—Ninguno. ¿Y tú?

Sonriendo a las vigas, sacudió la cabeza.

—Difícilmente. —Montrose tuvo ese derecho hace seis años. Por primera vez en su vida, Robert comprendió lo que significaba hacer el amor—. Pero, dime, ¿en qué estás pensando, tumbada ahí como una esfinge?

Dio la vuelta de lado y se levantó sobre un codo.

—Que desearía haber dejado que me arruinaras hace seis años. Prefiero ser una mujer caída.

Riéndose, la acercó a él.

—Disfrútalo mientras puedas. Una licencia especial nos permitirá casarnos en dos o tres días, donde queramos. Por ahora, creo que es hora que dejes esto, ¿no?

Levantó la pesada cadena, alrededor de su cuello, de la que todavía colgaba el anillo de compromiso de Arístide. En su prisa, no se habían molestado en quitarlo.

Phoebe levantó la cabeza de su hombro y lo miró con evidente disgusto.

—Lo haré con mucho gusto. Si tuviera mis opciones, lo arrojaría al Támesis, pero supongo que realmente debo devolverlo. Perteneció a la madre de Arístide y el rubí realmente está muy bien. Nunca pude decidirme a que me lo midieran.

Ella lo levantó para mostrárselo, y el distintivo mango dorado labrado le heló la mirada. Desde su primer encuentro en el baile de compromiso, algo en Bouchart le había irritado y no solo por su rivalidad por Phoebe. Había algo a la vez familiar y desagradable en el francés que había hecho que a Robert se le contrajera el estómago y se le erizaran los pelos de la nuca casi como si... casi como si tuviera algún motivo previo para temerle.

“Es una pieza bonita, tu mujer. ¿Cómo se llama?” Había preguntado el capitán pirata, señalando la miniatura de Phoebe, el pesado anillo de rubí, demasiado grande para su dedo, deslizándose alrededor de su delgado dedo.

“¡Phoebe Tremont, Phoebe Tremont, Phoebe Tremont!”

Robert tragó, mientras se le hacía un nudo en la garganta.

—El capitán pirata que hizo que me torturaran y me vendieran, se apoderó de mi relicario. Tan pronto como descubrió mi relicario con su miniatura, comenzó el interrogatorio. ¿Quién eras, qué eras? Dejó en claro que quería saber tu nombre. En ese momento, no podía entender por qué, aún así estaba decidido a no rendirme. De hecho, todo en mí gritaba que no debía contestar, incluso hacerlo significaba mi muerte.

—¡Oh, Robert, no!

—Cincuenta azotes me quebraron y confesé tu nombre... ¡Phoebe Tremont! Debo haberlo balbuceado una veintena de veces.

Inclinándose sobre él, le apartó un mechón de pelo de la frente.

—Sí... Al darle lo que exigió, eso significó que dejaron de lastimarte, entonces me alegro.

Su comprensión solo agravó la culpa de él.

—Tu encuentro con él en Londres no fue una casualidad. ¡Él te buscó por mi culpa! Porque yo te abandoné...

Bouchart, o más bien Trent, debió pensar en retirarse de la piratería y casarse con una mujer rica. Al final se dirigió a Londres y buscó a Phoebe. Qué encantado debía haber estado al descubrir que la miniaturista, en todo caso, había subestimado su belleza.

Ella sacudió su cabeza.

—Estabas bajo tortura. No tenías elección.

—¿No la tuve? Siempre hay una opción. —Demasiado avergonzado para mirarla a los ojos, se quedó mirando las vigas del techo.

Unos brazos delgados lo rodeaban. Labios suaves presionaron contra su mejilla.

—No hay nada que perdonar.

Él se dirigió hacia ella:

—Antes me preguntaste por qué me mantuve alejado durante seis años. Ahora, tienes tu razón. Lo que hice fue imperdonable. ¿Cómo podría agravar mi pecado, infligiéndote el desastre al que me han reducido?

—¿Es eso lo que quiso decir “madre Ginebra”, cuando dijo que temías que pudiera verte débil, menos que un hombre?

—¡Sí!

Enmarcando su rostro entre sus palmas, ella dijo:

—Mírame a los ojos y dime lo que ves.

Al sondear las brumosas profundidades azules de sus ojos, Robert solo encontró amor. El amor de Phoebe por él brillaba intensamente como cualquier estrella del norte, tan insondable como el mar mismo.

—De una vez por todas, no hay nada por lo que puedas sentirte culpable y nada que yo pueda perdonar.

Él se encogió de hombros.

—Ese es un tema de controversia, pero lo que está claro es que queda mucho por hacer. Cuando regresé a Londres por primera vez, le presenté mi informe a tu hermano en el Almirantazgo.

Su rostro reflejaba sorpresa.

—¡Reggie lo ha sabido desde el principio! Pero, nunca ha dicho una palabra.

Robert no se lo había imaginado, pero la confirmación de Phoebe fue de todos modos tranquilizadora que su confianza no estaba en mal lugar.

—Sé que es un poco una oveja negra, pero, en cuanto a su diplomacia y discreción, creo que merece más crédito del que se le ha dado.

—¿Qué quieres hacer?

—Fui un cobarde hace seis años, pero, ya no lo seré más. No puedo dejar suelto a un pirata sediento de sangre en Londres. ¡Debo hacer que se haga justicia!

—Prométeme que no lo matarás, no por él sino por ti.

—Ojalá pudiera, pero no puedo. Verás, he aprendido una lección. Hasta ahora, he terminado con las promesas que tal vez no pueda cumplir.

Capítulo quince

Estaba amaneciendo cuando Robert bajó a Phoebe del coche de alquiler.

—Sé que es difícil separarse, pero hasta que pueda llevar a Bouchart, ante la justicia, la casa de tus padres es el lugar más seguro para ti. Si es necesario, alega dolor de cabeza y permanece encerrada en tu habitación hasta que vaya a buscarte.

Phoebe no estaba del todo segura de tener que “declarar” algo. Saber las atrocidades de las que era capaz Arístide, o más bien Arthur Trent, y que Robert pretendía derrotarlo, ya había provocado el comienzo de uno.

—Y... ¿Qué hay de ti?

Se encogió de hombros, como si su seguridad fuera una preocupación secundaria.

—Si todo va según lo planeado, al final del día tu ex prometido estará encadenado y bajo vigilancia en Old Bailey, enfrentando cargos de asesinato y piratería en alta mar.

—Si todo va según lo planeado. ¿Y si no es así?

—Lo será. No estoy solo en esto. Tengo a Caleb a mi lado y a Montrose también.

—Me sentiría mejor si me dejaras ir contigo también. —Esperar parecía ser su destino femenino. Por una vez deseó estar en el meollo de las cosas y ser verdaderamente útil—. Yo podría ayudar, sacarlo tal vez. Todavía no sabe que estoy consciente de su verdadera identidad. Podría decir que he reconsiderado lo de romper nuestro compromiso y...

—¡No!

Phoebe parpadeó. A pesar de todos los enfrentamientos de las últimas semanas, esta era la primera vez que podía recordar que él le había levantado la voz.

En un tono más suave, dijo:

—Te amo por tu lealtad y tu corazón de león, pero no se debe jugar con un hombre como Trent. Has visto su obra estampada en mi cuerpo, y está lejos de ser la peor de las atrocidades que ha cometido. Una vez que lo entregue al magistrado como un impostor y un pirata, no dudará en utilizar a mis seres queridos, en mi contra, tanto por despecho como para asegurar su salida segura de Inglaterra. ¿Prométeme que harás lo que te pido y te quedarás dentro hasta que regrese? —Señaló la casa, cuyas ventanas aún estaban a oscuras.

—Muy bien, lo prometo.

Con una expresión más relajada, asintió.

—Y por el amor al Cielo, haz lo que sea necesario para enviar a esa doncella tuya a empacar.

—Con mucho gusto —dijo, aunque tenía la sensación que después del otro día Betty ya se habría marchado por su propia voluntad. Si ella era realmente el topo de Arístide, ahora que su compromiso se había roto, debía saber que sus fechorías en su nombre ya estaban terminadas.

Él se inclinó para besarla. Phoebe levantó la cara y encontró su boca buscadora con la de ella. A pesar de la pasión que habían compartido, a bordo del barco, el beso en boca cerrada hizo que su corazón se acelerara y le endureciera las rodillas.

Dando un paso atrás tembloroso, ella le sonrió.

—Un beso a la vista de la casa de mis padres, ¡qué fe tienes, señor! Usted se ha atrevido a tomarse tales libertades con la reputación de una dama. Es posible que mi padre te obligue a casarte conmigo por eso —añadió con un guiño.

Robert sonrió.

—Si hubiera sabido que eso era todo lo que se necesitaba, te habría besado en la calle hace semanas, no hubiera esperado años. Que las lenguas meneen esa voluntad. Antes que termine la semana, serás mi esposa en todos los sentidos. Por ahora, resiste y sé valiente.

“Resistir. Ser valiente”. Había precedido su solicitud de licencia hace seis años con casi las mismas palabras. ¿Por qué, oh, por qué las decisiones de su vida parecían resumirse en ser valiente o ser feliz?

—Deberías entrar ahora —dijo, arrojando la pelliza sobre ella—. Esperaré aquí hasta que estés a salvo dentro y luego debo irme también.

Dejando caer las manos, dio un paso atrás y se giró para subir al carruaje.

Con el corazón a punto de hundirse, Phoebe lo agarró de la manga.

—Ten cuidado, mi amor. No creo que pudiera soportar que te perdieras por una segunda vez.

—No me perderé.

Ella tragó con dificultad.

—No te preocupes más por hacerme promesas que no puedes estar seguro de cumplir.

Él puso una mano sobre cualquiera de sus hombros. Sosteniéndola con el brazo extendido, la miró profundamente a los ojos.

—Haz lo que te ordeno y te juro por nuestro amor, por lo que considero sagrado y querido que volveré para reclamarte como mi novia.

Con la cabeza aturdida por los descubrimientos de las últimas veinticuatro horas y el cuerpo deliciosamente tierno por la noche de amor, Phoebe asintió.

—Muy bien, entonces haré lo que dices, esta vez.

Las lágrimas se acumularon en sus ojos. Antes que él pudiera verlas, ella dio la vuelta. Íntimamente, consciente que su mirada la seguía, cruzó hacia el patio delantero cerrado de la casa. La verja se abrió, casi sin hacer ruido, y la llave giró suavemente en la cerradura de la puerta principal. Ofreciendo un raro sentimiento de gratitud hacia su madre, que siempre estaba detrás de los sirvientes para engrasar todas las bisagras, Phoebe cerró la puerta silenciosamente detrás de ella. Caminando de puntillas por el vestíbulo, vio que no todas las habitaciones estaban a oscuras. Confiando en la luz de una única lámpara de Argand, vio a una criada, arrodillada junto a la rejilla del salón delantero, trabajando con un cepillo y un cubo de basura. Agradecida por sus pantuflas de suela suave, hizo el ademán que iba a pasar. El crujido de una tabla la delató. La chica giró la cabeza y sus cejas se alzaron cuando observó a Phoebe en el pasillo. El corazón de Phoebe se detuvo y luego empezó de nuevo. Si la Providencia estaba dispuesta, ella sería esposa en unos pocos días, y sus vagabundeos nocturnos pasados no serían notables para nadie. Aún así, al igual que los buenos modales, la discreción no daña a nadie y no cuesta nada. Llevándose un dedo a los labios, continuó hacia las escaleras. Mientras ascendía, luchó contra una tonta sensación de presentimiento, el silencio era tan fuerte que podría haber detectado la caída de un alfiler. Estaba actuando como una tonta, por supuesto. Naturalmente, la casa estaba extraordinariamente silenciosa. Acababa de amanecer. Incluso su madrugador padre seguiría roncando profundamente en su cama. Pasando por alto el dormitorio principal, que conectaba con la habitación de su madre, se apresuró por el pasillo hasta su habitación.

Al llegar, se deslizó adentro, cerró la puerta detrás de ella y se recostó contra los paneles de madera.

—Pippin, ¡mamá está en casa! —Su mirada fue de la cama a la canasta y viceversa, pero no apareció ningún rostro peludo a modo de saludo.

—Pippin —dijo de nuevo, más fuerte, demasiado asustada para preocuparse a quién

podría despertar.

Al cruzar la cama, el pánico le subió a la garganta. La suya era una habitación de tamaño modesto. Había un número limitado de lugares en los que un perro pequeño podía esconderse. Arrojó su bolso sobre la colcha y la puso en cuatro patas. Levantando el plumero, miró por debajo. Estaba vacío. Se levantó y buscó en su otro escondite favorito, el armario, pero él tampoco estaba allí. Su mirada se centró en su escritorio, ¡la herramienta de la duplicidad de Betty! Temiendo lo que podría encontrar, se acercó. Encima había una sola hoja escrita en tamaño folio, escrita con lo que ahora reconoció como la letra tosca y curvada de Betty.

SI QUIERES QUE TU PERRO VUELVA CON VIDA, VEN A SERPENTINE BRIDGE
EN HYDE PARK, SOLA.

Phoebe se quedó helada. Atrás quedó el brillo amoroso que la había calentado hasta hace unos minutos. Ahora que sabía hasta dónde llegaría Betty, Phoebe sintió como si sus venas llevaran agua helada, en lugar de sangre. Su esperanza de recuperar a Pippin, sano y salvo, residía en persuadir a la chica que ya no era su rival. Una vez que Betty se enterara de la ruptura del compromiso, no tendría motivos para actuar por despecho. Necesitaría recuperar a Pippin, antes de que Betty se enterara del arresto de su amante.

Pero Robert nunca toleraría que ella se reuniera a solas con la doncella ni ella lo culparía. Aún así, si su plan salía mal, alguien debería saber de su paradero. Mojando la muy maltratada pluma en el tintero, tachó un breve apéndice directamente debajo de la amenaza de Betty. Con el corazón acelerado, roció arena para fijar la tinta, dobló el papel y escribió las instrucciones de Chelsea en el exterior. No había tiempo que perder para calentar el lacre y, por otra parte, el contenido no estaba destinado a ser privado.

Ella vaciló, volvió y cogió la navaja de bolsillo con mango plateado, que se utiliza para afilar la pluma. Con la esperanza de no necesitarla, la dejó caer dentro de su bolso y salió corriendo, llevándose la carta consigo.

La familia despertaría pronto. No había tiempo que perder. Bajó del rellano y se dirigió de regreso al salón, donde la doncella de ojos somnolientos parecía haberse quedado dormida, con el cubo y el cepillo desechados.

Phoebe se inclinó y la despertó con una suave sacudida de hombros.

—Necesito que bajes a la cocina y busques a un lacayo para entregue esto sin demora — dijo, presionando la carta en la mano llena de hollín de la muchacha junto con una moneda de su bolso.

Los pesados párpados de la criada se levantaron.

—¡Ay, una guinea!

Phoebe se enderezó y supuso que era una gran cantidad de dinero para dar como propina, pero mientras la doncella del salón se encargara del servicio, se habría ganado hasta el último chelín.

—Dile a Charlie, o Freddie, o a quien sea, que lo entregue... también habrá uno para él, cuando regrese.

Dio la vuelta y regresó al vestíbulo. Con pasos impulsados por el miedo, atravesó las baldosas blancas y negras hasta la puerta. Al alcanzar el pomo, no pasó desapercibida para ella la ironía de sus circunstancias. Esta vez fue ella, no Robert, quien rompió su promesa. Pero con la vida de Pippin en juego, no había nada que hacer. Solo podía esperar que su amado pirata se mostrara más rápido para perdonar que ella.

*** **

Parado afuera de las habitaciones alquiladas de Arístide, Robert intercambió una mirada cargada con Anthony.

—¡Ahora!

Ante el asentimiento de Robert, Anthony adoptó su tono más señorial.

—¡Arístide Bouchart! También conocido como el pirata William Trent... ¡Te ordeno que abras esta puerta! Con la autoridad que me ha sido conferida como par del reino y súbdito leal de Su Majestad, el rey Jorge.

El contacto de Anthony, en la Oficina de Guerra, había confirmado que, si bien el nombre Bouchart era en realidad uno de los más antiguos y nobles de Normandía, la revolución de finales del siglo anterior también lo había extinguido. El último de su linaje, el verdadero Arístide Bouchart, séptimo conde de Beaumont, había llegado a su fin con el beso de madame guillotina, a la edad de ochenta años.

Esperaron en silencio. No era sorprendente que no hubiera respuesta interna. Robert volteó hacia Anthony.

—¿Estás pensando lo que estoy pensando?

—¿Significa que vamos a tener que derribar la puerta?

Robert asintió.

—Si no te importa, te agradecería que me hicieras los honores. Ese tipo intentó matarme dos veces, quizá tres.

—Serás mi invitado —dijo Anthony, sacando la pistola de duelo de su bolsillo y retrocediendo para hacer espacio—. Con mi pierna juguetona, mis días de romper puertas han terminado. Pero, soy un excelente tirador.

Aunque apoyándose en la pierna izquierda, Robert tiró hacia atrás y clavó el tacón de su bota en la puerta. Varias patadas, bien propinadas en las proximidades de la placa de la cerradura, hicieron que la madera se astillara y el pomo quedara colgado a media asta.

Robert desenvainó su sable y cargó hacia adentro. Anthony lo siguió, con la pistola preparada. El silencio antinatural hizo que a Robert se le hundiera el estómago. Una búsqueda habitación por habitación confirmó que su presa había huido.

—¡Maldita sea! —expresó Anthony, bajando su arma—. ¿Vamos a casa del magistrado?

Robert sacudió la cabeza y la sensación de hundimiento se convirtió en pavor.

—Continúa y te veré allí tan pronto como pueda. Tengo que avisar a Phoebe.

*** **

La ciudad todavía estaba envuelta en niebla cuando el coche de alquiler dejó a Phoebe en Hyde Park Corner. El conductor, de rasgos contundentes y paternal, lanzó una mirada preocupada desde el pescante.

—¿Está usted segura que debería pasear por el parque, en este “territorio”? Una buena dama como usted podría chocar con unos bandidos o algo peor.

—Gracias por preocuparse, pero, estaré bien —respondió Phoebe. Al pasarle los fondos para el pasaje, rezó para que al menos la promesa se cumpliera.

Al acercarse a la puerta de entrada, se detuvo para echar un vistazo rápido. Satisfecha porque nadie la seguía, pasó. Salvo algunos jinetes solitarios, el parque estaba desierto, a esa hora temprana. Tomó uno de los senderos con barandillas que bordeaban Rotten Row y conducían hacia el lago. Reprendiéndose a sí misma por no tomarse el tiempo de cambiarse las

pantufas por las botas, siguió adelante y la humedad se filtró en sus suelas. Unos quince minutos más tarde, el Serpentine apareció a la vista. Lo rodeó y tragó contra el nudo que le apretaba la garganta. El lago, con su población de aves acuáticas, había sido el paseo preferido de Pippin desde que era cachorro. Al llegar al puente arqueado, admitió que su calzado no era la única preparación en la que había escatimado. El par de pistolas de duelo de su padre habrían sido un armamento mucho más práctico que un afilador de plumas. Por otra parte, la única vez que disparó una pistola de chispa, el contragolpe casi la derribó.

El ladrido agudo de un perro la hizo levantarse la falda y acelerar el paso. Al llegar al puente, tomó unas escaleras laterales hasta la cima.

Entrecerrando los ojos a través de la niebla, gritó:

—¡Pippin!

Los ladridos ya eran más apagados, pero todavía venían de cerca.

“¡Pippin!”

Un cuerpo pesado la golpeó por detrás y la arrojó hacia adelante. Sintióse como si la hubieran derribado con un saco de boxeo, luchó contra el brazo nervudo que la ataba. Abrió la boca para gritar, pero antes que pudiera, su atacante la metió dentro de una bola de tela. El tosco saco que le cubría la cabeza la privaba de la vista y de cualquier olor. Atrapada, todavía luchaba, pataleando con piernas y pies, pero era inútil. Sus plantas dejaron el suelo. Segundos más tarde, su cuerpo se volcó, cuando la levantaron en alto y la colgaron de cabeza sobre un hombro duro. Unas pisadas pesadas la empujaron hacia adelante. Con la cabeza golpeando la columna vertebral de su secuestrador, luchó contra el pánico. La nota de Betty no había sido más que un cebo. Tonta y estúpidamente, Phoebe había caído en la trampa.

La mayor atracción de la gravedad sugirió que estaban descendiendo al nivel del suelo. Los pasos de su agresor ya no raspaban piedra, sino que eran casi silenciosos, como si pisaran una superficie más esponjosa.

—¡Es una astuta la milady! —gritó una mujer, Betty, con un acento cockney más marcado ahora que estaba fuera de casa—. Cuidado, ¡agárrese fuerte!

Resuelta a hacer el mejor uso de los sentidos que aún le quedaban, Phoebe aguzó el oído para escuchar.

—No necesito que una perra estúpida como tú me diga mi trabajo —replicó el captor de Phoebe. La tomó en brazos sin mayor cuidado que si estuviera tan insensata como el saco que la envolvía.

Phoebe apostaría el relicario de Robert a que el hombre que la retenía era uno de los dos que los habían perseguido por el mercado. Robert había intentado convencerla que eran los secuaces de Arístide, pero, como de costumbre, ella había sido demasiado terca para hacerle caso. “¡Oh, qué tonta fui!”

—Mantendrás una lengua cortés y tomarás la caja si sabes lo que es bueno para ti —gruñó Betty.

La caja... estaban en un carruaje. Decidida a marcar cualquier otra pista que pudiera, escuchó el crujido de lo que debía ser la apertura de una puerta propensa a atascarse.

—¡Lárgate! —Una mano dura apretó sus nalgas.

Luchando contra el mareo, sintió que la ignoraban.

Un segundo par de brazos la recibió.

—Tenga cuidado de no dañar mi carga —lo dijo una voz con acento francés cerca de su oído.

“¡Arístide!”

¿Había eludido a Robert? ¿O tal vez no lo había esquivado en absoluto, sino que había escapado haciéndole algún daño? La perspectiva infundió terror en su corazón. Robert no había regresado, y, sin embargo, no podía imaginar su mundo sin él. Poco importaba si peleaban o hacían el amor. Necesitaba que él se sintiera completamente vivo. Pensar en cuánto de las últimas preciosas semanas había desperdiciado, atrayéndolo y alejándolo alternativamente, la inundó de arrepentimiento. Suponiendo que sobrevivieran y encontraran la felicidad juntos, ella no volvería a cometer el mismo error.

La colocaron en posición vertical. Unas manos, no demasiado suaves, la sacaron del saco. Parpadeando, Phoebe miró fijamente a Arístide y Betty, que compartían el asiento frente a ella. La ex criada sostenía en alto una pistola de chispa amartillada. Al pensar en las innumerables veces que esa misma mano le había pasado un cepillo por el pelo, o le había servido una taza de té, Phoebe se estremeció.

—Tú gritas y yo salgo del perro —le advirtió Betty, apuntando la pistola hacia abajo.

Phoebe siguió su dirección hasta el piso del carruaje con Pippin a sus pies. Al encontrarse con sus cautelosos ojos marrones, su corazón dio un vuelco. Ella extendió la mano y él acarició su palma con su nariz húmeda. Hasta donde ella sabía, no le habían hecho daño, pero quién podía decir cuánto duraría eso. Luchando contra las lágrimas, recordó que su vida y la de Robert no eran las únicas que su terquedad había puesto en peligro.

Volviendo a mirar a sus captores, respondió con un gesto mudo, antes de quitarse la mordaza.

—Pippin, cariño.

Levantándose sobre sus patas traseras, plantó sus patas delanteras sobre su rodilla, moviendo la cola.

Phoebe extendió la mano para subirlo a su regazo y evaluó sus opciones, ciertamente escasas. Sus extremidades habían quedado desatadas. ¿Era posible que ella saltara del carruaje y huyera? Con Pippin en sus brazos, ¿cómo podría frenar su caída? Ya era pleno día, en una mañana de primavera bastante brillante. El parque se estaría llenando rápidamente. Si gritaba, alguien podría oírla. Al mirar a Betty, ella también descartó esa posibilidad. El dedo de la doncella estaba en el gatillo y su porte sugería que necesitaría poca persuasión para retroceder. Disparando a quemarropa, ella no podía fallar. No, su único camino era quedarse quieta y esperar una oportunidad más segura. Una vez que su carta llegara a casa de Chelsea, Robert vendría a buscarla. El debía hacerlo.

Betty se acercó y abrió la puerta del carruaje.

—Sáquenlo. No compartiré un espacio tan cercano con una bestia asquerosa.

—No lo haré. —Apretando su agarre, dirigió su mirada hacia Arístide—. Por favor, es una mascota doméstica. No puede valerse por sí mismo.

—Será mejor que empieces. O, si lo prefieres, haré que Betty le dispare. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que comí un perro. En algunas partes de oriente se considera un gran manjar.

Phoebe se tragó un sollozo y le dio un beso en la cabeza a Pippin. Ella le desabrochó la correa y lo dejó frente a la puerta abierta.

Volviendo a mirarla, él se negó a ceder.

—¡Fuera contigo! —gritó, con las lágrimas ahogándola.

—¡Vete! —dijo de nuevo, usando el costado de su zapatilla para apartarlo, utilizando esa dureza al servicio de salvarle la vida.

Cualesquiera que fueran sus posibilidades en el parque, tenían que ser mejores que estar a

merced de un sádico como Arístide. Su collar lo proclamaba como la mascota de alguien, al igual que el brillo de su pelaje bien cepillado. Con suerte, algún cliente del parque se apiadaría de él, y tal vez lo vería regresar a casa.

La rápida patada de Betty hizo que el spaniel saliera volando.

—¡No! —Phoebe se acercó, pero ya era demasiado tarde. Sus manos arañaron el aire. La puerta del carruaje se cerró de golpe.

—Adiós —dijo Betty, acomodándose en su asiento.

Phoebe estiró el cuello para mirar por la ventana, pero Pippin no estaba a la vista. Intentó consolarse pensando que, si estuviera gravemente herido, no podría haber despejado el área tan rápido, pero no podía estar segura. ¿Estaba escondido debajo del carruaje? Esta vez, ella no rezó.

Miró a sus captores. Para no ceder a la tentación de lanzarse sobre Betty, al diablo con la pistola, se centró en Arístide, o más bien en William Trent.

—Nunca te saldrás con la tuya.

Él esbozó una sonrisa.

—Nunca, mi muchacha es el mismísimo diablo de mucho tiempo. —Envolvió sus nudillos en el techo del carruaje y el vehículo se sacudió hacia adelante.

*** **

Robert llegó a la casa de Tremont, mientras la gente se estaba adaptando a su rutina matutina. El mayordomo lo condujo a la sala de desayuno, ocupada solo por Lord Tremont. Con una servilleta metida en el pañuelo del cuello, el hombre mayor empujó hacia atrás su silla y se levantó.

—Bellamy, qué placer tan inesperado. No había pensado volver a verte entre estas cuatro paredes —dijo y, a pesar de su sonrisa afable, la referencia indirecta a la debacle con la criada no pasó desapercibida para Robert.

—¿Estabas empezando a creer que Phoebe y yo éramos los únicos habitantes de Mayfair que comenzaban su día antes del mediodía? Pero, no te quedes ahí parado. Llena un plato y acompáñame. —Señaló el aparador con los omnipresentes platos cubiertos.

En otras circunstancias, Robert habría aceptado encantado. Pero con Arístide a la fuga, no había tiempo que perder. Aún así, en lugar de aumentar el alboroto indebidamente, preguntó:

—¿Phoebe ya ha bajado?

Le indicó a Robert que se sentara y él volvió a sentarse.

—No, no lo ha hecho, lo cual es demasiado extraño. Aparte del otro día cuando ustedes dos tuvieron su... malentendido, ella desayuna conmigo todas las mañanas.

Robert permaneció de pie.

—Sobre eso...

—No me debes una explicación. Ahora, Phoebe, por otro lado...

—Tengo motivos para creer que puede estar en peligro. —Por mucho que quisiera creer que ella se había encerrado en su habitación, como lo había prometido, su estómago hundido sugirió lo contrario.

Las cejas entrecanas se alzaron.

—¡Peligro! ¿Qué clase?

Con la mayor parsimonia posible, Robert relató los acontecimientos de las últimas semanas que condujeron al descubrimiento que el francés no era francés en absoluto, sino el pirata nacido en Manchester, William Trent.

Como era de esperarse, Lord Tremont consternado se puso de pie, olvidando su apetito.

—¿Quieres decir que casi le doy la mano a mi hija en matrimonio a un pirata?

—Me temo que sí, señor. Pero no debes culparte a ti mismo. Incluso yo, que he sido muy abusado por él, no pude reconocer a Arthur Trent y Arístide Bouchart como el mismo hombre. Pero, podremos hablar extensamente más adelante. Por ahora, envía a alguien a buscar a Phoebe a su habitación. Quiero verificar su seguridad, antes de continuar mi persecución.

—Por supuesto. —Cruzó la habitación hasta tocar el timbre. Antes que pudiera alcanzarlo, apareció Wilson, arrastrando a una joven criada por la manga.

—Le ruego que perdone la interrupción, milord, pero esta muchacha tiene algo que decirle.

Con el rostro enrojecido, Lord Tremont sacudió la cabeza.

—De verdad Chambers, este no es el momento ni el lugar. Debes saber que cualquier asunto del hogar debe ser abordado con mi esposa.

—Se trata de Lady Phoebe, milord. —El mayordomo le dio un codazo a la chica—. Continúe, dígame a Su Señoría, exactamente lo que me ha dicho, y tenga cuidado de no omitir ni una palabra.

Tocando la alfombra, la muchacha comenzó:

—Bueno, es así. Lady Phoebe se fue... Es decir...

Impaciente por sus vacilaciones, Robert abrió la boca para darle un mensaje muy necesario, pero Lord Tremont se le adelantó.

—¡Dígame ya! —tronó, sin sonar en absoluto como el hombre apacible que Robert conocía—. ¿Qué tienes que decir sobre mi hija?

—Ella no está aquí.

El corazón de Robert se congeló.

—¿Qué quieres decir con que no está aquí? —exigió Lord Tremont—. Por supuesto que ella está aquí. A esta hora, ¿dónde más estaría ella?

En lugar de ahondar en territorio oscuro, Robert se dirigió a la doncella.

—Cuéntanos todo lo que sabes y procura no escatimar detalle.

—Bueno, no quiero meter a nadie en problemas, claro, pero estaba ennegreciendo las rejillas del salón, a altas horas de la madrugada, esta mañana, cuando por casualidad vi a Lady P. pasar, mientras subía las escaleras, completamente vestida —habló intencionadamente—. Poco tiempo después, ella se apresuró a bajar, llevando una pequeña carta y me pidió que buscara un lacayo para entregarla de inmediato, pero yo... ¡Oh, cielos, estaba tan absorta en transportar las bandejas de desayuno a Lady T. y la señorita B. que claramente se me olvidó enviarla! hasta ahora...

—¿Dónde está la carta? —preguntó Robert.

—En mi bolsillo, señor.

—Bueno, ¡dámela! —espetó Lord Tremont.

Ella metió una mano en el bolsillo de su delantal, sacó el papel doblado y se lo pasó a Lord Tremont, quien se lo entregó a Robert.

—Diga lo que diga, sospecho que significará más para usted que para mí.

Robert desdobló la hoja. La letra grande y circular en la parte superior era la misma que antes y obviamente pertenecía a Betty. Al leerla, su ira aumentó. ¡Usar la mascota de Phoebe como señuelo! Él debería haberlo anticipado. Saltó al escaso mensaje escrito debajo con la letra clara y limpia de Phoebe.

ROBERT, HE IDO POR PIPPIN. RUEGO AL CIELO QUE PARA CUANDO RECIBAS ESTO, AMBOS ESTAREMOS SEGUROS EN CASA. SI NO, POR FAVOR VEN

LO MÁS RÁPIDO QUE PUEDES, Y PERDÓNAME POR ROMPER MI PROMESA. TUYA SIEMPRE, PHOEBE.

Con el corazón en la garganta, le devolvió la nota a Lord Tremont. Lanzando una mirada significativa hacia Wilson y la criada, dijo:

—¿Hay algo más?

La doncella negó con la cabeza. Siguiendo el ejemplo, el mayordomo la sacó y cerró la puerta detrás de ellos. Al quedarse a solas con Lord Tremont, Robert dijo:

—La criada, Betty, voy a necesitar ver su habitación.

Lord Tremont asintió.

—Por supuesto, pero, ¿por qué?

—Ella está aliada con Bouchart-Trent. Pippin no fue más que el señuelo para sacar a Phoebe de un lugar seguro.

Lord Tremont levantó la vista de la nota y le lanzó una mirada interrogativa.

—¿Por qué debería molestarse en atraerla a cualquier parte cuando todavía cree que se casarán en un mes?

—Phoebe rompió su compromiso ayer. Me imagino que se siente desesperado. —Un hombre desesperado era un hombre peligroso, como bien sabía Robert.

Lord Tremont lo miró con ojos asustados.

—¿A dónde crees que la ha llevado y con qué propósito?

—Apuesto mi último centavo a que la ha llevado a bordo de su barco. Una vez que despeje el puerto y llegue a mar abierto... Bueno, no podemos permitir que eso suceda.

—¡No! —Lord Tremont estuvo de acuerdo con expresión sombría—. ¡No podemos!

Robert vaciló.

—Soy consciente que esto puede parecer prematuro, incluso inapropiado, pero como padre de Phoebe, quiero que sepas que tu hija me ha dado su consentimiento para convertirse en mi esposa.

—¿Ella lo hizo?

Robert asintió.

—Ella lo hizo. Si bien ambos esperamos que una vez más nos concedas tu bendición, también debes saber que estamos preparados para casarnos sin ella. Estoy dispuesto a casarme con ella sin la misma.

—¿Es así? Dime... ¿Hay algo más que, como padre de Phoebe, usted cree que debería saber?

—Solo una cosa. Esta vez dedicaré mis días a demostrar que soy digno de ella.

—Asegúrate de hacerlo.

Robert se giró para irse.

—Bellamy, hay una cosa más que vale la pena decir. Dependiendo del progreso de los acontecimientos, puede que no haya tiempo ni privacidad para decirlo más tarde.

Con el corazón palpitante, Robert preguntó:

—¿Y qué es eso, milord?

Lord Tremont se acercó al pie de la mesa y le tendió la mano.

—¡Bienvenido a la familia! Querido muchacho.

*** **

Lord Tremont, sintiendo que había cumplido ochenta años, subió las escaleras hasta la

habitación de su esposa. Como solía hacer, la encontró desgastando la alfombra Aubusson con sus paseos.

Ella lo vio en el umbral y se detuvo.

—Me gustaría que hablaras con tu hija. Faltan quince días para la boda y hasta el momento ella se niega a mostrar el más mínimo interés en las pruebas de su ajuar... Y el velo de novia: Honiton o encaje de Bruselas, ella simplemente debe decidirlo.

Dudó y luego cruzó el umbral de la habitación.

—Me temo que no habrá boda.

La cabeza de ella se levantó de golpe.

—No seas absurdo... Por supuesto que sí.

—No, no la habrá.

—Pero...

—Leticia, siéntate.

Para sorpresa mutua, ella lo hizo, desplomándose en el débil cojín del sofá. A él se le ocurrió que, una vez que le diera la noticia, los muebles bien podrían ganarse su nombre.

Ella lo miró con ojos asustados.

—¿Algo ha sucedido? Dímelo por favor.

Se sentó rígidamente a su lado y no solo porque su gota estaba empeorando. No era frecuente que él se uniera a ella en su santuario. A pesar de treinta años de matrimonio y tres hijos, se sentía como un intruso.

—Phoebe no se ha fugado... ni con Bellamy, ni con nadie más. ¡La han secuestrado!

—¡Secuestrado! —La palabra surgió como un sollozo ahogado. Sus ojos suplicantes volaron hacia los de él—. ¿Estás completamente seguro?

—Lamentablemente, lo estoy.

—Haré que cuelguen a Bellamy y... —Apretó sus delgadas manos en puños.

—Bellamy no se la llevó. Bouchart lo hizo...

—¿A Gretna Green?

—A su barco... eso es lo que creemos.

—¿Creemos?

Él asintió.

—Bellamy acaba de irse. Él y Montrose han estado investigando los antecedentes de Bouchart. —Hasta que Phoebe estuviera a salvo en casa y se hubiera evitado cualquier peligro, se abstendría de pronunciar “pirata”, a menos que fuera absolutamente necesario.

Como siempre, ella era muy terca. Puso los ojos en blanco.

—Como si debiéramos dar crédito a la palabra de cualquiera de esos salteadores. Como si esto no fuera así... la fuga es un gesto romántico equivocado por parte de Arístide para acelerar la boda.

Por mucho que le doliera hacerle ver la verdad, por el bien de todos se armó de valor para hacerlo.

—No te equivoques, Phoebe es una rehén, no una novia, y Bouchart no es más que un pirata sediento de sangre llamado William Trent. —Ahí lo dijo.

Él rostro de ella se arrugó.

—¡Un pirata! Nuestro hija está en las garras de un...

—Bellamy cree que quiere retenerla para pedir un rescate. Si nos negamos a pagarlo, es probable que... la venda al mejor postor, una vez que salga de aguas británicas.

Inclinándose hacia delante, ella hundió la cabeza entre las manos.

—La vida de nuestra hija está en peligro. Puede que la perdamos para siempre, que la obliguen a una vida de degradación, y todo es culpa mía.

—Querida, eso simplemente no es cierto.

—¿No es así? —Se enderezó y se llevó una mano a la frente—. Ella no quería casarse con Bouchart o... como se llame, pero, la presioné. He abordado mal este asunto matrimonial y con consecuencias calamitosas.

Tremont suspiró. Como sucedía con tantas familias de alto nivel, habían tratado de manera demasiado estricta a la hija y fueron muy indulgentes con el hijo.

—No te equivocaste.... Nosotros nos equivocamos.

Ella levantó la cabeza y se dirigió hacia él.

—Pero, Tremont...

—Sin peros, querida, ¡esta vez no! No me callaré más. He guardado silencio por mucho tiempo. Si me hubiera levantado, como debería hacerlo un hombre hace seis años, la tragedia podría haberse evitado. Tal como están las cosas, parece que Phoebe y su joven pueden tener una segunda oportunidad de ser felices después de todo, y quiero asegurarme que la consigan.

Sus cejas se dispararon hasta la línea de su frente.

—Tremont... ¿qué estás sugiriendo?

—No estoy sugiriendo nada. Te lo digo claramente, una vez que tengamos a Phoebe, sana y salva, quiero darles a ella y al joven Bellamy mi bendición.

—¿Lo harías?

—Lo haría y lo haré. Además, a partir de este momento, tus maquinaciones entrometidas cesarán.

Lady Tremont se cubrió la cara con ambas manos.

—¿He sido tan mala?

En lugar de responder eso, él dijo:

—Tengo tanta culpa como tú, tal vez más. He eludido mis deberes como hombre de casa durante demasiado tiempo... Cada vez que surgía un problema, ya fuera que Reginald fuera enviado desde Oxford o Phoebe amenazara con fugarse, corría a mi club o me atrincheraba en mi estudio... y te dejaba a ti sola para llevar la carga. Por eso, querida, lo siento mucho...

—Yo soy quien debería arrepentirse. ¡Solo importa el desastre que he causado! Nuestros hijos me desprecian. Me desprecian...

—Eso simplemente, no es así. —Él dudó y luego la alcanzó con su mano, la cual flotó sobre su hombro, justo antes de asentarse—. Puede que a nuestros hijos no les gusten tus métodos, pero te aman.

Respiró hondo y añadió:

—Te amo.

—¿Me amas?

Él no dudó.

—Lo hago, con todo mi corazón. —Su mano encontró su hombro y sus dedos se curvaron alrededor de la parte superior.

—Yo... supongo que yo también te amo.

Él no esperaba eso.

—¿Tú también?

Con la boca temblorosa, ella asintió.

—¡Sí!

Habían compartido techo durante tres décadas y, sin embargo, ninguno de los dos había

dicho esas palabras hasta ahora.

Él la rodeó con sus brazos.

—Ven aquí, esposa.

—Pero, Tremont, hay plena luz.

—Sí, la hay, ¿no? —Sin importarle quién pudiera pasar, la tomó en sus brazos y la besó plena, apasionada y sonoramente en la boca. Cuando finalmente la soltó y se puso de pie, lo hizo con el vigor de un hombre mucho más joven.

Ella siguió su avance hacia la puerta con la mirada.

—Tremont, ¿a dónde vas?

—Para buscar mi vieja espada de caballería.

—¿Para qué?

—Para poder ayudar al joven Bellamy a traer a nuestra muchacha a casa.

Capítulo dieciséis

Robert con Caleb, Anthony y Lord Tremont, los cuatro estaban en el muelle vacío... el barco que buscaban no estaba. Según el diario del capitán del puerto, la nave de Arístide había zarpado hacía una hora. Aunque Robert se había preparado para todo eso, escuchar que su miedo no solo era infundado sino real fue una noticia aplastante.

Maldiciendo una raya azul en voz baja, se pasó una mano por el cabello.

—Necesito un barco.

Lord Tremont volteó hacia él.

—¿No está el tuyo aquí en el puerto... en alguna parte?

Armándose de paciencia, sacudió la cabeza.

—The Swan está construido para transportar carga y sortear mares agitados en viajes largos, no para velocidad. Bouchart nos lleva una hora de ventaja. Incluso con el casco vacío, nunca podríamos alcanzarlo, al menos a tiempo.

Anthony habló:

—¿Servirá un clíper?

Todos se le quedaron viendo.

—¿Cómo conseguiste ese barco? —preguntó Robert. El marido de Chelsea era una fuente de sorpresas, aparentemente, eso era constante en él.

Con expresión avergonzada, Montrose admitió:

—Lo gané en una partida de faro en White's. Dile a tu hermana que jugué tan profundo y estaré obligado a...

—¿Dónde está amarrado?

—Rotherhithe.

—¿Qué estamos esperando? ¡Vámonos!

—¿Cuál es tu plan? —insistió Lord Tremont con la mano en la empuñadura de su espada.

Robert intercambió miradas con Caleb.

—Todavía no tengo uno —admitió—. Pero, mientras hacemos la fila para obtener autorización para partir, tendremos tiempo suficiente para idear uno.

*** **

XXX Phoebe con Arístide XXX

Con el viento a favor, el pequeño y ágil clíper alcanzó a la fragata de Arístide al anochecer. Sin embargo, el barco de Arístide llevaba suficientes armas como para sacarlos del agua. Por mucho que Robert quisiera abordar con las armas en la mano, se contuvo.

—¿Cómo va ese plan? —preguntó Anthony, acercándose al volante.

Con una mano apoyada en el mismo, Robert miró hacia arriba.

—La buena noticia es que tengo uno.

Anthony arqueó una ceja.

—¿Y las malas noticias?

—No estoy del todo seguro que funcione.

*** **

—¡Qué fácil fue engañarla a usted y a su excelente familia! —se burló Trent, con su acento de Manchester, resonando en cada vocal—. Lo único que lamento es haber perdido la oportunidad de matar a Robert, después de todo, a menos que sea lo suficientemente tonto como para seguirme.

Una vez que levaron anclas, el corazón de Phoebe se había hundido. Mientras estuvo en Londres, había abrigado la esperanza que Robert la encontraría, o que ella conseguiría una forma de escapar. Ahora que habían zarpado y salido del puerto, se sentía a la deriva en todos los sentidos.

Enviando una oración silenciosa para que su amado estuviera en algún lugar seguro, preguntó:

—¿Qué pretendes hacer con nosotros?

Lanzó una mirada nerviosa al “nosotros” en cuestión. Pippin estaba acurrucado en su regazo. Apparently, el valiente perrito se había subido al descanso del lacayo del carruaje en lugar de separarse de ella y de alguna manera logró viajar de polizón con ellos. Cuando lo descubrieron a bordo, ya habían zarpado. Hasta el momento, Phoebe estaba haciendo todo lo posible para mantenerlo fuera de la vista y del camino del capitán pirata, y Trent había estado demasiado ocupado trazando su rumbo como para cumplir sus amenazas de ahogarlo o cocinarlo. Con el sol poniéndose rápidamente y el ron fluyendo, arriba y abajo, Phoebe no podía decir cuánto tiempo más le duraría la suerte a ella o a Pippin.

Al estar sola durante largos períodos, se las había arreglado para deslizar el abrecartas de su bolso dentro de su corpiño. Incluso para su ojo inexperto, la tripulación reunida apresuradamente parecía un grupo heterogéneo. Si lograba vencer a su captor o incluso a Betty, ¿tal vez se podría persuadir a los demás para que dieran la vuelta al barco, o al menos los dejaran a ella y a Pippin en el siguiente puerto? Por improbable que fuera ese escenario, se negó a perder la esperanza, no ahora que tenía tanto por qué vivir. Quizás por primera vez, le pareció comprender algo de lo que le debió haber pasado Robert hace tantos años. Cada nudo que viajaban la alejaba mucho más de todas las personas a las que cuidaba y amaba.

Una mirada se clavó en la de ella y su boca se torció.

—Exactamente lo que me propuse hacer desde el principio: casarme contigo.

Después de los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, Phoebe había pensado que ya no estaba en shock, pero, aparentemente no era así.

—Debes estar loco, si piensas que me casaré contigo ahora.

Él se encogió de hombros.

—Gracias a la querida Betty, que deslizó una nota debajo de la puerta del estudio, antes de despedirse, tu papá está leyendo ahora mi misiva, que indica la cantidad necesaria para asegurar que haga de ti una mujer honesta.

—¡Espera que mis padres te paguen para que te cases conmigo! Debes estar aún más enojado de lo que pensaba. Después de todo lo que has hecho, ¡no deberías contar con recibir ni un cuarto de penique!

Él se encogió de hombros.

—Por supuesto, son libres de negarse. Si deciden hacerlo, conozco a cierto pashá del medio oriente que tiene predilección por las rubias de ojos azules.

Phoebe levantó la barbilla.

—Él no debería ser más monstruoso que tú.

Sonriendo, se acercó a ella, e instintivamente ella abrazó a Pippin lo más que pudo.

—Créame cuando le digo que el matrimonio para mí sería el menor de dos males. —Miró

intencionadamente a Pippin—. Además de la carne de las rosas inglesas, el pashá tiene un gran apetito por los perritos tiernos.

*** **

Siguiendo las instrucciones de Robert, esperaron hasta que oscureció completamente y luego Anthony, Caleb y él remaron en un bote. Fueron necesarias varias garantías que su decisión no tenía nada que ver con su edad o la gota, pero finalmente persuadieron a Lord Tremont para que se quedara atrás y “protegiera” la nave.

Se detuvieron junto al otro barco y oyeron los estridentes sonidos de la juerga, que se filtraban desde la cubierta inferior. El ruido enmascaró claramente el chapoteo que hizo Robert, cuando saltó por la borda de la embarcación al agua. Al salir a la superficie, se agarró del costado.

—Buena suerte —susurró Anthony.

Robert dividió su mirada entre Anthony y Caleb.

—Gracias, la necesitaré. —Le dio a Anthony la señal acordada.

—¡Hombre al agua! —Montrose gritó con su mejor voz de mando militar.

Robert se soltó, nadó hacia la nave e hizo un gesto de agitación.

A bordo se produjo el caos. Ellos dirigieron las linternas hacia el agua. Arrojaron una cuerda y una escalera. Robert se agarró, dejándose arrastrar.

Como un pez anzuelo, cayó sobre la cubierta. Media docena de pares de pies corrieron hacia él. La luz de la linterna lo cegó. La punta de una bota le asomó por el costado. El olor de los cuerpos sin bañar se mezclaba con el del ron y el de los dientes podridos.

—Oye, ¿no es uno de los nuestros! —gritó alguien entre la multitud.

Robert se puso en pie.

—No, no lo soy. Y ustedes tampoco.

Anthony y Caleb habían subido a cubierta detrás de él. Con los fusiles en mano, avanzaron hacia la retaguardia de la tripulación. A diferencia de Robert, Montrose apenas estaba húmedo.

—No podía arriesgarme a afilar la pólvora —dijo con una sonrisa. Dirigiéndose a los demás, gritó—. ¡Manos arriba!

—¿Por qué deberíamos? —gritó un hombre—. ¡Vamos muchachos, los superamos en número!

Otros se resistieron y Caleb se les adelantó. Para un hombre las miradas se volvieron redondas. Las sonrisas cayeron. Las posturas encorvadas se enderezaron. Los brazos se dispararon hacia el cielo... y se quedaron allí. Pareciendo muy satisfecho de sí mismo, el árabe se detuvo ante cada hombre, los cacheó y les quitó las armas. Cuando terminó, en cubierta se había acumulado una impresionante pila de cuchillos, navajas, puños americanos e incluso uno o dos alfanjes.

Al captar un destello de dientes frontales dorados, Robert distinguió al hombre de los dientes dorados entre las afueras de la manada.

—Tú. —Avanzó hacia él.

Mostrando su cobardía, el villano comenzó a retroceder.

—No fue nada personal, amigo. Solo estaba esperando para llegar a fin de mes. Ya ves, “cómo soy”.

Robert se dirigió a él.

—¡Oh! Claro que sí.

Se fue hacia atrás y dejó volar su puño. El golpe golpeó al secuaz directamente en la boca, haciendo brotar sangre, mientras que los dientes de oro saltaron.

—Esto es por cortarme la cincha. —Agarrándolo por el pelo, le lanzó otro golpe, esta vez en la nariz. El crujido del cartílago bajo sus nudillos fue una sensación inmensamente satisfactoria para Robert—. Y esto por el mal negocio en el mercado de Billingsgate.

El hombre intentó levantar los brazos para protegerse la cara, pero eso fue inútil.

—Y esto es por quemar ese almacén y destruir mi propiedad. Corrígeme si me equivoco, pero, creo que ese también fuiste tú. —Robert aprovechó la oportunidad para asestarle otro golpe, directamente en el estómago—. ¡Ah! Y creo que te debo uno más: por secuestrar a mi señora. ¿Dónde diablos está ella?

—Ella está en uno de los camarotes de abajo. —El aire silbó a través del hueco donde habían estado sus dientes de oro.

Robert lo agarró por el cuello, poniéndolo de pie.

—¿Qué camarote específicamente?

—La... la intendencia, creo que ese es.

“¿Lo pensó bien?”

—¿No? ¡Seguro que es el del intendente!

Robert lo soltó y él retrocedió tambaleándose. Se agachó, recogió los dientes de oro ensangrentados de la cubierta y los arrojó hacia él.

—Será mejor que te quedes con estos. Cuenta con que la cama y la comida en la cárcel de Newgate te costarán muy caras, amigo.

Como estaba planeado, Anthony montó guardia sobre los prisioneros, mientras Caleb se disponía a estropear los cañones del barco.

Con el corazón acelerado, Robert se dirigió abajo para buscar a Phoebe, mientras una versión de su antigua oración le golpeaba la cabeza con cada paso que daba.

“Querido Señor, que se encuentre bien.

Querido Señor, que no sea demasiado tarde.

Ni demasiado tarde, ni demasiado tarde, ni demasiado tarde...”

*** **

Paseando por las cuatro esquinas del camarote, mientras Pippin la observaba desde el lugar que había reclamado sobre el jergón de paja. Phoebe admitió que la actividad, incluso la inútil, era preferible a quedarse sentada, cavilando sobre su infeliz destino. Ahora que entendía cómo era la intimidad entre un hombre y una mujer, no podía imaginarse compartiendo ese gesto supremo con otro distinto a Robert. La perspectiva de acostarse con Trent le puso la carne de gallina.

Unas pisadas fuera de su habitación la hicieron deslizar el abrecartas fuera de su corpiño. De pie detrás de la puerta, se preparó para atacar.

—Phoebe, ¿estás adentro?

—¿Robert? —Bajando el cuchillo, se desplomó contra el costado del camarote.

—Eres lo que amo. ¿Puedes abrir la puerta o estás atada?

—Estoy liberada, pero Arístide Trent me tiene encerrada aquí. Que yo sepa, él tiene la única llave.

—Escucha cuidadosamente. Necesito que te alejes de la puerta, lo más lejos que puedas.

—Solo aguanta por un momento. Tengo que conseguir a Pippin.

—¿Está contigo?

En lugar de desperdiciar palabras explicando, tomó al perro y se dirigió al fondo de la habitación.

—¡Estamos listos! —ella gritó.

Afuera sonaba como si estuviera actuando un ariete, pero ella sospechaba que no era nada más sustancial que el cuerpo maltratado de su amante. Por la bondad, él quería derribar la puerta. Más que querer hacerlo, lo estaba haciendo. Una docena de patadas rápidas hicieron que la madera alrededor de la placa de la cerradura se astillara. La puerta se abrió y Robert entró.

Phoebe dejó a Pippin en el suelo y corrió hacia él. Al llegar hasta Robert, le rodeó el cuello con los brazos, sin importarle que todavía goteaba agua de mar.

—Pensé que tal vez nunca volvería a verte.

Una sonrisa torcida cruzó su boca. Deslizó un brazo alrededor de su cintura.

—Estoy tratando de ser mejor en cuanto a cumplir mis promesas. —Su mirada recorrió su rostro—. Él no te ha hecho daño, ¿cierto?

—¡No! Aunque esa bruja de doncella, Betty, pateó a mi perro. —Miró a Pippin, que había vuelto a subir a la litera—. Tiene las piernas un poco rígidas, pero, no creo que el daño sea permanente.

—No te desesperes. Voy a sacarlos a ambos de aquí. —Respondiendo a su pregunta tácita, dijo—. Anthony y Caleb están conmigo y tu padre también. Anthony está haciendo guardia sobre la tripulación.

—¿Los superaron, entonces?

—A todos, menos Arístide. —Dudó y luego admitió—. El ron ayudó.

El gruñido de Pippin los hizo girar hacia la puerta. Arístide estaba en el umbral, con una pistola cargada en la mano.

—Debería haberte matado cuando tuve la oportunidad.

—Yo podría decir lo mismo.

Apuntó a Phoebe.

—Te ofrezco una opción: cástate conmigo o únete a tu atrevido amante en la eternidad.

Antes que ella entendiera de qué se trataba, Robert la empujó detrás de él. Dándose vuelta, la bloqueó con su cuerpo lo mejor que pudo.

—Cualquier bala tuya tendrá que atravesarme primero.

Trent sonrió.

—Afortunadamente, no sufro de escasez.

Con el corazón acelerado, Phoebe intentó empujarse hacia adelante, pero con los brazos extendidos a los costados y las piernas en jarras, Robert se había vuelto tan intransitable como una montaña.

—Aprieta el gatillo si es necesario. Preferiría soportar mil muertes que pasar un solo día casada con un monstruo.

Robert le lanzó una mirada de advertencia por encima del hombro.

—Phoebe, por favor. Casarse con él en estas circunstancias no es una traición. Debes salvarte a ti misma, de lo contrario, moriré en vano.

De manera inflexible, ella negó con la cabeza.

—Y en vano vivo sin aquel a quien amo con todo mi corazón. ¡Yo creo que no! Conozco esa vida desde hace seis años y no tengo ningún deseo de repetirla, ¡en serio!

Arístide se encogió de hombros.

—¡Que así sea! —Levantó la pistola amartillada y su dedo apretó el gatillo.

¡Boom!

El barco se tambaleó, derribándolos a todos. Aprovechando la distracción, Robert se enderezó, abalanzándose sobre el pirata. Cayeron al suelo. El arma se deslizó por el suelo de tablas. Phoebe corrió a recuperarla. Con las manos temblorosas, apuntó a los dos combatientes que rodaban. Disparando a quemarropa, seguramente alcanzaría a alguien, pero, ¿sería a Arístide o a Robert? Pippin se unió a la pelea. El spaniel saltó de la cama, corrió hacia donde los dos hombres luchaban y hundió sus dientes en la pantorrilla de Bouchart. El pirata aulló y se alejó de Robert. Al recuperarse, sacó una navaja de afeitar de su bota y se abalanzó sobre Robert, agachado, cortándole el torso.

Phoebe gritó:

—¡Robert, cuidado!

Lo esquivó y el corte destinado a su ojo rozó su antebrazo. Incluso sabiendo lo afortunado que acababa de ser, al ver la manga de la camisa manchada de escarlata, Phoebe dejó escapar un sollozo. Robert se hizo a un lado rápidamente y agarró el brazo del cuchillo de Arístide con un torque. Unas astillas precedieron al grito espeluznante del pirata. Su brazo quedó inerte y la navaja se le escapó de su aflojado agarre.

El disparo de una pistola rebotó en el camarote. Arístide se relajó y cayó boca abajo en el suelo, mientras sangre y sesos brotaban del agujero en la parte posterior de su cabeza. La mirada de Phoebe se dirigió al umbral. Betty estaba en la puerta abierta, con una pistola en cada mano, una humeante y la otra cargada.

—¡Lo has arruinado todo! —Mirando a Phoebe, ella disparó.

La bala pasó silbando por la cabeza de Phoebe, revolviendo el cabello de su sien. Robert se abalanzó y agarró a Betty, antes que pudiera recargar.

—Nunca dudes que te romperé —amenazó. A Phoebe le pareció que usó el mismo agarre de luchador, tal como hizo con Trent.

—No tendrás los bueyes.

—Pruébame.

Con el brazo alrededor de Betty, le quitó la pistola de chispa de la mano y se la tendió a Phoebe para que la tomara.

Temblando, ella se acercó.

—¿Por qué, Betty?

La doncella la miró con un odio frío.

—¿Por qué? ¿Qué?

Phoebe vaciló.

—¿Por qué... esto?

La firme mandíbula de Betty se aflojó. Su boca tembló. Las lágrimas llenaron sus ojos.

—Prometí convertirme en una señora, una vez que nos apoderáramos de tu fortuna, dijo que nos casaríamos y nos iríamos a cualquier lugar que yo quisiera... Y él también podría haberlo hecho, si no fuera por ti...

—Él solo te estaba usando, Betty —dijo Phoebe suavemente, sintiendo lástima por ella... casi.

—Creo que es hora que nos reunamos con los demás —confirmó Robert—. Tu padre especialmente querrá saber que estás a salvo.

A pesar que Betty estaba entre ellos, Phoebe encontró su sonrisa.

—Sí, vámonos a casa.

Robert arrastró a la doncella a cubierta. Phoebe la siguió, llevándose a Pippin.

Anthony y Caleb apuntaban con pistolas a la tripulación, casi todos se habían sentado con las piernas cruzadas en la cubierta. Anthony miró hacia arriba, mientras se acercaban y expresó:

—Escuché disparos. ¿Dónde está Trent?

Robert empujó a Betty hacia adelante.

—Perdió su cerebro en el suelo del camarote, gracias a esto...

—Supongo que no hay honor entre ladrones —aclaró Anthony con una sonrisa irónica.

—Se trata más bien de un caso de “el infierno no tiene furia como una mujer despreciada” —comentó Robert.

Anthony miró la manga de Robert.

—Te ves muy deteriorado. —Desvió su mirada hacia Phoebe—. Tú, mi querida muchacha, eres más valiente que la mayoría de los trabajadores que he conocido. ¿Cómo lo llevaste?

Ahora que el peligro había pasado, Phoebe se sintió un poco temblorosa. En lugar de admitirlo, dijo con sinceridad:

—Me vendría bien un baño y una siesta, pero, sobre todo me siento enormemente afortunada que los hombres de mi vida vinieron a rescatarme. Gracias a todos —añadió con su mirada, abarcando a Caleb, quien le devolvió la sonrisa.

Pippin vio a Caleb, o más bien su turbante, y saltó de los brazos de Phoebe. Betty se liberó, lo agarró y corrió hacia la barandilla.

Con el corazón en la garganta, Phoebe se detuvo a medio paso.

—Betty, por favor, no hagas esto.

—¿Por qué no debería hacerlo? —Sosteniendo al perro que se agitaba sobre el costado, les devolvió la mirada—. Me lo has quitado todo, todo. Ahogar a este mestizo sarnoso es lo mínimo que puedo hacer.

Robert se abalanzó hacia delante, pero ya era demasiado tarde. Dejó caer a Pippin por la borda.

—¡Nooooo! —La angustiada exclamación brotó de la garganta de Phoebe. En ese momento, hubiera dado un colmillo por poder nadar.

Betty pasó una pierna por encima de la barandilla e hizo un ademán de saltar, pero Anthony la atrapó, antes que ella pudiera hacerlo.

—No tan rápido, mujer. Queremos que uno de ustedes sea preservado para el verdugo.

Un gruñido hizo que todos se volvieran hacia Caleb. Se quitó el turbante y la bata exterior, trepó a la barandilla y saltó.

Robert y Phoebe corrieron hacia la barandilla. Phoebe apoyó las palmas encima y miró hacia arriba, con una mirada desesperada recorriendo el agua oscura, pero no había señales del hombre ni de la bestia.

*** **

A la mañana siguiente, Phoebe y Robert estaban tomados de la mano en la cubierta del clíper cuando los Docklands de Londres aparecieron a la vista.

“Hogar, finalmente estamos en casa.”

Salvo algún estornudo ocasional ni Caleb, ni Pippin habían sufrido ningún efecto nocivo duradero tras sumergirse en el mar. Habían descubierto a un hombre y a un perro, acurrucados en la escotilla, el último lugar donde sus aterrorizados rescatadores habían pensado en buscar.

Con el brazo atado con una venda improvisada, Robert señaló hacia adelante.

—Una vez que volvamos a poner un pie en Londres —dijo, incluyendo a Pippin en su

mirada—. Puedes considerar mis días de aventuras estrictamente en el pasado. Cualquier viaje futuro se realizará contigo a mi lado.

La promesa le valió su sonrisa vacilante.

—Me alienta escucharlo, aunque puede que pase bastante tiempo, antes que quiera volver a mirar el agua.

Le rodeó la cintura con el brazo sano y la atrajo hacia él.

—¿Qué deseas como regalo de bodas, quiero decir?

Ella vaciló y se mordió el labio inferior.

—¿Hay una cosa?

—Nómbrala.

—Me gustaría que me propusieras matrimonio.

Robert se quedó mirando, preguntándose si de alguna manera había escuchado mal.

—Phoebe, querida, ¿cómo puedes decir eso? Debo haberte pedido que te casaras conmigo una veintena de veces durante las últimas tres semanas.

—No me preguntaste... Me lo dijiste. No es exactamente lo mismo.

—¡Ah! Ya veo. Hay reglas para este tipo de cosas, ¿cierto?

—No son reglas precisamente, sino más bien es un ritual.

—¡Veo! —Y así lo hizo. Phoebe no había querido que la reclamaran. Más bien, ella quería o merecía que la cortejaran.

Se deslizó sobre una rodilla. Mirando su hermoso y sonrojado rostro, buscó en su alma las palabras que había esperado seis años para decir. No era un poeta, pero por el amor que le profesaba decidió hacer lo mejor que pudiera.

—Te amo, Phoebe Elizabeth Tremont, con todo mi corazón, con toda mi mente y con todo mi cuerpo. Como soy un tipo rudo, ¿me harías el honor de aceptar ser mi compañera de vida, mi compañera del alma, mi esposa?

—Lo haré con una condición.

—¿Y cuál es esa?

Ella le dedicó una sonrisa temblorosa.

—¿Con qué rapidez crees que se puede obtener una licencia especial?

*** **

Una semana después, la columna de sociedad de *The St. James' Chronicle* expresó:

A pesar de su naturaleza improvisada, y su sorprendente falta de encaje, la boda de Lady P. con el señor B. fue un asunto encantador. La novia llevaba un vestido de fina muselina blanca, una sobrefalda adornada con primulas y una guirnalda cubierta con rosas de raso blanco. El novio lucía una levita gris tórtola, un chaleco azul oscuro y una sonrisa que rivalizaba con el brillo del sol. Se celebró un desayuno de boda en el número 12 de Berkley Square, la residencia, en la ciudad del cuñado y la hermana del novio, el vizconde y Lady M. (Las personas propensas a los chismes recordarán que el vizconde M. y Lady P. alguna vez fueron novios). Se consumieron grandes cantidades de empanadas y patés de langosta, jaleas y pudines. Lo más inusual fue que un gran montón de ostras recién desbulladas ocupaba un lugar destacado en la mesa del buffet. Entre los celebrantes circulaban un árabe alto con turbante, un grupo de niños expósitos y el perro spaniel de la novia; este último con un lazo de satén azul adornando su cuello.

Con Phoebe en sus brazos, Robert cerró de una patada la puerta de la cámara nupcial, detrás de ellos. Avanzó a la cama y la dejó sobre la colcha cubierta de pétalos de rosa.

Metiendo una mano en el bolsillo de su abrigo, sacó uno de los dos vasos acanalados que había conseguido.

—¿Champán, señora Bellamy?

Sacudiendo los últimos restos de arroz de sus faldas, ella le devolvió la sonrisa.

—Sí, por favor, señor Bellamy.

Dejó ambas copas y cogió la botella fría de champán, que estaba en un cubo de hielo sobre la mesita de noche.

Mirando hacia la puerta, bajó la voz y preguntó:

—¿Crees que alguien vendrá a buscarnos?

Robert hizo una pausa para mirarla.

—Será mejor que no lo hagan.

—Pero, seguramente se darán cuenta que hemos desaparecido más temprano que tarde. Después de todo, somos los invitados de honor.

Él volteó y le entregó un vaso lleno.

—Déjalos. Según recuerdo, Chelsea y Anthony apenas lograron realizar el primer brindis el día de su boda. ¿Por qué crees que él insistió en tener esta cámara preparada de antemano?

Al aceptar el champán, intentó adoptar una expresión de inocencia.

—¿Para asegurarnos que descansemos bien antes del viaje de mañana?

Por la mañana partirían hacia la finca de Robert en Sussex. Desde la pérdida de su último cargamento, ya no era rico como Creso, pero él le había asegurado que tenía fondos más que suficientes reservados para restaurar la rentabilidad de sus campos.

Soltó una carcajada.

—Odio decepcionarla, señora Bellamy, pero una vez que la vea libre de ese vestido tan atractivo, descansará poco esta noche.

Descansar era la última idea en la mente de Phoebe.

Sellaron el pacto con un saludo de copas y el cristal chocando con un suave tintineo.

Phoebe tomó un sorbo y dejó el vaso a un lado.

—Después de las aventuras de tu vida marinera, ¿estás seguro que la vida como terrateniente rural te convendrá? —ella bromeó.

Robert fingió reflexionar.

—Mmm, déjame pensarlo... Las borrascas, los arrecifes marinos y los bancos de arena ocultos, los equipos averiados, las fugas y las amenazas de incendio, la eterna preocupación por reponer el agua potable y los alimentos perecederos y, por supuesto, los piratas... es mucho a lo que debo renunciar... Pero, contigo a mi lado seré muy feliz de vivir mis días como marinero en tierra firme. —Él se apartó para mirarla—. ¿Qué hay de ti? ¿Extrañarás Londres?

—No es Londres per se... —Ella evitó seguir hablando.

—¿Entonces tu trabajo en el hospital?

Ella dudó. Si bien quería a todos sus alumnos, la querida y pequeña Lulú sería, con diferencia, la más difícil de quien podría separarse. La niña había sido la más adorable de las floristas. Saber que al día siguiente debía despedirse en el futuro previsible era el único freno a un día por lo demás perfecto.

—Para ser sincera... —Phoebe se mordió el labio, pues resultó que había pensado mucho en el asunto—. He estado pensando en establecer una especie de retiro rural para niños expósitos, una academia agrícola donde tanto niños como niñas puedan aprender agricultura y

cría de animales. ¿Qué opinas?

Se acomodó junto a ella en la cama.

—Creo que es una idea espléndida. Una vez que nos hayamos arreglado, programaré un horario para presentar tu plan a mi mayordomo.

—¡Oh! Robert, ¿en serio? —Ella extendió la mano para abrazarlo, más que agradecida, ya que él no se ponía rígido al ser tocado.

Sus ojos sinceros confirmaron que cada palabra reflejaba la verdad.

—Yo también he pensado en nuestro futuro próximo. Sé que tienes algunas nociones bastante modernas sobre cómo debe ser un matrimonio, sin duda sembradas por mi hermana, pero, ¿qué dices que montemos nuestra guardería de inmediato?

Ella se echó hacia atrás, fingiendo una evasión, aunque en realidad nada la deleitaría más. Unida en matrimonio con el amor de su vida, estaba más que preparada para formar su familia. Ya habían esperado seis años. Phoebe no vio ninguna razón para retrasar esto ni un solo día.

—¡Ah! Ya veo cómo es, señor. Ni siquiera me he quitado el vestido de novia y ya estás planeando verme descalza y reproduciendo, antes que pasen nuestros primeros seis meses.

—Bueno, sí a la parte de la reproducción, pero, también tengo algo específico en mente.

—Conozco esa mirada, Robert Bellamy. ¿Qué secreto me estás ocultando esta vez?

—No es tanto un secreto como una sorpresa. Un regalo de bodas, uno que estoy particularmente ansioso por que te guste.

Phoebe no podía imaginar qué más regalos podría tener en mente. Él ya le había otorgado más perlas, esmeraldas y diamantes de los que su joyero podía acomodar. Sin embargo, por acuerdo tácito no había rubíes. Invariablemente entrelazada en su mente con su último y desastroso compromiso, la piedra escarlata era una que Phoebe juró no volver a usar nunca más.

—Teniendo en cuenta que esto viene de ti, estoy segura que me encantará, sea lo que sea.

—No qué sino quién.

Ella dudó, dando vueltas a las posibilidades en su mente.

—Pippin es un poco celoso en lo que a mí respecta. No estoy segura que adoptar un segundo perro sea una buena idea.

Él estalló en carcajadas. Tomando su rostro entre sus palmas callosas, sus ojos le sonrieron.

—Querida Phoebe, no es una mascota lo que tengo en mente sino una niña. ¿Qué dices que adoptemos a Lulú como nuestra hija?

El asombro y sobre todo la alegría invadieron a Phoebe al mismo tiempo. Agradecida de estar sentada, no estaba del todo segura que sus piernas la hubieran sostenido de otra manera.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. De hecho, ya me acerqué a la junta con mi... digo nuestra petición. Si la quieres, puede ser nuestra dentro de quince días.

Las lágrimas brotaron de sus ojos. Sonriendo a través de ellos, ella extendió la mano y cruzó las manos sobre las de él.

—¡Si la quiero! Más allá de ti, nunca he querido a nadie más. ¡Ay, amor mío! ¿cómo puedo empezar a agradecerte?

—Ya tienes mi agradecimiento. —Con una mirada amable, pasó el pulgar por su boca sonriente—. Tu felicidad es todo el agradecimiento que alguna vez querré o necesitaré.

Le quitó la guirnalda de la cabeza y la dejó a un lado.

—Por ahora, me gustaría mucho continuar con la tarea de hacer el amor con mi esposa. Eso si ella no se opone demasiado. Inclinando su rostro hacia el de Phoebe, le levantó la barbilla.

Sintiendo que los deliciosos latidos empezaban a crecer, ella le puso la mano en la mandíbula.

—Sé con certeza que esa mujer no se opone en absoluto. —Phoebe rodeó su cuello con ambos brazos y se apretó contra él, regocijándose en su calidez sólida y en la recién descubierta sensación de conexión perfecta e impenetrable que habían forjado—. Me enteré de una fuente confiable que la señora Bellamy está muy ansiosa por comenzar sus deberes de esposa lo antes posible.

El fin.